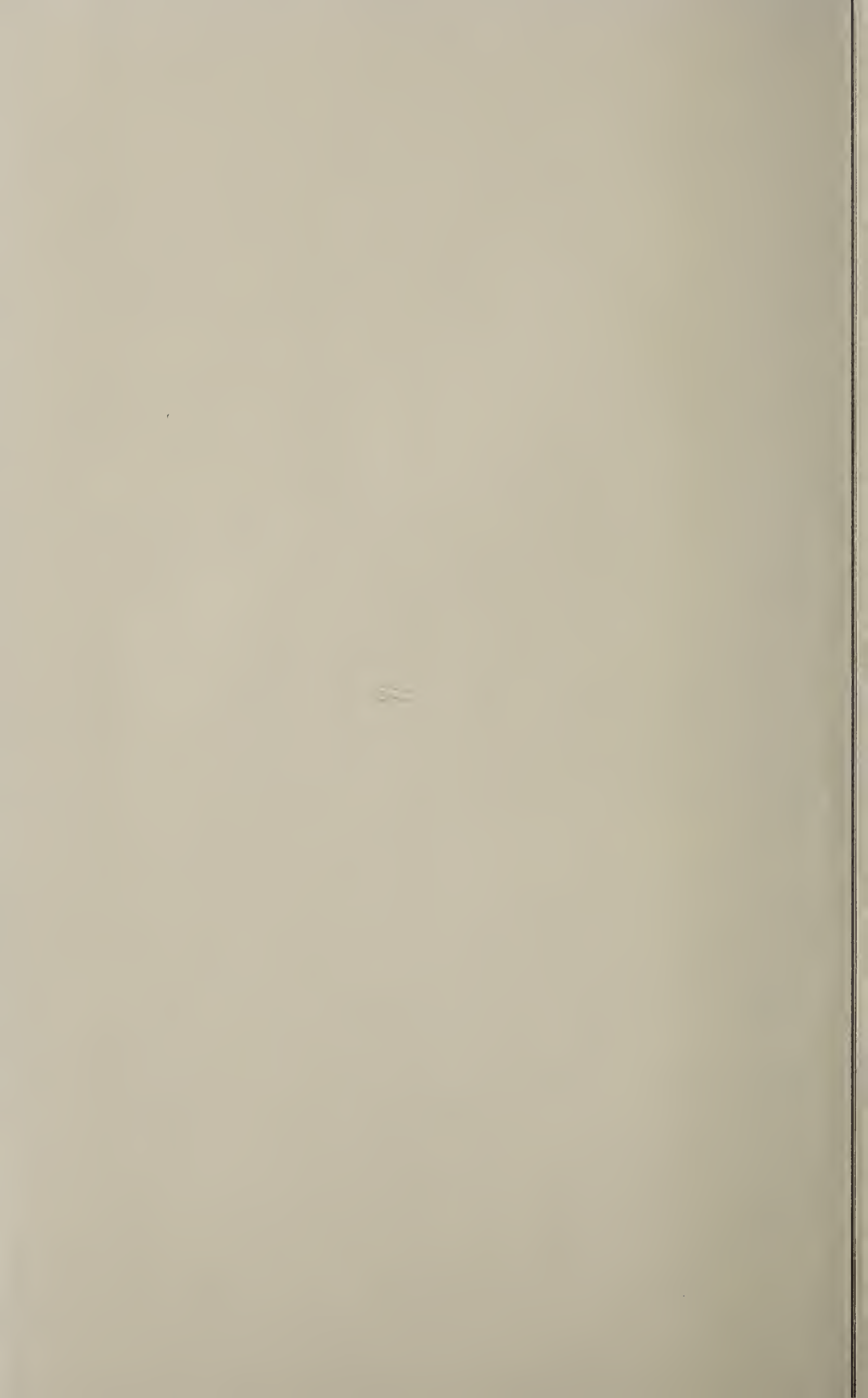


DONALD B. KRAYBILL

COLECCION: COMUNIDAD EN COMPROMIS



EL REINO

AL REVES

Donald B. Kraybill

Dedicado a aquellos
“que han transtornado el mundo entero ...
y contravienen los decretos de César,
diciendo que hay otro rey, Jesús”
Hechos 17:6-7

Y también a:
Helen Brubaker Kraybill
cuya generosidad en medio de la adversidad
es ilimitada.

EL REINO AL REVES

Kraybill, Donald B., autor
Colección: Comunidad en compromiso

Edición en Inglés:
THE UPSIDE-DOWN KINGDOM
Scottdale, PA: Herald Press

Primera edición:
© 1978 Herald Press
Segunda edición:
© 1990 Herald Press

Primera edición en Español
© 1995 Ediciones SEMILLA

El reino al revés
Kraybill, Donald B.

Incluye referencia bibliográfica, notas y guía.
1. Reino de Dios. 2. Biblia. N.T. Evangelio - Crítica, interpretación, etc. 3. Sociología, bíblica. 4. Sociología, cristianos (menonitas) 5. Vida cristiana - Autores menonitas. I. Título. II. Colección.

BT94.K7 1995 231.7'2

EDICIONES CLARA-SEMILLA

CLARA
Apdo. Aéreo 57- 527
Santafé de Bogotá
Colombia, S.A.

SEMILLA
Apdo. 371- I, Montserrat Zona 7
Ciudad de Guatemala
Guatemala, 01907

Traducción: Marta J. de Mejía
Portada: UNCION
Formateo: Ruth Higueros

ISBN 84-89389-00-4
Impreso en Guatemala

INDICE

PREFACIO DEL AUTOR

Este libro es un estudio del reino de Dios de acuerdo a los evangelios sinópticos. No es un trabajo novedoso, puesto que hay muchos otros libros que también tratan este tópico. Dos aspectos de mi herencia teológica anabautista acentúan lo singular de este tratado particular acerca del reino.

En primer lugar, soy un teólogo laico. Habiendo aprendido que no debemos dejar la teología sólo a los teólogos, he escrito como un laico que quiere compartir lo que sabe con otros. Capacitado en sociología, tengo la tendencia de leer las Escrituras a través de los lentes de esa disciplina académica. Este esfuerzo es bastante precario porque al caminar entre las disciplinas de teología bíblica y la sociología, uno puede insultar a los guardianes de ambas tradiciones. La combinación de la herencia de una reforma radical y un entrenamiento sociológico presenta una perspectiva que puede parecer un poco irreverente. Espero, sin embargo, que este enfoque será tanto estimulante como provocativo.

En segundo lugar, he tomado el Nuevo Testamento y particularmente a Jesús en forma seria. He limitado el estudio a los evangelios sinópticos porque ellos nos brindan el más fiel retrato de la vida y enseñanzas de Jesús. Muy pronto será obvio para el lector que yo creo que Jesús tiene mucho que decirnos a nosotros en estos tiempos modernos. Sus palabras y enfoques ponen una nota de corrección a nuestro estilo de vida materialista, al hacer la guerra, a la búsqueda de un status, y al exclusivismo religioso. Siempre existe la tendencia entre los cristianos de desear unas cuantas reglas explícitas que obedecer en su viaje espiritual. He intentado tratar el material bíblico de manera fresca, aunque decepcionaré a los que buscan nuevas reglas. El libro hará que

surja una multitud de interrogantes. Las respuestas, creo firmemente, deben ser formuladas en el contexto de los pequeños grupos de los hijos de Dios. Espero que la perspectiva cabeza abajo provoque discusiones estimulantes que capaciten a los creyentes cristianos a un discernimiento más exacto de la voluntad de Dios para sus vidas.

La segunda edición ha sido revisada totalmente, línea por línea, palabra por palabra; pero el argumento original permanece intacto: el reino de Dios anunciado por Jesús inauguró un nuevo orden de cosas que parece al revés en relación a la cultura de Palestina del primer siglo. Es más, el reino de Dios en su expresión contemporánea tiene características contrarias a las diversas culturas en que irrumpe alrededor del mundo. El número de investigaciones sociológicas del mundo social del tiempo de Jesús que han aparecido después de la primera edición es sorprendente. Esta edición revisada utiliza muchos de esos ricos recursos. He pulido el texto completamente y en ciertos lugares he aclarado la fuerza de ciertos argumentos.

Muchísimas personas me brindaron valiosos consejos acerca de la primera edición. Las siguientes personas fueron colaboradores constructivos en relación al primer manuscrito: Donald Blosser (capítulos 5-6), Charles de Santo, J. Elvin Kraybill, Paul G. Landis, Beverly Lord, Willard Swartley, Eugene Witmer y John Howard Yoder. Estoy muy agradecido por la forma en que ellos compartieron conmigo su tiempo e ideas. Además, Gerald Bender, Zelah Bender, Ken Brubaker, Pan Brubaker, Stanley Godshall, Susan Godshall, Frank Kraybill, Ann Miller y Park Miller leyeron una copia rústica de la primera edición y me brindaron valiosos consejos.

Las siguientes personas me ofrecieron ideas constructivas para mejorar el texto y la sustancia de la segunda edición: Charlotte Baker-Shenk, Donald Blosser, Richard B. Gardner, Ray C. Gingerich, J. Nelson Kraybill, Ruth D. Lesher, Jay E. McDermond, Mike Medley, Lauree Hersch Meyer, Mark y Tracy Murray, Willard Swartley y Paul Zehr. Tengo gratitud por toda su ayuda y sugerencias. Jeanette S. Martin, en su forma característica, me brindó asistencia editorial y apoyo en el procesador de palabras

para toda la revisión. Michael A. King, editor de Herald Press, pulió el texto revisado en formas creativas y llenas de imaginación. Deseo agradecer especialmente al antiguo editor de mi libro, Paul M. Schrock, ahora director de Herald Press por su cuidado y apoyo en este proyecto a lo largo de muchos años.

Donald B. Kraybill

1
ABAJO ES ARRIBA

Montañas planas

Voz del que clama en el desierto:
Preparad el camino del Señor;
Enderezad sus sendas.
Todo valle se rellenará,
Y se bajará todo monte y collado;
Los caminos torcidos serán enderezados,
Y los caminos ásperos allanados;
Y verá toda carne la salvación de Dios.
Lucas 3:4-6

Juan el Bautista citó estas palabras de Isaías para anunciar el advenimiento de Jesús. El pasaje anterior describe en forma dramática un nuevo reino revolucionario, totalmente diferente a todo lo conocido. El Bautista describe cuatro sorpresas del reino por venir: valles rellenados, montañas planas, curvas rectas y montículos allanados. En esta forma él anuncia el sacudimiento radical que acompañará al reino. Los antiguos caminos serán modificados a tal punto que quedarán irreconocibles. Juan nos advierte que el nuevo orden, *El reino al revés*, revolucionará el paisaje social predominante. Y durante esa fermentación dolorosa, toda carne verá la salvación de Dios.

El Magníficat de María, ese himno de exaltación que ella cantó en casa de Zacarías y Elisabet, manifiesta su esperanza en ese nuevo reino. Al igual que Juan el Bautista, ella espera que el advenimiento del Mesías dará inicio a ese reino trastornado, lleno de sorpresas para todos.

Porque me ha hecho grandes cosas el Poderoso;
Santo es su nombre,
Y su misericordia es de generación en generación
a los que le temen.
Hizo proezas con su brazo;
Esparció a los *soberbios* en el pensamiento
de sus corazones.
Quitó de los tronos a los *poderosos*
Y exaltó a los *humildes*.
A los *hambrientos* colmó de bienes,
y a los *ricos* envió vacíos.
Lucas 1:49-53 (énfasis añadido)

Cinco tipos de personas quedan sorprendidas y asombradas. En la visión de María, tambalean y caen los que están en la cúspide de la pirámide social: los soberbios, los poderosos, y los ricos. Son despojados de su prestigio, y son destronados, esparcidos y enviados vacíos. Mientras que los humildes y los hambrientos, los que están en la parte más baja de la escalera social, ascienden sorprendentemente a la cima. María canta palabras de esperanza y de juicio. Esperanza para los de humilde condición, entre los que se cuenta ella misma (Lucas 1:48). Juicio para los que estando en la cima, oprimen a los indefensos.

María, una humilde joven de Galilea, espera que el reino mesiánico ponga su mundo social al revés. Los ricos, poderosos y orgullosos de Jerusalén serán enviados vacíos; mientras que los pobres agricultores y pastores de la Galilea rural, serán exaltados y honrados. El anhelo y esperanza de María reflejan el anhelo judío por un Mesías que instauraría un reino que trastornaría a los demás reinos de la tierra.

Un reino invertido

El tema central del ministerio y enseñanzas de Jesús es el reino de Dios, o como lo llama Mateo, el reino de los cielos.[1] Esta idea central es el vínculo que une todo el mensaje. El "reino de Dios" impregna todo el ministerio de Jesús, dándole una coherencia

y claridad admirables. Es el núcleo, la misma esencia de su ministerio.[2]

A lo largo de los siglos se ha debatido acerca de cómo conceptuaba Jesús el reino de Dios. En las páginas siguientes examinaremos este concepto: el reino de Dios apunta a un estilo de vida invertido u opuesto, contrastante con el predominante orden social. Podemos entender la idea de la inversión al pensar en dos escaleras, una al lado de la otra; una representa al reino de Dios, y la otra los reinos de este mundo. Una relación invertida entre las dos escaleras implica que lo que se valoriza en alto grado en una, está casi al fondo en la otra. Esta relación invertida se demuestra en el corito de un himno de la escuela dominical, en la que la lluvia y las aguas se mueven en direcciones opuestas:

> La lluvia cayó, y las aguas subieron,
> La lluvia cayó, y las aguas subieron.

Los evangelios presentan el reino de Dios como invertido o al revés en comparación, tanto con la forma de vida en la antigua Palestina, como en los tiempos modernos.[3] Sin embargo, los evangelios no ven el reino aislado, ni geográfica ni socialmente, del resto de la sociedad. Jesús no demanda que el individuo se retraiga o separe de la sociedad; tampoco asume que el reino y el mundo estén nítidamente divididos en reinos separados. La acción del reino toma lugar en medio del parque de diversiones de la sociedad; pero juega bajo reglas diferentes. Los jugadores del reino obedecen reglas nuevas y escuchan a otro entrenador. Los valores del reino desafían los patrones de la vida social aceptados en la cultura moderna. Los hábitos del reino no se mezclan sutilmente con las tendencias culturales dominantes y hasta pueden parecer absurdos.

El reino de Dios no sólo va contra la corriente; también es la autoridad en nuestra situación.[4] Los valores del reino cubren tópicos y dilemas contemporáneos. La ética del reino, trasladada a nuestro contexto moderno, sugiere cómo "debemos" ordenar nuestras vidas. Indudablemente no encontraremos respuestas en las Escrituras para todo lo relacionado con la conducta. Los evangelios no ofrecen

recetas que solucionen todos los dilemas éticos modernos; pero si proponen las interrogantes correctas que nos empujan hacia los grandes temas que dan significado y propósito a nuestra vida.

Un reino de relación

¿Qué es exactamente el reino de Dios? El término desafía a una definición exacta, pues tiene muchos significados. En esto radica su genio, en poder estimular nuestra imaginación una y otra vez.

La mayoría de eruditos bíblicos están de acuerdo en que el "reino de Dios" es el gobierno dinámico de Dios. El reino de Dios es el gobierno, la autoridad y poder gobernante de Dios. No es un territorio en el sentido espacial. El reino no se ubica en un área particular de tierra. No es estático. Es dinámico, siempre esparciéndose, siempre creciendo.[5] El reino no apunta al lugar donde está Dios, sino a las actividades gobernantes de Dios. El reino está presente en cualquier tiempo y lugar donde los hombres y mujeres sometan sus vidas a la autoridad de Dios.

¿Se manifiesta el reino cuando Dios gobierna en el corazón de las personas? Este concepto sugiere que el reino es primordialmente una experiencia interna de la mente; pero el mismo término reino implica un orden colectivo superior y más grande que la experiencia personal. Hablando en sentido literal, en un reino un rey gobierna sobre un pueblo. Las normas sociales y políticas del grupo ordenan la vida colectiva del reino. Existen acuerdos que establecen las obligaciones del pueblo hacia su Dios y entre los gobernados. La actividad administrativa del rey establece diferencias prácticas en las vidas y relaciones de sus súbditos. De acuerdo a las palabras de un erudito, "El reino es algo al que las personas entran, no algo que entra en las personas. Es un estado de cosas, no un estado mental".[6]

La vida del reino es fundamentalmente social. Implica membresía, ciudadanía, lealtad e identidad. La ciudadanía en un reino conlleva relaciones, políticas, obligaciones, fronteras y expectativas. Estas dimensiones de la vida del reino son superiores a la experiencia personal. La membresía en un reino significa

responsabilidad del ciudadano hacia su rey, hacia otros ciudadanos y hacia otros reinos. Vivir en un reino significa compartir su historia y participar en moldear su futuro.

A pesar de que un reino es un orden social superior a cualquier persona, los individuos sí ejercen su derecho de elección respecto a los reinos: Los aceptamos o los rechazamos. Los servimos o los despreciamos. Entramos y salimos de los reinos. Les somos leales o les damos la espalda.

La diferencia sociológica entre un conjunto y una colectividad aclara el concepto de reino. Un conjunto no constituye un grupo. Es simplemente un número de personas que casualmente están juntas en un determinado tiempo y espacio. No ejercen influencia uno en el otro. Las personas que esperan en una intersección que el semáforo cambie a verde, son un conjunto; aun cuando están de pie una al lado de la otra, usualmente no interactúan entre ellas.

En contraste, el comité ejecutivo de la asociación de padres-maestros es una colectividad, o sea un grupo cuyos miembros son interdependientes. Ejercen entre sí influencia mutua, formulan metas comunes y unidos deciden como alcanzarlas. Los súbditos de un reino tienen una interdependencia colectiva basada en las políticas de su rey.

El reino de Dios es una colectividad, o sea una red de personas que han rendido sus corazones y relaciones al reino de Dios. El reino se manifiesta cuando Dios gobierna en sus corazones y en sus relaciones sociales. El reino no es meramente una serie de líneas de FAX espirituales independientes que unen al Rey con cada uno de sus súbditos. El reino de Dios impulsa las relaciones y vincula al Rey a sus súbditos.

¿Cómo podemos descubrir cómo es el reino de Dios? ¿Cómo es la política real? ¿Podemos traducir la sublime idea del reino de Dios a términos prácticos? La respuesta la encontramos en la encarnación. Jesús de Nazaret nos reveló a Dios. Comenzamos a entender el significado del reino a través de la vida y enseñanzas de Jesús. La vida de Jesús es la Palabra de Dios, final y definitiva. A través de la persona y el ministerio de Jesús la voz de Dios habló con absoluta claridad, en un lenguaje universal que todos pueden comprender.

El reino de Dios es el hilo común entretejido a lo largo de las enseñanzas y ministerio de Jesús. Frecuentemente Jesús narró parábolas para ejemplificar el reino. Los sermones del Monte y de la Planicie describen la vida del reino. El Padrenuestro da la bienvenida al advenimiento del reino. El vocabulario del reino está continuamente en los labios de Jesús.

Además de sus palabras, la actividad y comportamiento de Jesús nos enseñan acerca del reino. Jesús de Nazaret nos brinda el ejemplo más concreto, la más visible expresión del gobierno de Dios. Sus palabras y comportamiento ofrecen las mejores claves para resolver el acertijo del reino.[7] Pero en el análisis final, no es su reino, ni el nuestro, pues siempre y por sobre todas las cosas Jesús señala que es el reino de Dios.

¿Por qué al revés?

Si Jesús instauró el reino de Dios, es obvio que ese es el reino que está al derecho, con la cabeza hacia arriba. Indudablemente, si convenimos que el reino nos presenta los planos de Dios para nuestras vidas, entonces debiéramos etiquetarlo como el reino al derecho; pero permítame retener la imagen de invertido, o al revés, para enfocar los siguientes tópicos.

1) *La vida social tiene dimensiones verticales.* La sociedad tiene una topografía muy irregular. En la geografía social hay montañas, valles, surcos y planos. Algunas personas se hallan en los picos sociales, mientras otras lloran en los valles. Los individuos y grupos en la escala social varían grandemente. El presidente de un comité ejerce más poder que el miembro promedio del comité. Los abogados tienen más prestigio e influencia que el dependiente de supermercado. No jugamos el "juego" de interacción social en un campo plano. La imagen "cabeza abajo" nos recuerda la dimensión vertical de la vida social.

2) *Se nos olvida preguntar por qué las cosas son como son.* El membrete de "cabeza abajo" nos anima a cuestionar por qué las cosas son como son. Los niños aprenden rápidamente los valores culturales comunes y los toman como un hecho establecido. Así, el cereal se convierte en el alimento "correcto" para el desayuno. La socialización —aprender cómo es nuestra cultura— moldea los

cánones por los que vivimos. Damos por hecho nuestro estilo de vida. Asumimos que las cosas son como deben ser. Comer cereal para el desayuno, día tras día, parece incuestionablemente correcto. Aceptamos como intrínsecos los valores y normas que presenta la pantalla y la propaganda sencillamente porque "así es la vida". Si nuestro sistema económico establece un salario mínimo, lo aceptamos como justo sin pensarlo dos veces. Si alguien viola nuestra propiedad, felizmente entablamos juicio; después de todo, "para eso es la ley". Exigimos el ocho por ciento de comisión en cualquier transacción de ventas, porque "así se acostumbra".

Los valores, creencias y normas de nuestra sociedad penetran tan profundamente en nuestra mente que ya no vemos las alternativas. A través de todos los evangelios, Jesús presenta el reino como un nuevo orden que rompe con las costumbres, valores, y proposiciones antiguas que gobiernan nuestras vidas. Como ciudadanos del reino, no podemos asumir que las cosas están bien solamente porque "así son". La perspectiva "de cabeza" enfoca los puntos de divergencia y conflicto entre el reino de Dios y los reinos del mundo.

3) *El reino está lleno de sorpresas.* Vez tras vez, Jesús nos desconcierta con sus parábolas, sermones y hechos. Frecuentemente en los evangelios, las cosas están de cabeza. Los buenos tipos, resultan ser los malos. Los que esperamos que reciban una recompensa, reciben azotes. Los que creen que van al cielo, terminan en el infierno. Las cosas están al revés. Las enseñanzas de Jesús están saturadas de paradojas, ironías y sorpresas; ponen de cabeza nuestras expectativas. Los más insignificantes, son los más grandes. El inmoral recibe perdón y bendición. Los adultos se vuelven como niños. Los religiosos se pierden el banquete celestial. Los piadosos reciben maldiciones. Las cosas no son como pensamos que debieran ser. Estamos frustrados y perplejos. Asombrados, damos un paso atrás. ¿Debiéramos reír o llorar? Una y otra vez, al poner nuestro mundo de cabeza, el reino nos sorprende.

Es absolutamente necesario extender un puente entre las interrogantes que nos presionan hoy y los registros bíblicos. Siglos de agua se arremolinan entre los peñascos en cada ribera. Vemos también algunos desvíos que impiden un fácil acceso. Antes de

cruzar el puente hacia el ayer, debemos detenernos y ponderar cuatro desvíos que están marcados. Frecuentemente usamos estos desvíos para evadir el mensaje del reino y pasar por alto su importancia para el día de hoy.

Desvío uno: Jesús está atado culturalmente

La primera señal nos advierte que es sumamente peligroso tratar de poner un puente entre el primer siglo y el siglo veintiuno. Los paisajes culturales son muy diferentes. Jesús vivió en una pequeña aldea rural, lejos de la industrialización, la urbanización, la tecnología, el holocausto nuclear y las corporaciones mundiales. De acuerdo a este desvío, la ética del reino podría funcionar en aldeas pequeñas donde Simón conoce a Marta. En una sociedad simple puede hablarse de amar a los enemigos y perdonar a los vecinos. El modelo del reino tiene sentido para bondadosos pastores y aldeanos ingenuos; pero no para nosotros. Las enseñanzas de Jesús están atrapadas por una cultura rural. No podemos transportarla por el puente a nuestra vida moderna en la que impera un complicado sistema mundial.

Según esta premisa, podemos estudiar las Escrituras para aprender acerca de la ética bíblica en tiempos de Jesús. Podemos describir los "debes hacer esto" que se aplicaron en tiempos nuevo testamentarios; pero no debemos de tratar de que crucen el puente como "debes hacer esto" para hoy.

El letrero que señala este desvío nos insta a construir nuestra propia ética cristiana desde el principio, basada en el sentido común, ya que el fundamento bíblico antiguo no es aplicable ahora.

También advierte que es irresponsable brincar a ciegas desde textos bíblicos aislados a la era moderna. Pero si logramos identificar el significado de un texto bíblico dentro de su propio entorno cultural, entonces podremos transportar ese significado a través del puente al mundo moderno. Indudablemente debemos entender los valores, normas y relaciones de grupo de los tiempos antiguos para comprender el significado total de un texto. Debemos reconocer que la sociedad aldeana de Galilea era totalmente diferente de nuestra sociedad moderna.

No obstante, los mismos hábitos humanos persisten a ambos lados del abismo histórico: nacionalismo, racismo, opresión económica, codicia, violencia, abuso de poder, y arrogante individualismo. El mal acecha dentro de las estructuras sociales tanto de ayer como de hoy. Conforme develamos el significado de las historias de los evangelios dentro de sus entornos culturales, hallamos que en verdad, también abordan los candentes temas de nuestro tiempo.

La ubicación de los evangelios en el tiempo antiguo no constituye ningún obstáculo cuando nos tomamos el tiempo para interpretarlos en su contexto cultural; precisamente entonces es cuando las historias bíblicas adquieren relevancia. Al contrario del pensamiento típico, la importancia de Jesús sufriría menoscabo si su vida y ministerio se hubieran desarrollado por encima de la cultura. Su cimiento en una cultura particular incrementa su importancia para hoy. El arraigo cultural de Jesús clarifica, y no oculta, el mensaje del reino.

Desvío dos: Jesús se equivocó respecto al tiempo

El segundo desvío nos advierte que Jesús mismo se equivocó respecto al tiempo del advenimiento del reino. De acuerdo a este argumento, él se engañó pensando que el reino vendría durante su vida; por lo tanto, no podemos tomar muy en serio sus enseñanzas hoy, y ciertamente no puede decirnos cómo debemos vivir.

El tema del tiempo del reino presenta uno de los más candentes problemas en los estudios sinópticos. Ha provocado acalorados debates entre los eruditos.[8] ¿Cuándo vendrá el reino? ¿Será que ya vino, o todavía debemos esperarlo? ¿Está el pastel en el cielo, o ya está aquí?

Muchos eruditos piensan que Jesús esperaba que ocurriera la consumación final del reino durante su propia vida.[9] Por ejemplo en Mateo 10:23 Jesús dice a sus discípulos a quienes está enviando a predicar: "De cierto os digo, que no acabaréis de recorrer todas las ciudades de Israel, antes que venga el Hijo del Hombre". En Lucas 9:27, después de instruirles acerca de la cruz, Jesús dice:

"Pero yo os digo en verdad, que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios". Estos, y otros pasajes sugieren que Jesús mismo esperaba un advenimiento inmediato del reino.

Bajo esta luz, el carácter radical de la vida de Jesús tiene sentido. Esperando que el mundo terminara en unos cuantos años, él presentó sus enseñanzas éticas como guías temporales. Eran aplicables únicamente durante el breve ínterin entre su vida y el inminente advenimiento del reino. Si uno espera que el mundo termine y que el reino irrumpa en cualquier momento, tiene sentido amar a los enemigos y regalar el manto. De acuerdo a esta escuela de interpretación liberal, las enseñanzas de Jesús estaban diseñadas para este breve "ínterin" únicamente. Indudablemente no son razonables para relaciones sociales duraderas y a largo plazo.

En contraste, otros teólogos argumentan que Jesús creía que el reino ya estaba presente en su propio ministerio. Jesús dijo: "Se ha acercado a vosotros el reino de Dios" (Lucas 10:9), y "... el reino de Dios ha llegado a vosotros" (Lucas 11:20). Jesús debe haber comprendido que el reino ya estaba presente en su ministerio. Esta línea de interpretación enfatiza la presencia del reino en la encarnación y en el posterior crecimiento de la iglesia; sin embargo, niega una consumación futura.[10]

Una tercera posición, el punto de vista dispensacional, relega el reino a un reino futuro y literal de Cristo sobre la tierra. Bajo esta perspectiva, Israel rechazó el ofrecimiento del reino durante la primera venida de Cristo. Esto forzó a Dios a retrasar la actualización del reino hasta el retorno de Cristo. Este enfoque futurista y conservador diluye cualquier interés formal de aplicar las enseñanzas de Jesús a nuestras vidas hoy. Es interesante que tanto liberales como conservadores llegan a la misma conclusión: la ética del reino enseñada por Jesús no tiene significado para el día de hoy.

Hay otros eruditos que defienden una cuarta postura. Ellos argumentan que el reino de Dios en las enseñanzas de Jesús se integra tanto al presente como al futuro. Un erudito dice: "Hay un consenso creciente entre los eruditos estudiosos del Nuevo Testamento de que el reino de Dios, en cierto sentido, es tanto

presente como futuro"[11] Encontramos por lo menos cuatro significados del reino en los evangelios:

1. Un significado abstracto del reino o gobierno de Dios.
2. Un orden futuro apocalíptico al que entrarán los justos.
3. La presencia del reino ya manifestándose sobre la tierra.
4. Un reino al que están entrando las personas ahora.[12]

Es útil pensar que el reino de Dios es un símbolo general, en vez de uno específico.[13] Los símbolos apuntan a algo que trasciende al mismo término. La palabra escrita "perro" es un símbolo que al leerla nos recuerda a cierta clase de animal.

Un símbolo específico es uno que sólo tiene una referencia, es decir, que nos recuerda solamente una cosa. Por ejemplo: Un cachorro cocker spaniel, negro y hembra, nos señala una clase específica de perro.

En contraste, los símbolos generales tienen significados múltiples y muchas referencias. La palabra "animal", por ejemplo, sugiere muchas clases de criaturas.

Si pensamos en el reino de Dios como un símbolo específico, nos limitamos a un solo significado. Si el reino es sólo un evento único, nos vemos forzados a preguntar si el acontecimiento ha ocurrido: sí, o no. Sólo un hecho histórico único y concreto puede dar cumplimiento a un símbolo específico.

Pero si conceptuamos el reino como un símbolo general, obtendremos muchas referencias con significados múltiples. Un símbolo general es elástico. Se extiende hacia adelante y hacia atrás, y cubre muchos significados; por lo tanto, en lugar de preguntar acerca del tiempo, preguntamos qué evoca o representa el reino. ¿Qué representa? ¿A qué señala? Además, un símbolo general no se invalida sencillamente porque un acontecimiento específico no ocurra. El reino es más que un evento antiguo o futuro. El ver el reino como un símbolo general nos capacita a apreciar las muchas formas en las que Dios es rey de nuestras vidas.

Este estudio tratará de cubrir los diversos significados del reino: La esperanza del Antiguo Testamento, su inauguración en el ministerio de Jesús, su poder en Pentecostés, su durabilidad en

la vida de los creyentes a lo largo de los siglos y su futura consumación.

Las señales del reino irrumpen siempre que las personas sometan su voluntad y sus relaciones al camino de Dios. Para citar el título de un libro, el reino es *La presencia del futuro* entre nosotros.[14] El reino de Dios está presente ahora cuando el Espíritu de Dios gobierna las vidas de los creyentes. Los miembros del reino, aún ahora, son aquellos que obedecen al Señor del reino. Aquellos que siguen el camino de Jesús ya son parte del movimiento del reino. No, Jesús no se equivocó respecto al tiempo. El, sencillamente hablaba de un reino que trasciende nuestra comprensión humana del tiempo.

Desvío tres: Pondere el significado espiritual

El tercer desvío nos advierte que no debemos acarrear a través del puente instrucciones éticas prácticas de la antigua Palestina. Este desvío nos anima a suavizar, espiritualizando, las severas enseñanzas sociales de Jesús. Hay ciertas palabras en nuestro lenguaje que asumen significados sagrados. Sorteamos las palabras y las clasificamos como santas y profanas. Contrastamos lo caliente y lo frío, lo grande y lo pequeño, adentro y afuera. En los círculos religiosos el término "espiritual" está en la cima de la escalera sagrada, mientras que la palabra "social" con frecuencia parece estar en el fondo.

La lógica dice que las realidades espirituales provienen de Dios: son santas. Por otra parte, el esfuerzo humano es el que mueve los asuntos sociales; por lo tanto, estando ubicados lejos del corazón de Dios, las realidades sociales se vuelven sospechosas. Lo espiritual es mejor que lo social. Esperamos que cierta actividad de la iglesia no se convierta en "solamente un acontecimiento social", implicando que no tendría ningún significado espiritual. Esta desafortunada división entre lo espiritual y lo social con frecuencia nos desvía de la ética del reino.

Las realidades espirituales implican grandes verdades metafísicas; incluyen nuestras creencias acerca de Dios, de la salvación y de la misteriosa acción del Espíritu de Dios en nuestras

vidas. Las realidades sociales, por otra parte, apuntan a los asuntos terrenales y mundanos: albergue, compañerismo, salario, recreación y nuestra necesidad de aprobación, amor, creatividad y relaciones satisfactorias.

Esta falsa división entre lo espiritual y lo social nos conduce a una lectura deformada de las Escrituras. Nos impulsa a convertir las palabras severas de Jesús en un jarabe dulce y espiritualizado. Esto diluye sus enseñanzas, y las convierte en inofensivas. Nos maravillamos ante la muerte expiatoria de Jesús, pero olvidamos que él también nos demostró una nueva forma de vivir.

Cualquier evangelio que no sea social, no es evangelio. El amor de Dios por el mundo produce una acción social, ya que Dios no sólo se sentó en una gran mecedora teológica a meditar acerca de su amor por el mundo. Dios actuó. Dios irrumpió en los asuntos sociales, en forma humana. Por medio de Jesús, Dios vivió e interactuó en un medio social real. Jesús, en esencia, reveló los hábitos sociales de Dios; en la encarnación, lo espiritual se volvió social.

Poniéndolo en otra forma, este definitivo acto social fue una palabra espiritual que nos comunicó los misterios de Dios en forma social práctica. Palabra y hecho se convirtieron en una sola realidad en la encarnación. En estos últimos días Dios nos ha hablado, no en griego o inglés, sino a través de su Hijo, o sea un acontecimiento social (Hebreos 1:2). Lo genial de la encarnación es que el mundo espiritual y social se encontraron y se fundieron en Jesucristo; separarlos es negar la encarnación. Lo social y lo espiritual están firmemente entretejidos en el relato de la vida de Jesús presentado en los evangelios.

Un erudito argumenta que el arrepentimiento "es puramente una acción ética ... un acto que involucra únicamente al individuo y a Dios, sin ninguna consideración hacia otros seres humanos o el mundo".[15] Este enfoque erróneamente asume que el arrepentimiento es solamente una experiencia espiritual personal sin ninguna implicación social. Si esto fuera así, ¿por qué Jesús le concede tanta importancia al arrepentimiento, a no ser por razones éticas? Tal división representa mal al evangelio. No existen dos evangelios. No hay un evangelio espiritual y un evangelio social, una salvación

y un evangelio de hambre. Tenemos un solo evangelio integrado del reino y este evangelio funde en una la realidad social y espiritual.

Jesús vincula lo espiritual y lo social en un todo inseparable. Por una parte afirma que la verdadera fe está anclada en el corazón, no en los diezmos, sacrificios, lavamientos y otros rituales externos. En este sentido él espiritualiza la fe religiosa.

Por otra parte, Jesús argumenta que la fe en Dios siempre se expresa en actos sociales tangibles de amor por el prójimo. En otras palabras, elimina nuestras diferencias entre lo social y lo espiritual. Desde el punto de vista de Jesús, lo espiritual y lo social son inseparables, como una tela sin costura.

En cierta ocasión un pastor espiritualizó la historia de Zaqueo. Dijo a la congregación que Jesús puede ayudarnos a bajar de nuestros árboles espirituales. Si estamos "atrapados" espiritualmente a nuestro propio árbol, Jesús puede liberarnos. El sermón pasó por alto las profundas dimensiones económicas de la historia. El impacto social del encuentro lo convirtió en algo trivial con trilladas aplicaciones espirituales. Una lectura realista del texto descubre a un colector de impuestos codicioso que se encuentra con Jesús, se arrepiente e inmediatamente corrige sus malversaciones económicas. El arrepentimiento espiritual y la retribución social forman una sola, historia que Jesús describe como una "visitación de la salvación".

Al investigar las implicaciones sociales del evangelio, no se menosprecian o descuidan sus proyecciones espirituales; sino más bien se afirma que estas proyecciones espirituales siempre tienen ramificaciones sociales. La integración de lo social y lo espiritual en un todo no es una forma humanística de teologizar desde abajo; por el contrario, afirma una encarnación que se movió del lugar santísimo del templo de Jerusalén a la realidad social de la sociedad de Palestina.

Al espiritualizar los textos bíblicos, los sacamos fuera de la experiencia práctica humana; diluimos su significado social. Por otra parte, cuando exploramos el contexto social de un texto bíblico, su significado se convierte en algo pertinente para nuestra situación actual.

Desvío cuatro: Solamente cambie su carácter

La siguiente barricada nos dice que el reino solamente afecta nuestro carácter personal. En otras palabras, las enseñanzas de Jesús sirven para edificar el carácter privado y personal, pero no la conducta social. Un erudito llega a la conclusión que el deseo primordial de Jesús es el desarrollo de un carácter justo. La conducta, observa, debiera ser una manifestación de tal carácter justo; pero, "por supuesto es cierto que hay muy poca enseñanza explícita en los evangelios sobre una conducta, o ética, social".[16]

La diferencia entre la conducta personal y la social es considerablemente, pero también resulta problemática. Sugiere que las decisiones y acciones personales no tienen consecuencias sociales. Asume que los individuos operan en un ambiente sin ninguna implicación social, separados totalmente de las fuerzas sociales.

Según este enfoque, a Jesús le preocupaban únicamente los aspectos privados de la vida interior, tales como: el carácter, las actitudes, las motivaciones, las emociones y los rasgos de personalidad. Por lo tanto, la ética de Jesús se aplica únicamente a los sentimientos internos que tienen muy poco impacto en los demás. Lo que Jesús aborda es nuestra perspectiva emocional, nuestra esperanza y paz interna.

El problema de una división entre lo personal y lo social es que, virtualmente, todo comportamiento es social. ¿Existen algunas acciones que sean puramente "personales"? Tal vez rascarse una pierna podría pasar este examen; pero aun esta simple acción puede provocar problemas. La forma correcta de rascarse la pierna se aprende en el contexto social. Las normas culturales determinan el tiempo y el método para rascarse. ¡Ay del líder nacional que se rasque durante una conferencia de prensa!

Aun las ideas, valores y rasgos de carácter tienen un origen social. No caen del cielo simplemente. Han sido aprendidas en un contexto social: las discusiones con amigos, leer un libro, escuchar grabaciones, han sido aprendidas cuando los hijos observan a sus padres a lo largo de muchos años. Esto no significa que el individuo no contribuya con su propia originalidad o creatividad. Tampoco significa que los individuos sean robots programados por la cultura.

Nuestra mente es el crisol en donde una variedad de influencias se procesan y se mezclan. Cada persona mezcla estas influencias sociales en su propia manera hermosa y única.

Los sentimientos y motivaciones internas no sólo tienen raíces sociales, sino también ramificaciones sociales. Los sentimientos de desesperación afectan la manera en que interactuamos con otros. Las actitudes que Jesús señaló eran actitudes sociales, sentimientos dirigidos a otras personas. Odiar a alguien en el corazón es equivalente a asesinarlo; la lujuria sexual es igual que el adulterio.

Nuestros sentimientos y emociones internas no están selladas a los demás. Emergen de acuerdo a la experiencia social y se dirigen hacia los demás. Es difícil pensar en cualquier rasgo de carácter, aislado del contexto social. Alguien varado en una isla desierta puede ponderar el significado de la integridad, de la honestidad y de la mansedumbre, pero resultaría una experiencia frustrante y vacía sin otras personas. Si a Jesús le hubiera preocupado únicamente el carácter interno, habría pasado todo su tiempo en el desierto predicando a las piedras acerca de las virtudes de la armonía interior.

El hecho que las ideas y los sentimientos tengan orígenes y consecuencias sociales no niega el papel del Espíritu Santo. Dios nos creó como entes sociales y su Espíritu usa a otras personas para ministrar a nuestras necesidades y promover nuestro cuidado por las necesidades ajenas. Las creencias y pensamientos pueden ser productos sociales con implicaciones sociales, pero eso no significa que nuestra vida interior no tenga importancia; todo lo contrario, pues cuando nos percatamos de su vinculación con otros a nuestro alrededor comprendemos cuán importante es. Los pensamientos influencian y determinan nuestro comportamiento. Jesús enfatizó la necesidad de una genuina justicia interior en contraste con los rituales hipócritas. El también sabía que la vida interior rinde un fruto social.

La ética social del reino, como fue enseñada y vivida por Jesús, puede ser transportada sobre el puente que une el primer siglo con el siglo veinte. Este libro resiste el concepto de que Jesús debería regresar a su propio tiempo, puesto que "él no brinda una ética valedera para hoy".[17] En contraste, las páginas siguientes

hacen eco de la preocupación de otros eruditos de que la ética social cristiana está firmemente unida al reino de Dios.[18] Los evangelios no ofrecen un sistema de ética formal que cubra toda situación concebible. No me uno a una mentalidad sentimentalista de sencillamente "seguir sus pasos". Sin embargo, los evangelios sí nos brindan episodios, historias y cuadros pletóricos de enseñanzas aplicables a nuestra situación moderna.[19] Los cuadros de lo bueno y lo correcto que aparecen en los relatos del reino no son posibilidades imposibles o ideales románticos; más bien están estrechamente vinculados con los escabrosos problemas de la existencia humana de hoy.

La visión del reino delineada en los evangelios no presenta un programa específico de ética social o acción política; sin embargo, la visión del Nuevo Testamento nos indica claramente lo que no es el reino. También nos introduce a los principios básicos de lo correcto y lo bueno que son fundamentos del reino. Las aplicaciones específicas, desde luego, son obra de la iglesia a lo largo de los siglos, según la dirección del Espíritu Santo.

Lo sorprendente de nuestros esfuerzos por comprender el reino es la forma en que lo separamos al azar en categorías. Nuestras interrogantes y categorías fragmentan el reino en pedacitos. Preguntamos: ¿Es el reino presente o futuro? ¿Personal o social? ¿Abstracto o concreto? ¿Terrenal o celestial? ¿Espiritual o político? ¿Atado a la iglesia o circunscrito al mundo? ¿Un don de Dios, o decretado por nosotros?

Nuestra propensión humana de dividir el reino en categorías lógicas y manejables atenta contra su integridad. El reino de Dios debiera sacudir nuestras débiles categorías humanas, pues abarca todo lo anterior. Recordemos que ¡es el reino de Dios, no nuestro reino!

Queremos comprenderlo, examinarlo, analizarlo; pero Dios nos invita a entrar en él. Dios nos ha invitado a dar la espalda a los reinos de este mundo y a abrazar el reino de cabeza. En el fondo de todas las enseñanzas de Jesús acerca del reino hay un llamado a responder.[20] El no nos invita a estudiarlo, sino a unirnos a él; no a examinarlo en detalle, sino a entrar. ¿Cómo responderemos?

Preguntas para discusión

1. ¿Qué nos dicen las profecías de Juan el Bautista y María acerca de la naturaleza del reino?
2. Además de la escalera y el juego de pelota, ¿qué otras imágenes podrían ayudarnos a visualizar y a simbolizar el reino de cabeza?
3. ¿Qué diferencia hay entre ver el reino de Dios como un conjunto o como una colectividad?
4. ¿Qué desvíos fáciles obstaculizan la enseñanza bíblica?
5. ¿Qué otras señales de desvíos nos impiden aplicar la ética bíblica hoy?
6. Brinde otros ejemplos de "espiritualización" que debilite el concreto significado social del evangelio.

2
POLITICA EN EL MONTE ALTO

La tentación de tres púas

Los escritores sinópticos registran que antes que Jesús estableciera su reino al revés, tres reinos al derecho lo trataron de seducir. Su tentación duró cuarenta días. El número "cuarenta" representa prueba y opresión en la historia judía. El diluvio duró cuarenta días y cuarenta noches; los hebreos vagaron por el desierto cuarenta años; Moisés estuvo en el monte Sinaí cuarenta días y noches; y Goliat desafió a los israelitas durante cuarenta días.

Marcos no registra la tentación de Jesús, pero Mateo y Lucas (ambos en el capítulo 4) están de acuerdo en que Jesús luchó contra tres reinos diferentes, simbolizados por el monte alto, el templo y el pan. Esas tres opciones diferentes, pero interrelacionadas, eran las patas de un trono. Sobre él Jesús se habría sentado como un Mesías político de buena fe.

Los episodios de la tentación encarnan un reino al derecho. Representan tres instituciones sociales del tiempo de Jesús: la institución política (el monte alto), la institución religiosa (el templo) y la institución económica (el pan).[1] Las instituciones sociales constituyen patrones establecidos de comportamiento social que organizan la vida de un segmento particular de la sociedad.

Las instituciones económicas, por ejemplo, son una red de reglas sociales que gobiernan la actividad financiera especificando tasas de interés, los derechos de los deudores y de los acreedores. Los miembros de un sistema social toman esas "reglas" del juego económico como algo establecido y convierten el comportamiento

financiero en algo predecible y ordenado. Los patrones sociales están profundamente enraizados en la vida de una sociedad. Al igual que el sector financiero, un conjunto de normas sociales también organiza las áreas educacionales, recreativas, religiosas y de otras esferas sociales.

La tríada de tentaciones ofreció a Jesús un verdadero desvío social. La prueba triple prometía realizar todas las esperanzas judías para un Mesías que desafiaría a los opresores políticos, alimentaría a los pobres y obtendría una milagrosa aprobación de lo alto. Lucas dice que el diablo se alejó de Jesús "por algún tiempo". Esto sugiere que estos tentadores atajos no se evaporaron después de cuarenta días en el desierto. Siguieron atormentando a Jesús.

Cuando Pedro reprende a Jesús por hablar acerca de su futuro sufrimiento, él declara enfáticamente: "Apártate de mí, Satanás" (Marcos 8:33). Aparentemente el uso de la fuerza violenta para alcanzar sus fines continuó asediando a Jesús. En medio de una disputa en relación al poder, Jesús recuerda a sus discípulos que lo han seguido en sus pruebas (Lucas 22:28). A lo largo de todo su ministerio, Jesús enfrentó alternativas políticas que amenazaban con desviarlo de su forma "al revés" de sufrimiento no resistente.

Para entender la naturaleza del reino al revés, tenemos que considerar las alternativas que presenta el reino al derecho: monte alto, templo y pan. Sólo cuando vemos lo que Jesús rechazó, podemos entender qué afirmó. Este capítulo y los dos siguientes tratan con la historia de la tentación en el contexto político, religioso y económico del tiempo de Jesús. Las tentaciones nos permiten revisar la ubicación social del ministerio de Jesús. Cada capítulo trata con una de las tentaciones que se le ofrecieron. Comenzaremos con la tentación política, y luego abordaremos la religiosa y la económica.

Jesús el Grande

Según Mateo 4:8, la tentación política le fue presentada a Jesús en un monte muy alto. Lucas registra que los reinos del mundo, con "todo su poder y gloria" le fueron ofrecidos a Jesús. Esta era la oportunidad de Jesús para ser un nuevo Alejandro el

Grande, su oportunidad para ejercer la autoridad del poder político en todo el esplendor y gloria del mundo Mediterráneo. Una vez más Israel sería el poder supremo, la luz y el poder sobre todas las naciones. La venganza de Dios arrasaría con todos los imperios del Medio Oriente. El eje de autoridad e influencia en el mundo se trasladaría de Roma a Jerusalén. César ya no podría imponer impuestos o insultar a los judíos, porque César mismo serviría a Israel.

Desde ese monte alto Jesús se vio a sí mismo sosteniendo el cetro del poder político en todo el mundo. No solamente gobernaría, sino su trono estaría por encima del poder más alto del mundo, y las multitudes lo aclamarían. Este reino al derecho contrastaba dramáticamente con el papel de siervo humilde y sufriente. ¿Por qué resultaba tan tentador? ¿Por qué podría importarle a Jesús la ocupación romana?

Es necesario un pequeño paréntesis histórico para comprender las esperanzas políticas de los judíos en el tiempo de Jesús.[2] El Antiguo Testamento termina con los hebreos bajo el dominio de Persia. Los persas habían permitido a los hebreos regresar a Israel en el año 538 a. C.[3] después de cincuenta años de cautividad en Babilonia. Una pacífica coexistencia con los persas había permitido la reconstrucción del templo bajo Zorobabel. La situación cambió rápidamente cuando un joven griego, Alejandro el Grande, ascendió al poder y conquistó a los persas en el año 334 a.C. Hacia 332 a.C., toda Palestina había caído bajo su dominio y éste se dirigía a Egipto. Alejandro albergaba la esperanza de inaugurar una civilización mundial unificada bajo el estilo de vida griego (esto se conoce como helenización).

Por primera vez los mercaderes griegos y el idioma griego se sentían a gusto en Palestina. Después de que una fiebre terminó con la vida de Alejandro a los treinta y dos años de edad, su imperio cayó en manos de sus ambiciosos generales. Palestina se convirtió en una zona de combate entre estos generales cinco veces en diez años. Finalmente uno de los generales, Ptolomeo, gobernador de Egipto, junto con sus sucesores, logró el control de Palestina por más de cien años. Ptolomeo supuestamente entró en Jerusalén un

día sábado y bajo el engaño de ofrecer sacrificio, capturó a muchos judíos y los deportó a Egipto.[4]

"El Loco"

En el año 198 a.C. Siria arrebató el reino judío a los egipcios. Alrededor del año 175 a.C. el rey sirio Antíoco IV ascendió al poder y causó grandes estragos y ruina entre los judíos. El pueblo le llamaba "el Loco", pero él se llamaba a sí mismo "el ilustre". Enseguida estableció una política para indoctrinar a los judíos en el estilo de vida griego y pronto la cultura griega invadió Jerusalén. Se construyó un gimnasio para entrenamiento atlético y cuando los jóvenes judíos competían desnudos en los certámenes atléticos que se desarrollaban en el gimnasio, se avergonzaban de su circuncisión. Muchos se sometieron a operaciones para ocultarla. Comenzaron también a usar vestimentas griegas, especialmente un sombrero de ala ancha, muy de moda, asociado con el dios Hermes.

El escritor judío, en 2 Macabeos 4:14 se lamenta que los sacerdotes judíos hubieran abandonado sus sacras responsabilidades para asistir a eventos deportivos como lucha, lanzamiento de disco y carreras de caballos. El lenguaje griego predominaba en Jerusalén. Los hebreos resistieron la helenización, pero no pudieron detener las tácticas depravadas de Antíoco IV.

En dos ocasiones "el Loco" de Siria se apoderó del tesoro judío para subvencionar su actividad bélica. Se llevó a Antioquía en Siria preciosos muebles del templo, tales como el altar del incienso, la lámpara de siete brazos y la mesa de los panes de la proposición. Un erudito describe su política:

> Los muros de Jerusalén fueron derribados. En el monte de la antigua ciudad de David se construyó una fortaleza. Se prohibió a los judíos, bajo pena de muerte, guardar el sábado y circuncidar a sus hijos. Los inspectores del rey viajaban a lo largo y ancho del país para supervisar el cumplimiento de estos decretos. En Jerusalén se erigió un altar

> pagano, precisamente en el sitio donde había estado el altar del incienso, y allí en el año 167 a.C. se ofrecían sacrificios a Zeus, supremo dios del Olimpo.[5]

Durante el reinado de "el Loco", sucesivamente dos sumos sacerdotes judíos adquirieron su nombramiento sobornándole con grandes sumas de dinero. Poseer una copia de las Sagradas Escrituras, significaba muerte. La erección del altar a Zeus terminó con los sacrificios a Jehová y diez días después que el altar se terminó, un cerdo fue sacrificado allí. Esto era espantoso para la pureza del ritual judío. El santuario del templo fue manchado con sangre y los soldados cometieron las más obscenas indecencias en los sagrados atrios del templo.

Además el pueblo judío sufría gran opresión económica. La codicia de "el Loco" le impulsaba a gravar con impuestos hasta los extremos siguientes:

> Impuestos sobre la sal extraída del mar Muerto; impuestos que oscilaban desde un tercio del grano cosechado, hasta la mitad de todas las frutas; impuestos sobre las personas, impuestos de la corona, impuestos sobre el templo, además del derecho del soberano de apoderarse de ganado y de cualquier negocio en nombre de la conscripción militar. Todo esto provocaba mucho desasosiego.[6]

Para que su cultura, su forma de adorar e identidad pudieran sobrevivir aquí en su patria, los judíos decidieron que tendrían que luchar.

Los martilladores

A pesar de que los sumos sacerdotes y buena parte del pueblo recibieron con beneplácito la cultura griega, un reducido grupo de judíos tradicionales resistieron la influencia extranjera. Este elemento conservador, los hasideanos (que significa los piadosos),

protestaron cuando los judíos abrazaron la cultura griega; pero no se rebelaron contra las políticas de "el Loco".

La rebelión surgió en el campo. Un viejo sacerdote llamado Matatías y sus cinco hijos vivían en una pequeña aldea como a veinte millas al noroeste de Jerusalén. Cuando uno de los inspectores del rey entró en la aldea para obligar a los judíos a ofrecer sacrificios paganos, Matatías se negó. Mató al inspector e invitó a todos los que tenían celo por la ley que lo siguieran. Luego padre e hijos huyeron escondiéndose en las cuevas de las montañas judías. Los piadosos hasideanos finalmente estuvieron dispuestos a luchar contra los invasores sirios, y se unieron a Matatías y sus hijos. Desde su base en el desierto, los judíos rebeldes dirigieron campañas relámpago para derribar los altares paganos y hostigar a los judíos apóstatas.

En cierta ocasión unos rebeldes, por respeto al sábado, rehusaron contra-atacar a las tropas sirias; como resultado, fueron sitiados y masacrados. Esto dio inicio a una resistencia total y masiva, que comenzó una campaña ofensiva. Matatías murió y su hijo, Judas Macabeo ("el Martillador" en hebreo), organizó una exitosa campaña militar que infligió duros golpes a los sirios. Finalmente los macabeos lograron el control del templo de Jerusalén.

En el año 164 a.C., tres años después de que había sido contaminado con sangre de cerdo, se volvió a consagrar el templo. Aún hoy los judíos celebran Hanukkah, la fiesta de consagración en conmemoración de este acontecimiento.

A pesar que los judíos recuperaron la supervisión del templo, los sirios retuvieron el control de una fortaleza cercana a Jerusalén. Con la restauración del templo, los piadosos hasideanos ya no siguieron apoyando la revolución; tenían muy poco interés en la libertad política. Este grupo, finalmente, dio origen al movimiento fariseo.

Pero otro grupo que empezó a surgir, el de los saduceos, insistía en la independencia política. Finalmente en el año 142 a.C. alcanzaron su objetivo bajo la dirección de Simón (uno de los cinco hijos de Matatías). El se declaró a sí mismo sacerdote, líder militar y portavoz del pueblo. Esto dio inicio a un período de ochenta

años de independencia política monitoreada por la familia de los llamados asmoneos. Durante este tiempo la misma persona, con frecuencia, gobernaba como rey y sumo sacerdote. Se acuñaron monedas, y el Estado judío conquistó Moab, Samaria y Edom.

Los conflictos entre fariseos y saduceos les obligaron a aliarse con las facciones beligerantes de la familia asmonea; y un empate militar entre los grupos rivales abrió la puerta a los romanos en el año 63 a.C. Pompeyo, el general romano, sitió Jerusalén por tres meses. Finalmente, un día sábado, los romanos vencieron la última fortaleza, el templo. Más de 12,000 judíos fueron masacrados. Pompeyo entró al lugar santísimo, abierto únicamente al sumo sacerdote una vez al año, y asombrado lo encontró vacío. La profanación del general romano fue un ultraje para los judíos fieles, quienes recibieron esta acción como juicio de Dios.

Después de cien años de libertad política, el Estado judío estaba nuevamente bajo la bota de un poder extranjero. Por siglos sería tributario del gran imperio romano. Por lo tanto, en los quinientos años antes del nacimiento de Jesús, el pueblo judío fue lanzado de un lado a otro en el ping-pong político, por estar ubicado en medio de los grandes poderes del Oriente Medio: Babilonia, Persia, Grecia, Egipto, Siria y, finalmente, Roma.

Roma dominó la política de Palestina después del año 63 a.C. Después de la conquista de Pompeyo, por casi una generación, la turbulencia agitó Palestina debido a que las facciones rivales luchaban por asumir el control. En su rápida conquista y en las posteriores represiones a la resistencia popular, los ejércitos romanos actuaron con brutalidad. En algunos casos quemaban y destruían pueblos enteros. A veces crucificaban, descuartizaban o esclavizaban a poblaciones enteras; pero el fuego de la libertad, encendido por Judas "el Martillador", no pudo ser extinguido. Se encendía una y otra vez en la era de Jesús hasta que finalmente Roma lo extinguió en el año 135 d.C.

Herodes el Grande

En el año 37 a.C. Herodes el Grande ascendió al poder como un rey títere de Roma. Símbolo de una tiranía opresora, gobernó

hasta su muerte acaecida en el año 4 a.C. Mantuvo un reinado represivo sobre el pueblo contratando soldados extranjeros, construyendo fortalezas estratégicas y orquestando una red de informadores secretos. El gobernaba cuando Jesús nació. Fue a este Herodes a quien se acercaron los sabios venidos de Oriente, y fue él quien mandó matar a todos los niños varones de Belén al sentirse amenazado ante la perspectiva de un nuevo rey.

Bajo el reinado de Herodes el territorio de Palestina casi se duplicó. Herodes logró un delicado equilibrio entre el poder de Roma y el nacionalismo judío. El podía conservar su corona mientras agradara a Roma. Personalmente no tenía que pagar impuestos a Roma, pero se le ordenaba enviar tropas en tiempos de guerra. El podía tener su propio ejército, siempre y cuando no fuera una amenaza para el imperio. Y sobre todo, tenía que mantener la paz y gobernar el territorio con eficiencia.

Lo más destacado del reinado de treinta y tres años de Herodes fue un vasto programa de construcción. A pesar de que no impuso la cultura griega a los judíos, la arquitectura de Herodes seguía los patrones romanos. Construyó templos, gimnasios, conventos, acueductos y anfiteatros en gran escala. Construyó varias ciudades nuevas, como Cesarea, con su bahía artificial en la costa del Mediterráneo. Fortalezas y palacios surgieron en toda la campiña. Enormes proyectos de construcción, incluyendo templos paganos también se edificaron en las tierras gentiles de Tiro, Sidón, Nicópolis, Esparta y Atenas, por nombrar sólo unas cuantas.

Debido a la posibilidad de que Herodes hubiera tenido algún ancestro gentil, los líderes judíos jamás confiaron en él totalmente. Para ganarse su confianza comenzó a renovar el templo en Jerusalén en el año 20 a.C., el vigésimo octavo año de su reinado. Los judíos temían que al demoler Herodes el templo existente construido por Zorobabel, jamás lo volvería a edificar. Como prueba de su sinceridad, suministró mil carretas y contrató 10,000 obreros. Además entrenó a 1,000 sacerdotes como albañiles y carpinteros, para que pies sin consagrar no profanaran el lugar santísimo durante la reconstrucción. Duplicó el tamaño del área del antiguo templo. La magnífica nueva estructura era el orgullo y la gloria de Herodes. Este era el templo que operaba durante la vida de Jesús. Fue

destruido por los romanos en el año 70 d.C., siete años después de su terminación.

Acontecimientos importantes y línea del tiempo

a.C.	538	Fin de la cautividad en Babilonia
	332	Alejandro el Grande
		Control de egipto y Palestina
Antes	198	Siria toma control de Palestina
de	175	Antíoco IV "el Loco"
Cristo	164	Los Macabeos ganan control
	63	Pompeyo, general romano
a.C.	37-04	Herodes el Grande
	05	Nacimiento de Jesús
	04	Muerte de Herodes el Grande
	04	Levantamiento y revuelta general
	04	División del reino de Herodes
		Herodes Antipas
		Felipe
		Arquelao

d.C.	0	
	06	Deportación de Arquelao
	06	Control romano directo (procurador)
	06	Impuestos romanos
d.C.	25-28	Ministerio de Jesús
	26-30	Poncio Pilato
Después	66-70	Revuelta y levantamiento general
de	70	Roma destruye el templo y Jerusalén
Cristo	132	Levantamiento de Bar Kochba
	135	Roma destruye Jerusalén

La insaciable ambición de Herodes lo hizo tanto despiadado como favorable hacia los asuntos judíos. Para recibir la aprobación continua de Roma tenía que mantener la estabilidad entre el pueblo judío. Por lo tanto, no podía permitir que ganaran terreno sus rivales políticos, ni el nacionalismo judío. A pesar de que distribuyó granos gratuitamente durante una hambruna y redujo los impuestos en tiempos difíciles, sus proyectos de construcción atenazaban al pueblo con duros impuestos. Algunas de estas rentas públicas se dedicaron al nuevo templo, con gran beneplácito de los judíos. Otros impuestos, sin embargo, eran usados para subsidiar la construcción de lujosos templos paganos en lugares lejanos; esto irritaba mucho a los líderes judíos. Bajo Herodes el Grande los impuestos "fueron cobrados despiadadamente, pues él siempre estaba pensando en nuevas formas de subsidiar sus grandes gastos".[7] Esto provocó un amargo resentimiento popular porque Herodes despilfarró mucha de la riqueza del pueblo, succionando la sangre del pueblo con impuestos opresivos.

Herodes usualmente toleraba la adoración y los rituales judíos; pero ocasionalmente surgieron confrontaciones directas. Por deferencia hacia Roma, Herodes hizo colocar un águila dorada, el emblema real del imperio, sobre la gran puerta al oriente de la ciudad. Esto enfureció de tal forma a unos cuarenta judíos piadosos que desafiantemente derribaron el águila. Como represalia Herodes los hizo quemar vivos.

Durante los siguientes años, los fariseos rehusaron firmar juramento de lealtad a Herodes o al emperador romano por lo que fueron castigados severamente. Aunque el reino había crecido, Herodes no gozaba de popularidad. El resentimiento bullía en toda la tierra y la depravada forma en que Herodes trataba a su familia levantó gran suspicacia en su contra. En el palacio vivían sus muchas mujeres, diez en total. A lo largo de los años asesinó a dos de ellas, a tres hijos, a un cuñado y a otros parientes. Se cuenta que el emperador romano dijo: "Es mejor ser el cerdo de Herodes, que su hijo".[8]

Poco después del nacimiento de Jesús, Herodes agonizaba. Para evitar que el pueblo celebrara su muerte, ordenó que los judíos principales fueran encarcelados en el coliseo de Jericó y ejecutados

en cuanto él muriera. De esta forma quería garantizar que las lágrimas judías corrieran, aunque no fuera por él.[9] Afortunadamente, los prisioneros fueron liberados inmediatamente después de su muerte. El fallecimiento del brutal tirano hizo estallar un levantamiento popular que envolvió la niñez de Jesús.

La conexión con Roma

El reino de Herodes se dividió en tres partes. Su hijo, Herodes Antipas, gobernó el distrito de Galilea, al oeste del lago, que incluía el pueblo natal de Jesús, Nazaret. Con frecuencia se confunde a los dos Herodes. Herodes el Grande, descrito arriba, gobernaba cuando Jesús nació, pero murió poco tiempo después. Herodes Antipas, su hijo, fue quien ejecutó a Juan el Bautista y a quien Jesús llamó un zorro (Lucas 13:31). Durante el juicio de Jesús, Pilato envió a Jesús a Herodes Antipas, quien casualmente estaba en Jerusalén. Después de gobernar por 42 años, Herodes Antipas fue desterrado al exilio por el emperador romano.

Felipe, segundo hijo de Herodes el Grande, recibió el territorio al noreste del lago de Galilea. Gobernó pacíficamente durante 37 años, y se hace poca mención de él en los evangelios.

Arquelao, tercer hijo de Herodes, gobernó la tercera y más meridional porción del reino de Herodes. Jerusalén era su centro. Cuando José volvía de Egipto con el niño Jesús, temió ir a Judea cuando oyó que Arquelao había sucedido a su padre. Por eso, José se estableció en Nazaret, gobernado por Herodes Antipas (Mateo 2:22).

Los tres hermanos, Herodes Antipas, Felipe y Arquelao, tenían que reunirse con el emperador romano para que confirmara y legitimizara su derecho a gobernar. Arquelao se metió en problemas aun antes de salir de Jerusalén para recibir la bendición del emperador. Destituyó al sumo sacerdote judío y nombró otro. Se desataron trifulcas durante la fiesta de Pascua en Jerusalén. La multitud exigía impuestos más bajos, la liberación de prisioneros políticos y la destitución del nuevo sumo sacerdote. La turba atacó a los soldados y los apedreó hasta la muerte. Arquelao rápidamente

ejecutó a tres mil alborotadores y despachó al resto de los peregrinos de regreso a casa; después partió hacia Roma.

Los fervientes patriotas judíos ya no podían soportar más. La insurrección se extendió. Surgieron líderes rebeldes por todo el país. Más allá de Jerusalén, en los distritos de Galilea, Judea y Perea ocurrieron sangrientos desórdenes.[10] Simón, antiguo esclavo de Herodes, se convirtió en el caudillo de los ataques guerrilleros contra los palacios de Herodes y las propiedades de los ricos.

En Judea, un antiguo pastor llamado Athronges y sus cuatro hermanos condujeron la resistencia contra Arquelao por varios años.[11] En Galilea, un Judas, cuyo padre Ezequías había sido muerto por Herodes el Grande, se convirtió en un apasionado revolucionario. Judas dirigió la revuelta desde la aldea de Séferis, que quedaba a una hora de camino al noreste de Nazaret y tomó a viva fuerza el arsenal de Herodes en Séferis. Estos líderes rebeldes comenzaron a gobernar por algunas semanas en varias partes del país como "reyes" auto proclamados. Athronges, en Judea, gobernó por varios meses.

Pero el poder de la Roma imperial no podía ser escarnecido. Roma aplastaría a estos necios reyes aldeanos judíos. Puesto que Arquelao estaba aún en Roma durante el levantamiento, el comandante romano en Siria intervino desde el norte. Movilizó sus ejércitos hasta el sur de Palestina. Quemó Séferis hasta sus cimientos y vendió a toda su población como esclavos. Siguiendo hacia el sur, el comandante romano mató a 2,000 rebeldes, dejando al pueblo aturdido y taciturno.

En Jerusalén, los patriotas judíos combatieron cuerpo a cuerpo con los soldados romanos comandados por Sabino. Los rebeldes atacaban a los soldados desde lo alto de las paredes del templo y trataron de prender fuego a una fortaleza que protegía a los romanos. Algunos de los soldados reales desertaron y se unieron a los rebeldes. Al final, los romanos ganaron. Los soldados incendiaron el templo y pillaron sus tesoros.

A su regreso de Roma, Arquelao recuperó el control. La mecha de la bomba político-religiosa en Palestina ya estaba ardiendo Esta vorágine revolucionaria enmarcó el contexto de la

niñez de Jesús. Explotaría otra vez en los años 66-70 en una revuelta judía masiva, unos 30 años después de su muerte.

Poco se sabe acerca del breve reinado de Arquelao (4 a.C. hasta 6 d.C.). El despreció todo lo que era preciado por los judíos, especialmente al casarse con una mujer divorciada de su segundo marido. La indignación y el odio de su pueblo era tan fuerte, que judíos y samaritanos enviaron una delegación a Roma a implorar la remoción de Arquelao. Sorprendentemente, el emperador Augusto accedió y lo envió al exilio en el año 6 d.C., durante la niñez de Jesús.

Este acontecimiento cambió la organización política de Judea para peor. En vez de ser gobernados por un rey quasi-judío, por primera vez ahora se convirtió en una provincia romana. Un procurador romano (llamado a veces prefecto o gobernador) supervisaba directamente Judea. Este procurador, como Pilato, era responsable ante el emperador romano. El imperio romano tenía dos tipos de provincias:

1) Las áreas más importantes y ricas recibían un gobernador de rango senatorial, llamado legado. El legado Sirio, Quirinio, controlaba Siria y el norte de Palestina con un ejército de varias legiones, cada una de hasta 6,000 soldados de a pie.
2) Las provincias menores, como Judea, requerían de menos tropas para mantener el orden. A éstas se les asignaba un gobernador romano llamado procurador, de una clase social inferior que la del legado.

El procurador era directamente responsable ante Cesar y tenía plena autoridad militar, judicial y económica. Judea tenía tropas auxiliares reclutadas entre la población gentil. Los judíos, sin embargo, estaban exentos del servicio militar porque se negaban a pelear en sábado. El procurador tenía cinco cohortes de 600 hombres cada una bajo su mando y mantenía guarniciones en todo el país. Una cohorte de 300-500 soldados estaba permanentemente apostada en el Fuerte Antonia en Jerusalén, y desde allí podía dominar todo el área del templo para prevenir disturbios. El procurador Pilato vivía en Cesarea, sobre la costa del Mediterráneo; pero durante las festividades judías traía tropas adicionales a Jerusalén para prevenir el caos entre los miles de peregrinos.

Hombres de espada

El primer procurador romano llegó a Judea en al año 6 d.C. para sustituir a Arquelao, alrededor de nueve años después de la gran revuelta. A la par del control directo romano llegaron, por supuesto, los impuestos romanos. Con este fin, el comandante romano Quirinio llegó a Jerusalén para levantar un censo de población con propósitos taxativos. Los apasionados nacionalistas judíos, que anhelaban una patria libre, se oponían a los impuestos romanos. La sustitución del rey títere Arquelao por un gobierno romano directo inflamó la ya tensa situación. Los celosos patriotas judíos sabotearon el censo. Argumentaban que la tierra es propiedad de Dios; por lo tanto, todos los impuestos también le pertenecían a él. Desde su punto de vista, los impuestos territoriales y personales eran nuevas formas de esclavitud e idolatría.

Los zelotes, cuyo nombre se deriva de su celoso amor por la ley judía, anhelaban fervientemente la liberación del poder opresor romano, y el establecimiento de un Estado judío independiente. El censo romano del año 6 los enfureció.[12] Sólo Dios es rey, decían, declarando como blasfemia llamar al emperador "rey" y "señor". Según ellos, esto violaba el primer mandamiento que prohibía rendir adoración a otros dioses. Algunos creían que pagar impuestos al emperador era pura idolatría. Los super zelotes ni siquiera tocaban una moneda acuñada con la imagen del emperador. Como un erudito observa: "De todos los pueblos que integraban el imperio romano, ninguno resistió política y espiritualmente, tan persistente y firmemente la ocupación y gobierno romano, como lo hicieron los judíos".[13]

La resistencia judía contra Roma se manifestó de muchas formas en los primeros sesenta años del nuevo siglo. Además de los religiosos zelotes, bandidos errantes vivían en cuevas en el campo. Por lo menos siete profetas o pretendientes mesiánicos de uno u otro tipo dirigieron movimientos populares. Ellos esperaban que Dios, en forma milagrosa, erradicaría a los romanos y establecería su gobierno divino como en días pasados.

También habían rebeldes políticos como Barrabás, liberado durante el juicio de Jesús. En varios casos, los líderes intelectuales

judíos dirigieron protestas no violentas para resistir el trato profano de los objetos y lugares sagrados. Durante los festivales judíos, turbas sin control protestaban contra el gobierno romano. El movimiento de resistencia latía en los estratos populares por doquier. En contraste, la élite de líderes judíos que vivían en Jerusalén con frecuencia colaboraban silenciosamente con los romanos.

La resistencia se volvió más violenta en los años que siguieron a la muerte de Jesús. En los años 50 y 60 d.C., aparecieron los sicarios, que eran hombres armados de dagas y puñales. Su táctica consistía en asesinar por degollamiento y secuestrar. Sus objetivos: sumos sacerdotes y otros destacados líderes judíos en contubernio con los romanos. Una facción organizada de zelotes emergió en los años 67-68 d.C. e inició el combate armado en Jerusalén. Otras facciones políticas revolucionarias, dispuestas a cortar cuellos de judíos y romanos, surgió en los años 60. Todos estos grupos rebeldes unidos dirigieron la revuelta masiva del pueblo judío en los años 66-70 d.C.

Durante los años de la década del 60 la revolución estaba dirigida contra los romanos; pero crecientes intrigas entre las facciones rivales judías también alimentaron el desasosiego. De cualquier forma, dos eruditos llegan a la conclusión que todo el período de gobierno romano directo sobre Israel (6-66 d.C.) "estuvo marcado por un amplio descontento y perturbaciones periódicas en la sociedad judía palestina".[14]

Por lo tanto, cuando Jesús inició su ministerio alrededor del año 25 d.C., Palestina era una caldera revolucionaria. Felipe, hijo de Herodes el Grande, gobernaba la región nororiental como un quasi-rey judío. Herodes Antipas, el otro hijo, gobernaba el área de Galilea de manera similar. Un procurador romano dirigía los asuntos judíos en la región del sur desde su despacho en el puerto de Cesarea.

Poncio Pilato

En el año 26 d.C. Poncio Pilato fue nombrado quinto procurador romano para Judea. Comparado con los líderes judíos, Pilato aparece neutral durante el registro del juicio de Jesús; pero

hay otra faceta de Pilato. Su administración se caracterizó por excesos brutales, gobierno despiadado y ofensas profundas a la sensibilidad judía.

Poco después de su arribo, Pilato ordenó la movilización de tropas de Cesarea a Jerusalén. Entraron a la ciudad bajo el manto de la noche e instalaron estandartes con la efigie del emperador Tiberio en lugares estratégicos. Esto violaba la ley judía, que prohibía cualquier imagen en la ciudad santa. Al llegar la mañana se descubrieron los estandartes idólatras. Los indignados judíos viajaron a Cesarea demandando que las escandalosas imágenes fueran quitadas. En el sexto día de estas manifestaciones, Pilato condujo a la multitud hasta la pista de carreras, la rodeó con soldados y amenazó con masacrarla. Cuando se dio cuenta que la multitud prefería morir que violar su ley, ordenó que los estandartes ofensivos fueran retirados.

En otra ocasión en Jerusalén, Pilato consagró algunos escudos que tenían la inscripción del emperador Tiberio. Los líderes judíos que querían que Jerusalén fuera consagrada exclusivamente a la adoración de Yavé, se sintieron insultados. Los judíos protestaron ante el emperador romano, quien instruyó a Pilato a que moviera los escudos al templo de Augusto César en Cesarea. En esta forma, Pilato irritaba a los judíos.

Su única contribución positiva también provocó dificultades. Pilato comenzó a construir un acueducto para traer agua a Jerusalén desde 25 millas de distancia. El sistema de agua beneficiaba al templo que necesitaba grandes cantidades de agua para purificar el sacrificio de los animales grandes. Pilato pensó que el tesoro del templo debía contribuir a pagar los gastos, pero las autoridades del templo protestaron por el uso secular del dinero dedicado a Dios. Pilato insistió. Turbas de judíos furiosos se reunieron para protestar contra el sacrilegio. Las tropas de Pilato los repelieron y mataron a muchos.

La carrera de Pilato terminó en el año 36 d.C., después que sus tropas atacaron a un grupo de samaritanos reunidos en el monte santo de Gerizim. Los fieles se habían reunido para seguir a un auto-proclamado mesías samaritano. Después de este incidente Pilato fue llamado a Roma y perdió su procuraduría. Philo de

Alejandría dice que el gobierno de Pilato estuvo marcado por la "corrupción, la violencia, la degradación, malos tratos, ofensas, ejecuciones ilegales numerosas y crueldad incesante e insoportable".[15]

Suicidio en Masadá

Las relaciones entre romanos y judíos siguió deteriorándose del año 36 hasta el 66 d.C. Los patriotas judíos que luchaban por la libertad vivían en cuevas y con frecuencia atacaban a los romanos y a la aristocracia judía pro-romana.

La crisis llegó a su clímax en el año 66 d.C., cuando el procurador romano Florio, robó diecisiete talentos del tesoro del templo. Los indignados judíos caminaron alrededor de Jerusalén pidiendo dinero para el "pobre Florio". Indignado y enfurecido, Florio envió a sus soldados a pillar la ciudad. El sacerdote en el templo rehusó hacer el sacrificio cotidiano de un animal en favor del bienestar del emperador romano. Insurgentes judíos ocuparon el área del templo, desafiando a Florio a retirarse a Cesarea. Mientras tanto los zelotes, bajo el liderazgo de Menahem, hijo de Judas de Galilea, capturaron la fortaleza romana de Masadá. Esta fortaleza estaba en la cima de un pico bien protegido en el mar Muerto.

Los judíos que luchaban por la libertad y los soldados romanos se trabaron en sangrientos combates en las afueras de Jerusalén. El violento conflicto también polarizó a la aristocracia judía contra los que luchaban por la libertad. Hacia el fin del verano del año 66 d.C., los revolucionarios judíos habían logrado echar fuera del país a los soldados romanos. Le tomó a Roma un año reconquistar Galilea y tres años más retomar Jerusalén.

Los zelotes de Masadá y los galileos convergieron en Jerusalén para presentar una resistencia final contra las brutales fuerzas romanas. Después que las fuerzas romanas recapturaron Galilea, siguieron hacia el sur hasta Jerusalén. Sistemáticamente destruían a su paso pueblos enteros; a sus habitantes los masacraban o los convertían en esclavos. Durante la Pascua del año 70, el general

romano Tito, con un ejército de 24,000 hombres, lanzó un ataque masivo contra Jerusalén. El brutal poder romano aplastó a los que luchaban por su libertad.

Antes que el fuego destruyera el templo, Tito se apoderó de la lámpara de siete brazos y de la mesa de los panes de la proposición como trofeos para su triunfal regreso a Roma. El santo templo quedó reducido a ruinas humeantes. Unos pocos rebeldes se acuartelaron en la fortaleza de Masadá hasta el año 73 d.C. Cuando los romanos finalmente llegaron a la cima del fuerte, encontraron vivos solamente unas cuantas mujeres y niños. ¡Los celosos patriotas prefirieron el suicidio que la derrota!

El historiador judío Josefo menciona por lo menos cinco mesías judíos militares que dirigieron insurrecciones contra la ocupación romana desde el año 40 a.C., hasta el año 73 d.C. Lucas registra que Barrabás, quien fue liberado en vez de Jesús, estaba en prisión por iniciar una insurrección en la ciudad (Lucas 23:19). La derrota de Masadá no extinguió la llama del nacionalismo judío. En el año 132 d.C., como reacción a un edicto romano que prohibía la circuncisión, estalló nuevamente bajo el liderazgo de Bar Kochba. Con una fuerza de 200,000 hombres estableció un Estado judío independiente que duró tres años. Los romanos perdieron de 5,000 a 6,000 soldados antes de poder derrotar a Bar Kochba.

Al final, los romanos aplastaron 1,000 aldeas, ejecutaron a 500,000 personas, destruyeron Jerusalén y deportaron a miles de judíos como esclavos. La destrucción de Jerusalén en el año 135 d.C. alteró el curso de la historia, tanto judía como cristiana.

El monte bajo

Aunque los judíos podían realizar sus sacrificios prescritos durante la ocupación romana, prevalecían factores irritantes. Desde la era de Herodes el Grande, los gobernantes políticos nombraban y despedían a los sumos sacerdotes; por lo tanto, aun el sumo sacerdote era al final de cuentas, un títere romano. Además, la vestimenta de ocho piezas que usaba el sumo sacerdote y que simbolizaba la esencia de la fe judía era guardada por soldados romanos en el Fuerte Antonia para impedir la posibilidad de

levantamientos. Se le entregaba al sumo sacerdote únicamente en los días festivos. Finalmente, diariamente se ofrecía en el templo un sacrificio a Jehová por el emperador romano.

Este turbulento contexto político imperaba cuando Jesús se enfrentó con Satanás en el monte alto. La efervescencia revolucionaria se agitaba en el valle. La niñez de Jesús no transcurrió en una Palestina serena, sino en un hervidero de fervor revolucionario. Solamente entendiendo esto podemos comprender la realidad de esta tentación política. La posibilidad de un reinado político no era un ofrecimiento sin importancia. Era la más cara meta de muchos de los profetas mesiánicos que indudablemente Jesús conocía bien.

La tentación que Jesús rechazó no era meramente una invitación para unirse a las filas de los patriotas judíos. No era únicamente la tentación de deshacerse del control romano. Era también anzuelo para respaldar la violencia, que a fin de cuentas, era la manera de gobernar generalmente aceptada.

En el monte alto Jesús rechazó la fuerza bruta como medio para gobernar. Las reglas del poder político sancionaban la fuerza, la violencia y el derramamiento de sangre. Jesús rechazó esta institución de poder político coercitivo "al derecho". En vez de ello eligió demostrar un nuevo poder, una nueva forma de gobernar. Rehusó jugar bajo las viejas reglas, pues el suyo era un reino al revés. Pero al final, su sistema amenazó de tal forma a los viejos reinos que le crucificaron como "rey de los judíos".

La escena de la tentación en la montaña es símbolo de la fuerza del poder divino.[16] Fue en un monte que Dios se encontró con su pueblo a través de Moisés (Exodo 24). Al predicar en un monte, Jesús manifiesta que su nuevo poder se caracteriza por la misericordia, la mansedumbre, la pureza de corazón y la paz (Mateo 5). Los discípulos también recibieron su llamamiento en una montaña (Lucas 6:12-13).

Después de alimentar a los 5,000 Jesús regresó al monte para orar y renovarse (Marcos 6:46). La confirmación divina de "este es mi Hijo amado" vino de una nube en la cima de un alto monte (Marcos 9:2-7). Desde el monte de los Olivos Jesús comenzó su descensión real a Jerusalén sobre un asno (Mateo 21:1). Fue

arrestado pocos días después en el mismo monte de los Olivos porque no se resistió a la captura (Lucas 22:39). Después de la resurrección los discípulos se reunieron con él en un monte en Galilea (Mateo 28:16). Y en el monte Olivar Jesús resucitado dijo a sus seguidores: "Recibiréis poder cuando venga sobre vosotros el Espíritu Santo" (Hechos 1:8-12).

El monte simboliza la fuerza del poder divino y la proximidad con Dios. Jesús vuelve a definir el significado del poder al rehusar hacer uso de la fuerza. Es difícil hacer a un lado la seducción de la fuerza. Mateo y Marcos registran tres ocasiones cuando Jesús habló del sufrimiento como la nueva forma de poder mesiánico. En cada ocasión, los discípulos discutían acerca de cuanto poder y autoridad tendrían en el reino y en los tres casos, Jesús respondió enseñándoles acerca del discipulado sufriente.

Una cosa dejó bien clara: Los héroes del reino al revés no son reyes guerreros cabalgando en carrozas o reyes plebeyos armados de rastrillos. Los héroes de este reino son hijos y siervos. Estos portan el estandarte del régimen de servidumbre. Operan, no por el poder de la fuerza, sino por el poder sustentador del Espíritu Santo que fluye del monte de Dios.

¿Jesús usó una espada?

¿Jesús fue un violento revolucionario?[17] Algunos dicen que lo fue. Supuestamente él seguía las sangrientas tácticas de los sicarios. Los que proponen esta posición argumentan que los evangelios, escritos unos cuarenta años después de la muerte de Jesús, deliberadamente disimularon esta faceta violenta para que los primeros cristianos no fueran amenazados por las autoridades romanas.[18] En otras palabras, los escritores de los evangelios encubrieron la violencia de Jesús con imágenes de un pastor amante de la paz.

Se dan varias razones para ubicar a Jesús con los zelotes rebeldes.[19] Instruyó a sus discípulos durante la Ultima Cena a vender sus capas y comprar espadas (Lucas 22:36). Con un látigo expulsó del templo a los cambistas, junto con sus corderos y bueyes (Juan 2:15). Debido a que los romanos lo consideraban un agitador

y sedicioso político, lo crucificaron como "rey de los judíos" (Lucas 23:38). Barrabás, conocido rebelde, había dirigido una insurrección política, mas por considerársele menos peligroso que Jesús, fue puesto en libertad, mientras que Jesús fue ejecutado (Lucas 23:25).

Jesús mismo dijo que no había venido a traer paz, sino espada (Mateo 10:34). A semejanza de otros celosos profetas Jesús proclamó un reino. Criticó a los reyes que gobernaban al pueblo (Marcos 10:42). Hasta llegó a llamar a Herodes una zorra (Lucas 13:32). Por lo menos uno de sus seguidores, Simón, era llamado "el zelote" (Lucas 6:15). Algunos utilizan estas facetas del ministerio de Jesús para alinearlo con los revolucionarios violentos.

En los evangelios encontramos que Jesús fue, indudablemente, un revolucionario. Desafió a los poderes gobernantes religiosos, políticos y económicos. Su afirmación de que la ley del amor supera los dictados de las instituciones humanas lo convierte en un revolucionario; pero no en un revolucionario violento.

Sin refutar punto por punto la acusación de que Jesús hubiera sido un celoso rebelde,[20] permítame observar algunos trozos de evidencia que sugieren que Jesús no puede ser incluido entre los rebeldes violentos de su tiempo. Los celosos rebeldes creían que los humanos tenían que ayudar a Dios para que el reino se manifestara; en contraste, Jesús dijo a sus seguidores: "No temáis, manada pequeña, pues a vuestro Padre le ha placido daros el reino" (Lucas 12:32). A pesar de que Jesús criticó severamente a los ricos, siempre lo hizo en el contexto del peligro de que Mamón suplantara a Dios. Sus enseñanzas sobre las riquezas también constituían una amenaza para los intereses romanos y seguramente hubieran sido borradas del evangelio por sus escritores, si ellos hubieran estado tratando de apaciguar a los funcionarios romanos. Pilato puede haber pensado que Jesús era un revolucionario político; pero eso no significa que Jesús actuara en forma violenta.

El hecho de que Jesús echara a los cambistas fuera del templo, no constituye una autorización para el uso de la violencia. Indudablemente Jesús actuó en forma fuerte y dramática; pero si a raíz de su actuación hubiera surgido un desorden de consideración, los 600 soldados romanos apostados en el Fuerte Antonia que dominaba el templo, hubieran intervenido con presteza. La limpieza

del templo por Jesús fue una condenación profética contra los codiciosos cambistas y una señal de que el templo debería estar abierto para que los gentiles adoraran. La palabra profética, no la acción, constituye el meollo de la limpieza del templo.

Cuando Jesús estaba por ser capturado en Getsemaní, severamente reprendió la resistencia de su discípulo que cortó la oreja del soldado. Si los discípulos hubieran estado bien armados, se hubiera provocado un enfrentamiento fuerte. Si los discípulos hubieran constituido una amenaza de violencia, los habrían capturado y crucificado, jamás se les hubiera permitido huir amparados por la oscuridad de la noche.

Tal vez la evidencia más convincente de que Jesús no estuvo de parte de la revolución violenta fue su cálida acogida a los colectores de impuestos y publicanos. Los celosos rebeldes aborrecían a los colectores de impuestos, a quienes consideraban traidores, pues oprimían a sus conciudadanos judíos con gravosos impuestos romanos. Los rebeldes estaban dispuestos a eliminar a los colectores de impuesto judíos, mas por el contrario, Jesús los abrazó. Aun invitó a uno de ellos a unirse a su grupo de discípulos. Jesús enseñó que el llamado radical para ser ciudadanos del reino debilita cualquier otra lealtad humana. El mensaje de separación gozosa de las presiones de las instituciones humanas contrastaba agudamente con las tácticas violentas y coercitivas de los celosos subversivos.

La evidencia final de que el camino de Jesús trascendía la violencia, radica en sus enseñanzas y en su vida. Como ya hemos visto, él rechazó la tentación política con que Satanás quiso seducirlo en un alto monte. El nos instruye que amemos a nuestros enemigos, que hagamos bien a los que nos aborrecen, que bendigamos a los que nos maldicen y que perdonemos hasta 490 veces. El nos llama a servir, no a gobernar. El nos muestra el camino del amor en parábolas donde los enemigos se ayudan entre sí. La lección cumbre es su propio ejemplo en la cruz. Siendo escarnecido, rehúsa vengarse. Aun cuando los clavos horadan su carne, rehúsa maldecir a los que lo crucifican, y pide perdón para todos los que “no saben lo que hacen”.

Jesús fue revolucionario porque violó las leyes relativas al sábado, criticó a los avaros y codiciosos, comió con los pecadores y provocó a los fariseos. Su mensaje del reino desafió el poder de los grupos de interés imperantes. Los romanos lo consideraron una amenaza a su falsa tranquilidad política. Los saduceos derechistas lo odiaron por condenar su lucrativa administración del templo. Los progresistas fariseos censuraban su irrespeto por sus leyes. Y los que luchaban por la libertad no podían soportar sus disertaciones acerca del sufrimiento. Fue difícil hacer a un lado la tentación de usar la violencia; pero respaldar la violencia habría sido negar su plataforma de amor sufriente.

Jesús fue un revolucionario porque atacó el problema de raíz: la maldad que con frecuencia vincula las intenciones e instituciones humanas. El exhortaba al arrepentimiento. Clamaba por el amor. Declaró que sólo Dios debe ser adorado. Admitió delante de Pilato que él era el Señor de este nuevo reino. Su revolución al revés sustituyó la fuerza con el sufrimiento, y la violencia con el amor.

Jesús definitivamente amenazó el status quo. Sacudió por igual los cómodos botes de saduceos, romanos, fariseos y rebeldes. En algunos aspectos se parecía a los subversivos sociales de su tiempo; pero su revolución era al revés, pues en vez de usar espadas, ejercía la compasión. El amor era la nueva Torah, la norma absoluta en su reino de cabeza.

Preguntas para discusión

1. ¿De qué manera fueron las tentaciones de Jesús “verdaderas” tentaciones?
2. ¿Jesús tenía libertad para aceptar o rechazar estas tentaciones?
3. ¿Cuál es el aspecto más importante en la historia política de Palestina antes del tiempo de Jesús?
4. ¿Qué situación moderna se parece a la situación revolucionaria de Palestina en los tiempos de Jesús?
5. ¿Qué movimiento nacionalista hoy puede compararse con los celosos rebeldes?
6. ¿Por qué los discípulos fueron tan lentos para comprender la razón por la que Jesús rechazaba el uso de la fuerza?
7. ¿Fue Jesús un revolucionario? ¿De qué manera fue un revolucionario? ¿De qué manera no fue un revolucionario?
8. ¿Cuál es la tentación política que enfrentamos hoy?

3
PIEDAD EN EL TEMPLO

Un paracaídas celestial

Gobernar el mundo por la fuerza no fue la única tentación que Jesús enfrentó; también tuvo que contender con la religión. La siguiente treta del diablo consistió en invitar a Jesús a adherirse la religión institucionalizada. Había muchos judíos justos en el primer siglo; sin embargo, algunos aspectos de la religión institucionalizada habían entrado en estancamiento. Los rituales con frecuencia eran vacíos y auto indulgentes. Un complicado código religioso, entretejido con reglamentos acerca de lo que se debía y lo que no se debía hacer, peregrinaciones y sacrificios, enmarcaban mucha de la vida judía, desde la ley civil hasta las fiestas nacionales.

El fervor religioso era profundo y fuerte. El sistema al revés de Jesús chocaría con los luchadores religiosos de peso completo quienes guardaban la sagrada liturgia del ritual hebreo en el nombre de Dios. Las autoridades religiosas se enfurecerían cuando Jesús demoliera sus amadas prácticas y costumbres. Sus dientes crujirían ante la sugerencia blasfema de que Dios estaba en medio de ellos, dando vuelta a las mesas de los cambistas en el santo templo, en el mismo corazón de todo su sistema religioso.

Una aparición súbita como un rayo, ciertamente convencería hasta al más escéptico de los saduceos de la autoridad divina de Jesús. Así pues, Satanás ofreció a Jesús una opción sumamente atractiva: ¿por qué no pedir a Dios que certificara su misión en forma milagrosa? Esto eliminaría todo el hostigamiento de los

líderes religiosos. Una bendición milagrosa y divina cerca del sacro templo borraría cualquier duda acerca de la autoridad mesiánica de Jesús. Las masas le seguirían con presteza si los escribas y los sabios reconocieran al recién llegado como el Mesías esperado. Dejarse caer desde el pináculo del templo haría de Jesús un Mesías instantáneo.

Y así, Satanás lo tentó: "Vamos, Jesús, hazlo. Elude el disgusto de los fariseos. Olvídate de la pobreza y la enfermedad. No agites la ira de los ricos. ¿Por qué preocuparse por la cruz? Hazlo, Jesús. Sólo déjate caer."

Treinta acres de piedad

¿Por qué Satanás presentó a Jesús esta tentación? ¿Por qué era tan importante el templo? El templo era el pináculo de la vida religiosa, el mismo corazón de la adoración, del ritual, de las creencias, de la fe y de emoción judías. El templo en Jerusalén agitaba pasiones. Estaba envuelto en misterio y temor. Era el asiento de la sabiduría, de la ley y de las Escrituras. Cobijaba el altar judío, único en su género, en el que el sumo sacerdote realizaba los ritos sacrificiales de la expiación una vez al año para todo el mundo judío. En este único lugar santísimo el sumo sacerdote entraba a la presencia de Dios. Este lugar era el hogar literal de Dios. Jerusalén era la "ciudad del templo". Las arterias de la religión judía palpitaban al ritmo del latir del templo. Era el lugar obvio para que el astuto Satanás tentara a Jesús.

En nuestro tiempo tal vez visualicemos el templo como un edificio contemporáneo que alberga una iglesia; un modesto centro comercial sería una mejor comparación. Magníficas columnas de mármol y muros de 100 a 300 pies de alto cubrían los treinta acres del área que ocupaba el templo. Algunas de las piedras más grandes del templo pesaban más de 70 toneladas. El templo mismo tenía alrededor de 100 pies de largo, 35 pies de ancho y 60 pies de altura. La mayoría de las estructuras estaban cubiertas de oro o plata, incluyendo el techo y el mobiliario.

El templo no se usaba para la adoración pública; más bien era la "casa de Dios". La adoración, los sacrificios y la liturgia se

desarrollaban en los amplios atrios que rodeaban el templo. Contemplándolo desde lejos parecía la punta nevada del monte santo. Había tanto oro en el templo que después de su destrucción y saqueo en el año 70 d.C., la provincia de Siria fue atestada de tanto oro que su valor disminuyó a la mitad.[1]

Un proverbio hebreo decía: El que no ha visto el santo lugar y su maravillosa construcción, jamás ha visto un edificio espléndido en su vida".[2] Aun los discípulos de Jesús se impresionaron ante su magnificencia y exclamaron con asombro: "¡Maestro, mira qué piedras y qué edificios!" (Marcos 13:1). Cuando se completó la reconstrucción del templo en año 62 d.C., alrededor de 18,000 obreros quedaron cesantes.

En números redondos, alrededor de 18,000 *sacerdotes* y *levitas*, divididos en veinticuatro grupos llamados "turnos", se ocupaban en la operación del templo.[3] Estos sacerdotes laicos y levitas vivían en los campos de Galilea y de Judea y acudían al templo para cumplir con sus turnos de una semana dos veces al año. También acudían durante los tres festivales anuales en los que llegaban peregrinos judíos de muchas naciones. Cuando se purificó el velo del templo, 300 sacerdotes fueron necesarios sólo para sumergirlo en un estanque de agua. Se necesitaron 200 levitas cada tarde, sólo para cerrar las puertas del templo. Docenas de cambistas vendían a los peregrinos dinero "puro" para sus diezmos y revendedores de ganado vendían los animales para el sacrificio.

Una grupo élite de sacerdotes jefes administraban toda la operación. El tesoro del templo funcionaba como un gigantesco banco nacional encargado de guardar los diezmos y ofrendas que pagaban los judíos alrededor del mundo; poseía muchas propiedades. La operación del templo generaba la mayor fuente de ingresos para la ciudad de Jerusalén.

Judíos devotos que vivían en el extranjero, más allá de las fronteras de Palestina, acudían al templo tres veces al año para celebrar las festividades religiosas. En la primavera, la Fiesta de la Pascua conmemoraba la liberación de Egipto. Cincuenta días más tarde, la Fiesta de Pentecostés daba gracias por los primeros frutos de la cosecha. Y en el otoño, durante la Fiesta de los Tabernáculos se realizaba una solemne marcha alrededor del altar

en gratitud a Dios por haber terminado la cosecha. Días antes de la Fiesta de los Tabernáculos se celebraba el gran Día de Expiación. En ese día solemne el sumo sacerdote sacrificaba un cabrito por sus propios pecados y enviaba otro al desierto cargando simbólicamente los pecados del pueblo.[4] Durante estas fiestas de peregrinación, la población normal de Jerusalén, que era aproximadamente de 25,000, crecía hasta 180,000 personas.[5]

El templo constituía un recordatorio monumental y perpetuo de que el pueblo elegido tenía acceso directo a Dios por medio de su ritual sacrificial. Cada mañana y cada tarde, día tras día, la ofrenda quemada "continua" de un cordero sin mancha era sacrificada en favor de la comunidad. Una ofrenda de incienso mezclado con especies ardía diariamente. Los devotos judíos también ofrecían sacrificios privados.

Los sacerdotes tenían varios deberes. Quitaban las cenizas del altar, preparaban la leña, mataban al cordero, rociaban la sangre en el altar, limpiaban la lámpara y preparaban las ofrendas de alimentos y bebidas.[6]

El templo era la pieza central de la fe judía; simbolizaba la presencia viviente de Dios sobre la tierra. La gente acudía al templo a orar, creyendo que desde este sitio sus oraciones iban directamente al oído de Dios. Aquí tanto nazaritas, como convertidos gentiles ofrecían sacrificios. Aquí fue llevada la mujer sorprendida en adulterio. Aquí se ofrecían las primicias. Aquí las madres presentaban sus ofrendas de purificación después del nacimiento de cada hijo. Los impuestos del templo fluían hacia este lugar provenientes de todo el mundo Mediterráneo. Tres veces al año la gente inundaba el lugar para celebrar sus fiestas.[7] Este era el hogar de los 70 miembros del sanedrín, la autoridad final judía en materia religiosa, política y civil. Aquí residía el sumo sacerdote. A través de todas estas formas el templo palpitaba con la fe judía de todo el mundo.

Rituales impolutos

El sumo sacerdote, sacerdote de sacerdotes, era la cabeza simbólica tanto del sacerdocio, como de la nación. Se ataviaba

con un espléndido traje de ocho piezas, y se creía que cada pieza tenía poder para la expiación de pecados específicos. El sumo sacerdote era la única persona que podía entrar al lugar santísimo. Oficiaba en los sacrificios del sábado y durante las fiestas en las que llegaban muchos peregrinos. Aun su muerte tenía un poder expiatorio ya que los asesinos que huían a una ciudad de refugio después de matar accidentalmente a alguien, podían regresar a casa después de la muerte de un sumo sacerdote.

El sumo sacerdote estaba sujeto a estrictas leyes de pureza ceremonial. No podía tocar un cadáver ni entrar a una casa donde hubiera un muerto. En cierta ocasión, justo en la víspera del gran Día de Expiación, un sumo sacerdote fue contaminado con un "esputo árabe"; de allí en adelante, los sumos sacerdotes antes de oficiar en el Día de la Expiación, tenían que pasar recluidos siete días para purificarse. Nadie podía ver desnudo al sumo sacerdote, ni cuando se rasuraba o bañaba. Su genealogía tenía que ser inmaculada. Era necesario que tuviera nexos con la familia de Aarón. Estrictas leyes matrimoniales establecían que podía casarse únicamente con una virgen de doce años, hija de un sacerdote, levita o israelita de ascendencia pura. Muchos sacerdotes se casaban con hijas de sacerdotes.

El papel del sumo sacerdote no era solamente pomposo y ceremonial. Ejercía considerable poder como presidente del sanedrín, integrado por 70 miembros. Este augusto consejo ejercía autoridad judicial y administrativa completa en asuntos civiles y religiosos y su juicio en asuntos religiosos era respetado aun en el extranjero. Era un cuerpo que se perpetuaba a sí mismo compuesto por sacerdotes jefes, escribas (usualmente del partido de los fariseos) y nobles. A pesar de que existían cortes menores que se reunían en diferentes distritos de Judea, el sanedrín era la suprema autoridad judía. El poder del sumo sacerdote creció considerablemente bajo los procuradores romanos pues se convirtió en el portavoz clave judío, no sólo en asuntos ceremoniales, sino también en las negociaciones políticas con los romanos. Dieciséis de los dieciocho sumos sacerdotes que hubieron entre el año 6 y el 67 d.C. provenían de cinco familias prominentes y acaudaladas de Jerusalén.[8]

Un extenso orden de funcionarios religiosos dependía del sumo sacerdote y del sanedrín. El capitán del templo era responsable de la conducción de la adoración y de la dirección del personal del templo. En el orden jerárquico era el segundo después que la del sumo sacerdote, puesto que con frecuencia le ayudaba a realizar sus deberes solemnes. Le seguían veinticuatro sacerdotes que dirigían veinticuatro grupos de unos 7,200 sacerdotes ordinarios. Estos vivían en el área rural y participaban en el ritual del templo por lo menos cinco veces al año. Después estaban los 156 sacerdotes que servían como administradores diarios de los sacerdotes asignados al deber del templo para ese día en particular.

Los asuntos administrativos del templo recaían bajo la responsabilidad de siete supervisores permanentes. Les seguían en la línea de mando tres tesoreros que manejaban el dinero del templo recaudando los impuestos, comprando los materiales necesarios para el sacrificio y supervisando la venta de los animales a los peregrinos. También mantenían las noventa y tres vasijas de oro y plata utilizadas para los rituales diarios y administraban la tierra y las propiedades que pertenecían al templo. Les seguían en rango aproximadamente 7,200 sacerdotes ordinarios. Zacarías, el padre de Juan el Bautista (Lucas 1:5), era uno de éstos. Ellos vivían en el área rural y acudían al templo cinco veces al año para realizar sus deberes sagrados.

Al pie de la escalera de autoridad habían casi 10,000 levitas que vivían en las aldeas de alrededor, y eran responsables del trabajo en el templo cuando les tocaba por turno el servicio. Los levitas eran inferiores a los sacerdotes. Los músicos y cantantes formaban la élite de los levitas. El resto realizaba el trabajo sucio del templo: eran porteros, encargados de la seguridad, y de la limpieza de las partes abiertas del área del templo.[9]

Estableciendo la ley

La piedad y la pasión de los judíos estaba enraizada en el templo, en la Torah y en la tierra. En el corazón de las actividades del templo y de la religión judía estaba la Torah.[10] Usualmente conocida como la "ley;" la traducción más exacta de este vocablo

es "doctrina" o "enseñanza religiosa". Técnicamente se refería a los primeros cinco libros de Moisés, el Pentateuco. Gradualmente, sin embargo, los estudiantes de la Torah compusieron interpretaciones orales, o sea comentarios basados en la Torah. Esta "cerca oral alrededor de la Torah" interpretaba a ésta en lineamientos prácticos para el diario vivir. De manera que en un sentido general, la Torah no era solamente el compendio de los cinco libros de Moisés, sino también el elaborado comentario oral que se desarrolló a su alrededor.

Los judíos creían que la Torah contenía la absoluta e incuestionable voluntad de Dios. Obedecer a Dios era obedecer la Torah. Se desarrolló un culto de adoración alrededor de ella, personificándola como la "amada hija de Dios". Se decía que Jehová dedicaba sus horas de ocio al estudio de la Torah, aun la leía en voz alta durante el sábado. Los judíos la consideraban la norma absoluta para todos los aspectos de la vida religiosa. Era la fuente de la verdad de Dios.

La lectura continua y la discusión de la Torah era la actividad primordial. En el comentario oral que rodeaba la Torah, los judíos piadosos podían descubrir si era legal comerse un huevo que había sido puesto el día sábado. Podían saber si el agua vertida de una vasija limpia a una vasija sucia, contaminaba la limpia de la cual se había vertido. La Torah dirigía el sacrificio en el templo de Jerusalén y la adoración en las sinagogas de las aldeas.

Como hemos visto, los sacerdotes y los levitas eran responsables del funcionamiento del templo. En contraste, el trabajo de los escribas consistía en explicar los secretos de la Torah.[11] También había una variedad de oficios notariales, o como diríamos ahora, "secretariales", desempeñados por los escribas; por ejemplo, copiaban documentos, escribían cartas y acuerdos, registraban los impuestos y formulaban papeles legales. Los escribas mejor educados y de un nivel social más alto aclaraban las complejas tradiciones que rodeaban la Torah. Los escribas cuidadosamente preparados eran conocidos como "doctores de la ley". A ellos se les llamaba reverentemente "rabí", "maestro", "amo", y "padre." Los escribas usaban un manto especial que llegaba hasta sus pies, adornado con una guarda. La posición

distinguida de los escribas hacía que la gente se pusiera de pie respetuosamente cuando pasaban estos hombres llenos de sabiduría. Los sitios de honor en las sinagogas estaban reservados para ellos.

En su temprana adolescencia, los jóvenes varones emprendían la carrera de escriba tomando cursos regulares de estudio por varios años. Los jóvenes estudiantes se convertían por varios años en aprendices de un rabí, hasta que hubiera dominado los finos puntos de la Torah y sus comentarios. Más o menos cuando llegaba a los cuarenta años de edad, el estudiante era ordenado como escriba con todos los derechos de un sabio erudito. Después de su ordenación, podía tomar decisiones sobre legislación religiosa y pureza ceremonial, así como en asuntos criminales y civiles. Solamente los eruditos ordenados podían transmitir y crear las tradiciones de la Torah.

A excepción de los sumos sacerdotes y los integrantes de la nobleza, los escribas eran las únicas personas que podían sentarse en el poderoso sanedrín. En el tiempo de Jesús, jóvenes judíos de alrededor del mundo acudían a Jerusalén para estudiar con reconocidos escribas. Jerusalén era el centro intelectual y teológico del judaísmo. En pocas palabras, los escribas "eran venerados, a semejanza de los profetas antiguos, con respeto y reverencia ilimitados como portadores y maestros del sagrado conocimiento esotérico; sus palabras tenían autoridad soberana".[12]

Política partidista

En nuestra exploración de la religión judía hemos estudiado el papel formal del sacerdote, del levita y de los escribas. Hemos examinado brevemente el templo, el sanedrín y la sinagoga. Además de estos roles y organizaciones, existían dos partidos políticos religiosos: los *saduceos* y los *fariseos*. Estos partidos se desarrollaron en el segundo siglo a.C., debido a diferencias religiosas y sociales.

Lo que los dividió fue su comprensión de la Torah. Los saduceos consideraban la Torah escrita, o sean los cinco libros de Moisés, como autoridad final. Rechazaban el comentario oral que los fariseos habían hecho de la Torah,[13] llamada la tradición de los

ancianos (Marcos 7:3). Los saduceos también negaban la resurrección, la inmortalidad personal y la vida futura. Además eran escépticos en cuanto a la existencia de ángeles y demonios. De manera que los saduceos representaban el elemento conservador del judaísmo. Eran los defensores de la verdadera fe de Israel transmitida por Moisés.

Los saduceos vivían primordialmente en Jerusalén. Pertenecían a la clase gobernante, a la acaudalada aristocracia. Algunos de los jefes sacerdotes eran miembros del partido de los saduceos. Estaban íntimamente relacionados con la operación del templo y dominaban el sanedrín. O sea que los saduceos dirigían los asuntos sociales y religiosos de la poderosa clase alta de Jerusalén. Los saduceos sostenían el status quo político y religioso en Jerusalén. Recibieron con beneplácito el control político romano, siempre que los sacrificios a Jehová pudieran seguir siendo realizados en el altar del templo y que ellos pudieran retener sus privilegios de clase.

En contraste, el partido de los fariseos representaba el ala progresista del judaísmo.[14] No eran ni radicales luchadores por la libertad, ni esenios que se retiraban al desierto. Como progresistas en búsqueda de santidad, aplicaban la Torah a asuntos diarios prácticos. Los fariseos, o "separados", habían desarrollado la tradición oral que aplicaba las enseñanzas de la Torah a casi cualquier situación que un judío pudiera enfrentar. La Torah deletreaba las reglas de pureza para los sacerdotes oficiantes. Los fariseos extendieron estas reglas, estos hábitos de santidad, a la vida diaria de la gente común. Al exhortar a la gente común a ser pura, piadosa y santa, ellos albergaban la esperanza de que todo Israel se convirtiera en un reino de sacerdotes, en una nación santa.

Frecuentemente se confunde a los fariseos con los escribas. Muchos escribas pertenecían al partido de los fariseos, mientras que otros estaban afiliados con los sacerdotes principales y los saduceos. Otros fariseos, sin embargo, provenían de gente piadosa común. Los fariseos operaban en Jerusalén y en el área rural, promoviendo su doctrina en las sinagogas locales. Como paladines de la santidad para la gente común, estaban en oposición a la rica élite saducea.

A pesar de contar con un vasto apoyo, el número de los fariseos llegaba aproximadamente a 6,000, debido probablemente, a su severidad. Los miembros postulantes pasaban por un período de prueba de un año para probar su obediencia a las meticulosas leyes de pureza. Los fariseos ciertamente desafiaban a la clase gobernante en Jerusalén, pero también desdeñaban a la gente común que fuera descuidada respecto a la pureza ceremonial y del diezmo. Eran legalistas estrictos, pero receptivos a nuevas aplicaciones de doctrina, buscando siempre la forma de aplicar la Torah a situaciones nuevas.

Anhelos mesiánicos

Cuando Jesús nació las esperanzas mesiánicas palpitaban con fuerza en la comunidad mesiánica. Las esperanzas de un mesías que introdujera en la tierra el pacífico reino de Dios se habían intensificado en el siglo antes del nacimiento de Jesús. Habían muchas y variadas esperanzas, pero el anhelo más profundo era por un gobernante ungido por Dios, quien restableciera el trono davídico en toda su antigua gloria. Los Salmos de Salomón, escritos en el siglo antes del nacimiento de Jesús, describen al Mesías destruyendo a los rudos gentiles que osaran entrar en el lugar santo de Dios y expulsando a todos los sacerdotes corruptos que pervirtieran la adoración a Jehová. El reuniría en la tierra prometida a todas las tribus judías esparcidas por todo el mundo y traería días de bendición. Bajo el Mesías reinaría suprema Jerusalén, la santa ciudad de la presencia de Dios: "un lugar para ser admirado por toda la tierra".[15] En Lucas 1:32-33 el ángel Gabriel ofrece a María una visión fresca del reino mesiánico.

> Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.

Un concepto similar registrado en Lucas 1:68-72, sale de la boca de Zacarías, el padre de Juan el Bautista.

Bendito el Señor Dios de Israel,
Que ha visitado y redimido a su pueblo,
Y nos levantó un poderoso Salvador
En la casa de David su siervo,
Como habló por boca de sus santos los profetas
que fueron desde el principio;
Salvación de nuestros enemigos, y de la mano de
todos los que nos aborrecieron;
Para hacer misericordia con nuestros padres,
Y acordarse de su santo pacto.

No se sabía con certeza cómo sería que aparecería el Mesías. Algunos pensaban que vendría desde los cielos, cabalgando en una nube. Otros esperaban que naciera como los humanos, pero que súbitamente se revelaría en forma decisiva. Jerusalén, lugar donde estaba el santo templo, era el lugar donde estos textos mesiánicos se estudiaban y debatían cuidadosamente.

El relato de la tentación no especifica exactamente de dónde quería Satanás que Jesús se dejara caer. ¿Sería desde el muro del templo, para que cayera cientos de pies abajo en el valle de Quidrón? ¿O tal vez quería que se dejara caer en el atrio a la entrada del templo? El objetivo de la tentación era certificar, sin lugar a dudas, el arribo milagroso del Mesías. Debía ocurrir en el centro de la vida religiosa judía, donde las cosas se hacían bien, en cumplimiento exacto de la ley. Los escribas, el sanedrín, los sumos sacerdotes, todos los pesos completos de la religión, serían testigos sagrados. Ellos darían fe del advenimiento del Mesías.

Tal certificación milagrosa terminaría con la amarga confrontación con el establishment religioso. Todos los oponentes serían silenciados. La aristocracia de Jerusalén recibiría con beneplácito al nuevo obrador de milagros. Jesús ya no tendría que vagar entre los pobres campesinos de Galilea. No habría ninguna duda, ningún cuestionamiento. ¡Jesús, el Mesías, había llegado!

El Mesías al revés

La idea de disfrutar de la total aprobación del establishment religioso debe haber atormentado a Jesús; pero él la desechó y rechazó la religión al derecho. Esta tentación lo asedió hasta la crucifixión. Cuando los soldados lo arrestaron en Getsemaní, recordó al discípulo que cortó la oreja del siervo del sumo sacerdote que podía llamar a una legión de ángeles para que lo defendiera, pero no lo hizo. En lugar de sucumbir ante la religión institucionalizada, Jesús arrancó de raíz sus mismos cimientos. Sus parábolas expresaban severos juicios contra los líderes judíos. Voluntariamente violó las sagradas leyes del sábado. "¡Blasfemador!", gritaban los líderes religiosos cuando echó a los mercaderes del templo y llamó cueva de ladrones al recinto sagrado.

No obstante, no menospreció totalmente a la religión establecida. Enseñó en las sinagogas y en el templo. Respaldó la Torah. Mandó a los leprosos que había sanado que se mostraran al sacerdote, de acuerdo a la tradición. Dirigió a Pedro en la pesca para pagar el impuesto del templo. Jesús era judío. El respaldaba las virtudes de la ley y la piedad genuina de la fe hebrea.

Pero cuando las prácticas religiosas se estancaban, las ponía al revés y cabeza abajo para revelar su razón original de ser. Rehusó bendecir las estructuras religiosas que catalogaba a la gente según sus obras piadosas. Sustituyó la maquinaria de la religión formalizada con la compasión y el amor. Jesús, el Mesías al revés, se convertiría en el nuevo sumo sacerdote. El Espíritu Santo movería el lugar santísimo del templo al corazón de cada creyente. El pueblo ya no adoraría a Dios en el santo templo o en un monte santo. Ahora podrían acercarse a Dios en espíritu y en verdad (Juan 4:23). Ahora el Espíritu viviría en el templo de cada creyente. La adoración sería liberada de edificios majestuosos y de un complicado ritual. Según las palabras de los evangelios, "Algo más grande que el templo está aquí" (Mateo 12:6).

Jesús sería el sacrificio final y definitivo. El sería el Cordero de Dios sin mancha, que moriría por los pecados del mundo. Jesús revelaría los secretos de la Torah de amor, que sobrepasa el detalle legalístico. Esta Torah convertiría en obsoletos la limpieza cere-

monial, los lavatorios y los sacrificios. Jesús afirmó lo nuevo, la religión al revés cuando dijo al escriba "no estás lejos del reino de Dios", y el entendió que ésto era superior que todos los holocaustos y sacrificios (Marcos 12:33-34). En Jesús vemos la religión al revés, o sea sin edificios, sin programas, sin clero profesional. En Jesús tenemos un sacrificio final, una ofrenda definitiva, un nuevo templo en el corazón de cada creyente, y la Torah suprema, la ley del amor.

Jesús rechazó la tentación de un despliegue espectacular. Prefirió el secreto mesiánico. A lo largo de todo su ministerio, poco a poco reveló su identidad. Hablaba en acertijos y parábolas. Este no era un Mesías arrogante y jactancioso. Este no era un mago realizando señales especiales para que las multitudes aplaudieran. Su misma vida fue una señal. Cuidado por los perdidos, compasión por los pobres, amor para todos; estas fueron las señales mesiánicas de su ministerio.

Los nuevos héroes eran los desechados de la religión institucionalizada; eran los pecadores arrepentidos y los publicanos, los colectores de impuestos y las prostitutas. Y ¿dónde quedaban los viejos héroes, los escribas y los sacerdotes, los fariseos y los saduceos, los guardianes del camino santo antiguo? Ellos ahora eran los villanos, destronados, humillados. No es de extrañar que quisieran matarlo.

Preguntas para discusión

1. ¿Cómo se compara la descripción del templo expuesta en este capítulo con su anterior conocimiento del templo?
2. ¿Qué paralelos existen (si los hubiere) entre la religión institucionalizada en el judaísmo y la religión institucionalizada de hoy?
3. Si usted hubiera vivido en el tiempo de Jesús, ¿a cuál de los grupos religiosos se hubiera adherido? ¿Por qué?
4. ¿Tenemos hoy día una "ley oral" que sirva de comentario a las Escrituras?
5. ¿Por qué Jesús fue tan cauteloso respecto a su identidad mesiánica?
6. Si usted hubiera sido María o Zacarías, ¿qué clase de Mesías hubiera esperado?
7. ¿De qué maneras nos vemos tentados hoy a involucrarnos en el despliegue de una religión elaborada?
8. ¿Quiénes son ahora los héroes y los villanos?

4
PAN EN EL DESIERTO

Rey de bienestar social

¿Fue tentado Jesús a convertir las piedras en pan solamente para saciar su hambre? Esta interpretación puede tener algo de verdad; pero un significado más completo de la tentación radica en el clamor económico de las masas palestinas. El pan es símbolo del corazón de la vida material; siendo el centro de muchas dietas, aparece en la mesa en toda comida, semana tras semana. En el Padrenuestro, "el pan nuestro de cada día dánoslo hoy", representa las necesidades básicas de la vida. A través de su hambre literal, Jesús se identifica con los millares de pobres campesinos cuya existencia diaria gira alrededor de la búsqueda del pan. El apetito que le roía por dentro le movió a actuar en favor de otros que compartían su dolor.

La tentación de Jesús, sin embargo, no estaba enfocada a que él ingiriera canastos de pan para aliviar su ayuno de cuarenta días.[1] Al pensar en el pan Jesús debe haber recordado el maná que Dios distribuyó gratuitamente a los hebreos durante los cuarenta años que vagaron por el desierto. Tal vez también trajo a su memoria recuerdos de su aldea natal, Nazaret. Pudo recordar cómo despiadados acreedores despojaban a los pobres campesinos de sus tierras en un sistema de impuestos dobles que oprimía a las masas. Recordó el clamor de los leprosos, de los ciegos y de los pobres, hollados por los codiciosos piadosos. ¿Por qué no alimentar milagrosamente a las masas y brindar un banquete divino a sus seguidores? La comida gratis indudablemente lograría un apoyo

masivo en Galilea. "Aliméntalos, Jesús, aliméntalos," susurraba Satanás. "Tienes el poder. ¡Adelante! ¡Usalo!"

Aun las autoridades religiosas temían a las masas. Jesús fue arrestado por la noche porque las autoridades temían a las multitudes. Jesús mismo se percató que una turba bien alimentada podía apoderarse de él y hacerlo rey por la fuerza (Juan 6:15). El pan era la forma más rápida para llegar al corazón del pueblo. Marcos declara en su evangelio que concentraciones de miles seguían a Jesús. Lucas 12:1 observa que juntándose por millares la multitud, se atropellaban unos a otros. Ni Pilato, ni el sumo sacerdote podían apagar el frenesí contagioso de la acción de una turba. Alimentar a las multitudes ofrecía a Jesús un desvío rápido para galvanizar su apoyo político.

La tentación del pan implicaba más que abuso de poder; reducía al Dios encarnado a un rey de bienestar social. Los pensamientos seductores fluían: "Erradica su pobreza sin sufrimiento". "No prediques el juicio de Dios sobre los avaros, simplemente distribuye pan entre los hambrientos". "No critiques la injusticia económica, el sistema del templo y la ocupación romana, solamente distribuye pan entre los pobres aldeanos de Galilea y que el resto del mundo siga su marcha". Tales sugerencias diabólicas habrían reducido a los humanos a organismos sin alma, a animales comedores de pan.

Muy ricos y muy pobres

La mayoría de los miembros de las sociedades desarrolladas pertenecen a la clase media. En agudo contraste, en la Palestina del primer siglo existían dos clases económicas: la clase *alta* y la *baja*.[2] En las sociedades campesinas el noventa por ciento, o más, de la población usualmente se dedica a la agricultura. La riqueza radica en la tenencia de la tierra.

Así ocurría en Palestina. Una pequeña clase alta representaba el diez por ciento, o menos, de la población. A esta clase pertenecían los terratenientes, los aristócratas por herencia, los burócratas designados, los sacerdotes jefes, los mercaderes, los funcionarios gubernamentales y algunos sirvientes oficiales que servían las

necesidades de la clase gobernante. El resto del pueblo —alrededor del noventa por ciento, o más— constituían la clase baja. Vivían en forma precaria, de la mano a la boca, a merced del clima, de hambrunas, de pestilencias, de ataques de bandidos y de la guerra.

También existían diferentes subgrupos dentro de la clase baja. En la cúspide estaban los artesanos, carpinteros, albañiles, pescadores y comerciantes. La mayoría, sin embargo, eran agricultores. Algunos arrendaban la tierra; otros sembraban en latifundios pertenecientes a terratenientes que vivían lejos. Por el uso de la parcela, tenían que compartir sus cosechas con el propietario de la tierra. Otros cultivaban sus propias parcelas. Aun otros eran jornaleros que laboraban en cualquier parte donde podían. Al borde inferior de la clase baja estaban las personas que realizaban los oficios "sucios", tales como los curtidores. En el punto económico más bajo estaban los parias, o sea los campesinos erradicados de sus tierras, los vagabundos, los limosneros, y los leprosos. Estos pueden haber representado el diez por ciento de la población.

En Galilea, donde se realizó mucho del ministerio de Jesús, casi no existía clase media. Un historiador declara, al describir Galilea: "Puede llegarse a la conclusión que allí vivían tanto los extremadamente ricos, como los miserablemente pobres, siendo estos últimos la mayoría del pueblo".[3] Las parábolas y dichos de Jesús dan por sentado un sistema social de dos clases: ricos y pobres. A pesar de muchas pequeñas diferenciaciones, una realidad dominaba el panorama económico: los pocos vivían en lujos, mientras que los muchos vivían en extrema pobreza.

Aristócratas acomodados

Jerusalén no solamente era el pináculo religioso más alto, sino también era el centro del prestigio social y económico. Una élite aristócrata formada por los sacerdotes jefes, acaudalados terratenientes, mercaderes, colectores de impuestos y los del partido de los saduceos llamaban su hogar a Jerusalén.[4] La clase alta, los que vivían de la renta que producían sus propiedades, los hábiles

artistas, los sagaces mercaderes y los poetas, todos emigraban a la ciudad que albergaba el gran templo.

La extravagancia emanaba de esta rica élite. Durante las festividades, las ramas de palma iban envueltas en lazos de oro. En Pentecostés, llevaban sus ofrendas de las primicias en vasijas de oro. Una mandato de la ciudad prohibía que se cubrieran sus filacterias con oro. Dos hombres se dice que apostaron el equivalente de más de un año de salario para ver si podían hacer enojar a uno de los principales rabies.

Muchos de los adinerados en Jerusalén derivaban su riqueza de vastas propiedades en el campo trabajadas por esclavos y asalariados, o al arrendamiento de tierras. Uno de los cancilleres de Herodes era propietario de toda una aldea. Se dice que otra persona había heredado 1,000 aldeas, 1,000 barcos y tantos esclavos que ni siquiera conocían a su amo. De acuerdo al decir popular, un hombre rico era uno que tenía cien viñas, cien campos y cien esclavos. Algunos de los artistas especiales que trabajaban en el templo recibían el equivalente a 300 dólares diarios. Mientras que los trabajadores poco capacitados en Jerusalén recibían su alimento y alrededor de 25 centavos diarios.

En el Día de la Expiación todos tenían que acudir descalzos. Para proteger sus pies, la esposa de un sumo sacerdote alfombró el camino desde su casa hasta el templo. La élite de Jerusalén se caracterizaba por una actitud altanera. Se negaban a firmar un documento como testigos, a menos que estuvieran seguros que los otros testigos también fueran ricos. Aceptaban invitaciones a comer únicamente si los otros invitados estaban a la altura de su propio nivel social. La arrogancia evitaba que la élite se mezclara con la gente común, excepto para emplearlos como sirvientes.

Los ricos tenían que pagar grandes dotes cuando sus hijas contraían matrimonio. Una dote excedía a un millón de denarios dorados (un solo denario equivalía al salario de un día). Un aldeano que quisiera casarse con una novia de Jerusalén tenía que pagar su peso en oro como regalo de compromiso. Una novia también tenía que traer su peso en oro a su novio de la ciudad. El rico José de Arimatea (Mateo 27:57) indudablemente pertenecía a esta clase pudiente. Jerusalén también tenía una numerosa clase media —

compuesta por comerciantes al por menor y artesanos— y un segmento de gente pobre.

Las masas pobres

A las masas pobres se les llamaba "la-gente-de-la-tierra". En cierto tiempo esto sencillamente significaba gente común, o servía para diferenciar a la gente del área rural de la del área urbana; pero más adelante se convirtió en una forma desdeñosa para referirse a los que descuidaban la observancia de las leyes religiosas.[5] Los fariseos, evitaban todo contacto con tales personas, y aun rehusaban comer con ellas. Estos eran tan mal vistos que no podían testificar en la corte o ser guardianes de un huérfano. Los fariseos no los casaban y sus mujeres eran consideradas bichos inmundos.

Galilea quedaba sesenta millas al norte de Jerusalén, y era el centro económico y social de la gente común. Rica en recursos, Galilea era el área más densamente poblada de Palestina. Antes del reinado de Herodes el Grande, muchos gentiles compraron tierras; pero en los años antes del nacimiento de Jesús, inmigrantes judíos volvieron a asentarse allí. Cuando Jesús nació, Galilea era predominantemente judía. Herodes Antipas, el gobernador del área, construyó la ciudad capital de Tiberíades en la costa del mar de Galilea. La región, sin embargo, aún era conocida por su antiguo estigma: "Galilea de los gentiles".

La población de Galilea tenía alrededor de 350,000 habitantes, entre los que se contaban gran número de esclavos y unos 100,000 judíos que habían absorbido algo de la cultura griega. La mayoría de galileos tenían poca educación y eran ignorantes en cuanto a los finos puntos de la ley religiosa; no obstante, tenían una sinagoga en cada aldea, aunque es probable que el edificio no fuera dedicado exclusivamente a la adoración.[6] Agobiados por la lucha por la existencia, disponían de poco tiempo para preocuparse por los pequeños detalles de la pureza ritual. Las siguientes palabras de un fariseo muestran el desdén por la poca ortodoxia de "la gente-de-la-tierra".

> Un judío no debe casarse con ninguna hija de "la gente-de-la-tierra", pues son animales inmundos y sus mujeres reptiles prohibidos. Y respecto a sus hijas, las Sagradas Escrituras dicen: "Maldito el que se ayuntare con cualquier bestia" (Deuteronomio 27:21) ... Dijo R. Eleazar: Uno puede hacer una carnicería con la gente de la tierra en un Día de Expiación que caiga en sábado (cuando cualquier tipo de trabajo como destazar animales constituye una violación de una doble prohibición). Sus discípulos le dijeron, Maestro, mejor di "matanza" (en vez de la vil palabra carnicería); pero él replicó: "Una matanza requiere de una bendición, mientras una carnicería no".[7]

Aunque exagerada, esta actitud revela el odio de algunos de la aristocracia religiosa hacia la gente común. El sentimiento era mutuo, pues se dice que "la-gente-de-la-tierra" aborrecía a los eruditos judíos más de lo que los paganos odiaban a Israel. Otro rabino, que antes había pertenecido a esta clase social, dice:

> Cuando yo pertenecía a "la gente-de-la-tierra", solía decir: "Quisiera tener en mis manos a uno de esos eruditos para morderlo como un asno". A lo que sus discípulos observaron: "Querrás decir, como un perro". Y el replicó: "La mordida de un asno rompe los huesos; la de un perro no".[8]

Fue de entre esta gente rezagada donde surgió la fiera llama del nacionalismo judío algunos años después de la muerte de Jesús. Este fervor revolucionario dirigido contra la ocupación romana, también estaba dirigido contra la acaudalada aristocracia de Jerusalén que condescendía con los romanos. Nazaret, una aldea en el corazón de la región de "la gente-de-la-tierra", era el hogar de Jesús. Estaba situada en una fértil área agrícola de Galilea, con importantes empresas de exportación de pescado, pero las masas vivían en pobreza extrema. La mayoría tenía que sobrevivir con

un solo traje. Había un refrán que rezaba: "Las hijas de Israel son hermosas, pero la pobreza las hace repulsivas".

Factores económicos opresivos alimentaban el torbellino político en la inestable Galilea del primer siglo. El fermento social era agitado, no sólo por la ocupación romana y el estridente nacionalismo, sino también por una economía crítica. Los impuestos ya habían sido elevados durante la época de Herodes el Grande, aunque muchos de los ingresos fueron destinados al magnífico templo de Jerusalén y consagrados a Dios. Después de la muerte de Herodes, una delegación de judíos se quejó ante el emperador romano que Herodes había amasado mucha de su fortuna confiscando tierras y bienes. Es probable que Herodes haya sido propietario particular de la mitad o de los dos tercios de su reino.[9]

Buena parte del territorio de Galilea estaba dividido en grandes haciendas pertenecientes a acaudalados mercaderes, a saduceos que vivían en Jerusalén, y a terratenientes gentiles que vivían en el extranjero. Las parábolas de Jesús hacen mención de propietarios ausentes que nombran un mayordomo sobre sus propiedades y jornaleros. También existían algunos propietarios de pequeñas parcelas, pero muchas veces para pagar los impuestos, que con frecuencia los despojaba de la mitad de su cosecha, se veían forzados a hipotecar su propiedad. Entonces, los cobradores de impuestos y los grandes terratenientes se apoderaban de las tierras de los aldeanos cargados de deudas y éstos eran expulsados de sus tierras.

Las familias campesinas con frecuencia se veían atrapadas en este esquema, y resultaban trabajando como jornaleros para propietarios acaudalados y ausentes. Un escritor describe esta situación:

> Pasadas algunas décadas, habían desaparecido las pequeñas y medianas parcelas, mientras que las propiedades del templo y de la corona imperial crecían fuera de proporción ... Orillados a una condición de miseria, muchos campesinos abandonaron su tierra y se unieron a bandas de ladrones que sobrevivían por el pillaje y vivían en cuevas en las montañas.[10]

El impuesto sobre la renta romana

La pobreza se intensificaba por un sistema de impuestos doble: los impuestos civiles y religiosos. Es imposible calcular la proporción exacta de éstos. Muchos eruditos calculan, sin embargo, que del 30 al 70% del ingreso anual del campesino caía en manos de diversos recaudadores de impuestos y acreedores.[11] La tasa de impuestos era mucho más severa que la carga de impuestos típica en las naciones modernas.

Junto con el gobierno romano directo llegaron impuestos aplastantes. La eficiente burocracia romana recaudaba impuestos sobre las personas, las casas, los animales, las ventas, las exportaciones y las importaciones. Primero un impuesto sobre la tierra tomaba alrededor de un cuarto de las cosechas; luego, un impuesto per cápita fue aplicado sobre cada varón mayor de catorce años y cada mujer mayor de doce.[12] Los impuestos eran cobrados por recaudadores de impuestos judíos designados por el gobierno romano de entre las familias acomodadas. La policía que acompañaba a los recaudadores de impuestos era culpable, algunas veces, de abusos. El fraude proliferaba.

Existían, además, muchas otras tarifas e impuestos, tales como aranceles sobre las importaciones, peajes sobre puentes y carreteras, y tributos del mercado. A los recaudadores de estos impuestos se les conocía como publicanos. Explotaban la ignorancia del público respecto a la tasa de impuestos y eran considerados como los más consumados embaucadores.[13] Los publicanos trabajaban para un "recaudador de impuestos agrícolas", quien en subasta pública pagaba a los romanos la opción más alta por el ingreso de impuestos de cierto distrito. La mayoría de los agricultores eran judíos que trabajaban para los romanos. Los recaudadores de impuestos agrícolas cobraban a los campesinos los impuestos estipulados por Roma, a los que añadían sus propios emolumentos. Zaqueo probablemente era un recaudador de impuestos agrícolas. El producto de los tributos pagados en el mercado de Jerusalén era concedido a un "recaudador de impuestos agrícolas", quien fijaba los impuestos sobre los productos de los mercaderes.

Los impuestos romanos eran particularmente enfadosos en tiempo de Jesús, debido a que por ser impuestos políticos, ya no se utilizaban en la reconstrucción del templo, como en el tiempo de Herodes el Grande. Ahora financiaban un ejército extranjero y los lujos de un imperio lejano.

Puesto que los judíos jamás consideraron legítimo al gobierno romano, estimaban que los impuestos fijados por Roma eran un robo. Veían a los gobernantes gentiles de Palestina como ladrones sin ningún derecho sobre la tierra o el pueblo.[14] Los rabinos no hacían ninguna distinción entre recaudadores de impuestos y ladrones. Aun los evangelios describen a los recaudadores de impuestos como pecadores. Los impuestos eran tan opresivos que Siria y Judea suplicaron una reducción de éstos en el año 17 d.C. Cuando los zelotes judíos lograron el control de Jerusalén en el año 66 d.C., quemaron todos los registros de deuda almacenados en los archivos de Jerusalén. Así esperaban prevenir futuras venganzas por parte de los ricos.

El impuesto sobre la renta de Dios

Los judíos devotos daban al templo más o menos dos docenas de diezmos religiosos y ofrendas. Los impuestos religiosos estaban prescritos en la ley judía. Los judíos varones de más de veinte años pagaban un impuesto anual al templo. Al principio de la primavera, durante la Pascua, tenían que pagar el equivalente de dos dracmas, o sea el salario de dos días. Algunas semanas antes de la Pascua, los recaudadores de impuestos viajaban a los distritos circunvecinos para recaudar el impuesto de aquellos que no podrían llegar a Jerusalén durante la Pascua. En Mateo 17:24, estos recaudadores solicitaron de Pedro el impuesto de dos dracmas. Este impuesto era usado para la operación y mantenimiento del templo, y sólo podía ser pagado en plata de Tiro de alta calidad; no obstante, el denario romano era la moneda corriente en circulación. Los cambistas del templo se lucraban al cambiar la plata de Tiro por el denario común.

Los agricultores judíos también ofrendaban las primicias de sus cosechas en gratitud por la cosecha que seguiría. También

daban el diezmo de la misma cosecha y un diezmo de sus ganados para sostener a los levitas. En el tiempo de Jesús, los sacerdotes de Jerusalén a veces tomaban el diezmo por la fuerza, a expensas de los levitas. Un segundo diezmo sostenía a los pobres, y posiblemente un diezmo adicional era recaudado cada tercer año para los pobres.

A los agricultores también se les exigía dejar espigas en sus campos para los pobres. Encima de todos estos impuestos, estaba la práctica del año sabático que exigía dejar descansar la tierra por un año, cada séptimo año. Esto "implicaba la pérdida de por lo menos año y medio de producción agrícola en cada ciclo de siete años — lo que constituía una carga sumamente pesada sobre un pueblo incapaz de ahorrar jamás una parte sustancial de la cosecha".[15] Además habían otras contribuciones personales: ofrendas por la paz y por el pecado, ofrendas en la dedicación de un hijo. Los fariseos en el tiempo de Jesús diezmaban hasta la hierbas de sus huertas, práctica de la que Jesús se burló, puesto que ellos se habían olvidado de la justicia y de la misericordia (Mateo 23:23).

Los diezmos e impuestos religiosos no eran ofrendas voluntarias; eran ordenanzas divinas prescritas por Dios, sin embargo, no existía ninguna forma legal de hacerlas cumplir. Los exorbitantes impuestos tentaron a mucha gente rural a permitir que sus diezmos religiosos decayeran. Tal descuido enfurecía a los líderes religiosos, especialmente a los fariseos, quienes consideraban el diezmar como algo esencial para la santidad. Un erudito argumentaba que la presión de los impuestos romanos había forzado esa "crisis de santidad". Esto afirmaba la insistencia de los fariseos acerca de una cuidadosa observancia e incitaba su disgusto hacia los campesinos que no lo observaban.[16]

El hijo del carpintero

Encontramos a Jesús creciendo en este escenario aldeano. Dos evidencias adicionales lo ubican dentro de los pobres de Galilea. María se describe a sí misma como de "baja condición" en su himno de exaltación (Lucas 1:48). La ofrenda prescrita para la dedicación

de un hijo en Jerusalén era un cordero y una paloma; pero María y José compraron solamente dos palomas, práctica aceptable para las familias pobres que no podían comprar un cordero.

Aunque estos trozos de evidencia sugieren que Jesús nació en una familia pobre, probablemente no era de las más pobres de los pobres. Su padre no era un jornalero o un agricultor sin tierra. Era un artesano, un hábil obrero, probablemente un albañil, carpintero o fabricante de carretas.[17] José probablemente pertenecía a las filas más altas de la clase pobre de Galilea, al igual que Jesús, también un artesano. Entre los seguidores de Jesús hubieron pescadores independientes y colectores de impuestos; por lo tanto, Jesús y por lo menos algunos de sus seguidores, provenían de los niveles más altos de los rústicos campesinos de Galilea.[18]

A pesar de ser un hábil artesano, Jesús se identifica con los más pobres de los pobres.[19] Declaró a sus entusiastas seguidores que no tenía lugar donde recostar su cabeza y que las zorras y las aves estaban mejor que él (Lucas 9:58). Sus discípulos fueron sorprendidos un día sábado recogiendo espigas en un campo. Tales espigas eran dejadas para beneficio de los pobres, de acuerdo al código deuteronómico.

Cuando se le preguntó acerca de si se debía o no pagar los impuestos romanos, Jesús pidió una moneda, o sea que sus bolsillos estaban vacíos. Después de comenzar su ministerio, ya no trabajó en ningún empleo. Al igual que los otros rabinos, no recibía ningún dinero por sus enseñanzas. No contaba con ningún sostenimiento económico, aparte de los donativos aportados por varias mujeres a lo largo del camino (Lucas 8:3). Jesús y sus seguidores formaban una banda de predicadores itinerantes que vivían al día. Su radicalismo ético les llevó a carecer de hogar, a tener escasas posesiones, y a distanciarse de sus familias.[20]

Aunque Jesús creció en una Galilea azotada por la pobreza, rehusó unirse a los celosos rebeldes que propiciaban la violencia para alcanzar sus propósitos políticos. Los rebeldes capturaban la imaginación de los brillantes jóvenes que crecían en medio de la opresión económica. Soñaban quemar algún día el registro de deudas en los archivos de Jerusalén. Jesús creció en medio de una retórica revolucionaria, pero la dejó atrás. Su mensaje no constituía

una sencilla reacción ante la opresión económica. Aunque despreciaba la injusticia económica, su pasión primordial era la inauguración de un nuevo reino, uno en el que la gente lucharía con la pobreza en una nueva forma.

Pan vivo

La tentación del pan presentada a Jesús implicaba más que aliviar el hambre personal. Consistía, más bien, en regresar a Galilea para alimentar milagrosamente a las masas. Imposible adivinar todas las dimensiones de la prueba. Tal vez pensó recoger el manto de Judas Galileo y unirse a otros luchadores por la libertad para resistir los impuestos romanos. Tal vez, como otros bandidos de ese tiempo, soñó con saquear las pilas de provisiones acumuladas en las grandes y ricas propiedades. Si él poseía ese toque milagroso, ¿por qué no usarlo para alimentar a las multitudes en un grandioso banquete?, o ¿por qué no alcanzar la justicia económica de un solo golpe audaz?

Pero Jesús finalmente rechazó la alternativa de vivir sólo de pan. Una alimentación milagrosa era una solución a corto plazo y el hambre retornaría cuando el milagroso panadero muriera. Al eludir la solución rápida y temporal, Jesús ofreció una nueva alternativa. Su vida, su camino, sus enseñanzas crearían un nuevo fundamento de vida. Este sería un pan de vida permanente. Cuando una persona digiriera este nuevo pan, sería lleno con un nuevo espíritu y una nueva visión. Y todos aquellos que fueran bendecidos con un excedente de pan material comenzarían a compartirlo en nuevas formas.

Hacia la mitad de su ministerio, Jesús alimentó a 5,000, y luego a 4,000 con unas cuantas hogazas de pan y unos pocos pescados. Esta era la señal: Jesús mismo era el pan viviente, el Mesías por tanto tiempo esperado (Marcos 6-8). La multiplicación del pan ocurrió justamente antes de la escena en Cesarea de Filipo donde Pedro confesó que Jesús es el Cristo. La alimentación de la multitud no constituyó solamente un ardid para establecer la identidad de Jesús como un obrador de milagros. Pocos días después, Jesús declaró a la multitud que la única razón por la que lo

seguían era porque habían comido del pan y habían sido saciados (Juan 6:26). Comprendió que alimentarlos milagrosamente no cultivaba discípulos consagrados. Les dio de comer movido por su compasión ante el hambre de la multitud (Marcos 6:34; 8:2).

Sin embargo, al multiplicar el pan Jesús reveló su identidad mesiánica, no como un obrador de milagros, sino como el iniciador de un reino al revés. En Juan 6, Jesús declara: "Yo soy el pan de vida ... yo soy el pan que descendió del cielo ... si alguno come de este pan, vivirá para siempre".

En preparación a su crucifixión violenta, Jesús comió la Cena de Pascua con sus discípulos y al partir el pan les dijo: "Este es mi cuerpo" (Lucas 22:19). Después de la resurrección, en el camino a Emaús, los dos discípulos lo reconocieron cuando partió el pan (Lucas 24:30-31). Su identidad mesiánica como Salvador del mundo fue revelada, no al multiplicar el pan, sino al permitir que su vida fuera partida, quebrantada, por la humanidad.

Cuando los valores del reino al revés de Jesús se convierten en nuestro pan de vida, las instituciones económicas de la sociedad pierden su fuerza. La gente rica que acepta el pan eterno, puede compartir su pan mundano. Esta es una forma al revés de alimentar a los pobres. No es una revolución de indignados campesinos, ni tampoco un pan milagroso. Los que tienen en abundancia, movidos por la misericordia de Dios, dejan de acumular y dan con generosidad.

Si la forma al revés de Jesús, haló la alfombra de debajo de los pies de la religión y la política convencional, su influencia sobre la opresión económica fue aún mayor. Una y otra vez, relato tras relato, Jesús predica contra la injusticia económica: "¡Ay de vosotros los ricos! ... bienaventurados los pobres" (Lucas 6:20- 24). Sus enseñanzas condenan las prácticas económicas que explotan al pobre para enriquecer aún más a los ricos. Como veremos en los siguientes capítulos, los héroes del reino al revés de Jesús, no son los acaudalados terratenientes descansando en sus jacuzzis en Jerusalén, sino los pobres, los débiles, los lisiados.

Jesús desafió a las principales instituciones sociales de su día: política, religión y economía. Estas, como ocurre con frecuencia, estaban íntimamente entretejidas. La rica aristocracia formada

por los sacerdotes jefes y los saduceos en Jerusalén, poseía grandes propiedades en Galilea que ahogaban a los propietarios de pequeñas parcelas. Esta élite gobernante controlaba la poderosa corte suprema judía, el sanedrín. Este cuerpo, a su vez, controlaba el ritual del templo y las regulaciones religiosas. Esta misma clase alta de Jerusalén estaba de acuerdo con los romanos. Recibió con beneplácito la ocupación romana, que la protegía de los bandidos que codiciaban sus riquezas.

Esta élite gobernante judía aplaudía cuando los romanos aplastaban a los celosos combatientes por la libertad. Los líderes religiosos muy probablemente formaban parte de la multitud que gritó: "Crucifícale, crucifícale". Ellos sabían que Jesús era más peligroso que el líder rebelde Barrabás. Un bandido podía ser apresado nuevamente y ajusticiado; pero una nueva enseñanza, una nueva forma de vida que volcaba las mesas de la política, de la religión y de la economía, era demasiado peligrosa para la élite gobernante de Jerusalén.

Así pues, la montaña, el templo y el pan son símbolo de las tres instituciones sociales con las que Jesús luchó en el desierto. Su manera al revés cercenó las presunciones prevalecientes y las estructuras sociales. Las tentaciones fueron, en realidad, invitaciones para que él confirmara la política, la religión y la economía convencional. Si en realidad la misión de Jesús fue encarnar nuevas formas de vida para el pueblo de Dios, tiene poco sentido considerar las tentaciones como provocaciones meramente personales. El luchaba con la problemática de su día. La lectura de las tentaciones nos permite apreciar la angustia que Jesús debe haber experimentado cuando luchó con las fuerza de la política, de la religión y de las riquezas. También nos recuerda que Dios estaba introduciendo un nuevo reino al revés, basado en un nuevo poder, un nuevo templo y un nuevo pan.

Preguntas para discusión

1. Evalúe la sugerencia de que la tentación del pan era de dimensiones mucho más extensas que el hambre personal de Jesús.
2. Al afirmar que "Jesús es el pan de vida", ¿se "espiritualiza" el serio problema de la pobreza?
3. ¿Por qué es el pan un símbolo tan prominente a lo largo de todo el Nuevo Testamento?
4. ¿Cómo es que el sistema económico contemporáneo ayuda a producir multitudes hambrientas?
5. ¿Qué situaciones socioeconómicas de hoy son similares a las que rodearon el ministerio de Jesús?
6. ¿Es la tentación del pan que sufrió Jesús de poca importancia para aquellos de nosotros que nos hallamos en situaciones confortables?
7. ¿Actualmente, de qué maneras enfrentamos nosotros las tres tentaciones de Jesús?
8. ¿Cómo interpreta la tentación del pan una persona que vive sumida en la pobreza, y una persona que vive en abundancia?

5
ESCLAVOS LIBRES

Un joven del pueblo es linchado

Jesús respondió con un enfático "no" a los tres reinos al derecho. Pero, ¿cómo era este reino suyo al revés? Lucas 4:16-30 comienza describiendo el inicio del ministerio de Jesús en Nazaret, su pueblo natal, otorgando un significado profundo al retorno a su tierra. Para Lucas, el sermón inaugural de Jesús delante de rostros familiares, devela los misterios del nuevo reino. Al igual que Lucas, Marcos 1:15 y Mateo 4:17 registran que inmediata-mente después de su tentación, Jesús anunció el advenimiento del reino de Dios, pero ubican el acontecimiento del retorno a su pueblo (Mateo 13:53-58, Marcos 6:1-6) más tarde en la secuencia de su ministerio, aunque los dos convienen que los que lo oían estaban maravillados por su sabiduría y poder.

El momento decisivo había llegado. Jesús se levanta y pasa al frente en la sinagoga de su pueblo. Se le da el libro del profeta Isaías,[1] pero Jesús no lee, sino lo recita de memoria. Sus paisanos no pueden creer lo que oyen. El hijo del carpintero, el hijo de José, declara que él es el ungido. Dice que él es Dios encarnado; y que el tan largamente esperado Mesías, está de pie delante de ellos.

Citando al profeta, Jesús resume su identidad y misión:

El Espíritu del Señor está sobre *mi,*
Por cuanto me ha ungido para dar *buenas nuevas* a los *pobres;*
Me ha enviado a *sanar* a los *quebrantado*s de corazón;

A *pregonar* libertad a los *cautivos*,
Y *vista* a los *ciegos*;
A poner en *libertad* a los *oprimidos*;
A predicar el año agradable del Señor.
Lucas 4:18-19 (énfasis añadido)

Las palabras, pregonar libertad, excarcelar, anunciar el año agradable del Señor hacían repicar campanas a los oídos de los judíos. La gente entendía perfectamente bien lo que Jesús quería decir. Habían escuchado muchas veces estas frases. Poner en libertad, excarcelar, soltar, perdonar, restaurar, ¡sí, sí!; estas eran las imágenes de la esperanza mesiánica. Esto es lo que se esperaba que hiciera el Mesías, "el ungido".

Tres elementos destacan en el uso del pasaje que hizo Jesús (Isaías 61:1-2). Primero, Jesús revela que él es el Mesías. Segundo, su misión es dar nuevas de liberación a los pobres, a los ciegos, a los esclavos y a los oprimidos. Tercero, esta es la proclamación del año agradable de Dios; luego, concluye con dinamita: "Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros". El Mesías está aquí, ustedes son testigos. ¡Ustedes están viéndolo delante de sus propios ojos! Yo soy más que el hijo de José, ¡Yo soy el Mesías!

La reacción de los amigos y vecinos ante este mensaje es fascinante. Cuando comprendieron el impacto total de sus palabras se maravillaron; pero luego, se llenaron de ira, le echaron fuera de la ciudad, y le llevaron hasta la cumbre del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad de ellos, para despeñarle. ¿Qué incitó esta reacción asesina contra uno de los suyos? ¿Qué dijo Jesús que desencadenó tanta violencia?

En su sencillo anuncio del advenimiento del reino de Dios, Jesús omitió una frase al final del pasaje relativa al día de venganza, cuando Dios castigaría a los malos. Varias historias que Jesús incluyó al final de este sermón confirmaron justamente lo opuesto: Dios extendería misericordia y liberación aun a los malos. Este anuncio que ponía las cosas al revés, enfureció a la multitud. Hablaremos más adelante sobre la reacción de sus oyentes.

La forma en que usualmente se lee este sermón inaugural de Jesús, espiritualiza totalmente su significado. Con frecuencia

entendemos que Jesús proclama la liberación de los cautivos del pecado, vista a los ciegos espirituales y libertad a los espiritualmente oprimidos y esclavizados. Aunque esto es cierto, el trasfondo antiguotestamentario del texto expande su significado enraizándolo en realidades sociales prácticas. El "año agradable del Señor" se refiere al jubileo del Antiguo Testamento; por lo tanto, Jesús vincula su papel mesiánico al jubileo hebreo.[2] El sermón es, en esencia, la proclamación de un jubileo.

¿Jesús está presentando un programa concreto de reformas sociales y económicas? Los eruditos del Nuevo Testamento no se ponen de acuerdo sobre el particular.[3] Lo que es obvio es que los valores sociales proclamados por Jesús, súbitamente toman un nuevo significado bajo la perspectiva del jubileo. La visión del jubileo ofrece un marco interpretativo, una metáfora que nos capacita para comprender las enseñanzas y el ministerio de Jesús de nuevas maneras.[4] Pero, ¿qué era el jubileo?

Un punto de cambio para los hebreos

El jubileo se describe en tres libros del Antiguo Testamento, Exodo, Levítico y Deuteronomio. Estamos familiarizados con un ciclo semanal de seis días de trabajo, seguidos por un sabbath. Este patrón emergió de la historia de la creación, cuando Dios descansó el séptimo día. El calendario hebreo no se detenía en el ciclo semanal. También contaba seis años de trabajo, y luego celebraba el séptimo como un año de descanso. Este séptimo año, o año de "Domingo" se llamaba el año sabático. El año del jubileo se celebraba al fin del séptimo período de siete años.[5] Los eruditos no están seguros si el jubileo caía en el año cuarentinueve o en el cincuenta. Resumiendo:

> El sábado finalizaba una semana de seis días.
> El año sabático finalizaba una "semana" de seis años.
> El jubileo finalizaba una "semana" de años sabáticos.

El término jubileo significa "el cuerno de un carnero". Un cuerno especial, tomado de un carnero salvaje, era tocado en el Día

de la Expiación como señal del inicio de las festividades del jubileo. Los sacerdotes sonaban ese cuerno especial, únicamente en el año del jubileo. Durante los otros años, tocaban un cuerno de carnero ordinario. Los años sabáticos y del jubileo establecían un ritmo cronológico en la sociedad hebrea. Las vibraciones de este ritmo podían poner de cabeza la vida social. Tres sacudimientos eran esperados en el año séptimo, o año sabático.

1) *Tierra:* se dejaba descansar la tierra en el séptimo año. No se sembraba, ni se cosechaba. Las plantas que crecieran espontáneamente tenían que dejarse para los pobres. El Señor prometía una cosecha abundante en el sexto año, suficiente para cubrir las necesidades del sexto y séptimo año. Así como la gente descansaba el sábado después de seis días de trabajo, también la tierra gozaba de un descanso después de seis años de productividad (Exodo 23:10-11; Levítico 25:2-7).
2) *Esclavos:* Los esclavos eran dejados en libertad en el séptimo año. Algunas personas, agobiadas por sus deudas, se habían vendido como esclavos. Después de trabajar durante seis años como siervos, el jubileo los libertaba en el séptimo año. No está claro si los esclavos siempre eran libertados en el año sabático, pero el principio de liberarlos después de seis años de labor ciertamente existía (Exodo 21:1-6; Deuteronomio 15:12-18).
3) *Deudas:* Las deudas eran perdonadas en el año sabático. Puesto que la economía de Israel descansaba en la agricultura, las deudas generalmente eran préstamos caritativos otorgados a personas necesitadas, no préstamos comerciales. Era prohibido cobrar intereses sobre préstamos a otros hebreos. El principal de cualquier deuda también era indultado en el año sabático (Deuteronomio 15:1-6).
4) *Tierra:* En el año cincuenta, o sea el del jubileo, ocurrían sacudimientos más grandes. El derecho de propiedad sobre la tierra regresaba al propietario que la poseía al principio del período de cincuenta años.

Y santificaréis el año cincuenta, y pregonaréis libertad en la tierra a todos sus moradores; ese año os será de jubileo, y volveréis cada uno a vuestra posesión, y cada cual volverá a su familia (Levítico 25:10).

Este cambio de propiedad que ocurría en el año cincuenta preservaba el patrón original de la tenencia de tierra. El jubileo evitaba que hacendados codiciosos compraran más y más tierra a expensas de los pobres. Aunque la tierra era comprada y vendida durante el período de cuarenta años, el jubileo restauraba la tenencia de la tierra por lo menos una vez en cada generación. Los hebreos realmente no compraban la tierra en el ínterin, compraban su usufructo. Conforme se acercaba el año del jubileo, el costo del uso de la tierra bajaba porque las tarifas se calculaban de acuerdo al número de cosecha restantes antes del jubileo (Levítico 25:13-16).

Es difícil saber si el año sabático y el jubileo fueron practicados a conciencia. Referencias históricas ajenas a las Escrituras sugieren que la práctica de dejar la tierra ociosa en el año sabático, continuó hasta la destrucción del templo en el año 70 d.C., y tal vez aun hasta más tarde. No se sabe cuántos esclavos, deudas y tierra eran restaurados. Algunas evidencias sugieren que existió una observancia parcial a estas prácticas. Durante el reinado de Sedequías, antes de que Jerusalén cayera ante Babilonia en el año 586 a.C., los ricos libertaban sus esclavos, pero pronto los volvían a capturar. Jeremías escribió con disgusto acerca de su desobediencia.

> Pero os habéis vuelto y profanado mi nombre, y habéis vuelto a tomar cada uno a su siervo y cada uno a su sierva, que habíais dejado libres a su voluntad; y los habéis sujetado para que os sean siervos y siervas. Por tanto, así ha dicho Jehová: Vosotros no me habéis oído para promulgar cada uno libertad a su hermano, y cada uno a su compañero; he aquí que yo promulgo libertad, dice Jehová, a la espada y a la pestilencia y al hambre; y os pondré por afrenta ante todos los reinos de la tierra (Jeremías 34:16-17).

Jeremías juzgaba que la violación del año sabático era una de las razones para la inminente destrucción de Jerusalén (Jeremías 34:18-22).

Alrededor del año 423 a.C., Nehemías 5:1-13 reprendió al pueblo por no observar el jubileo después de retornar de la cautividad. Advirtió a los nobles y funcionarios que libertaran a sus esclavos y devolvieran la tierra a sus dueños originales. En los últimos capítulos de Ezequiel, el profeta exhorta al restablecimiento del jubileo (Ezequiel 45:7-9; 46:16-18).

A pesar que muchos eruditos creen que la reforma agraria del jubileo jamás se practicó, otros creen que periódicamente fue observada. Existe una evidencia más firme de que las deudas sí eran liberadas. Un fariseo principal, Hillel, quien vivió en la época cuando Jesús nació, inició el *prosbul.*[6] Este mecanismo legal terminó con los efectos devastadores de exonerar las deudas cada seis años. Los acreedores ya no querían prestar dinero cuando sabían que se aproximaba el año sabático, pues agotarían su capital; o sea, que la gente se negaba a otorgar préstamos porque sabían que jamás volverían a ver su dinero. El *prosbul* permitía que el que prestaba depositara un certificado en los juzgados donde se legalizaban los préstamos. Este documento impedía que las deudas fueran exoneradas en el año sabático. Los que prestaban también sabían que sus deudas eran legales, a pesar de la enseñanza sabática.

La necesidad del *prosbul* para eludir el año sabático sugiere que las deudas en verdad eran exoneradas. A pesar de la práctica inconstante de condonación de deudas cada siete años, el sabático y el jubileo eran fechas simbólicas importantes en la medición del tiempo hebreo; sobre todo, encarnaban valores teológicos claves.

Pirámides niveladas

Más importante que los detalles del jubileo son los principios teológicos que los sustentan. No cabe ninguna duda en cuanto a que la visión del jubileo provocaba un levantamiento que alteraba el orden social. Como diseño social para el pueblo de Dios, el jubileo afectaba tres factores generadores de desigualdad: 1) El control de la tierra representa el acceso a los recursos naturales. 2) La posesión de esclavos simboliza el trabajo humano necesario para la producción. 3) Los préstamos implican el manejo de capital y crédito.

El uso y la distribución de estos recursos: naturales, humanos y financieros, inclina la balanza de la justicia en cualquier sociedad. En el mundo moderno, la tecnología es una cuarta variable en la ecuación. Al controlar estos recursos, algunos se vuelven ricos, mientras que los otros se empobrecen. Los principios del jubileo iluminan la visión divina en contraposición al viejo problema de la injusticia social.

1. *Derecho de propiedad divino.* Un audaz mensaje corre a lo largo de las Escrituras relativas al jubileo: Dios es el dueño de los recursos naturales y humanos.

¿Por qué no debe venderse la tierra a perpetuidad? Porque "la tierra mía es; pues vosotros forasteros y extranjeros sois para conmigo." (Levítico 25:23).

¿Por qué debe dejarse en libertad a los esclavos periódicamente? "Porque son mis siervos, los cuales saqué yo de la tierra de Egipto; no serán vendidos a manera de esclavos" (Levítico 25:42-55).

¡La tierra y sus moradores pertenecen al Señor! No debemos abusar de ellos ni usarlos descuidadamente. Nosotros administramos la tierra y a sus pobladores, no somos sus propietarios. Somos mayordomos que daremos cuenta a Dios, el verdadero dueño. No nos atrevamos a usar la tierra y a su gente en forma egoísta para edificar pirámides económicas, para crear dinastías sociales, o para alimentar egos codiciosos. Dar descanso a la tierra en el año sabático o sea en el séptimo año, armoniza perfectamente en este entendimiento; puesto que la tierra le pertenece al Señor, no debe ser abusada. En el séptimo año, es devuelta, restaurada a Dios, su dueño original. Una teología de mayordomía ciñe toda la visión del jubileo. Los recursos naturales, humanos y financieros son de Dios. Estos recursos únicamente nos han sido prestados. Esta mayordomía a corto plazo nos hace responsables delante de Dios de cuidarlos y usarlos apropiadamente.

2. *La liberación de Dios.* ¿Por qué el pueblo de Dios fue llamado a participar en esta visión tan poco usual? ¿Por qué se les perdonaban deudas, se liberaban esclavos y se restauraba la tierra? ¿Era esta una trama humana encaminada a prevenir rebeliones y revoluciones?, de ninguna manera. La liberación de Dios constituye

la motivación. El acto decisivo de Dios en el éxodo egipcio es la base teológica para el jubileo. Que nadie se olvide: "Te acordarás que fuistes siervo en la tierra de Egipto y que Jehová tu Dios te rescató; por tanto yo te mando esto hoy" (Deuteronomio 15:15). "Yo Jehová vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto, para daros la tierra de Canaán, para ser vuestro Dios (Levítico 25:38).

"Durante 450 años", decía Dios, "trabajasteis como esclavos para los egipcios. Hasta hace poco tiempo erais esclavos explotados y azotados. Vosotros también clamasteis por libertad. Yo, el Señor vuestro Dios, intervine a favor vuestro. Os liberé y os redimí de la esclavitud de Faraón. Os liberé de esclavitud y os traje de vuelta a la tierra prometida".

Una y otra vez, el recuerdo de los actos de liberación de Dios vibran en las páginas del Antiguo Testamento.

3. *La respuesta del jubileo.* El jubileo fue la respuesta al acto de liberación realizado por la gracia de Dios. Cuando la gente recordaba cómo Dios los había liberado de la esclavitud, su reacción gozosa era convertirse también en libertadores, perdonando deudas, liberando esclavos y redimiendo la tierra. Para la mente moderna, dar la libertad a un esclavo parece un acto noble; pero la prescripción del jubileo no se detenía con una palmada de felicitación. Liberar a un esclavo no era suficiente. "Y cuando lo despidieres libre, no le enviarás con las manos vacías. Le abastecerás *liberalmente* de tus ovejas, de tu era y de tu lagar" (Deuteronomio 15:13-14a, énfasis añadido).

¿Por qué tal generosa misericordia? ¿No bastaba con darle su libertad al esclavo? ¿Por qué esa dosis extra de bondad?

La razón bíblica es clara: "Le darás de aquello en que Jehová te hubiere bendecido" (Deuteronomio 15:14b).

De la manera generosa en que Dios los liberó de Egipto, así deben ustedes liberar a sus hermanos y hermanas.

Los actos de justicia social del jubileo no tienen como motivación las condecoraciones celestiales al mérito; son la reacción natural y gozosa ante las buenas nuevas de la liberación de Dios.

4. *La compasión del jubileo.* La reacción del jubileo proviene tanto de los actos misericordiosos de liberación de Dios, como del clamor de los oprimidos por la injusticia social. Al ver a los

desposeídos maltratados, los hebreos se recordaban de su pasada esclavitud.

Es por los pobres que la tierra se deja descansar. Dios ordena: "Mas el séptimo año la dejarás libre, para que coman los pobres de tu pueblo" (Exodo 23:11).

Dios promete que "para que no haya en medio de ti mendigo; Jehová te bendecirá con abundancia en la tierra que Jehová tu Dios te da por heredad para que la tomes en posesión, si *escuchares* fielmente la voz de Jehová tu Dios, para guardar y cumplir todos estos mandamientos que yo te ordeno hoy." Luego Dios añade: "Cuando haya en medio de ti menesteroso ... no endurecerás tu corazón ... ni cerrarás tu mano contra tu hermano pobre, sino abrirás a él tu mano liberalmente, y en efecto le prestarás *lo que necesite* ... porque no faltarán menesterosos en medio de la tierra; por eso yo te mando diciendo: Abrirás tu mano a tu hermano, al pobre y al menesteroso de tu tierra" (Deuteronomio 15:4-5; 7,8; 11 énfasis añadido).

Dios advierte a su pueblo a que no niegue préstamos a los pobres sólo porque se aproxima el año sabático. La deuda no puede ser pagada debido a la exoneración sabática; por el contrario, "*sin falta* le darás, y no serás de mezquino corazón cuando le des; porque por ello te bendecirá Jehová tu Dios en todos tus hechos, y en todo lo que emprendas" (Deuteronomio 15:10, énfasis añadido).

Existe un doble motivo para el perdón del jubileo: una agradecida reacción ante la liberación de Dios, y un corazón compasivo ante el dolor humano.

5. *Revolución al revés*. El jubileo proclama una revolución social, ciertamente única. Una revolución, usualmente, resulta de la erupción que surge en el punto más bajo de la escalera social. Los campesinos explotados, enfurecidos por la opresión que sufren, empuñan sus azadones, o ametralladoras y expulsan a sus opulentos opresores si tienen éxito, obtienen poder; pero con más frecuencia, son aplastados. Los revolucionarios de éxito, con frecuencia se convierten en los opresores del mañana, pues continúan usando las mismas armas de violencia.

El jubileo es una revolución al revés. En este caso, la llama de la revolución se enciende en la cima. La gracia de Dios mueve

a los que están en eminencia, a los ricos e influyentes, que ahora llenos de compasión se unen al jubileo redistribuyendo los recursos naturales y humanos. Esto aplana las pirámides socioeconómicas. Los que están en la cúspide, comienzan a dar con liberalidad, en la medida que Dios les ha dado a ellos.

6. *Gracia institucionalizada.* El concepto del jubileo tiene sus raíces en una profunda concientización del pecado y la codicia humana. Sin controles sociales la pirámide económica se eleva. Sin restricciones y aplanamientos periódicos, los débiles que yacen en el fondo, son hollados en el polvo. Las sociedades deben contar con provisiones especiales que defiendan y protejan a los desvalidos. Sin aplanamientos periódicos y regulares, el poder y la riqueza se consolidan en manos de una pequeña élite.

El jubileo es un ejemplo espléndido de un plan social —sí, un plan institucional— que pone freno al deseo y a la ambición personal. La benevolencia no puede dejarse en manos de los deseos y caprichos de los ricos quienes al dar, se sienten mejor; pero que no alteran las perversas estructuras que perpetúan la opulencia a expensas de los pobres. El jubileo rige un aplanamiento regular y periódico de la vida social. Convierte la justicia en una regla del juego.

La visión del jubileo no elimina la iniciativa individual; tampoco exige una vida comunitaria, ni prescribe una igualdad legal. Permite un espacio para las aspiraciones personales; pero sabe que tales cosas con facilidad se escapan de las manos. Así que sabiamente ordena un cambio de estructuras a intervalos regulares para igualar la disparidad que, de otra manera, crecería a pasos agigantados. Como hemos visto, la Biblia comprende tal institucionalización de la gracia como una respuesta a la gracia de un Dios quien ya ha tomado la iniciativa. La gracia divina promueve el cambio económico.

De manera genuinamente bíblica, el jubileo integra la dimensión espiritual con la social. Entreteje la religión y la economía en un solo tejido; separarlas prostituye la verdad bíblica. Rehusar la participación en el cambio económico, constituye una flagrante desobediencia.

Mientras tanto, en Nazaret

Buenas nuevas para los pobres, libertad para los cautivos, vista para los ciegos, emancipación para los oprimidos, esto es ¡el año agradable del Señor! Las viejas palabras adquirían un nuevo significado cuando Jesús las citaba en Nazaret, su pueblo natal. Algunos eruditos del Nuevo Testamento piensan que Jesús pudo haber predicado estas palabras durante un año sabático.[7] Un erudito aún afirma que fue en el mismo año del jubileo.[8] De todas formas, el Antiguo Testamento realza la forma en que Jesús usa estas palabras. Ahora ellas nos impactan con un nuevo significado. La palabra hebrea para libertad se usa únicamente siete veces en el Antiguo Testamento, pero cada vez con el año de la libertad.[9] El significado literal del jubileo es ciertamente de buenas nuevas en Nazaret. Los pobres podían despedirse de sus deudas. Los que se habían convertido en esclavos por deudas, podrían regresar a casa. Los campesinos forzados a vender sus tierras, las recibirían de vuelta al seno de sus familias. Sin lugar a dudas, ¡realmente estas eran muy buenas noticias!

Pero aún hay más. Jesús no estaba haciendo únicamente otra proclamación del jubileo. "El Señor me ha ungido". Este es un anuncio mesiánico. Es sorprendentemente similar a la respuesta que dio a los discípulos de Juan cuando le preguntaron si él era realmente el Mesías. Jesús no dijo, afirmó ni negó (Lucas 7:22-23). Mas bien, dijo: "los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio". Estos son los mismos grupos de personas que Jesús menciona en Nazaret en la iniciación de su ministerio.

No es esta la primera vez que aparece dicha lista. La encontramos en las profecías mesiánicas de Isaías 29:18, 35:5 y 61:1. ¿Qué significado tienen estas imágenes? Todas son antiguas descripciones que en el Oriente anuncian el tiempo de *salvación*, cuando llegarían a su fin el llanto, el dolor y el pesar.[10] Jesús nos sorprende al añadir a los leprosos y a los muertos en la lista de los salvados. Ambos faltan en los pasajes de Isaías. Los oyentes alertas habrían escuchado a Jesús usando palabras en clave del Antiguo

Testamento. Lo que le habrían escuchado decir era: "¡El Mesías está *aquí*! ¡Ya alborea la salvación! ¡El reino de Dios está *cerca*! ¡Ya no está lejos en las nubes! ¡La presencia de Dios ha irrumpido entre nosotros ahora! ¡Está ocurriendo ante sus mismos ojos!"

El tema de la restauración está vinculado al del jubileo de la misma forma en que el sermón inicial de Jesús en Nazaret está vinculado a la respuesta que dio a los discípulos de Juan. Todo será restaurado, todo regresará a su estado original. Resplandecen las imágenes del paraíso, sin deudas, sin pobreza, sin esclavitud. Esas imágenes del huerto del Edén nos llevan de nuevo al Génesis y a la creación. Al ejecturarse la visión del jubileo, todas las cosas serían restauradas a su perfección original edénica.

Al hablar del jubileo se aclara el papel del Mesías, de aquél que anuncia la liberación que Dios realiza. El Mesías nos pone en libertad, perdona nuestras deudas, nos redime de nuestros pecados. Jesucristo nos vuelve a moldear a la imagen de Dios. Corta las cadenas del pecado. Abre nuestros ojos. Los grilletes del mal caen. Hay una genuina liberación. Nos arrepentimos, volvemos al Edén, restablecemos los lazos armoniosos con Dios, y encontramos nuevamente un hogar en la familia de Dios.

Así pues, en Nazaret Jesús anuncia el año de salvación agradable de Dios; pero sus palabras insultaron el orgullo judío: Dios usó a los gentiles en los días del Antiguo Testamento. La restauración del jubileo no era sólo para los judíos, sino para *todos* -aun para los gentiles. Jesús ofreció a los gentiles palabras de gracia, en vez de venganza. Ya no existirían favoritos; estas fueron las desconcertantes noticias que incitaron la furia de la turba en Nazaret. En lugar de un día de venganza contra los gentiles, Jesús anunciaba un día de misericordia y perdón universal.[11] No cabía ninguna duda, Jesús, el que amaba a los gentiles, era un falso profeta; y por eso lo persiguieron hasta sacarlo del pueblo, y trataron de arrojarlo desde un despeñadero.

El hábito del jubileo

Un ritmo redentivo emerge del jubileo. Su eco se extiende desde el Edén hasta la tumba vacía. Los tamborileros de la historia

sagrada tocan un mensaje a cuatro tiempos que vibra a lo largo de las edades:

Edén	-Egipto	-éxodo	-jubileo
Perfección	-pecado	-salvación	-misericordia
Libertad	-opresión	-restauración	-perdón

El primer compás nos recuerda la perfección de la creación de Dios. El segundo compás recuerda la opresión en Egipto. La intervención poderosa de Dios trae restauración y salvación. Finalmente, podemos responder a la salvación de Dios extendiendo misericordia y perdón hacia otros.

Antes fuimos oprimidos. Antes estuvimos cautivos. Ahora, el jubileo nos recuerda que somos deudores perdonados. Somos esclavos liberados. ¿Cuál, entonces, debe ser nuestra respuesta? Súbitamente la ley recíproca de Deuteronomio 15:14 vuelve a casa: "Le darás de aquello en que Jehová te hubiere bendecido". Señala hacia la cadena de reacción del Nuevo Testamento. Perdona, como has sido perdonado. Sé misericordioso, como yo he sido misericordioso. Ama, como yo te he amado. Da con liberalidad, como yo te he dado. La bondad de Dios nos mueve a perdonar a otros. La misericordia de Dios nos impulsa a perdonar a los que nos deben. Podemos dar libertad a nuestros esclavos, porque Dios nos ha liberado. En resumen, pasamos la estafeta del jubileo a otros.

De la misma manera que la respuesta hebrea ante la liberación de Dios tuvo consecuencias sociales reales, la nuestra también debe tener consecuencias sociales reales. No es suficiente sentarse a ponderar la belleza teológica de nuestra liberación, debemos actuar. El modelo bíblico nos llama a iniciar un perdón, no solamente ante los insultos interpersonales, sino también en los financieros. Debemos bajar el precio de los alquileres y elevar los salarios. Según las palabras del Padrenuestro: "Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mateo 6:12).

Dos puntos destacan aquí: Uno es que el dar y el recibir perdón van juntos. Somos elegibles para aceptar el perdón de Dios, en la medida que nos arrepentimos y perdonamos a los demás. El

otro punto señala que: La palabra *deuda* usada en el Padrenuestro, puede referirse tanto a pecados como a deudas económicas.[12] ¿Debemos perdonar, no solamente los malos tratos, sino también las deudas financieras? En todo caso, escondidos en el centro del Padrenuestro encontramos los principios del jubileo.

La parábola del siervo ingrato (Mateo 18:23-35) también subraya la postura del jubileo. Un rey perdona una gran deuda a un siervo suyo, pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus consiervos que le debía una pequeña cantidad y violentamente le exige el pago y como no le puede pagar lo echa en la cárcel. Cuando el rey se entera, muy enojado entrega a los verdugos al siervo ingrato hasta que pague toda su deuda original. La historia concluye con la moral del jubileo: "Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas" (Mateo 18:35).

El principio de perdón recíproco incrustado en el jubileo, llena todas las enseñanzas del Nuevo Testamento. Aun las enseñanzas económicas de Jesús adquieren sentido en el contexto del modelo del jubileo. Dentro de este marco sus palabras adquieren nuevo significado, y nos invitan a responder en forma concreta, también en asuntos económicos, a la iniciativa liberadora de Dios.

La cola del perro

Ya hemos visto cómo el jubileo liga la esfera espiritual con la social. A pesar de estar unidas, representan diferentes puntos de partida; por cierto, la forma en que se mezclan ha desatado mucha controversia filosófica. Los científicos sociales argumentan que es el medio social y material el que moldea nuestras creencias. De aquí surge la interrogante del huevo y la gallina. ¿Nuestras ideas influencian nuestro estilo de vida económico, o viceversa?[13] Los filósofos y teólogos tienden a alinearse del mismo lado. Ellos declaran que nuestras creencias moldean nuestro comportamiento económico.

Por otra parte, muchos científicos sociales argumentan que nuestras convicciones son meramente reflejos de nuestro status económico. Desde este punto de vista, nuestros nichos económicos

dan forma a las creencias que amamos, por ejemplo, una persona nacida en una familia acaudalada, probablemente creerá que las riquezas son señal inequívoca de la bendición de Dios. Los que nacieron pobres tienden a creer que Dios los bendecirá en el cielo con un gran pastel. Los campesinos que viven una magra existencia probablemente soñarán en las bendiciones celestiales futuras; mientras que sus ricos opresores consideran que el cielo está aquí y ahora. Los himnos de los esclavos americanos, por ejemplo, se enfocaban en la esperanza futura de cruzar el tormentoso Jordán y entrar a la tierra prometida; mientras que los ricos de hoy conducen carros de lujo y no necesitan ningún cielo para escapar de sus penas económicas.

Aquí tenemos en la palestra la relación entre religión y economía, entre lo espiritual y lo material, entre nuestra fe y nuestra chequera. Y entonces surge la pregunta del perro y su cola. ¿Mueve la fe nuestra billetera, o es nuestra billetera la que mueve nuestras convicciones? ¿Qué controla a qué? Por supuesto, lo estamos sobre simplificando. No existe ninguna relación simple entre nuestros recursos económicos y nuestra piedad.

Los factores económicos sí moldean poderosamente la forma en que vemos las cosas. Nuestro salario, el ingreso de nuestros amigos, el valor de nuestra casa y nuestro status social, todos estos factores moldean nuestro pensamiento. Suministran un juego de lentes que filtran nuestra visión del mundo. Nos aferramos a creencias teológicas que apoyan y legitimizan nuestro status económico. Los factores económicos filtran la lectura de nuestra Biblia y tiñen nuestros lentes religiosos, de tal manera, que nuestras creencias apoyan convenientemente nuestro estilo de vida económico.

Así pues, nuestra billetera con demasiada frecuencia mueve nuestras creencias. Esto contradice el patrón bíblico. La visión escritural demanda una fe que abre su bolsa. Las fuerzas económicas nos moldean a todos. No podemos saltar fuera de nuestro medio social; pero podemos escuchar y obedecer el mensaje bíblico que nos apremia a colocar nuestras decisiones económicas bajo la jurisdicción de la fe.

El jubileo brinda la solución antiguotestamentaria a este problema del perro y su cola. Fe en un Dios que nos liberó de la esclavitud, motiva a la gente a abrir ampliamente sus manos de misericordia. Los actos salvíficos de Dios en la historia sagrada, mueven a la comunidad a perdonar deudas, liberar esclavos y devolver tierras. Los hebreos algunas veces protestaron ante la práctica del jubileo. Esto sencillamente afirma la fuerza de las lealtades económicas sobre la fe. El modelo bíblico, sin embargo, es claro: la fe debe mover nuestras billeteras. Este principio antiguotestamentario ciñe las enseñanzas de Jesús que exploraremos en los siguientes capítulos.

La obediencia cristiana de hoy no implica duplicar los detalles históricos del jubileo. Ya no vivimos en una teocracia donde la legislación civil y la religiosa estén entretejidas bajo el reinado directo de Dios. Un pequeño grupo de cristianos no pueden imponer su filosofía económica a toda la sociedad. Restituir la tierra a sus dueños originales no ayudaría a las familias que nunca han poseído tierra. La redistribución de la tierra no corregiría las injusticias provenientes de una distribución desigual de la tecnología, la información, del capital, de los recursos naturales y de otros recursos que no están relacionados con la tierra. Permitir que el trigo permaneciera ocioso cada séptimo año en los campos de Nebraska, no alimentaría a los que padecen hambre en Nueva York o Bombay. Aunque muchos de los detalles no tienen aplicación ahora, los principios teológicos del jubileo sí ofrecen un marco bíblico para las prácticas económicas cristianas.

La visión del jubileo entreteje lo social y lo espiritual, lo político y lo personal, hacia adentro y hacia afuera; también mezcla la iniciativa de Dios con la nuestra. Empujados por la liberación divina, perdonamos. Al perdonar, somos perdonados. En la medida que somos misericordiosos, recibimos misericordia. Estas verdades yacen en el corazón del jubileo. Y la visión del jubileo se filtra en las enseñanzas de Jesús, no sólo en Nazaret, sino a lo largo de todo su ministerio.[14] Misericordia, liberación, libertad, compasión, redención, estas son las palabras en clave del jubileo. Y estas son las palabras de Jesús. Ellas energetizan sus cuadros parabólicos.

Ellas dan forma a su aceptación social y al perdón para los pobres y los perdidos.

La visión es teológica, pero sus consecuencias son prácticas. En el jubileo Dios declara su señorío. Y el decreto de Dios trae redención de la esclavitud a las viejas autoridades, perdón del endeudamiento a los viejos reinos, y libertad para los que se hallan en esclavitud espiritual y social. Esto es ciertamente el jubileo. Es el año aceptable del Señor, día de libertad, día de salvación. Y es Jesús de Nazaret quien lo articula y encarna.

Preguntas para discusión

1. ¿Cómo se entretejen los principios de la economía del jubileo con nuestros modernos sistemas económicos?
2. ¿De qué formas son importantes los principios del jubileo para nuestro involucramiento financiero actual?
3. Enumere ejemplos de integración espiritual y económica en su propia vida.
4. Identifique las formas en las que nuestros asuntos económicos controlan o mueven nuestras creencias religiosas.
5. ¿Qué diferencia debe ejercer nuestra fe sobre nuestros asuntos económicos?

6
POBREZA DE LUJO

Jubileo perpetuo

Jesús presenta el modelo del jubileo como el nuevo camino para sus discípulos. La gente que anda de camino con él responde al amor de Dios compartiendo lo que tienen con los necesitados a su alrededor. Jesús brinda una sorprendente cantidad de atención a la riqueza. Particularmente en el evangelio de Lucas, Jesús realiza la conversión económica básica para el nuevo reino. Seguiremos el registro de Lucas con referencias cruzadas con los otros evangelios.

Jesús no condena la propiedad privada; tampoco busca una nueva comunidad cristiana, sin embargo, su mensaje juzga severamente las prácticas codiciosas tanto de Galilea, como de Judea. La riqueza no cae del cielo. Es una ventaja en un sistema de reglas sociales que controla su adquisición y uso. Al reprobar a los codiciosos, Jesús cuestiona aquellas normas económicas de su día que permitían a los ricos oprimir a los pobres. El no afirmó que las cosas materiales fueran inherentemente malas; pero advirtió que son peligrosas. Pueden rápidamente convertirse en demonios que echan abajo el gobierno de Dios. Comenzaremos explorando seis peligros de la riqueza que, de acuerdo a Jesús, minan nuestra lealtad al reino.[1]

Peligro: El estrangulador

Escondido en la parábola del sembrador hay un pequeño sermón acerca del peligro que entrañan las riquezas para los ciudadanos del reino.[2] La semilla es la Palabra de Dios. Su crecimiento simboliza el surgimiento del reino. La semilla que cae entre espinos, se ahoga. "La que cayó entre espinos, éstos son los que oyen, pero yéndose son ahogados por los afanes y las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto" (Lucas 8:14; Marcos 4:18-19; Mateo 13:22). Las semillas germinan. Hay nueva vida y crecimiento; pero las espinas pronto ahogan su vitalidad. Los afanes, las riquezas y los placeres de la vida sofocan las nuevas plantas.

Todos los escritores sinópticos usan la palabra ahogar. La vida espiritual se sofoca. Aparecen los frutos en botón, pero no hay cosecha, pues jamás maduran. En el contexto moderno, los afanes, las riquezas y los placeres de la vida pueden ser el trabajo, el éxito profesional, casas, lugares de recreo, vacaciones de lujo, pasatiempos exóticos, inversiones financieras, ropa, carros y tiempo de ocio costoso. Estos placeres de la vida abortan el crecimiento del reino. Nos distraen del trabajo que debe realizarse, y echan a perder la cosecha.

Peligro: El que se preocupa

El ayer trae sentimientos de culpa, y el mañana preocupación. Jesús comprendía que las riquezas generan ansiedad. ¿Estaremos seguros mañana? ¿Qué pasará si la bolsa de valores se derrumba? ¿Podría fallar la alarma contra ladrones? La posesión de propiedades nos impulsa a defenderlas y protegerlas. En Lucas 12:22-34 y en Mateo 6:19-21, 25-33, Jesús apremia cuatro veces a sus discípulos a no estar ansiosos acerca de la comida y el vestido.

> Vosotros pues, no os preocupéis por lo que habéis de comer, ni por lo que habéis de beber, ni estéis en ansiosa inquietud. Porque todas estas cosas buscan las gentes del mundo; pero vuestro Padre sabe que

> tenéis necesidad de estas cosas. Mas buscad el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas. No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino. Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejezcan, tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no llega, ni polilla destruye. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón .
>
> Lucas 12:29-34

El texto griego significa "no os esforcéis ansiosamente".[3] Los paganos se afanan por las cosas materiales. Se preocupan acerca de lo que vestirán, lo que comerán, dónde vivirán, y cuánto ganarán. "Porque todas estas cosas buscan las gentes del mundo".

No así los discípulos de Jesús. Ellos no deben preocuparse acerca de tales cosas. ¡Deben concentrarse totalmente en el reino! Dios cuidará de ellos. En el contexto del año sabático, cuando no se plantaba, ni cosechaba, la instrucción toma un nuevo significado. Un erudito ofrece esta paráfrasis.

> Si trabajas seis días (o seis años) con todo tu corazón, puedes estar seguro que Dios cuidará de ti y de los tuyos. Así que sin temor, deja tu campo sin cultivar. Como Dios cuida de los pájaros del cielo que no siembran, ni siegan, ni tienen graneros, así cuidará de tus necesidades. Los gentiles, que no respetan el sábado, no son más ricos que tú.[4]

En el contexto del año sabático, estas palabras no prescriben flojedad. Su consejo es aplicable aún hoy. Amasar cosas nos distraen del reino. Nosotros no somos jornaleros. No somos siervos asalariados que tengan que preocuparse de su trabajo. Somos hijos de un amante Padre. Los pobres son el punto focal del discurso de Jesús. Acumular es el camino de los paganos. Al dar limosnas a los pobres se abraza el camino cabeza abajo. El principio del jubileo vuelve otra vez. Los hijos de un amante Padre responden al don del reino vendiendo sus posesiones por amor a los pobres.

Este mismo espíritu se puede ver en las Bienaventuranzas, cuando Jesús dice: "al que te pida, dale", "presta sin esperar recompensa", (Lucas 6:34-35; Mateo 5:42). Las ganancias excesivas no tientan a aquellos cuyos corazones se han rendido al reino. Cuando nuestro tesoro está en el reino, dejamos de acumular, y empezamos a dar. Cuando nos enfocamos en las prioridades del reino, compartimos nuestras riquezas con liberalidad. Y en el proceso, no solamente restauramos y liberamos a los pobres, sino ¡también nos liberamos a nosotros mismos! Nos liberamos de la ansiedad y de las ataduras de la preocupación.

Ya no heredamos las preocupaciones. Las posesiones llevan consigo preocupación. Los niños sanos rara vez se preocupan. Un niño de cuatro años escuchó una grabación diseñada para desatar respuestas emocionales en los niños. Una voz en la grabación pregunta: "¿Por qué estás triste?", "¿Por qué estás enojado?" Al escuchar la pregunta "¿Por qué estás preocupado?" vino a su mamá sollozando, y dijo: "Yo no tengo nada de qué preocuparme". Pocos días después, aliviado cantaba: "Finalmente encontré algo porqué preocuparme". Para entrar al reino, tenemos que ser como niños, dijo Jesús, y esto consiste en permitir a Dios que tome cuidado de nuestro mañana.

Las enérgicas palabras del evangelio de Mateo lo resumen: "Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal" (Mateo 6:34). El número de contratos de seguro vendidos cada año reflejan la cantidad de ansiedad corporativa en una sociedad. La preocupación de las posesiones nos esclaviza al demonio de la ansiedad.

Peligro: El cegador

En una de sus parábolas más punzantes, Jesús nos muestra cómo el engaño de las riquezas puede cegarnos.[5]

> Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendidez. Había también un mendigo llamado Lázaro, que

estaba echado a la puerta de la mesa de aquél, lleno de llagas, y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas.
Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado.
Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno.
Lucas 16:19-23

Este relato se conoce generalmente como Lázaro y el hombre rico; sin embargo, un mejor título sería: "Sorprendido por el infierno". Es muy probable que Jesús haya dirigido la historia a los ricos saduceos quienes dudaban de la existencia después de la muerte. También puede haber sido la respuesta de Jesús a las incesantes exigencias por una señal milagrosa.

En todo caso, la enseñanza es clara. El hombre rico vive en una gran casa y celebra cada día banquetes con esplendidez. Se viste con trajes de púrpura y usa la ropa interior más cara de Egipto. No es un ladrón o impostor. No ha ganado sus riquezas ilegalmente. Sencilla y legalmente se ha aprovechado del sistema económico de su tiempo. Su riqueza la puede haber recibido por herencia, por conexiones familiares, por arduo trabajo, o por pura suerte. En todo caso, era un hombre rico, decente y correcto, tal vez un saduceo, pero ciertamente no un tramposo o estafador.

En los linderos de la propiedad del hombre rico, se encuentra un mendigo que padece una enfermedad de la piel. Lázaro, es el único personaje cuyo nombre aparece en los relatos de Jesús, y que significa "Dios ayuda".[6] Día tras día espera las migajas que caen de la mesa del rico. Los invitados le pasan tirando las sobras después de limpiarse las manos con ellas mientras estaban en la fiesta. La palabra griega para *mendigo* está relacionada con la palabra *escupir*. Lázaro era una persona despreciada, sobre quien "escupían", los comensales. La presencia del limosnero molestaba al hombre rico y arruinaba la hermosura de su fiesta.

Unicamente los perros no tenían favoritos. Lamían las heridas del pobre Lázaro. A los gentiles se les llamaba perros; por lo tanto, los perros simbolizaban a los gentiles, a los que no eran salvos, a los proscritos. El momento al revés ya se vislumbraba. El rico saduceo escupe al mendigo con ira, pero los perros, entre todas las criaturas, muestran compasión; en lugar de escupirle, usaban su saliva para sanarlo. Ellos lamían las heridas del pobre Lázaro. ¡Qué golpe más certero: los perros mostrando más compasión que los ricos saduceos![7]

Súbitamente el mundo se pone de cabeza. El rico se quema en el infierno, mientras que el despreciado Lázaro se sienta a la diestra de Abraham, en el lugar de honor, en el lugar de más prestigio en la congregación de los justos.[8] Las cartas se han volteado. Lo alto y lo bajo están en reversa. En la tierra Lázaro había extendido su mano hacia el rico, rogando por las migajas de su mesa. Ahora, quemándose en el infierno, el juerguista rico extiende su mano a Lázaro rogando por una gota de agua. Ecos del Magníficat de María llegan a nuestros oídos: "A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos" (Lucas 1:53).

El mensaje está claro. El hombre rico, cegado por la opulencia, rehusó el jubileo y ahora enfrenta un final abrazador. El abismo que lo separa de Lázaro, simboliza su distanciamiento de Dios. El Todopoderoso no se ha olvidado de los débiles, de los Lázaros despreciados y vejados.[9] La parábola no pide a los pobres esperar paciente su recompensa en el cielo. No, el final del relato se enfoca en los cinco hermanos ricos que aún viven.

En lo ardiente del momento, el hombre rico siente compasión. Ruega a Abraham permitir que Lázaro resucite de entre los muertos para advertir a sus hermanos, Abraham rehúsa. Una vez más el hombre rico ruega por un milagroso mensajero que se levante de la tumba y advierta a sus hermanos. Otra vez, Abraham dice: "Tienen a Moisés y a los profetas; óiganlos... si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantare de los muertos" (Lucas 16:29-31).

En otras palabras, han conocido el jubileo desde su niñez. Sus oídos han escuchado las leyes del jubileo sábado tras sábado cuando se leen las Escrituras en voz alta en la sinagoga. La severa

conclusión es obvia. Ningún mensajero especial advertirá a los ricos. El juicio caerá sobre los que rehúsan practicar el jubileo, sobre los que violan flagrantemente el reino de Dios. Los fastuosos banquetes y un estilo de vida de lujo cegaron al hombre rico. Rodeado de la buena vida, no pudo ver las heridas de Lázaro o escuchar el llanto de desesperación que tenía cerca. Cuánto más seria es la ceguera de los que no sólo tienen a Moisés y a los profetas, sino también a Jesús, a Pablo, a Santiago y la historia de la iglesia. ¡El que tenga ojos para ver, que vea!

Peligro: El amo

En otra parábola Jesús nos informa que las riquezas no sólo nos ciegan, sino también nos gobiernan. Había un hombre rico que tenía un mayordomo sobre sus bienes[10] (Lucas 16:1-9) y descubre que éste es deshonesto; por lo tanto, le pide cuentas de su mayordomía antes de despedirlo. El astuto mayordomo, presintiendo su fin inminente, llama a los deudores de su amo y reduce sus deudas a la mitad. El amo sorprendido alaba al mayordomo malo por su sagacidad.

Esta historia ha dejado perplejos a los comentaristas, pero la perspectiva del jubileo y el conocimiento de las prácticas financieras de aquel tiempo aclara el acertijo.[11] En el corazón de la historia está el hecho que el mayordomo estaba cargando intereses sobre bienes que había prestado a los deudores. El interés, considerado usura y contra la ley de Dios, estaba prohibido en el Antiguo Testamento. Los fariseos, sin embargo, habían maquinado formas de cargar un interés oculto aceptado aun por los juzgados civiles judíos.

Cuando se prestaba grano, vino y aceite, *podía cobrarse* un interés oculto, si el préstamo no era de "necesidad inmediata". La mayoría de los préstamos no eran considerados de "necesidad inmediata"; por lo tanto, el interés era cobrado, violando la ley de Dios. Por ejemplo, si una mujer tenía *una* gota de aceite y quería prestar más aceite, el préstamo *no* era de "necesidad inmediata". ¡Ella ya tenía una gota de aceite!, por lo tanto, sus acreedores podían cobrarle interés sobre el préstamo.

La regla de "necesidad inmediata" se aplicaba primordialmente a préstamos de mercaderías, como el trigo y el vino. Los préstamos monetarios con frecuencia se traducían a valores de mercaderías, para poder cargarle el interés oculto. El interés, sin embargo, jamás se escribía en el contrato, pues eso violaría directamente la ley de Dios.

Retomando la historia, el mayordomo está en un aprieto; pronto quedará sin empleo, y no tendrá referencias. Su reputación quedará arruinada. En ese embrollo, decide perdonar el interés a los deudores, interés que había añadido *injustamente* a sus préstamos. Probablemente los préstamos habían sido dados en mercadería, aceite o trigo, para ocultar el interés que cobraría para sí mismo. Al exonerarlos de ese interés ilegal, perdía una suma considerable de dinero. El no tenía autoridad para cancelar la totalidad de la deuda, puesto que el principal se le debía al amo. "Nuestro mayordomo, pues, al prestar a sus hermanos judíos con interés, se convertía en un transgresor *moral*, pero *legalmente* estaba asegurado, siempre que sus contratos escondieran el hecho que el préstamo era con usura".[12]

El mayordomo había actuado justamente al perdonar el interés del préstamo. De acuerdo a la ley de la tierra, el mayordomo podría haber forzado a los deudores a la esclavitud si no pagaban los intereses. Además, de acuerdo a la ley del Antiguo Testamento, el interés no era propiedad del amo, quien hasta puede haber ignorado que el mayordomo estaba cobrando intereses. Bajo la ley oral de los fariseos, si el mayordomo perdonaba el interés sin la autorización del amo, éste tenía que aceptar la decisión del mayordomo. Así pues, el amo no tenía nada que perder y todo que ganar. Ahora parecería ser un hombre misericordioso que perdonaba a sus acreedores, el interés que de todos modos no iba a recibir, puesto que éste iba dirigido a la bolsa de su mayordomo.

Al final, el mayordomo resulta ser modelo de hombre justo al perdonar deudas injustas; es más, al conceder favores a los endeudados agricultores, podía esperar favores de ellos a cambio. Ellos podrían brindarle hospitalidad y apoyo cuando perdiera su trabajo. El amo alaba y ratifica la decisión de su mayordomo al obedecer la ley del Antiguo Testamento y actuar con justicia (Lucas

16:8). Luego sigue la moraleja al revés: "Los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz".

Los fariseos, supuestamente hijos de luz, habían maquinado estas formas ingeniosas para soslayar la ley de Dios, porque ellos "amaban el dinero".[13] El mayordomo infiel actuó justamente al cancelar los intereses. Es probable que el interés prohibido sean las riquezas injustas, o sea Mamón. Si los fariseos no podían ser fieles en pequeñas cosas, como prestar dinero, ¿cómo podía Dios confiarles el manejo de grandes riquezas?

De acuerdo a Lucas, la parábola sirvió de base para un sermón mordaz de Jesús: "Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a Mamón" (Lucas 16:13). Al oír esto los fariseos, quienes amaban el dinero, hacían mofa de Jesús, pero él les dice: "Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación" (Lucas 16:15).

El mayordomo se vio atrapado entre dos amos. La ley de Dios prohibía cobrar intereses, pero la ley de los fariseos lo permitía. Los dos amos se contradecían entre sí. El mayordomo fraudulento se dio cuenta del impase y eligió obedecer la ley de Dios. Y al estilo del reino al revés, el villano se convierte en héroe.

El término arameo "mamón", significa "riquezas, dinero, propiedades, o utilidades".[14] La verdad apabullante aquí es que Jesús ve que Mamón reclama un status divino. Desde su punto de vista, Mamón compite directamente con Dios. Las riquezas, más que ninguna otra cosa, pueden actuar como un dios. Jesús no le confiere el grado de divinidad al conocimiento, a la habilidad, a la apariencia, a las ocupaciones, a la nobleza o a la nacionalidad. Son las riquezas, declara, las que tratan de controlarnos y mandarnos como una deidad.

Las fluctuaciones en el mercado de valores pueden convertirse en nuestra obsesión. Fácilmente nos cautivan nuevas baratijas y comenzamos a servirlas. Así como los juguetes nuevos cautivan a los niños, también las ocupaciones materiales pueden seducir a los

adultos. Nos inclinamos y las adoramos en el altar del materialismo. Los lujos comienzan a manipularnos y a dirigir nuestras vidas. Mamón se convierte en un dios. No podemos servir simultáneamente a Dios y a las riquezas. Podemos usar las riquezas para servir los fines de Dios, pero eso es algo muy diferente que servir a las riquezas.

Particularmente irritante es el adicto al lucro que se esconde bajo un manto de piadosa religiosidad. Cuando Jesús limpió el templo, castigó a los que obtenían sus ganancias oprimiendo al pobre en nombre de la religión. "¿No está escrito, mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones" (Marcos 11:17; Mateo 21:13; Lucas 19:46; Juan 2:16). Los mercaderes que operaban en el templo, no estaban actuando ilegalmente. Ellos estaban cambiando dinero "puro" por ofrendas y vendiendo animales para el sacrificio con buena utilidad. Habían ideado un sistema "legal" que robaba a los pobres. Jesús les llamó "ladrones," pues habían establecido un procedimiento que explotaba al pobre en nombre de la religión.

Los fariseos, que también tenían su propia versión de fraude al cargar intereses secretos, se burlaban de la reprensión de Jesús. El declaró que amasar fortunas para impresionar a los demás es abominación a los ojos de Dios (Lucas 16:15). En la cima de la escalera del éxito estaban la búsqueda de ganancias, el dinero fácil y un status financiero asegurado; pero caen al fondo en el reino al revés. Las nuevas varas para medir el éxito en el reino invertido de Dios son la misericordia y la compasión.

Peligro: El condenador

Las riquezas pueden tener un efecto de condenación en nuestras vidas. Jesús subraya este punto en una historia acerca del rico necio (Lucas 12:13-21). Este relato, al igual que el de El buen samaritano, sirven como ejemplo y muestran cómo deben actuar los ciudadanos del reino.

Un hombre de entre la multitud corre hacia Jesús y le pide consejo legal. Su hermano no está dispuesto a compartir con él una herencia familiar y el hombre ruega a Jesús que reprenda a su

hermano codicioso. Jesús rehúsa hacerlo. Y habla acerca de graneros, ya que discierne un espíritu de avaricia en aquel hombre preocupado por recibir su parte de la hacienda familiar.

El modelo de cuarenta y nueve años del jubileo protegía los derechos hereditarios de los pobres. Si la tierra regresaba al dueño original en cada generación, una familia no podía acumular grandes extensiones de tierra. Las prácticas hereditarias usualmente favorecían a los hijos de los ricos. Tal vez Jesús apuntaba no sólo a la codicia de este hombre, sino también a las costumbres relativas a la herencia que le brindaba una finca gratis, mientras que los otros carecían de tierras.

Regresemos a la historia. Un agricultor ha tenido buenas cosechas. Construye graneros más grandes para guardar sus frutos y bienes. Hasta planea dar una fiesta; pero, esa noche Dios lo llama necio, y reclama su alma. Jesús resume la inversión: "El que hace para sí tesoros, no es rico para con Dios" (Lucas 12:21). El granero que este hombre edifica no es un cobertizo para guardar el grano hasta que fuera desgranado, sino una bodega para almacenamiento permanente.[15] En lugar de practicar el jubileo compartiendo su superávit, lo acumula como un necio. No es movido por la compasión hacia los pobres, sino por la avaricia. Este almacenamiento no es el sabático, para guardar la cosecha del sexto año. Es un expansionismo egoísta a expensas de los pobres. Su motivación es obvia: "repósate, come, bebe, regocíjate" (Lucas 12:19-20).

Luego, a mitad de la fiesta, Dios toca a la puerta y lo llama necio. Esta palabra, en su uso cotidiano, significa estúpido o terco; pero la definición bíblica es más severa. Necio es aquél que dice que no hay Dios (Salmo 14:1); por lo tanto, resulta que el dios de este hombre rico es su granero. Siendo un ateo práctico, atrapado por las riquezas, vive como si no hubiera Dios. En el evangelio de Mateo 5:22, quien llame necio a su hermano merece el infierno. Cuando Dios dice que este hombre es necio, dice que está condenado. Las riquezas han cautivado su alma, rehúsa practicar el jubileo, y así condena su propia alma. El necio, al acumular riquezas, se convierte en un indigente a los ojos de Dios. Una vez más, se manifiesta la inversión: los que acumulan riquezas aquí,

son miserables en el reino de Dios. Los ricos en el reino de Dios, son los que dan con generosidad; al hacerlo, salvan sus almas de la condenación de las riquezas.

Jesús advierte: "Guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee (Lucas 12:15). Nuevamente encontramos una inversión entre los valores del reino y las normas sociales. Después que el cadáver ha sido sepultado, los curiosos preguntan: "¿A cuánto ascenderá su capital? ¿Cuánto dejaría?" La gente "de éxito" deja grandes herencias. Las voces seductoras de nuestro tiempo proclaman que el éxito económico *sí* es importante; que la vida *sí* consiste en la abundancia de posesiones. Posesiones abundantes *son sinónimo* de vida abundante.

Hay otros valores que gobiernan el reino al revés. Allí, los portafolios de inversiones no son las varas reconocidas para medir el éxito en la vida de una persona. Allí el asunto es claro: la avaricia, ligada a privilegios y ganancias excesivas, es mala. Aquél que egoístamente edifica graneros más grandes recibe un nombre: es codicioso, no inversionista prudente.

Peligro: La maldición

Las Bienaventuranzas agudizan el contraste entre ricos y pobres. Aquí Jesús, al estilo al revés, confiere distinciones a los pobres y reprende a los confortables. En la vida social normal, aplaudimos a los que viven conforme a las normas sociales. Se les otorgan galardones, diplomas, trofeos o estrellitas en sus calificaciones por comer vegetales. Castigamos a los que rompen las reglas sociales con cárcel y multas. Puesto que valoramos el éxito económico, otorgamos a los que triunfan, recompensas tentadoras; y los colmamos con bienes, condecoraciones públicas, posiciones de prestigio, atención glamorosa y acceso al poder político. Asumimos, como lo hicieron los contemporáneos de Jesús, que las riquezas son sinónimo de la bendición de Dios.

Jesús derriba la idea anterior, poniendo las cosas al revés. "Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios ... pero ¡ay de vosotros, ricos! porque ya tenéis vuestro

consuelo" (Lucas 6:20-24). En lugar de reprender a los pobres por ser perezosos, Jesús los exalta. Hace que los despreciados, los perdidos, y los débiles sean los que reciban las gozosas bendiciones de Dios; pero a los ricos, a quienes nosotros aplaudimos, Jesús los maldice.

¿Significa esto que la pobreza es una virtud? ¿Sugiere Jesús que los pobres automáticamente entran en el reino?, probablemente no. El término *pobre* en el contexto bíblico tiene, por lo menos, tres significados. Primero, se refiere a los materialmente pobres, los miserables que viven en suciedad, y que carecen de alimentos, vivienda y vestido. El término ocurre más de sesenta veces en el Antiguo Testamento y usualmente se refiere a la pobreza material.[16]

Segundo, en un sentido más amplio, cuando la Biblia habla de los pobres, se refiere a los oprimidos, a los cautivos, los esclavos, los enfermos, los destituidos y los desesperados. Son los que están abajo y afuera, los parias que no pueden defenderse a sí mismos. Son los que viven en la periferia de la sociedad y que dependen de la misericordia de los poderosos. Las multitudes que seguían a Jesús con frecuencia estaban formadas por los que tenían mala fama, por los que carecían de educación, por los que estaban estigmatizados. Según las fórmulas de los fariseos, su mancha social bloqueaba cualquier esperanza de salvación.[17] Los seguidores de Jesús con frecuencia eran llamados "los pequeños", y "los inferiores".

La tercera acepción de pobres se deriva de una tradición del Antiguo Testamento, según la cual los pobres son los pobres de espíritu, aquellos que son pobres hacia Dios; sin que importe su nivel económico, delante de Dios son como mendigos con manos extendidas. Claman misericordia con espíritus contritos y quebrantados. Era esta pobreza de espíritu, esta humildad, la que Mateo señala en su versión de las Bienaventuranzas: "Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos" (Mateo 5:3). Mateo subraya la pobreza espiritual interior, mientras que Lucas claramente tenía en mente la pobreza material.[18] Las Bienaventuranzas, según Lucas, consisten en un cuarteto de bendiciones y lamentos, vea Lucas 6:20-26.

Bienaventurados vosotros	**¡ay de vosotros!**
los pobres	ricos
que ahora tenéis hambre	que ahora estáis saciados
que ahora lloráis	que ahora reís
cuando los hombres os aborrezcan	cuando todos los hombres hablen bien de vosotros

¿Qué significa esto? Lucas claramente piensa en los pobres económicamente, en los verdaderamente hambrientos, en los que realmente lloran, en los que sufren persecución; en los que están en el fondo de la escalera social, descartados como basura humana; pero Dios no los ha descartado. Dios Todopoderoso no los ha arrojado fuera. Ciertamente las bendiciones de Dios caen sobre ellos; mientras que los ricos que rehúsan obedecer el jubileo, pueden ser culpados de desairar la ley de Dios. Y todos los que sean liberados de la atadura demoníaca de las posesiones, recibirán nuevas riquezas en el reino.

Pero, ¿es que Jesús aplaude la pobreza? ¿Está diciendo él que los destituidos están automáticamente en el reino de Dios sólo porque son pobres? Probablemente no. Mas probablemente está aclarando que los pobres cuentan con el beneplácito incondicional de Dios; además, en muchas formas los pobres están más cerca del reino que los que están atrapados en la esclavitud de las riquezas. Es más fácil para los pobres entrar al reino porque no están enredados en la telaraña de propiedades, reputación y prestigio. La garra de Mamón distancia a los ricos del reino. Como veremos pronto, las riquezas frecuentemente bloquean la senda al reino. Los parias —los pecadores, las prostitutas, los niños, y los convidados sin invitación— entran al reino con más facilidad que los sofisticados, los justos, los fuertes, los ricos y los piadosos.

Los pobres entienden lo que es dependencia, sencillez y cooperación. Reconocen la diferencia entre necesidad y lujo. Debido a que tienen menos ataduras, están más libres para abandonar todo por el reino. Tienen muy poco a que renunciar. Ellos sencillamente entran, y además, son agradecidos. Ellos saben lo que es ser perdonados; mientras que los arrogantes, altivos y

ricos, hallan difícil pararse humildemente en la puerta del reino, y reconocer que dependen de Dios.

Jesús ofrece buenas nuevas a los pobres. Su pobreza no es señal de desaprobación divina, lo cual era un punto de vista común en ese tiempo. El apunta a la salvación cuando transforma a los destituidos. Los ciegos ven. Los cojos andan. Los sordos oyen. Los leprosos son limpiados. Los oprimidos son puestos en libertad (Mateo 11:5; Lucas 4:18-19; 7:22). Dios recibe con beneplácito a los pobres a través de Jesucristo. Sí, son proscritos sociales, pero a los ojos de Dios ya no lo son. Su pobreza no es castigo divino. Ellos son tan bienvenidos en el reino como cualquiera. ¡Esas son realmente buenas nuevas!

Fueron, probablemente, estas buenas nuevas para los pobres las que requirieron que Jesús añadiera: "Bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en mí" (Mateo 11:6; Lucas 7:23). Sanar a los leprosos y curar a los enfermos, no representaba mayor ofensa; pero Jesús insultó los oídos de los fariseos cuando bendijo a los pobres y dio la bienvenida al reino a los destituidos.[19] Jesús estableció con claridad que también los ricos serían bienvenidos, si hacían a un lado las cadenas y grilletes de las riquezas, obedecían las leyes económicas de Dios, y practicaban el jubileo.

El rechazo del jubileo

Hemos examinado seis advertencias que hizo Jesús acerca de las riquezas. Ahora volvámonos a tres personajes bíblicos: el joven rico, Zaqueo y la viuda que tenía una sola moneda.

Frecuentemente ubicamos fuera de contexto la historia del joven rico (Lucas 18:18-30). El diálogo de Jesús con este brillante sujeto se agudiza cuando lo ponemos al lado de su encuentro con Zaqueo. Comparándolos, Zaqueo y el joven rico dramatizan reacciones opuestas al jubileo.

El adjetivo *rico* no es lo suficientemente fuerte para este joven. El era *extremadamente* rico. Tenía todo lo que cuenta: era joven, rico y poderoso. Esta tríada lo coloca en la cima. Solamente podemos especular acerca de cómo obtuvo tantas riquezas a tan temprana edad. ¿Fue a través de arduo trabajo, herencia, o suerte?

¿Por qué detiene a Jesús? ¿Siente que su vida abundante está vacía, que carece de significado? ¿Qué debe hacer para heredar la vida eterna? Esta pregunta trascendental lo acosa.

Cuando en otra oportunidad se le preguntó a Jesús acerca de la vida eterna, Jesús respondió relatando la historia de El buen samaritano. Aquí, nuevamente, como en la parábola de El rico y Lázaro, Jesús vincula la vida eterna con el manejo apropiado de las riquezas. El joven rico es sincero y consciente, no es un astuto ladrón; además, ha sido criado en la fe. Conoce los mandamientos de Dios. Ha estudiado en la sinagoga. Su tarjeta de asistencia muestra que ha participado en la escuela dominical, en el instituto bíblico, en el coro de jóvenes, en campamentos y en grupos de jóvenes estrellas. Conoce de memoria las Escrituras y la doctrina de su denominación. Su teología es ortodoxa. El no sólo conoce sus credos, los vive.

Jesús responde a su pregunta relativa a la vida eterna señalando una deficiencia. Debe vender todas sus posesiones antes de poder seguirle. ¿Por qué tiene que vender todo?; para beneficiar a los pobres, que están hambrientos y en necesidad. Las riquezas han capturado su corazón. Sólo al vender todo, podrá enfocar su atención en el reino de los cielos. Jesús no sólo le dice que venda, sino también le invita: "ven, y sígueme".

Debemos enfatizar el "sígueme" más que el "vende". Esta es una invitación para unirse al pueblo del reino. Vender todo era, en este caso, un primer paso necesario. Jesús no siempre aconsejó a las personas a vender todo lo que tenían; pero en este caso, sí. La decisión final del joven rico no se registra; pero probablemente fue negativa, puesto que se aleja triste. Ha decidido perder su oportunidad de vida eterna.

Jesús resume el caso con severidad: "¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! Porque es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios" (Lucas 18:24-25). Algunos escribas cambiaron más adelante la versión del manuscrito para suavizar lo severo de esta enseñanza. Una edición posterior decía que lograr que un hombre rico entre en el cielo es como tirar una cuerda o lazo a través del ojo de una aguja. Otra versión decía que era como

hacer pasar un camello por una puerta estrecha. No creemos que ninguna de estas sea la interpretación auténtica.[20] Jesús probablemente *quiso decir* un camello y una aguja. Tal exageración encaja con otras enseñanzas suyas respecto a las riquezas. Hoy Jesús podría decirlo así: Es más difícil para los ricos entrar al reino que para el dueño de un casino pasar por la hendidura donde se depositan las monedas de una registradora automática.

El estallido de la multitud era predecible: "Entonces, ¿quién podrá ser salvo?" La respuesta fue: "Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios" (Lucas 18:27). Esto no significa que Dios arrastrará milagrosamente a los ricos por las puertas del reino. Significa que la gracia de Dios puede liberar aun a los ricos de la garra demoníaca de las riquezas. Como veremos más adelante, aun una persona rica puede convertirse, renovar su entendimiento, y practicar el jubileo.

Lucas establece un puente entre el joven rico que se aleja triste y Zaqueo, con dos breves relatos que nos sorprenden por su ironía: los que ven son ciegos, y un ciego ve. Jesús advierte a sus discípulos acerca de su inminente fin en la cruz. Ellos no comprenden, y están perplejos. Los discípulos, que ya debieran entender estas cosas, no atinan. Tal vez son símbolo de la ceguera del joven rico. La siguiente historia presenta a un mendigo ciego en las afueras de Jericó. No puede ver, pero comprende quién es Jesús y clama por misericordia. Jesús le sana. Súbitamente este ciego ve; la gente glorifica y alaba a Dios. Lucas nos está preparando para el relato de Zaqueo.

El jubileo recibido con beneplácito

Zaqueo puede haber sido pequeño, pero tenía un negocio grande (Lucas 19:1-10). Jericó no era una pequeña aldea agrícola, sino una gran ciudad con estanques, parques, y los típicos edificios greco-romanos. El área circundante, por estar irrigada, era extremadamente fértil, y por lo tanto, muy rica. Los rabinos se referían a ella como "las tierras gordas de Jericó". Debido a su clima benigno, Herodes el Grande la convirtió en su capital de invierno. La región se distinguía por el cultivo de grandes arboledas

de bálsamo, que era vendido a muy alto precio, pagado con frecuencia en oro.[21] Además, Jericó era la puerta de entrada de una ruta que corría entre Jerusalén y toda el área gentil al este del Jordán.

Zaqueo era rico debido a que era el jefe de los cobradores de impuestos agrícolas del distrito. Un equipo de subordinados recaudaban los impuestos para él. Era un trabajo lucrativo en un área lucrativa. Zaqueo había superado en licitación a otros competidores para asegurarse el derecho de recaudar en exclusividad los impuestos agrícolas de la región. Los recaudadores de impuesto usaban la fuerza y el fraude para lograr un asesinato financiero. Los jefes de impuestos como Zaqueo, con frecuencia eran robados por sus empleados. Tanto los recaudadores de impuestos como sus patrones eran despreciados, no solamente porque eran judíos que trabajaban para beneficio de los romanos, sino también porque engañaban y usaban la fuerza para recaudar los impuestos. Estaban estigmatizados. No podían ser jueces, o servir de testigos en la corte. Como si fueran esclavos gentiles, se les negaban aquellos derechos civiles y políticos que eran negados a los sucios bastardos.[22] El dinero de los recaudadores de impuestos no podía recibirse como limosna, porque estaba manchado. Comer y asociarse con ellos contaminaba a los justos.

Era totalmente inaudito que un fariseo comiera con Zaqueo. La gente lo miraba con escarnio. Tal vez le pusieron el mote de Zaqueo por desprecio, pues su nombre significa “el justo”, y él era cualquier cosa, menos justo; sin embargo, Jesús comió con él. Los rabinos y los escribas gustosamente habrían escupido su rostro. Jesús deliberadamente se contamina comiendo en la mesa de este proscrito. Comen juntos en su gran mansión, una de las mejores de Jericó, que había sido construida de las ganancias excesivas que Zaqueo había exprimido de los pobres.

Desconocemos los detalles de su conversación, pero un milagro ocurrió. El cuidado y la compasión de Jesús conmovió a Zaqueo de tal forma, que decide practicar el jubileo. Llama a vecinos y amigos al jardín frente a su casa. Estupefactos oyen decir al viejo zorro Zaqueo: “He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo

cuadruplicado" (Lucas 19:8). La gente aplaude. ¡No pueden creer el milagro que se está realizando frente a sus ojos!

No sabemos a cuánto ascendía el balance bancario de Zaqueo. Dependiendo de cuánto devolvió por lo que había defraudado, puede haber quedado vacío; o tal vez le quedó bastante. En todo caso, Jesús afirma su acción: "Hoy ha venido la *salvación* a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham. Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y *a salvar* lo que se había perdido" (Lucas 19:9-10, énfasis añadido). ¡Este hombre se ha salvado! Se ha unido al pueblo de Dios. Está en la familia real, es un hijo de Abraham. De esto es de lo que se trata el día de salvación. Lo que es imposible para los humanos, es posible para Dios. Por la gracia de Dios, un hombre rico ha entrado por el ojo de la aguja.

Las cosas están de cabeza. El joven rico tenía su teología en orden, pero no pudo obedecer. Zaqueo tenía una teología floja, o inexistente, pero practicó el jubileo. El joven rico llama a Jesús "maestro bueno". Zaqueo, el tramposo, le llama "Señor". El joven rico trata de obtener la vida eterna, pero rehúsa compartir y no puede entrar por el ojo de la aguja. Zaqueo probablemente no piensa mucho en la vida eterna, pero su nuevo cuidado por los pobres le abre el ojo de la aguja. El líder religioso corre a Jesús. En contraste, Jesús se invita a comer con un pecador, quien conmovido por la compasión que Jesús ha tenido por él, es movido a misericordia. En la primera historia, las preocupaciones económicas estancan la fe. En la segunda, la fe dirige la agenda económica. He aquí dos reacciones contradictorias respecto al evangelio, reacciones opuestas hacia los pobres: Por una parte, buena teología, pero sin jubileo, igual a condenación; por otra parte, teología escasa, pero obediencia al jubileo, resultado: salvación.

El jubileo al revés

Concluiremos las enseñanzas de Jesús acerca de las riquezas con un caso de jubileo invertido. Casi al final de su ministerio, poco después de limpiar el templo, Jesús regresa allí. Está parado cerca del arca de la ofrenda, que se echaba en un recipiente de oro. Una vez más, hallamos una comparación entre ricos y pobres.

> Estando Jesús sentado delante del arca de la ofrenda, miraba cómo el pueblo echaba dinero en el arca; y muchos ricos echaban mucho. Y vino una viuda pobre, y echó dos blancas, o sea un cuadrante. Entonces llamando a sus discípulos, les dijo: De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento.
>
> Marcos 12:41-44; Lucas 21:1-4

En el versículo que precede a este relato, Jesús condena a los que "devoran las casas de las viudas, y por pretexto hacen largas oraciones. Estos recibirán mayor condenación".

En la sociedad de Palestina, las viudas eran relegadas. No heredaban ninguno de los bienes de su difunto esposo. Cuando el esposo moría, el hijo mayor recibía en herencia todas sus propiedades. Si no había hijo, un hermano del difunto esposo podía casarse con la viuda; pero si el hermano rehusaba casarse con ella, o no había hermanos, ella se veía obligada a regresar a su casa paterna, o a convertirse en pordiosera. Las viudas, como el resto de las mujeres, no desempeñaban ningún papel en la vida pública o religiosa. Frecuentemente se vestían de negro, como señal de luto; además, los ricos con frecuencia oprimían a las viudas.

Jesús condena a los escribas por devorar las casas de las viudas. Los escribas habían desarrollado reglamentos religiosos por medio de los cuales expulsaban a las viudas de sus propias casas. Ellos encubrían su injusticia con largas y pretensiosas oraciones. Después de poner en evidencia a los escribas, Jesús enfatiza la fidelidad de la viuda. Los ricos, probablemente saduceos y nobles de las familias aristócratas de Jerusalén, echaban "grandes sumas" al arca de la ofrenda. Estos donativos impresionantes posiblemente eran monedas de plata puras y apropiadas.

Llega una viuda pobre y echa dos monedas de cobre, (dos blancas) equivalentes a un centavo (un cuadrante). La moneda de cobre, llamada blanca, era la moneda griega de más baja

denominación en circulación. Un denario tenía 128 blancas, que equivalía a un día de trabajo. ¡De manera que la viuda echa dos blancas, que equivalen a 0.0156 de un día de trabajo!

Jesús queda muy impresionado, tan impresionado que llama a sus discípulos para enseñarles una lección. La viuda, dice, ha echado más que todos los ricos juntos. ¿Cómo puede ser esto?, porque ella dio todo lo que tenía. Ellos, sólo prescindían de la crema de su abundancia. La cantidad real de dinero no era importante. Lo que contaba era la cantidad que quedaba después para su consumo. Los ricos seguían siendo ricos, aun después de una ofrenda considerable. La pobre viuda dio todo lo que tenía, no un diezmo para auto-justificarse. El relato sugiere que lo importante es qué proporción damos de nuestra riqueza, y no a cuánto asciende.

Jesús afirma la actitud de jubileo de la viuda pobre. Ciertamente ella podía haber encontrado excusas convincentes para no dar sus últimas monedas. El jubileo al revés ocurre cuando los pobres dan con más sinceridad y espontaneidad que los ricos.

Hay aún otra evidencia: Jesús esperaba que los pobres dieran. Su instrucción en Mateo 5:40 de dar la capa además de la túnica está dirigida a los pobres. Los deudores con frecuencia tenían que dar su capa como prenda de su buena voluntad de pagar algún préstamo. Jesús no sólo espera que los ricos practiquen el jubileo, también afirma que los pobres deben ser caritativos. Ellos, al igual que los ricos, también pueden caer en la trampa de la avaricia.

Las seis advertencias y el estudio de los tres personajes anteriores, resumen el mensaje económico de Jesús. Es sorprendente la cantidad de material que hallamos en los evangelios enfocado en la riqueza, ningún otro concepto, aparte del reino de Dios, aparece con tanta frecuencia en los evangelios. Podemos, por lo tanto, llegar a la conclusión que los valores económicos son de gran importancia en el reino. Están en el mismo corazón del nuevo reino. La conversión que no involucre cambios económicos, no es genuina. Los valores del reino chocan con los valores económicos de la vida moderna. Jesús no sólo condena la codicia existente en la Palestina del primer siglo, sino demanda un jubileo perpetuo. El mensaje al revés reverberea una y otra vez.

Bienaventurados vosotros los pobres . . . ¡ay de vosotros, ricos! Lucas 6:20

¡Lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación! Lucas 16:15

Lázaro fue llevado por los ángeles al seno de Abraham, mientras el rico sufre tormentos. Lucas 16:22-23

Todas estas cosas buscan las gentes del mundo; mas vosotros buscad el reino de Dios. Lucas 12:30-31

El joven rico busca la vida eterna, pero la salvación llega a la casa de Zaqueo. Lucas 18:18 - 19:10

No os hagáis tesoros en la tierra, sino haceos tesoros en el cielo. Mateo 6:20

Ninguno puede servir a dos señores; porque aborrecerá al uno y amará al otro. Mateo 6:24

Las enseñanzas de Jesús emergieron durante la primera etapa de un nuevo movimiento social que finalmente se convirtió en la iglesia. Puesto que los líderes de cualquier nuevo movimiento social con frecuencia están "fuera" del grueso de la sociedad, típicamente critican las prácticas y estructuras económicas institucionalizadas. Muchos discípulos cristianos se hallan "adentro" de las instituciones ocupadas en mantener su continuidad y auto-preservación. Para preservar la vida de las organizaciones, se estima que son necesarios arreglos financieros estables y predecibles. La protección financiera de los intereses propios son básicos para la sobrevivencia institucional; entonces, ¿cómo relacionamos las enseñanzas económicas de Jesús, quien está "afuera", con los asuntos que enfrentan los que están "adentro" en organizaciones, corporaciones, escuelas e iglesias? ¿De qué formas pueden las enseñanzas de Jesús influir en la vida económica de las organizaciones modernas, sin poner en peligro su misma existencia?

Preguntas para discusión

1. Identifique las instancias donde las seis advertencias que Jesús hace, encontraron aplicación en las posesiones materiales de la vida de usted.
2. ¿Qué aspecto de la riqueza ha sido más problemático en su experiencia? ¿Por qué?
3. ¿Qué prácticas económicas del día de hoy pueden producir Lázaros?
4. ¿Cuál es la comparación más sorprendente entre Zaqueo y el joven rico?
5. Resuma el mensaje central de las enseñanzas económicas de Jesús.
6. ¿Hasta qué punto las enseñanzas de Jesús sobre las posesiones materiales encajan en el marco del jubileo?
7. ¿De qué formas nuestras prácticas usuales relativas a la herencia ayudan u obstaculizan la visión del jubileo sustentada por Jesús?
8. Identifique personas y organizaciones que siguen hoy los principios del jubileo.

7
DESVIOS AL DERECHO

Nuestra aceptación del orden económico prevaleciente, con frecuencia nos desvía de las enseñanzas bíblicas sobre la riqueza y distorsiona nuestra lectura de las Escrituras. Nos inclinamos a sacar versículos fuera de contexto y torcerlos para legitimizar o "bendecir" nuestra filosofía económica personal. Además de inclinar las Escrituras a nuestra conveniencia, con frecuencia usamos refranes "sagrados", que no son bíblicos, para racionalizar la riqueza. Vamos a examinar diez desviaciones, diez ejemplos de formas en las que nuestro patrón económico puede tergiversar nuestras creencias teológicas. Los diez desvíos que enumeraremos, son atajos convenientes que nos permiten pasar por alto la sustancia del mensaje de Jesús. Estas evasiones, se basan, con frecuencia, en algún versículo aislado, o dicho proverbial, que nos permite maniobrar y evadir el llamado de Jesús en relación a la conversión económica.

Desvío uno: ¿Qué de la parábola de los talentos?

Una excusa muy frecuente se aferra a esta conocida parábola (Mateo 25:14-30; Lucas 19:11-27). Es irónico que usemos la parábola de los talentos, que está justo después del relato de Zaqueo, para contradecir el comportamiento de Zaqueo. Con frecuencia la interpretación popular de la parábola es la siguiente: Dios ha dado a cada uno de nosotros diferentes habilidades o talentos personales, tales como una hermosa voz para cantar, aptitud para administrar, don para aconsejar, etc. Los talentos también se refieren a nuestros

bienes, especialmente a nuestra habilidad para hacer dinero. Dios nos hará responsables por la forma en que usemos estos dones personales y recursos materiales. Dios nos recompensará si los incrementamos.

Por otra parte, el castigo caerá sobre los que desperdicien sus recursos. Por lo tanto, si nuestro don consiste en hacer dinero, tenemos que hacer dinero como locos. Debemos multiplicar nuestro capital y propiedades tan rápido como sea posible. Esta lógica puede justificar la usura. El evangelio de Mateo cita al amo diciendo al mayordomo infiel, "debías haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiese recibido lo que es mío con los intereses" (Mateo 25:27). Una interpretación literal de estas líneas nos hace errar totalmente el punto.

Solamente porque Jesús usa el dinero como símbolo clave de la historia, no significa que la parábola se refiera a la mayordomía financiera. Los elementos mencionados en una parábola usualmente no constituyen prescripciones literales de comportamiento cristiano. En las parábolas se usan símbolos de uso cotidiano para elaborar un relato con un significado más profundo. No decimos que la parábola del sembrador signifique que los cristianos deban sembrar granos. ¡Tampoco afirmamos que la parábola de la oveja perdida implique que debamos criar ovejas! Por otra parte, historias como la de El buen samaritano, sí son ejemplo de conducta cristiana, "Vé y haz tú lo mismo", Lucas 10:37.

Luego, ¿cuál es el punto cardinal en la parábola de los talentos? Un noble, yéndose lejos, entregó sus bienes a sus siervos para que los administraran, pero su regreso inesperado provoca una crisis. El amo juzga a sus siervos de acuerdo a la manera en que cuidaron su propiedad. El punto clave de la historia radica en nuestro conocimiento de la fe cristiana. Tal vez Jesús estaba pensando en los escribas o en el pueblo judío en general. ¿Cómo habían ellos administrado la fe y las Escrituras que les habían sido encomendadas? Jesús ahora juzgaba su mayordomía de la ley. ¿Habían manejado bien su mayordomía sobre los mandamientos? ¿Habían preservado e interpretado correctamente la ley de Moisés? ¿O habían enterrado su conocimiento de la ley en la arena?

Según la iglesia primitiva, la parábola significaba que Jesús, a semejanza del noble, pronto iba a partir; pero regresaría, y entonces los juzgaría acerca de cómo habían multiplicado el reino. Lucas 19:11 registra que Jesús relató la parábola porque algunos discípulos estaban convencidos que el reino se establecería inmediatamente después que ellos llegaran a Jerusalén. Lucas probablemente creía que Jesús juzgaría la mayordomía de sus seguidores respecto al reino en su segunda venida, y no inmediatamente. Jesús entonces les preguntaría cómo habían aplicado sus enseñanzas al reino.

Como lo plantea un escritor, debemos "negociar" o "traficar" con las ideas del reino.[1] Debemos invertir e incrementar nuestro conocimiento del reino. Somos responsables de usar al máximo ese conocimiento. Entre más talentos tengamos, entre más conozcamos los secretos del reino, más grande será nuestra responsabilidad.

Así que más que un relato que justifique la adquisición de riquezas, tenemos lo opuesto. Entre más sepamos acerca del camino al revés de Jesús, más grande será nuestra obligación de vivir de acuerdo a él. La parábola de los talentos hace eco de la historia del rico y Lázaro. El rico conocía a Moisés y a los profetas, entendía el jubileo. Se le había dado un talento, o sea, conocimiento de la economía de Dios, pero lo había enterrado. No alimentó a Lázaro, el mendigo; por lo tanto, sufrió condenación.

Lucas ubica la parábola de los talentos inmediatamente después del relato de Zaqueo. Tal vez Lucas está sugiriendo que nosotros somos responsables de la mayordomía de los conceptos que aprendemos en la historia de Zaqueo. ¿Permitiremos, como Zaqueo, que el señorío de Jesucristo abra nuestras billeteras? Una interpretación similar se aplica al sabio refrán al final de la parábola: "Todo el que tiene se le dará más; mas al que no tiene, se le quitará". La clave aquí es: ¿más de qué? Esto no puede significar que los que tienen dinero recibirán más. A pesar de que esto es cierto con frecuencia, el significado de la parábola es obvio. A los que multiplican e invierten su conocimiento del reino, se les dará más. Los que lo desperdician pueden perderlo totalmente.

Desvío Dos: ¡Buscad el reino, y enriqueceos!

Después de enseñar acerca de la ansiedad, Jesús instruye a sus discípulos a "buscar primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas" (Mateo 6:33; Lucas 12:31). ¿Ofrece esta cita suficiente fundamento bíblico para los que buscan el reino para enriquecerse? ¿Podemos considerar las riquezas como señal de la bendición de Dios? Ya hemos visto que las riquezas, a los ojos de Jesús, eran más maldición que bendición.

¿Significa que los que buscan el reino disfrutarán también de las cosas materiales de la vida? En el contexto del año sabático, Jesús sencillamente está diciendo que Dios proveerá un rendimiento adecuado durante el sexto año para cubrir las necesidades, tanto del sexto como del séptimo año. Si se obedece este mandamiento, Dios cuidará de ellos. Las "cosas" que Dios proveerá son las básicas: alimento, y vestido, no lujosas casas o propiedades. Dios proveerá todo lo necesario para cubrir las necesidades básicas. En el contexto del año sabático, este pasaje no es una forma para enriquecerse a costas del reino; sencillamente garantiza una supervivencia básica para el séptimo año.

Una negocio o una casa administrada en armonía con los principios cristianos de honestidad e integridad, tiene todas las probabilidades de tener éxito; pero los administradores y propietarios que verdaderamente permiten que la ley de Dios opere en sus vidas, no amontonarán ganancias. Las compartirán en el espíritu del jubileo. Nuestras reservas materiales bien pueden ser un barómetro de nuestra disposición de obedecer los principios del reino.

Mateo nos aconseja a buscar el reino de Dios y su "justicia", o sea, la "justicia" de Dios. Buscar el reino no significa que el pan caerá del cielo en forma milagrosa; tampoco significa que automáticamente nos volveremos ricos. Buscar el reino con la intención de enriquecerse, pervierte la misma esencia del reino.

Desvío tres: ¡Si dejas todo, tendrás más!

Hallamos otra ruta evasiva al final del relato del joven rico. Jesús concluye: "De cierto os digo, que no hay nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o mujer, o hijos, por el reino de Dios, que no haya de recibir mucho más en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna" (Lucas 18:29-30; Marcos 10:29-30; Mateo 19:29). Mateo y Marcos incluyen tierras en su lista de cosas que se dejan atrás. ¿Significa esto que Jesús multiplicará nuestras propiedades si le seguimos?

Un pastor, tratando de emocionar a su congregación antes de recibir la ofrenda, utilizó este versículo. Prometió que Dios literalmente devolvería cien dólares por cada dólar echado en la ofrenda. Dar con la esperanza de enriquecerse distorsiona el espíritu del jubileo. ¡Tal interpretación también multiplicaría esposos, esposas y padres en esta época!

Jesús no espera que se nos multipliquen esposos, esposas y tierras. Lo que él está diciendo es que cuando nos unimos al reino, nos unimos a la familia de Dios. Los discípulos que venden sus propiedades o dejan sus hogares por el reino, mientras viajan encontrarán una cálida acogida en otros hogares cristianos. En el reino descubrirán una red de nuevos hermanos, hermanas y padres que los recibirán con beneplácito y les brindarán cama y comida. Aquellos que argumentan que Dios duplicará nuestra riqueza si dejamos todo por el reino, usualmente son los que *nunca* han dejado ni casas ni tierras. Más bien tratan de encontrar un versículo aislado para justificar su enriquecimiento. En contraste, Jesús dice que aquellos que se sacrifican en aras del reino, recibirán recompensas tanto materiales como espirituales ahora y en el tiempo por venir.

Desvío cuatro: ¡Siempre tendréis a los pobres con vosotros!

Los cuatro evangelios registran la historia de la mujer que derramó un costoso perfume sobre Jesús (Mateo 26:6-13; Marcos 14:3-9; Lucas 7:36-50; Juan 12:1-8). Existen considerables variantes entre los cuatro relatos. Todos los escritores (excepto Lucas) registran que los presentes condenaron tal desperdicio, pues

el perfume equivalía a un año de salario. Todos, en voz alta, dijeron que el perfume podría haberse vendido a gran precio para ayudar a los pobres. Jesús dijo: "Siempre tendréis pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis" (Mateo 26:11).[2] ¿No es este un claro ejemplo del fatalismo de Jesús? Al reconocer la perpetua existencia de los pobres, muestra la prioridad de la adoración sobre la preocupación social. ¿No es así?

Es interesante que Jesús cita directamente Deuteronomio 15, el capítulo que contiene las instrucciones respecto al jubileo y al sabático. Un poco más atrás en ese pasaje, Dios dice a los hebreos que si obedecen, no habrá mendigos en la tierra (Deuteronomio 15:4); pero que si endurecen sus corazones, habrá pobres. Mientras prevalezcan la avaricia y el egoísmo, habrá pobres. ¿Justifica esto una dura indiferencia hacia los pobres? ¡Todo lo contrario! "Porque no faltarán menesterosos en medio de la tierra; por eso yo te mando, diciendo: Abrirás *liberalmente* tu mano a tu hermano, al pobre y al menesteroso en tu tierra" (Deuteronomio 15:8-11; énfasis añadido).

A la luz de esta constante súplica a favor de los pobres, es inconcebible que Jesús ahora se contradiga a sí mismo diciéndonos que descuidemos a los pobres, quienes después de todo, siempre estarán cerca de nosotros y no hay mucho que podamos hacer al respecto. Más bien lo que está diciendo es que mientras la codicia y la ambición gobiernen la vida del pueblo y sus sistemas sociales, siempre habrán pobres. Su observación de este hecho *no* justifica su perpetuación. En vez de excusarnos de nuestra obligación social, Jesús nos recuerda que el aliviar la pobreza es una lucha sin fin.

Un estudio detallado de la ley judía demuestra que al derramar el perfume sobre Jesús, se realizó un acto de caridad, y no de adoración.[3] Una prostituta no podía dar su ofrenda al templo, porque su oficio la contaminaba; sin embargo, las ganancias y ungüentos contaminados podían usarse para preparar un cadáver. La preparación para la sepultura era más importante que vestir y alimentar a los pobres. Según las palabras de Jesús: "Al derramar este perfume sobre mi cuerpo, lo ha hecho a fin de prepararme para la sepultura" (Mateo 26:12). La prostituta toma una herramienta de su oficio, el perfume, y lo usa en un acto de misericordia para

preparar el cuerpo de Jesús. Gozosamente da el perfume que antes había seducido otros cuerpos para preparar el cuerpo que será molido por los pecados del mundo. Derramar el perfume sobre el cuerpo de Jesús, simboliza el rechazo de su antigua forma de vida y su gozo espontáneo por el perdón recibido, pues ella tenía muchos pecados. ¡Definitivamente este hecho se da al revés!

Desvío cinco: ¡Todo depende de tu actitud!

Es una tentación resumir las enseñanzas de Jesús acerca de las riquezas diciendo: "Lo importante es tu actitud. Mientras tu actitud sea correcta, todo obrará para bien". Es cierto que la actitud es importante, pues influencia nuestro comportamiento; y los pobres pueden ser tan materialistas, sino más, que los ricos.

No obstante, Jesús no dijo que podemos sustituir el buen comportamiento con buenas actitudes. Los buenos sentimientos constituyen un buen comienzo, pero Jesús desea que vayamos más allá de los sentimientos. Condena al rico necio por ensanchar sus graneros y al hombre rico por tirarle las migajas de su mesa a Lázaro. El nos exhorta a distribuir la riqueza. Varias veces instruye a sus discípulos a que vendan sus posesiones. Describe a Zaqueo como un hijo de Dios, debido a que el cambio en su actitud, alteró su comportamiento económico. El joven rico tenía buenas actitudes, buenas intenciones, pero éstas no eran suficientes para alimentar a los pobres.

Sentimientos nobles en nuestro corazón, buenas intenciones en nuestra cabeza, y actitudes apropiadas en nuestra mente son esencialmente el primer paso; pero éstas no visten y alimentan a los pobres. La conducta constituye la prueba. Jesús demanda cambios de actitud que produzcan acción.

Desvío seis: ¿Qué de la mayordomía?

La mayordomía es un concepto vital para comprender nuestra relación con las riquezas. Algunas veces utilizamos la mayordomía para encubrir comportamientos impíos. Como cosa rara, la palabra *mayordomía* no la usa Jesús cuando diserta acerca de las riquezas,

sino más bien advierte de los peligros de Mamón y demanda misericordia. En hebreo, mayordomo es una "persona que está sobre la casa". El mayordomo es un empleado que maneja una propiedad para su amo. El término "mayordomía", cuando se usa apropiadamente, describe la relación del cristiano hacia la propiedad. El concepto nos recuerda que Dios es el dueño de la propiedad; pero, ¿qué queremos decir nosotros por mayordomía?

Es útil distinguir entre los deseos del propietario y los deseos del mayordomo. El mayordomo es responsable del manejo de la propiedad de acuerdo a los deseos de su amo, *no* según sus propios deseos. Algunas veces usamos el término para lavar nuestros propios deseos y hacemos que mayordomía signifique tomar todos los recursos a nuestro alcance, multiplicarlos tan rápidamente como sea posible y usarlos para nuestros propios fines y propósitos.

Esto tuerce el punto de vista bíblico sobre la mayordomía. El enfoque bíblico comienza con la visión de Dios respecto al uso de los recursos naturales y humanos. En el jubileo descrito en el Antiguo Testamento y en las enseñanzas de Jesús, los recursos de Dios deben ser ampliamente compartidos. No deben usarse para elevar a unos y oprimir a otros. Deben ser distribuidos gratuitamente a los que los necesitan. Los buenos mayordomos de los recursos de Dios, los comparten y distribuyen con generosidad. No actuamos como mayordomos de los recursos de Dios cuando amontonamos y multiplicamos para ganancia personal. Los buenos mayordomos son prudentes y cuidadosos guardianes de los recursos que han recibido a su cuidado. No toleran el desperdicio, ni el abuso de los recursos. Los mayordomos fieles son frugales respecto a sus propias necesidades y generosos respecto a las de los demás.

Desvío siete: ¡Diezma!

Aun el diezmo puede servir como excusa, o desvío, del mensaje de Jesús. Puede convertirse en una regla mecánica para justificar una vida de lujo. El Nuevo Testamento no nos instruye explícitamente a diezmar. Jesús y el apóstol Pablo exhortan a dar con liberalidad. Las ofrendas generosas van más allá del diezmo, como hemos visto en el caso de la viuda pobre. Los diezmos

fueron parte integral del sistema de sacrificios y ofrendas establecido en el Antiguo Testamento. El Nuevo Testamento asume el diezmo como una norma mínima del dar.

Es obvia la debilidad del diezmo como norma única para dar. Una persona que gana $10,000 dólares al año da $1,000 y retiene $9,000. Otra persona que gana $100,000 y da $10,000, puede vivir con extravagancia con los $90,000 restantes. El diezmo, desafortunadamente, enfoca nuestra atención en cuánto *damos*, y no en cuánto *retenemos*. Según el sistema al revés, a Dios le importa más cuánto *retenemos* que cuánto *damos*. Poca importancia tiene que una persona diezme $1,000, mientras que otra $10,000. Lo que cuenta es que unos luchan por sobrevivir con $9,000, mientras que otros se sienten justificados al derrochar $90,000 porque, después de todo, "hemos diezmado".

Los diezmos no constituyen necesariamente ejemplos de buena mayordomía, compasión o del jubileo. Con facilidad se convierten en maniobras de auto-justificación para excusar la opulencia. En vez de usar el diezmo para excusar una vida espléndida, debiéramos explorar formas para reducir nuestro estándar de vida con el propósito de disponer de más excedente para dar.

Un diezmo gradual es una forma de tratar este asunto,[4] por ejemplo, una familia puede establecer un presupuesto base de $30,000 anuales y diezmar con regularidad el 10% sobre esta cifra básica. Luego, por cada mil dólares de ingreso adicional a esta base, diezmarían un 5% más. Así, un ingreso de $31,000 pagaría un diezmo del 10% sobre los primeros treinta mil, y un 15% sobre cada mil adicionales. Cuando el ingreso alcance $48,000, se entregan los últimos mil, puesto que el diezmo gradual ha brincado al 100%.

Al llegar a los $48,000 una familia que observe este esquema habría dado $13,350 y retenido $34,650 para su uso personal y ahorros. Bajo el diezmo tradicional, habría dado $4,800 y habría retenido $43,200. Un diezmo gradual encarna el espíritu del jubileo y nos encamina en la dirección de una mayordomía guiada por la generosidad.

Desvío ocho: ¡Viva de acuerdo a sus medios!

Una mentalidad estricta en relación al diezmo, promueve el concepto de que la buena vida debe vivirse, siempre que "podamos costearla". El adagio popular de "vivir de acuerdo a nuestros medios" sugiere que los que disponen de poco, deben ajustarse a un presupuesto austero. Y que los que disponen de mucho pueden, desde luego, gastar con liberalidad. "Si usted puede pagarlo, puede obtenerlo". Al incrementarse nuestros ingresos, también se incrementa nuestro apetito por las llamadas "necesidades". Las cosas que en el pasado no podíamos pagar, conforme aumentan nuestros ingresos se convierten en necesidades. Obviamente, "vivir de acuerdo a nuestros medios" es necesario, especialmente para las familias de bajos ingresos económicos; no obstante, con frecuencia se convierte en una conveniente excusa para respaldar un estilo de vida de gran lujo para los que tienen ingresos económicos altos. "Viva conforme a sus medios" es una regla cultural que nos aleja del espíritu del jubileo.

Desvío nueve: ¡Mantenga el testimonio!

"Mantenga el testimonio" es un argumento piadoso que también evade el modelo del jubileo. Sugiere que un alto nivel de vida es necesario para "testificar" con efectividad a las personas ricas. Para alcanzar a la clase alta con el evangelio, necesitamos comunicarnos con ellos de acuerdo a sus propios símbolos. No podemos testificar con efectividad al clan de los Mercedes, si conducimos un Ford. Los cristianos deben ostentar riqueza, si han de comunicar el evangelio dentro de un contexto de gente rica. Los defensores del "evangelismo de lujo" ciertamente no animarían a los cristianos a robar para poder testificar a los ladrones. Tampoco les animarían a la promiscuidad sexual para testificar a las prostitutas; sin embargo usan esta lógica para racionalizar un estilo de vida extravagante. En el proceso, las buenas nuevas se diluyen.

Tal forma de "testificar" encumbradamente, demanda solamente un sencillo y sentido "sí" para Jesús, con pocas expectativas de una conversión social y económica. Esta es una

salvación barata. Cuando el evangelio se vuelve inofensivo, ya no es evangelio. El evangelio barato ya no libera a la gente de la garra de modas sociales, sino les impulsa a un evangelio falso que hace que el servicio a Mamón parezca justo y correcto. El evangelio de Jesucristo nos libera de la esclavitud a otros ídolos. Mantener un alto nivel de vida para testificar "con efectividad" no sólo constituye un escarnio a la verdadera fe, sino que también conduce a otros a un evangelio barato.

Desvío diez: ¡Hijos del Rey!

Un desvío final nos recuerda que somos, después de todo, hijos del Rey. Las Escrituras prometen innumerables bendiciones a los hijos fieles de Dios. Puesto que los reyes terrenales viven en palacios extravagantes, nosotros los cristianos también debemos vivir vidas de lujo. Así es como mostramos nuestra membresía en la corte real de Dios. Los hijos de un rey deben vestir y comer con realeza.

Desde luego, Jesús es nuestro Rey; pero este hecho difícilmente nos da licencia para entregarnos a una vida de despilfarro. Todo lo contrario, si Jesús es realmente el Señor y Rey de nuestra vida, buscaremos obedecer sus mandamientos de compartir nuestras riquezas. Su reino es al revés, en contraste con los reinos terrenales. El ha prometido "bendecirnos", brindarnos santidad, paz y gozo; pero jamás prometió enriquecer económicamente a sus hijos.

Mientras tanto, en casa

¿Qué significa todo esto? El inminente gobierno de Dios en las vidas de los creyentes es la clave del mensaje económico de Jesús.[5] La proximidad del reino de Dios despoja de su poder a los demonios económicos. Hemos visto como los principios del jubileo están entretejidos a lo largo de los evangelios. Conforme experimentamos el perdón de Dios, podemos nosotros perdonar. Conforme aprendemos de la bondad de Dios, ya no nos agitamos por las necesidades materiales. En un tiempo fuimos mendigos, extranjeros, esclavos y deudores. Ahora Dios nos ha hecho de

nuevo, nos ha llenado de compasión por aquellos que aún están atrapados donde nosotros estuvimos antes.

El amor de Dios por nosotros transforma nuestro comportamiento económico. La misericordia, y no la acumulación se convierte en nuestra nueva vara de medir el éxito. El dar generosamente sustituye el consumismo conspicuo. Las más elevadas leyes de Dios forman el núcleo de su camino al revés. Amar a Dios con todo nuestro corazón significa amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Y esto significa cuidar, compartir, dar, valorizar el bienestar de nuestro prójimo tanto como el nuestro. El desprendimiento liberador del nuevo camino despoja a los viejos demonios económicos de su poder esclavizante.

Jesús no ofrece respuestas específicas, pero nos encamina hacia las preguntas correctas. Nos empuja más allá de normas y regulaciones pidiendo un jubileo perpetuo. No rechaza la propiedad privada, ni insiste en la propiedad comunal. Muchas de sus enseñanzas aceptan la propiedad privada. No podemos prestar o dar a los necesitados si carecemos de propiedad. A veces tendremos que vender todo, como el joven rico. Otras veces, Jesús puede llamarnos a unirnos a los Zaqueos, devolviendo nuestras ganancias injustas, sin venderlo todo. Lo que Jesús nos pide puede variar, pero de todas formas él insiste en que tratemos a los pobres como si fuéramos nosotros mismos.

Aunque está dirigido a individuos, las palabras de Jesús hicieron temblar los fundamentos de la economía de Palestina. Su llamamiento al jubileo sacudió las estructuras económicas que fomentaban gran disparidad entre ricos y pobres. ¿Justifica el trabajar duro para ganar dinero, el despilfarro egoísta? ¿Hay ocasiones en que la adquisición del dinero es inmoral? Jesús nos advierte que las riquezas pueden convertirse en un poderoso dios que captura nuestra imaginación, que demanda nuestra lealtad, y que exige que nos postremos de rodillas y le permitamos gobernar nuestras vidas.

La perspectiva del jubileo nos hace cuestionar presunciones culturales que damos por sentadas. ¿Es moralmente correcto pagar solamente el salario mínimo, aun cuando ésto sea legal? ¿Debemos cobrar tarifas profesionales exorbitantes, aun cuando sean legales

y estén establecidas por la costumbre? Tarifas profesionales exorbitantes pueden obstaculizar el jubileo al perpetuar estructuras económicas que mantienen pobre al pueblo, mientras los ricos celebran.

¿Obtener el "mejor precio" por una propiedad o un producto es siempre una "buena mayordomía"? Vender a menor precio a una persona necesitada podría estar más en armonía con el espíritu del jubileo que exigir el "mejor precio". ¿Será consistente con el camino de Jesús cobrar la comisión más alta? ¿Una "buena mayordomía" significa exprimir hasta el último centavo en todo negocio? ¿Es mejor cobrar el precio más alto para que podamos dar más? De manera sutil e inconsciente, nuestro sistema económico puede distorsionar nuestra fe. No nos atrevamos a asumir que solamente porque "así son las cosas" éstas son éticas, morales o cristianas.

¿Quién es rico?

Jesús habló acerca de los ricos y de los pobres. Estos términos no necesitaban ser aclarados a su audiencia. En una sociedad dividida en dos clases, era obvio establecer quién era rico. Es fácil hacer a un lado los comentarios de Jesús acerca de la riqueza cuando asumimos que nosotros no somos ricos; pero un momento de reflexión demuestra que el término "rico" es muy relativo. Una persona rica en un contexto, puede resultar pobre en otro; todo depende con quien nos comparemos. Simplemente no existen normas absolutas para definir este término elusivo. La gente de clase media tiende a no preocuparse acerca del jubileo, porque Jesús hablaba de los *verdaderamente* ricos.

Los científicos sociales observan que la felicidad no aumenta automáticamente con la riqueza. Estamos satisfechos cuando *sentimos* que tenemos suficientes recursos para satisfacer nuestras necesidades. Lo que *creemos* que necesitamos es, desde luego, moldeado socialmente por la gente que nos rodea. Si pensamos que necesitamos poco, estaremos contentos con poco. Si pensamos que necesitamos igualar el nivel social de nuestros homólogos, un modesto salario puede dejarnos refunfuñando.

Cuando pienso en gente rica, pienso en los Rockefeller, los Hunt, los Kennedy y los Trumps. Pienso en lugares como Palm Springs, California, donde las casas "sencillas y sin pretensiones" cuestan varios millones de dólares. Pienso en los ejecutivos que ganan varios millones al año. Pienso en las estrellas del deporte y del cine que devengan salarios millonarios. En mi opinión, ésta es la gente rica; y yo, ciertamente, no soy uno de ellos. O, ¿lo soy?

Una visita a una iglesia rural en Centroamérica, abrió mis ojos. Un hermano cristiano me llevó a su parcela donde cultivaba banano, una milla cuesta arriba en la montaña. Mientras caminábamos conté más de cincuenta parches en el único par de pantalones que tenía. Me di cuenta que yo era rico, sumamente rico, con mi docena de pantalones y camisas.

El significado relativo de la palabra *rico* nos impulsa a ver hacia arriba en la escalera social y a compararnos con los que están por encima de nosotros. Ciertamente no somos ricos en comparación con alguien que devenga $50,000 más que nosotros. No, no somos ricos al lado de la persona que tiene una casa más grande que la nuestra. Al dirigir nuestra vista hacia arriba en la escalera, nosotros *nunca* somos ricos. Ver para arriba nos hace sentir pobres; y así, el mensaje bíblico nos elude. Podemos hasta desear que los ricos dejaran caer unas cuantas migajas sobre nosotros, sin pisarnos los dedos; pero esos son sólo deseos, porque los que están encima de nosotros, también están viendo hacia arriba y sintiéndose pobres en contraste con los ricos que están arriba de ellos. Y así el sentimiento de pobreza forma una espiral ascendente.

La perspectiva del jubileo nos recuerda que una vez fuimos esclavos, que una vez estuvimos cautivos. Este recordatorio vuelve nuestro enfoque hacia abajo, hacia donde señala siempre la Biblia. Los paganos miran hacia arriba. Cuando seguimos la luz bíblica, vemos para abajo, y nos damos cuenta que nosotros somos ricos; entonces, el mensaje del jubileo es un triunfo. Pocos lectores de este libro son un Lázaro; pero *hay* Lázaros en nuestras comunidades. Están en la calle, recibiendo una cantidad de calorías inferior a los requisitos mínimos diarios. Una estimación muy conservadora indica que alrededor de medio billón de personas -¡es decir 500 millones!- se mueren gradualmente de inanición. *Otro* medio billón

recibe suficientes calorías, pero no proteínas. Desde la inanición hasta dietas deficientes, cerca de un cuarto de la población mundial padece hambre.[6]

Si nos comparamos con ellos, la mayoría de nosotros somos ricos; hasta tenemos que luchar contra la gordura. Dietas indisciplinadas nos hacen recurrir a programas para perder peso. Un tercio de nosotros engullimos alrededor del 80% de los recursos disponibles sobre la faz de la tierra. Dejamos para los dos tercios más pobres, el 20% de alimento restante. Aun tomando en cuenta los diferentes niveles de vida, cuando se calcula el "verdadero" poder adquisitivo de las personas, el americano promedio es de diez a diecisiete veces más rico que la persona promedio en muchos países.[7] La única manera de leer nuestras Biblias es como cristianos ricos; pues somos ricos, no somos pobres.

Menguando

¿Dónde empezamos?, podemos comenzar consumiendo menos. Muchas de las llamadas "necesidades" son símbolos de un nivel social que pulimentamos para mantener una imagen respetable entre nuestros homólogos. Comprar incesantemente se ha convertido en el sacrificio ritual en el altar del materialismo. Reducir el consumo es el principio de una mayordomía responsable de los recursos no renovables de Dios. El materialismo es un callejón sin salida; entre más obtenemos, más queremos.

Y entre más obtengamos, más necesitamos para conservar lo que tenemos. Tan pronto como logramos ponernos a la moda, alguien sale con otra novedad; otra vez, quedamos rezagados. Alguien más nos opaca con un modelo más grande, con más accesorios, más velocidad, o estilo avanzado. La publicidad constantemente crea nuevas necesidades y deseos. Nuestros anhelos envuelven y hacen caer nuestras vidas en trampas artificiales y roban nuestras almas de integridad moral. El impulso por obtener más de todo deja vacíos a los ricos, hambrientos a los pobres y desperdiciados los escasos recursos naturales.

Todos necesitamos de amigos que nos apoyen y afirmen. Nuestra imagen personal tiene sus raíces en la forma cómo *creemos*

que la demás gente nos ve. Así, resulta cierto el adagio social: Yo soy lo que creo que tú crees que soy. Si creo que la gente piensa que soy raro, me sentiré inadecuado e inseguro de mí mismo. Deseamos que los demás nos respeten y piensen bien de nosotros, para ganar esa aceptación, desplegamos los símbolos de nivel de nuestro grupo social: carros, ropa, botes, libros, computadoras, y chucherías. La ropa pasada de moda, los carros pequeños, las viviendas modestas y vacaciones sencillas violan las reglas de etiqueta de la clase media. Desafortunadamente, las expectativas de la moda llegan con frecuencia a su cenit los domingos por la mañana en la iglesia.

Hay quienes castigan la conducta al revés con risitas, con murmuración, con el ridículo y el ostracismo; esto lastima, por eso es que necesitamos amigos cristianos que también afirmen los valores al revés. Somos seres sociales que dependemos de otros para afirmar nuestro sentido de que valemos. Es importante seleccionar y crear círculos de amigos, grupos de referencia, que afirmen y fomenten los valores del reino. Esta red de amigos cristianos no precisan de una estructura formal, pero debe ofrecer refuerzo para estilos de vida modestos. El amoroso apoyo de una cultura alterna, de un enclave cristiano, nos permite resistir las fuerzas seductoras y demoníacas del materialismo.

Reducir el consumo no es una panacea para el hambre mundial. Comprar menos carne en el supermercado local no llevará más proteínas a las cocinas de los países del Tercer Mundo. Como cristianos, consumimos menos, no porque sea necesariamente una solución eficaz contra el hambre del mundo, sino porque es lo que debemos hacer como seres moralmente responsables. Somos responsables, no por grandiosas soluciones a los problemas mundiales, sino por nuestra obediencia personal al conocimiento que tenemos del evangelio. Esa es la esencia de la parábola de los talentos.

Es muy fácil no hacer nada, porque tememos que nuestra pequeña acción no servirá de nada. Es verdad que un bebé más, un carro de lujo más, y una casa para vacacionar más, no harán una gran diferencia; sin embargo, cuando varios millones de otras personas piensen y actúen de la misma manera, las *consecuencias*

corporativas de nuestra conducta pueden resultar devastadoras. Cinco millones más de piezas de basura, diez millones más de borrachos, y veinte millones más de bebés, tendrán un impacto colectivo inaudito. La creencia de que "mi conducta, de todas maneras, no hará ninguna diferencia" no nos excusa de nuestra responsabilidad moral.

Por otra parte, las acciones individuales no son suficientes. También debemos actuar conjuntamente a través de organizaciones locales e internacionales que ejerzan influencia y logren una diferencia. Sobre todo, debemos alimentar una perspectiva global que logre una diferencia a nivel personal y local.

Hay varias preguntas sencillas que podemos hacernos los que buscamos la simplicidad.

Si todos alrededor del mundo consumieran tantos recursos naturales como yo, ¿qué clase de mundo tendríamos?

¿Cuánto extrae mi nivel de consumo de los recursos energéticos y cuánto afecta este nivel de consumo al medio ambiente?

¿Mi estilo de vida este año, es más sencillo que el año pasado? ¿O es más complicado, más consumista, con más tensión?

¿En qué dirección me estoy moviendo?

Practicando el jubileo

Jesús no nos pide que salgamos del mundo del comercio y los negocios. No enseña que manejar dinero y bienes sea malo. Nos dice que el reino de Dios en nuestras vidas debe moldear la adquisición, el manejo y el propósito de la riqueza. La expresión del jubileo toma diversas formas, dependiendo de nuestra posición en una estructura económica particular. Si en una relación, nosotros somos los ricos, esto puede significar compartir más allá de lo que se espera con las personas que están abajo de nosotros.

Como patronos, practicamos el jubileo pagando con gozo, un poco más del salario promedio. En lugar de tratar de exprimir a nuestros empleados al máximo a un costo mínimo, compartimos utilidades, brindamos dignidad en el trabajo, y alentamos a los empleados a que se conviertan en accionistas de nuestra empresa.

Esta no es una receta para ir a la quiebra, ni un descuido de lo esencial. Por cierto, a largo plazo tendremos empleados más felices que trabajan más duro y producen más para todos. Una consagración a la perspectiva del jubileo demanda distribuir la riqueza con justicia entre los que ayudaron a crearla. Encauzar todas las ganancias a las manos de unos pocos, contradice el espíritu del jubileo.

Estas son interrogantes con las que el empresario cristiano debe enfrentarse.

¿De dónde provienen las ganancias?

¿Adónde van?

¿Su distribución está de acuerdo con la visión del jubileo? ¿O empuja a unos cuantos a la cima de la escalera económica, mientras retiene al resto en el fondo?

Recuerde que los recursos materiales y las personas le pertenecen al Señor, según la verdad bíblica. No debemos explotarlos. Debemos valorar a la gente por sobre todas las cosas. Debemos utilizar las posesiones, no a las personas. Una corporación, que sigue la visión del jubileo, dará trabajo a los que están en desventaja social: a los ex-presidiarios, a los sordos, a los incapacitados, a los que de cualquier otra forma están estigmatizados. Las compañías que respetan el jubileo establecerán sus propias metas para dar empleo a las minorías.

Para el profesional, el enfoque del jubileo puede significar pagos escalonados de acuerdo a los ingresos del cliente. O podría significar cobrar tarifas más bajas que las prevalecientes. Los profesionales que honran el jubileo no explotan, aun cuando esto sea legal o sea costumbre. Los ricos energetizados por la visión bíblica comparten el jubileo con gozo con los que están a su alrededor y por debajo de ellos.

Nuestra entrada al reino está marcada por dar más allá de lo esperado. Esta es una poderosa señal de que el Rey Jesús es rey de nuestros recursos. Debemos encontrar formas creativas para usar nuestros recursos en bien de los pobres. En cierta comunidad, una asociación paga las fianzas necesarias antes de los juicios, poniendo sus propiedades como garantía, para que los pobres no tengan que permanecer encarcelados durante meses antes de su juicio. Los

dueños de casas ponen sus propiedades como garantía para este programa. Nuestras propiedades o ahorros pueden usarse como garantía para personas que carecen de crédito y quieren comprar una casa o comenzar un pequeño negocio. Si amamos a nuestro prójimo como a nosotros mismos, ¿serviremos de fiadores para un préstamo y estaremos dispuestos a pagar las consecuencias si nos defraudan?

Cuando nosotros somos los pobres en una relación dada, el jubileo toma un sesgo diferente; en lugar de somatar la puerta del patrón exigiendo un aumento de salario, podríamos abogar por los que reciben menos que nosotros. Podríamos ofrecer pagar más de lo establecido por un producto o servicio. Podemos dar propinas más altas que las usuales. Podemos añadir un diezmo a la renta mensual o hipoteca, como señal del jubileo. Estas no son expresiones de una mayordomía negligente. Son testimonios al revés de que hemos sido liberados de la esclavitud económica. Compartir con libertad en el espíritu del jubileo no siempre es posible; pero conforme reducimos lo superfluo y nos esforzamos en alcanzar un nivel de vida modesto, podemos dar "diezmos sorpresa". Tales diezmos constituyen señales del amor de Dios y de nuestra liberación de los demonios de Mamón.

Dando al revés

Cuando damos "al revés", según el estilo de Jesús, se manifiestan cinco señales: Primero: Vivimos el jubileo al compartir con los que se hallan doblegados por las disparidades económicas. Jesús, una y otra vez, nos exhorta a dar a los pobres. En contraste con muchos promotores religiosos, Jesús nunca pidió contribuciones para su causa. Su pasión eran los pobres, no la propaganda religiosa. Jesús comprendió que se expresa el más poderoso testimonio cristiano cuando nuestro dar no está atado a los hilos de la publicidad. La mentalidad del jubileo ofrenda para las necesidades auténticas, no para programas religiosos de auto servicio.

Segundo: Cuando se trata de dar, la generosidad del jubileo toma en cuenta a otros cristianos en el proceso de tomar decisiones. En lugar de procurar comprar lugares de influencia y reconocimiento

público, el dar se convierte en una expresión de amor corporativo. Los ricos y los pobres en la iglesia participan en el proceso de dar.

Tercero: El jubileo asume que una forma de dar es, en primer lugar, no tomar el dinero de otros. Tomar todo lo que sea posible de los demás, para dar más, contradice el espíritu del jubileo. El hecho de no tomar fondos, que podrían justamente ser nuestros, es en sí mismo una forma de dar. En muchas formas esto protege la dignidad del individuo más que los regalos paternalistas.

Cuarto: El jubileo no envía cheques a toda organización que presente niños en grave estado de desnutrición. El dinero soluciona sólo un tipo de necesidad; pero no es suficiente. En el paquete del jubileo deben incluirse personas, tiempo, dignidad y educación. La compasión debiera ser inteligente, ordenada, sofisticada y humana. Debe ir más allá de las canastas navideñas; proveyendo empleos, préstamos a bajo interés, créditos, seguridad, proyectos educacionales y vivienda.

Quinto: El jubileo emana de la historia del amor de Dios. La historia bíblica del jubileo testifica la compasión de Dios articulada por Jesús. Sin la perspectiva bíblica, la ayuda económica sencillamente empuja a la gente a una escalera económica vacía y viciada. El jubileo proclama las buenas nuevas del perdón en Jesucristo. Dar sin un mensaje de liberación espiritual no es más que un paternalismo que conduce a nuevas formas de adoración a Mamón.

Considere un ejemplo moderno del jubileo. Hábitat para la Humanidad es una organización internacional que aplica con creatividad los principios de la economía bíblica. Hábitat opera en varios cientos de localidades en más de 24 países alrededor del mundo. El programa construye viviendas modestas y baratas para los que carecen de casa. Los beneficiados con el programa deben dar alrededor de 500 horas de "sudor ecuánime" (tiempo voluntario) para calificar para recibir una casa. Deben dar algo de su "sudor ecuánime" para otros proyectos antes de comenzar la construcción de su propia casa. Pueden pagar la hipoteca sin intereses a lo largo de más de veinte años. Los contribuyentes aportan dinero, tiempo, equipo y mano de obra, hombro con hombro con los pobres. Hábitat construye más que casas, construye relaciones y comunidades; pero

sobre todo, Hábitat fomenta la dignidad y la responsabilidad. Indudablemente, es un modelo ejemplar de un jubileo moderno.

Preguntas para discusión

1. Identifique otros desvíos que puedan enredar la enseñanza bíblica sobre la riqueza.
2. ¿Cuál de los desvíos es más común en su experiencia personal y en la vida de su congregación?
3. Enumere algunas presunciones típicas acerca de la vida económica que puedan chocar con la fe cristiana.
4. Identifique ejemplos de prácticas económicas que puedan ser inmorales, aunque sean legales.
5. ¿Usted se considera rico?
6. ¿Qué formas ha descubierto para limitar su consumo?
7. ¿Cómo responde usted a las cinco señales de dar al revés?

8
PIEDAD IMPIA

La tradición oral

¿Por qué el ministerio de Jesús provocó tal choque con las autoridades religiosas? Jesús vivió en un mundo regido por el Antiguo Testamento y las enseñanzas de Moisés. Jesús no vino para abrogar o escarnecer la ley; vino para cumplirla. Si Jesús confirmó la ley, ¿por qué colisionó con los líderes religiosos? La respuesta la encontramos en su actitud hacia la ley oral. Jesús respaldó la Torah, los cinco libros de Moisés, pero desechó algunas partes de la tradición —o ley— oral. El consideraba que la ley oral tenía menos autoridad que las Escrituras. Esto provocó la ira de los fariseos. Tal vez porque la iglesia primitiva enfrentó gran oposición por parte de los fariseos, los escritores de los evangelios enfatizan el antagonismo entre Jesús y esta secta. Un breve estudio de la ley oral nos ayudará a comprender la naturaleza del conflicto.

En el tiempo de Jesús existían dos Torahs, dos tipos de ley religiosa. Tanto los saduceos como los fariseos aceptaban la Torah escrita, compuesta de los cinco libros de Moisés, como la santa ley de Dios que contenía los mandamientos dados a Moisés en el monte Sinaí. Pero también existía la Torah oral, una ley no escrita, transmitida de boca a boca, de generación en generación. Los escribas habían desarrollado la ley oral y en el tiempo de Jesús los fariseos la obedecían al pie de la letra. La ley oral evolucionó en tres etapas diferentes: *Midrash*, *Mishnah* y *Talmud.*

El primer paso, o *Midrash*, emergió cuando los judíos regresaron a su tierra después de la cautividad de Babilonia. El

Midrash era un comentario que explicaba, versículo por versículo, los textos de las Escrituras. Después de cada versículo se encontraba una interpretación, por ejemplo, en Levítico 19:13 la ley escrita dice:

No oprimirás a tu prójimo, ni le robarás. No retendrás el salario del jornalero en tu casa hasta la mañana.

El comentario en el Midrash inmediatamente después de este versículo dice:

> Esto se aplica también al alquiler de animales, de utensilios o del salario de un hombre, aun cuando éste no se presente a pedir su salario ... Al que se le contrata para trabajar durante el día, debe pagársele al caer la noche; al que se le contrata para trabajar durante la noche, al despuntar el día.[1]

De esta manera, el Midrash proveía un comentario, versículo por versículo de los cinco libros de Moisés. Todo este vasto cuerpo fue preservado *oralmente*, transmitiéndolo de boca a boca, palabra por palabra por generaciones, hasta que fue escrito después del tiempo de Jesús.

La segunda etapa de la interpretación emergió dos siglos antes del nacimiento de Jesús. Culminó unos cuatro siglos más tarde (alrededor del año 200 d.C.), conforme las tradiciones orales fueron gradualmente escritas en el *Mishnah*. Esto provocó feroces controversias, puesto que muchos rabinos consideraban que escribir la ley era lo mismo que quemarla.

Eventualmente este cuerpo de sabiduría y ley fue expandido en una tercera etapa, el *Talmud*. Esta colección final de las leyes orales se convirtió en el libro fundamental del judaísmo, comparable al Nuevo Testamento cristiano.

La ley oral, o "tradición de los ancianos" (Marcos 7:5) aclaraba e interpretaba la palabra escrita. Al principio la tradición oral estaba subordinada a la autoridad de las Escrituras; pero a lo largo de los años, la autoridad de la ley oral creció. Con el tiempo se llegó a decir que Dios también había dado la ley oral a Moisés y que la providencia divina la había preservado a lo largo de las generaciones.

La tradición oral pronto asumió igual, si no mayor, autoridad que la palabra escrita. El alcance y el detalle de la ley oral es sorprendente. ¡Una compilación escrita del Mishnah tiene alrededor de 700 páginas en letra de imprenta pequeña![2] Los escribas y fariseos la aprendían de memoria. No es de extrañar que la vida entera del escriba estuviera dedicada a su estudio y memorización.

El Mishnah está organizado en seis grandes divisiones llamadas órdenes. Cada orden contiene de siete a doce subdivisiones llamadas tratados. Estos se dividen en unos 523 capítulos. Finalmente, cada capítulo contiene de cinco a diez párrafos legales.[3] El Mishnah cubre toda la gama de preguntas que puedan surgir sobre legislación civil y religiosa; por ejemplo:

¿Pueden orar los obreros que están encaramados en un árbol o en la parte superior de una pared? ¿Pueden abrirse canteras o pozos durante el año sabático? Si uno está desnudo y ofrece una ofrenda de harina de centeno en su propia casa, ¿es inmunda la ofrenda? ¿Amarrar un nudo es un trabajo que viole el sábado? ¿Puede un hombre divorciarse de su mujer porque ella quemó una comida? ¿Cuál es la sentencia de muerte apropiada para alguien que blasfeme? ¿Quemarlo en la hoguera, lapidarlo, decapitarlo o estrangularlo? Si un hombre toca un ratón, ¿se vuelve ceremonialmente inmundo? Si un perro come la carne de un cadáver y luego se echa en el quicio de la puerta de una casa, ¿se vuelve inmunda la casa?

Y sigue, el Mishnah deletreando los 'debes' y 'no debes', las finas líneas entre lo sagrado y lo profano. Como una santa bola de nieve, la tradición oral creció más y más a lo largo de los siglos.

Fariseos progresistas

Los fariseos, al contrario de los saduceos, aplicaban la ley oral a la vida diaria. Su intención era buena. Los fariseos creían que la fe religiosa debía permear todos los aspectos de la vida. A través del cuidadoso examen de las Escrituras, trataban de prescribir la conducta correcta para toda circunstancia. No querían que la ley de Moisés se volviera un libro estéril, desapegado de la vida.[4] En contraste, los saduceos afirmaban la autoridad de la ley escrita,

pero no la aplicaban a las situaciones reales de su vida. Eran capaces de recibir con beneplácito la presencia romana y aceptar la influencia de culturas extranjeras, porque los libros de Moisés parecían tan lejanos y sin importancia.

Al adherirse a la palabra escrita y a algunos rituales y regulaciones orales, los saduceos se excusaban de la obediencia diaria de la ley; por lo tanto, podían piadosamente operar el templo de Jerusalén mientras coqueteaban con los romanos. Los fariseos, por otra parte, eran muy cuidadosos acerca de la práctica fiel. Mostraban sumisión al pacto mosaico al obedecer la ley oral. Obedecían cuidadosamente las reglas tocantes a la pureza ritual y el diezmo. Escrupulosamente observaban muchas regulaciones piadosas, esperando que algún día todo el pueblo judío seguiría su ejemplo.

La visión de los fariseos era, en resumen, la de una nación santa, una nación de sacerdotes.[5] El término fariseo lleva una connotación negativa, que sugiere hipocresía y justicia propia. En el contexto de su tiempo, sin embargo, ¡los fariseos eran progresistas sinceros! Ellos verdaderamente querían que la visión mosaica floreciera en la vida corporativa del judaísmo.

En términos generales, cuatro grupos reaccionaban en forma diferente a la situación política de Palestina. Los esenios eran un grupo sacerdotal sin poder. Se retiraron a comunidades separatistas que vivían en las cuevas cerca del mar Muerto. Tenían la esperanza de reemplazar, algún día, a los saduceos en la administración del templo. Los patriotas *rebeldes* trabajaban por derrocar a los romanos por medios violentos. Los *saduceos* condescendían, colaborando gustosamente con los romanos con el fin de mantener el status quo por conveniencia económica. Eran, en muchas formas, representativos de los conservadores políticos, económicos y religiosos.

Mientras tanto, los *fariseos* trabajaban diligentemente por la santidad del pueblo judío. Vivían en una tensión creativa. Trataban de establecer un delicado equilibrio entre vivir una vida retirada, la revolución y la condescendencia. En medio del tumulto, se aferraban obstinadamente a su visión de una nación santa y sacerdotal.

El Jesús irreverente

La irreverencia de Jesús propone una fascinante interrogante. ¿Por qué desdeñó el ritual religioso? ¿Por qué menospreció la ley civil? Quebrantó las normas de piedad al trabajar el sábado, tuvo en poco la pureza ritual al asociarse con personas de mala reputación y al limpiar el templo. Exploraremos el significado de estos cuatro actos de provocación y luego resumiremos la crítica verbal de Jesús contra los fariseos.[6]

La violación de las normas del sábado fue definitivamente irritante. ¡Indudablemente él conocía la ley! El descanso del sábado era parte de los Diez Mandamientos. Era símbolo del respeto y adoración a Dios, era una característica distintiva de la fe judía, que separaba a los hebreos del resto del mundo. Los judíos cuidadosamente lo consagraban para la adoración sagrada. La transgresión de la ley del sábado era un asunto muy serio. Los transgresores recibían la pena de muerte. Los que quebrantaban el precepto del sábado después de haber recibido una amonestación, eran lapidados. Jesús demolió algunas de las *tradiciones* humanas alrededor del sábado, pero no destruyó *el principio* del sábado. Es más, lo defendió.[7]

Los cuatro evangelios registran el desafío de Jesús al sábado. Mateo y Marcos registran dos violaciones: arrancar espigas y sanar a un enfermo (Mateo 12:1-14: Marcos 2:23-3:6). Lucas observa cuatro controversias (Lucas 6:1-11; 13:10-17; 14:1-6). Juan 5:2-18 registra una curación efectuada el sábado. Mateo, Marcos y Lucas trazan una secuencia de cinco pasos.

Primero: Jesús defiende a sus discípulos por arrancar espigas en sábado. La ofensa no es robar. A los viajeros y a los pobres les era permitido tomar el grano en los sembrados. El insulto consistía en trabajar (cortar el grano en el sábado).

Segundo: Los fariseos discuten la violación con Jesús y, de acuerdo a la ley judía, le advierten de su transgresión.

Tercero: Lo vigilan (Marcos 3:2) para ver si lo atrapan una segunda vez violando esta ley, en cuyo caso sería castigado con la pena de muerte.

Cuarto: Aun después de la advertencia, profana otra vez el sábado, esta vez sanando a un hombre que tenía la mano seca. La tensión aumenta. Marcos dice: "Entonces, mirándolos alrededor con enojo, entristecido por la dureza de sus corazones" (Marcos 3:5).

En el quinto y último paso, los fariseos urden planes para destruirle. Jesús súbitamente se retira del área, aparentemente huyendo para salvar su vida.

Lucas reporta dos sanaciones adicionales efectuadas en sábado. ¿Por qué Jesús era tan audaz? ¿Por qué persistió en su comportamiento irrespetuoso? ¿Por qué jugaba con la muerte? ¿Por qué Jesús ataca la tradición oral, poniendo en peligro su propia vida? Los enfermos habían estado en esa situación por muchos años. ¿Por qué no esperar cortésmente un día más hasta que hubiera pasado el sábado? Jesús sabía muy bien la pena que la ley imponía. A pesar de una segunda advertencia, sigue sanando en sábado, ¿por qué?

El propósito de Jesús era herir de muerte el corazón de la tradición oral. Aunque los Diez Mandamientos prohibían trabajar el sábado, la ley oral había legislado un meticuloso sistema de reglas para la observancia del sábado. El Mishnah contiene 36 páginas escritas de reglas, divididas en 243 párrafos. Un párrafo enumera 39 tipos de trabajo prohibido: arar, sembrar, hornear, hilar, atar un nudo, escribir o borrar dos letras del alfabeto, extinguir un fuego, encender un fuego, pegar con un martillo, etc.[8]

Muchos párrafos discuten en detalles las prohibiciones, por ejemplo, los conductores de camellos y los marineros no podían atar nudos en sábado; pero era permitido atar los nudos de redecillas para el cabello, de las sandalias y de los cinchos. Los nudos que se podían desatar con una sola mano, eran permitidos, puesto que no se les consideraba nudos. Era tan malo desatar un nudo, como atarlo. El territorio se dividía en cuatro tipos de espacio: público, privado, neutral y libre. Las reglas del sábado dictaban qué materiales podían ser movidos de un área a otra. Una persona que tirara algo de un lugar privado a un espacio público o viceversa, era culpable de infringir el sábado.[9]

Los ingeniosos estratagemas fueron creados para ignorar la legislación del sábado. No era permitido caminar más de 3,000 pies (poco más de un kilómetro) en sábado. Para eludir esto, durante la víspera podían "establecer residencia" al final de los 3,000 pies permitidos. Establecían residencia en la víspera llevando dos comidas a un lugar que quedara a 3,000 pies de su casa. Comían una comida allí y la otra la enterraban, "estableciendo así residencia". El sábado la gente podía viajar 3,000 pies de su hogar permanente a su "nueva residencia" y luego otros 3,000 pies adicionales. Esta argucia legal duplicaba la distancia que legalmente podían caminar en sábado.[10]

El sábado, con sus complicados rituales, simbolizaba el pináculo de la religión institucionalizada. Al violar el sábado Jesús minaba la autoridad de los líderes religiosos, especialmente la de los fariseos. Jesús explicó su comportamiento con estas palabras: "El día de reposo fue hecho por causa del hombre; por tanto, el Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo" (Marcos 2:27-28; Mateo 12:8; Lucas 6:5). El punto es sencillo, pero profundo. El sábado fue diseñado para servir a la gente, para brindar un refrigerio después de seis días de sudor. Su intención es servir a nuestras necesidades físicas, emocionales y psicológicas. El sábado debía ser siervo, no amo.

A lo largo de los años este entendimiento se distorsionó, se puso al revés. Conforme crecía la ley oral, también el sábado creció convirtiéndose en un amo esclavizador. El pueblo ya no era su amo, sino su siervo, pues exigía la obediencia a cientos de regulaciones. En lugar de brindar descanso, el sábado era ahora motivo de agitación y enfado. En lugar de recibirlo con beneplácito, la gente prefería los días de trabajo que la liberaba de las cargas del sábado. Esta institución religiosa, cuya intención y propósito había sido noble, se había convertido en un opresor.

Entonces vino Jesús, proclamando que él era Señor del sábado, diciendo que él reinaba sobre la tradición y los ritos religiosos. Rehusó inclinarse para adorarlos. Exhortó a los que habían sido esclavizados por la costumbre, a servir únicamente a Dios. No se atreva el pueblo, dijo, a anteponer la tradición al deber de alimentar y sanar a la gente. Repetidamente Jesús colocó la necesidad humana

sobre el dogma religioso. Irónicamente observó que los fariseos cuidaban con más esmero a sus animales que a las personas. Si un buey caía en un pozo en día sábado, se apresuraban a sacarlo, pero prohibían que un médico tocara a una persona enferma. Para los fariseos la religión se había convertido en un ritual. Jesús puso la religión al revés al anteponer la compasión al ritual.

Manos sucias

Para nosotros es difícil comprender la piadosa paranoia judía acerca de la limpieza ritual. La ley del Antiguo Testamento dividía a los objetos, las personas, lugares y a los animales en dos categorías: limpios e inmundos. Los camellos, los tejones, los cerdos, los buitres, las águilas y los insectos alados, para nombrar unos cuantos, eran considerados inmundos. Los cementerios eran tabú. El contacto con una persona o animal contaminado, hacía inmundo un objeto limpio. El Mishnah dedicaba 185 páginas a las leyes relativas a la pureza y la contaminación. Los rigurosos lavatorios ceremoniales antes de cada comida caracterizaban a los fariseos conscientes. Ellos se desinfectaban rigurosamente siempre, en la esperanza de engendrar una nación de sacerdotes purificados.[11]

Jesús irritaba a los fariseos al prescindir de los lavatorios ceremoniales. Mateo 15:1-20 y Marcos 7:1-23 registran eventos similares. Fariseos y escribas de Jerusalén viajaron sesenta millas hasta Galilea del norte para interrogar a Jesús sobre el particular. Lucas 11:37-38 observa que los fariseos que invitaron a Jesús a comer quedaron atónitos al verlo comer sin lavarse. Los fariseos ponían mucho énfasis en comer con la gente adecuada, es decir, con aquellos que obedecían las leyes sobre la pureza. También se aferraban a la tradición de los ancianos que exigía lavarse las manos antes de comer. El lavatorio desinfectaba cualquier "suciedad" religiosa adquirida por accidente durante el día.

¿Por qué, se preguntaban los fariseos, descuidaba Jesús el lavatorio purificador? Jesús respondió: "¡Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres ... invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición!" (Marcos 7:8-9). Citando al profeta Isaías, les dijo que ellos adoraban

de labios, pero no de corazón. Enseñaban conceptos humanos como si fuera doctrina divina. O sea que los fariseos habían elevado la tradición oral a un nivel divino. Ellos ya no sólo servían, sino adoraban la tradición oral. Le daban preferencia sobre la Palabra de Dios y aun la usaban como excusa para desobedecer la voluntad de Dios.

Un voto religioso llamado corbán ilustra cómo cosas buenas habían sido pervertidas (Marcos 7:10-13). A través del voto llamado corbán, los fariseos alentaban a los hijos adultos a consagrar sus propiedades al templo, en vez de usarlas para sostener a sus padres ancianos. Después que la propiedad era dedicada al templo, ya no podía ser usada para sostener a los padres ancianos. Al cortarles la ayuda económica, se ponía en peligro el bienestar de los ancianos. Jesús condenó el voto corbán que promovía la piedad religiosa a expensas del sufrimiento humano. Las palabras y las tradiciones humanas sobreseían la ley suprema de amor al prójimo. El sistema religioso, operando en el nombre de Dios, irónicamente oscurecía la ley suprema de amor de Dios.

Jesús criticó severamente las leyes relativas a la pureza cuando declaró que son las cosas que salen, y no las que entran por la boca las que contaminan al hombre. El chisme, el engaño, el falso testimonio y la difamación contaminan a una persona, no la comida (Mateo 15:18-20). En pocas palabras, Jesús abolió aquellos aspectos de la tradición oral que obstaculizaban el camino de la verdadera santidad. La perfecta limpieza, dijo, ocurre cuando del corazón fluyen acciones de misericordia y de caridad (Lucas 11:41).

Amigos sucios

Un tercer aspecto del comportamiento de Jesús que provocó a los fariseos fue su amistad con personas inmundas. Los recaudadores de impuestos y los pecadores que ridiculizaban las reglas de la pureza, eran considerados inmundos. Los fariseos, por supuesto, los evitaban; pero Jesús no excluyó a nadie. El comía con los pecadores (Lucas 15:2) y participaba de sus festejos (Marcos 2:15; Mateo 9:10). Esto enfurecía a los fariseos, que lo escarnecían diciendo: "He aquí un hombre comilón, y bebedor de vino, amigo

de publicanos y de pecadores" (Mateo 11:19; Lucas 7:34). Algunos eruditos dicen que el compañerismo que tuvo Jesús con los pecadores y los proscritos fue la señal característica que lo separó de los demás profetas religiosos de su tiempo.[12]

En la cultura palestina, invitar a alguien a comer era una señal de honor; simbolizaba paz, confianza, intimidad y perdón. Compartir la mesa significaba compartir la vida. En la cultura hebrea, la comunión en la mesa simbolizaba comunión con Dios. Partir el pan alrededor de la mesa atraía bendiciones corporativas a todos los que participaban de la comida. Al comer con los que la religión rechazaba, Jesús encarna la misericordia divina que fluye para todos y señala su inclusión alrededor del banquete celestial. En esta forma, él manifiesta públicamente su bienvenida a la comunidad de la salvación a todos los proscritos por la religión hebrea. [13]

Al comer con Zaqueo y los demás de su clase, Jesús desafió las normas de la etiqueta religiosa. Su mensaje era obvio: la gente es más importante que las reglas piadosas; pues, dijo, "los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos ... no he venido a llamar a justos, sino a los pecadores al arrepentimiento" (Mateo 9:12-13; Marcos 2:17). Irónicamente, los líderes "enfermos" que pensaban que estaban sanos, rechazaron al médico. Y los que se sabían "enfermos" reconocieron su necesidad y fueron invitados a festejar con el médico.

La piedad religiosa con facilidad se convierte en idolátrica y exclusivista. Escoge a la gente y la introduce en cajas marcadas como profanas o sagradas. Una telaraña de reglas piadosas protege a los "justos" de los estigmatizados. Jesús borró la fina línea que separa lo sagrado de lo profano. Al abrazar a los pecadores, dejó establecido que el nuevo reino da la bienvenida a todos, sin importar su piedad o pecaminosidad pasadas.

Fumigando el templo

Jesús desafió e irritó a los fariseos, guardianes de la tradición oral, al profanar el sábado, al desdeñar el ritual, y al amistarse con los pecadores. Mas la provocación final de Jesús hostigó a un

grupo diferente: a los saduceos. Como vimos, este partido político administraba el gran templo en Jerusalén. Los acaudalados saduceos se beneficiaban del ingreso generado por el templo. Al limpiar el templo, desafió a la jerarquía del templo.[14] El templo era el centro de adoración hebrea. Una cosa era atacar la tradición oral de los fariseos en Galilea, ¡pero otra muy distinta era dirigir un ataque contra el centro nervioso del poder religioso, político y económico! Los saduceos disfrutaban de confortables conexiones con los romanos. Una cohorte compuesta por 500 a 600 soldados romanos vigilaba constantemente la actividad del templo desde una fortaleza cercana. Jesús había dejado atrás a los dóciles pastores y pescadores de Galilea. Ahora caminaba por los salones del poder en Jerusalén.

Los cuatro evangelios registran este acto decisivo. Totalmente consciente que los saduceos lo acusarían de profanación y blasfemia, Jesús se movió desafiante:

> Vinieron, pues, a Jerusalén; y entrando Jesús en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en el templo; y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas; y no consentía que nadie atravesase el templo llevando utensilio alguno. Y les enseñaba, diciendo: "¿No está escrito: 'Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones'? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones" .
>
> Marcos 11:15-17

Los cambistas estaban en los atrios del templo.[15] Allí cambiaban monedas comunes por las "puras" requeridas para las ofrendas del templo. Allí también estaban los que vendían ovejas y cabritos para los sacrificios a los peregrinos. El atrio, un lugar de adoración, se había convertido en un lucrativo banco y mercado de ganado. Las mesas se amontonaban en el atrio. El miasma de los animales permeaba todo el ambiente. Nada invitaba a la oración.

No sabemos si Jesús corrió a unos cuantos vendedores, o si limpió totalmente el área. Una perturbación de grandes proporciones hubiera activado a la cohorte romana, y hubiera provocado

su arresto inmediato. Pero sin importar la dimensión de la limpia, los líderes religiosos ciertamente la consideraron una profanación violenta de los santos atrios de Dios. La acción de Jesús hizo más que abrir el atrio exterior para que los gentiles pudieran orar.[16] Hizo más que volver a enfocar las actividades del lugar santo entre los santos. Implicaba la inminente destrucción del templo, que Jesús había profetizado que ocurriría porque los líderes judíos no aceptaban su mensaje (Mateo 23:38; 24:2). Este flagrante acto de desafío le costó la vida a Jesús.

Marcos ubica la limpieza del templo entre los dos episodios relacionados con la maldición de una higuera (Marcos 11:12-14: 20-26). Antes de entrar a Jerusalén para realizar ese acto dramático, Jesús vio una higuera. Tenía hambre y buscó higos; al no encontrar ninguno, maldijo la higuera. Un día después del episodio, el árbol se había secado hasta sus raíces. La higuera representa al templo, el centro de adoración judía. Y así como la maldición secó las raíces del árbol, la purga profética secó las funciones del templo.

La audaz acción de Jesús simbólicamente abrió una vez más el templo a los gentiles y señaló que el nuevo reino daba la bienvenida a *todos*, sin importar raza o nacionalidad. Vemos aquí al profeta, lleno de rico simbolismo, golpeando el centro nervioso de la religión judía. En un acto decisivo, cierra el templo,[17] apuntando hacia una nueva era, al tiempo cuando se presentaría una nueva ofrenda, la de su cuerpo como sacrificio perpetuo. Al tiempo cuando el corazón de cada persona sería un vaso para el Espíritu Santo. A los ojos de los judíos este es un acto atrevido; pero el profeta no teme ni a los soldados romanos, ni a las autoridades de los saduceos. Actúa con precisión, golpeando la economía religiosa que oprimía a los pobres por lucro.

Jesús no es sólo el Señor del sábado y de la tradición oral; es también Señor del templo. Termina con el ritual de sacrificios para preparar el advenimiento del nuevo reino. ¡Jesús ha regresado al templo! No en un paracaídas milagroso, sino como Señor de su funcionamiento. En un solo momento critica la religión humana y apunta a una nueva era.

La purga del templo tuvo consecuencias inmediatas. Dar vuelta a unas cuantas mesas en un mesón escondido hubiera sido

bastante malo; pero voltear las mesas en los sagrados atrios, fue un ataque deliberado contra los saduceos. Jesús había desafiado audazmente la autoridad de las familias sacerdotales que administraban el templo por lucro. El sanedrín, esa poderosa corte judía, se reunía a unas cuantas cuadras de distancia. Allá en la Galilea rural, una pequeña blasfemia y un poco de negligencia en la observancia del sábado se podía pasar por alto, ¡pero no aquí! ¡no en el sacro templo! ¡no a las puertas del poderoso sanedrín! ¡no bajo la nariz del sumo sacerdote! ¡La piedad institucionalizada no puede permitir tal irreverencia!

En el evangelio de Marcos el complot para asesinar a Jesús ahora se inflama más abiertamente que nunca, desde el choque por el sábado allá en Galilea. Jesús ha galvanizado el odio de los sacerdotes jefes y de los escribas. Deben destruirlo. Jerusalén, el centro de vida y adoración, se convierte en escenario de muerte y venganza.

Debido al peligro del antisemitismo y a nuestra creciente comprensión de que Jesús era verdaderamente judío, debemos observar aquí que lo que él critica es la religión *humana*, no la religión *judía*. Jesús limpia el templo, no porque fuera judío, sino porque se había corrompido. Si él volviera hoy en la carne, ¿voltearía algunas mesas en nuestros templos cristianos?

Piedad pomposa

Si no fuera suficiente la irreverencia anteriormente descrita, Jesús amonestó a los líderes religiosos con un cúmulo de juicios y parábolas. Aunque muchas de sus palabras condenaban a los líderes religiosos, algunos pocos lo aceptaron o cultivaron su amistad. Algunos fariseos amistosos advirtieron a Jesús que Herodes Antipas quería matarlo (Lucas 13:31). El fariseo Simón invitó a Jesús a su casa (Lucas 7:36). Nicodemo, un fariseo quien tal vez formaba parte del sanedrín, platicó cálidamente con Jesús una noche (Juan 3:1). Tal vez no tengamos un cuadro objetivo de lo que Jesús dijo acerca de los fariseos, debido a que el conflicto judeocristiano estaba en su apogeo cuando los evangelios fueron escritos. El registro de los evangelios refleja un lado de la historia. Habiendo sido escrito

después que los judíos y los cristianos se habían convertido en encarnizados enemigos, los evangelios enfocan a los fariseos bajo una luz negativa. Manteniendo esto en mente, ¿qué es lo que los evangelios registran que Jesús dijo al *establishment* religioso?

La gloria social de los fariseos era lo que Jesús más criticaba. Ellos ofrecían sus sacrificios en el altar del status social. Lo que Dios deseaba y demandaba tenía poca importancia. Lo que contaba era qué apariencia de piedad mostraban ante los demás. ¿Los enaltecerían sus oraciones, ayunos y diezmos a los ojos de sus homólogos? Aunque en Mateo 6:1 Jesús no menciona a los fariseos específicamente, reprende su anhelo por el aplauso social. "Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos".

En aquel tiempo habían dos clases de piedad pública particularmente irritantes. Se tocaban trompetas en las calles y en las sinagogas cuando los líderes religiosos daban un diezmo, con el propósito de "ser alabados de los hombres". Además los líderes buscaban los mejores asientos en las sinagogas y vestían ropa ostentosa. Cosían largas filacterias y flecos en sus mantos y amaban los asientos de honor en las fiestas. Gustaban de las salutaciones en las plazas (Mateo 23:5-7; Lucas 11:43; 20:46). Marcos 12:40) y Lucas 20:47 dicen que los escribas hacían largas oraciones para lucirse socialmente. Los líderes hacían todas estas cosas, dice Mateo 23:5, "para ser vistos de los hombres". Lucas les llama avaros que se justifican a sí mismos delante de los hombres (Lucas 16:14-15). Tal religiosidad, orientada a recibir aplauso y aprobación de los hombres, es abominación a los ojos de Dios.

Juan 12:42-43 registra que algunas de las autoridades y muchos que creyeron en Jesús no lo confesaban por temor a ser expulsados de la sinagoga, "porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios". En el evangelio de Mateo, Jesús critica por igual a fariseos y escribas.[18] Ambos, dice, son como vasijas limpias por fuera, o como sepulcros blanqueados que por fuera se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de inmundicia (Mateo 23:28).

En tres de los evangelios sinópticos, Jesús advierte a sus discípulos que se guarden de la levadura de los fariseos (Mateo 16:11-12; Marcos 8:15; Lucas 12:1). Lucas declara que la levadura de los fariseos es la hipocresía. Aunque con frecuencia asociamos la palabra *hipocresía* con los fariseos, un erudito señala que en realidad no era una verdadera hipocresía. Los fariseos eran sinceros y devotos. El asunto es acerca de *qué* eran sinceros.[19]

El ataque verbal contra los fariseos continúa. Hablan pero no obran, predican pero no practican, teologizan pero no obedecen. Se consumen en los detalles de limpiar las vasijas, y se olvidan de la agonía de los pobres y los enfermos. En un comentario satírico, Jesús amonesta a la multitud: "Todo lo que os *digan* que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus *obras*, porque dicen, y no hacen" (Mateo 23:3, énfasis añadido).

En otra oportunidad, después que los ancianos habían cuestionado su autoridad, Jesús enfatizó el mismo punto en una mordaz parábola (Mateo 21:28-31). "Un hombre tenía dos hijos y les pide que vayan a trabajar a su viña. El primero dijo: 'No quiero', pero después arrepentido, fue. Y acercándose al otro, le dijo de la misma manera; y respondiendo él, dijo: 'Sí, señor, voy'. Y no fue".

Los líderes religiosos eran como los hermanos del hombre rico en la historia de Lázaro. Tenían a Moisés y a los profetas, pero se rehusaban a practicar el jubileo. Se recordaban de las cosas triviales, pero se olvidaban de la justicia, de la misericordia y de la fe. Trataban insensatamente de colar un mosquito que había caído en su té, pero se tragaban un camello (Mateo 23:23-24; Lucas 11:42). Observaban las regulaciones piadosas, pero devoraban las casas de las viudas (Lucas 20:47; Marcos 12:40). Con el voto del corbán pervertían la ley del amor al empujar a los ancianos a la pobreza (Marcos 7:9-12). Su elocuencia no producía ninguna acción y su dulce charla piadosa disimulaba su injusticia económica, mientras seguían felices su camino diezmando las hierbas.

Cuán grande es él

La cuidadosa observancia del dogma religioso engendra orgullo. Los fariseos eran como la persona que canta "Cuán grande es él", mirándose al espejo todas las mañanas. En una pequeña parábola Jesús condena su arrogancia.[20] Un publicano y un fariseo suben al templo a orar (Lucas 18:9-14). El devoto halla su lugar prominente y ora consigo mismo con acción de gracias. Agradece a Dios porque él no es como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros. Con el rabo del ojo ve al publicano y se siente muy agradecido de no estar contaminado como el cobrador de impuestos que roba a los pobres.

El fariseo ofrece a Dios sus obras justas. Aunque la ley demanda un día de ayuno al año en el Día de la Expiación, voluntariamente ayuna cada lunes y jueves. Paga su diezmo sobre todo lo que compra en la tienda. Si el agricultor ya pagó diezmo sobre sus productos, él vuelve a diezmar para asegurarse que todo lo que usa es santo. Este hombre representa el epítome de la ortodoxia hebrea. Está en la cima de la escalera religiosa.

En contraste, el publicano, excluido de la sociedad por la gente decente, es considerado un ladrón, sin ningún derecho civil. Apenas llega a estar en el fondo de la escalera social. Permanece en el umbral del atrio exterior, no atreviéndose a llegar hasta un lugar prominente. En contraste con el orgulloso fariseo, el recaudador de impuestos no se atreve a levantar sus ojos al cielo, sino que se golpea el pecho, en señal de profundo arrepentimiento. Clama a Dios desesperado, anonadado por el abismo que los separa. Su arrepentimiento no se reduce a sonrisas salameras; implica abandonar su profesión y comenzar de nuevo. Implica devolver quintuplicado el valor de lo que ha robado a la gente. Ni siquiera se acuerda a cuantos ha engañado. Es una situación imposible que lo hace clamar por misericordia.

Súbitamente, golpea el movimiento al revés. En una reversa sorprendente, el publicano penitente es alabado, no el devoto fariseo. Ese delincuente social, ese traidor a la nación, ha hallado gracia ante Dios. El Todopoderoso ha aceptado el sacrificio del recaudador

de impuestos, sacrificio nacido de un corazón contrito y humillado. Regresa a su casa justificado.

Este razonamiento al revés asombró a la audiencia de Jesús. Aquellos que arrogantemente confían en sí mismos y desprecian a otros, han rechazado a Dios, a pesar de su apariencia religiosa. La adoración centrada en el yo, juzga a los demás, en vez de hacer un inventario personal. Al compararse con otros, genera una piedad falsa. Las púas de la parábola hirieron a los soberbios fariseos.

Prohibido el paso

El orgullo condescendiente convierte a las iglesias en clubes sociales exclusivos. Excluir a los extraños y burlarse de su ignorancia, no era el único defecto de los fariseos. Utilizaban una barricada de reglamentos triviales para apartar a los pecadores de la tabla de salvación. Jesús detestaba este espíritu exclusivista.

> Atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas ... Mas ¡ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que están entrando.
>
> Mateo 23:4, 13:15; Lucas 11:45-52

En contraste con la pesada carga de reglas que aplastaba a los judíos devotos, Jesús ofrecía una carga ligera: "Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga" (Mateo 11:30). En su esfuerzo de traducir los cinco libros de Moisés a la vida práctica, erróneamente habían tirado la llave al reino. Se habían encerrado bajo llave adentro de la sinagoga de su propio ritual y habían excluido a otros. La religión ceremonial no sólo acentúa el ritual; también crea una brecha entre los que están adentro y los que están afuera.

Los últimos serán primeros

Muchas de las parábolas de Jesús sirven para defender el evangelio. Su aceptación de los pecadores encarnaba las buenas nuevas. Los líderes religiosos estaban indignados de que Jesús recibiera con beneplácito en el reino a los tipos inmorales, a los estafadores y a los adúlteros. Los "pecadores" ordinariamente carecían de derechos civiles, no podían desempeñar cargos públicos, ni atestiguar en un juicio. "Pecadores" eran los recaudadores de impuestos, los pastores, los vendedores ambulantes, los curtidores, y otros que desempeñaban oficios impuros.[21] El mensaje de Jesús en numerosas parábolas es claro. La organización religiosa puede apartar a estas personas del reino, pero Dios les ama. Jesús les manifiesta su amor al sentarse a la mesa con ellos, a pesar del desdén de los principales fariseos. Añadiendo insulto a la injuria, el atildado rechazo de los fariseos no es asunto trivial. Las cosas deben voltearse al revés. Eventualmente, ellos podrían quedarse fuera, mientras que los pecadores arrepentidos estarían invitados a la mesa de banquete con los profetas.

Sí, Dios tiene cuidado de estos parias sociales. En cuatro relatos Jesús muestra cómo la compasión perdonadora de Dios llega hasta los que están perdidos y hasta los rebeldes que están afuera.

Jesús compara a Dios con un padre que espera día tras día que su hijo rebelde vuelva a casa. Cuando regresa, el padre lo abraza y lo besa, y aun da una fiesta en su honor (Lucas 15:11-24). Dios es como una mujer que barre hasta el último rincón de su casa hasta encontrar una moneda perdida (Lucas 15:8). Dios puede compararse con un pastor que busca a su débil oveja extraviada en el monte, y la encuentra atrapada entre espinos (Lucas 15:3-5). O bien, Dios es un agricultor que cuida tanto de los obreros que trabajaron una hora que les da un día entero de salario que, indudablemente, no se merecían (Mateo 20:1-16).

Las parábolas van dirigidas contra los pesos pesados religiosos: La actitud de ustedes es totalmente opuesta a la de Dios. Ustedes son como el hijo mayor que se queja porque el padre celebra con fiesta el retorno de su hijo menor (Lucas 15:25-32). Ustedes son como los jornaleros que han trabajado todo el

día, y al recibir el pago prometido, se ofenden porque los que llegaron de último recibieron lo mismo (Mateo 20:11-16). Ustedes son como los labradores de una viña que rehusaron entregar el fruto de la viña al propio dueño. Ustedes asesinaron a otros siervos que él mandó y finalmente tuvieron la audacia de matar a su propio hijo (Lucas 20:9-16). Súbitamente las cosas se cambian. El señor de la viña dará su viña a otros.

Los punzantes relatos continúan: Ustedes son como los invitados a un banquete que rehúsan venir cuando todo está preparado (Lucas 14:15-24; Mateo 22:1-10). Por su necedad, Dios invita a otros para que estén en su lugar en el banquete, a los pobres, los mancos, los ciegos, y a los cojos de las calles y plazas de la ciudad. Dios manda a sus siervos al campo y a los caminos e invita a otros a su banquete. Ustedes desprecian a estos proscritos espirituales y sociales, pero Dios los recibe con realeza. El momento de juicio llega: "Porque os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron convidados, gustará mi cena" (Lucas 14:24).

Jesús aclara la reversa en otro cuadro de la inminente crisis. El juicio sorprenderá a los más fervientes defensores de la fe, dirán:

Delante de ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste.

> Pero os dirá: Os digo que no sé de donde sois; apartaos de mí todos vosotros, hacedores de maldad.
> Allí será el llanto y el crujir de dientes, cuando veáis a Dios, y vosotros estéis excluidos.
> Porque vendrán del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios.
> Y he aquí hay postreros que serán primeros, y primeros que serán postreros.
>
> Lucas 13:27-30

Hablando a los fariseos, Jesús termina la parábola de los dos hijos con estas palabras: "De cierto os digo, que los publicanos y las rameras van delante de vosotros al reino de Dios" (Mateo 21:31). Después de denunciar a los escribas por devorar las casas de las viudas y por hacer largas oraciones como pretexto, Jesús dice que

ellos no sólo serán excluidos del reino, sino que "recibirán mayor condenación" (Marcos 12:40; Lucas 20:47). Los principales de la fe judía tenían acceso a Moisés y a los profetas. A los líderes se les había confiado un talento, el conocimiento de la ley de Dios, pero lo enterraron en la tradición oral, a tal punto que los pecadores ya no podían oír el llamado de Dios. Los proscritos sentían repugnancia por las tradiciones humanas y esto los alejaba de Dios. Jesús restaura el día de la gracia. Comer con los estigmatizados señala el amanecer de la salvación de Dios. Y los impíos, los parias sociales, a diferencia de los fariseos, reciben con júbilo la bienvenida que Dios les brinda.

Esto, está trágicamente al revés. Aquellos que trabajan arduamente para aplicar la Torah a la vida diaria, se quedan atrás. Su fervor y entusiasmo por la piedad ceremonial obstaculiza la ley del amor de Dios. Aquellos que luchan con denuedo por la religión, están en peligro. Los recién llegados, por otra parte, son un montón de irreverentes, heterogéneos en apariencia, pero su justicia excede la justicia de los fariseos (Mateo 5:20). Uno de los proscritos, Zaqueo, devuelve lo robado. Una prostituta se arrepiente, mucho le es perdonado, y unge a Jesús con perfume. El publicano recaudador de impuestos, redargüido de pecado, va al templo y se golpea el pecho arrepentido. Un hijo que había abandonado su casa y dilapidado su fortuna, regresa a casa.

En contraste con la élite religiosa, estos pecadores verdaderamente están arrepentidos de su pecado. Entran al reino por la puerta ancha, caminando sobre una alfombra roja. El trágico mensaje finalmente penetra la mente de los justos. "Y oyendo sus parábolas los principales sacerdotes y los fariseos, entendieron que hablaba de ellos; pero al buscar cómo echarle mano, temían al pueblo, porque éste le tenía por profeta" (Mateo 21:45; Marcos 12:12; Lucas 20:19).

Odres viejos y remiendos nuevos

¿Qué significa esto para nosotros hoy? ¿En qué forma está vinculado el reino con la iglesia? Jesús describe la irrupción del reino en dos relatos (Marcos 2:21-22). Antes de coser un parche nuevo sobre una prenda vieja, es preciso lavarlo, pues de lo contrario

el parche se encogerá después de la primer lavada y rasgará la tela vieja. Asimismo, el vino nuevo que aún está fermentándose, debe guardarse en odres nuevos, flexibles. Si se guarda el vino nuevo y burbujeante en odres viejos y rígidos, éstos se romperán y el vino se derramará. El vino es la sustancia esencial, es lo principal. Los odres son secundarios. No podemos beberlos, pero ciertamente los necesitamos para almacenar el vino.

En palabras llenas de colorido Jesús señala la tensión entre el vino nuevo del reino y las viejas estructuras religiosas. Los odres nuevos, suaves y flexibles, son necesarios para el vino nuevo. Conforme el vino se fermente, los odres se expandirán y contraerán. El vino del reino que trajo Jesús reventaría los odres rígidos de los saduceos, fariseos y escribas. Los odres de la ley oral eran demasiado viejos y rígidos para poder guardar el fermento del vino nuevo. Los pecadores no podrían ni siquiera oler el vino. Todo lo que verían eran los viejos odres. El vino del reino al revés requiere de odres nuevos, de estructuras institucionales flexibles.

¿Qué diferencia hay entre el reino y la iglesia institucionalizada?[22] ¿Es el reino lo mismo que la iglesia? El cambio bíblico de "reino" a "iglesia", entre los evangelios y las epístolas reflejan el cambio de la cultura judía a la griega.[23] Una de las dificultades para distinguir entre el reino y la iglesia hoy, radica en las muchas palabras que con frecuencia usamos descuidadamente: iglesia, denominación, institución y pueblo de Dios.

Una cuidadosa diferenciación entre tres realidades: *reino*, *iglesia* y *estructura*, pueden clarificar las aguas conceptuales.

El reino que Jesús anunció señala a algo más grande que nosotros mismos y nuestras estructuras. Ya hemos dicho que *reino* se refiere al gobierno de Dios en nuestros corazones y en nuestras relaciones. Dios "se había acercado" en Jesús, al vivir entre la gente y llamarles a la obediencia. Hoy Dios gobierna por la presencia del Espíritu Santo. El Espíritu nos enseña los caminos y conceptos del reino. El vino en la parábola simboliza el poder dinámico de Dios saturando nuestras vidas. Como vino fresco en fermento, el reino encarna el poder dinámico y creativo del Espíritu de Dios. Toma expresión visible en formas nuevas y excitantes, conforme la gente somete su vida al gobierno de Dios.

El reino implica una nueva *visión*, un nuevo *juego de reglas* y una nueva *apertura* a rendirse a las formas de operar de Dios. En el pasado y en el presente, ahora y entonces, el reino es el reino de Dios en las vidas de los creyentes. Se hace visible en la forma y en la práctica, conforme las personas se rinden al gobierno dinámico de Dios.

La *iglesia* es la congregación de personas que han recibido el reino en sus corazones y en sus relaciones. La iglesia está formada por los ciudadanos del reino. Es el cuerpo de Cristo formado por discípulos obedientes que siguen el camino de Jesús. O podríamos decir que la iglesia es la comunidad de creyentes, la asamblea del pueblo de Dios. La iglesia no es un edificio, un santuario o un programa. Es la comunidad visible de los que viven de acuerdo a los valores del reino.

Finalmente vienen las estructuras. El pueblo de Dios necesita de vehículos sociales, instituciones y programas, que suplan sus necesidades y las de otros. La iglesia crea estos vehículos o estructuras siervas que incluyen toda la gama de actividades organizadas de la iglesia. Estas estructuras se manifiestan en denominaciones, escuelas, tradiciones litúrgicas, agencias misioneras, casas editoras, campamentos y, por supuesto, comités, comisiones y programas abundantes. Estos son los odres sociales, las estructuras siervas que la iglesia crea para realizar su trabajo. *No* son ni la iglesia, ni el reino.

El reino trasciende a la iglesia en dos formas. Existió antes del comienzo de la iglesia y cuando la iglesia termine su existencia sobre la faz de la tierra, el reino continuará siendo el imperio de Dios. El reino también es más grande que la iglesia en el mundo presente. Representa el señorío de Cristo sobre todos los pueblos, principados y potestades. La iglesia, el cuerpo de creyentes, obedece el gobierno de Dios. Las estructuras de la iglesia, diseñadas para expresar los caminos del reino, pueden volverse muy rígidas, resquebrajarse y dejar escapar el precioso vino. Periódicamente debemos revisar estas estructuras organizadas, estas creaciones humanas, para asegurarnos que sigan siendo estructuras siervas.

Esta distinción triple entre reino, iglesia y estructura brinda una continuidad histórica entre reino e iglesia. La iglesia comenzó

y ha existido al lado del reino, desde que las personas aceptaron el gobierno de Dios en sus vidas. El reino tiene características visibles sociales y políticas, tanto dentro del cuerpo de creyentes que declaran que Jesús es su Rey, como en las estructuras que ellos crean para realizar su misión. Además, si vemos las estructuras como creaciones humanas, no sinónimas del mismo reino, evitaremos la tendencia a santificarlas. En el momento que consideramos las estructuras eclesiásticas como idénticas al reino, las elevamos a alturas sacras. Las estructuras de la iglesia reflejan y encarnan el reino, pero definitivamente no son ni el reino, ni la iglesia.

Para expresar la visión de *un* reino, las estructuras que creamos tomarán *diversas* formas en diferentes culturas. Sin embargo, no deben ser meros reflejos de la cultura. Los diferentes odres deben tener relevancia cultural, pero no estar determinados por la cultura. El mensaje del reino, anclado en la historia bíblica, debe diseñar la arquitectura social de los programas de la iglesia. Cuando los valores culturales, y no los del reino, son los que moldean las formas institucionales de la iglesia, la sal pierde su sabor.

¿Vacas sagradas, o estructuras siervas?

La visión del reino llega a nosotros en forma fresca a través del ministerio del Espíritu Santo. Toma forma en edificios, proyectos, programas y comités. Estas estructuras sociales, sin embargo, pronto se solidifican. La primera generación de participantes reciben con júbilo los nuevos programas; pero patrones que en el principio fueron espontáneos, pronto se congelan y se convierten en rutinarios. Gradualmente se toman como algo normal. Se convierten en "así es como debe ser". Exhalan un sentido de "lo correcto". La segunda generación las ve como el *único* camino. Ya no se ven como una de las muchas formas de cubrir una necesidad; se han convertido en vacas sagradas. Las estructuras que una vez fueron creadas, buscan su propia legitimidad, buscan perpetuarse a sí mismas.

La tentación de los fariseos siempre nos asedia. La que una vez fue expresión espontánea de amor, se congela cuando una organización crece en tamaño y en edad. Sus reglamentos se

vuelven más largos. El papeleo es más engorroso. Los símbolos llegan a idolatrarse. Los procedimientos se vuelven rígidos. El evangelismo se convierte en etnicidad. La apertura a nuevas necesidades cede ante el mantenimiento del status quo. Emergen palabras y símbolos exclusivos. Los de afuera se sienten aislados. Su política, estructuras y burocracia ahogan el camino del amor. Es tiempo para odres nuevos.

El genio del evangelio radica en su simiente de autocrítica o autorreforma. Cada generación de cristianos, al igual que la de los fariseos, se siente tentada a convertir sus programas en algo sacro y a congelar sus rutinas. Jesús nos mostró que las estructuras creadas por el hombre no son sagradas. No existen lugares, organizaciones, tiempos, objetos, doctrinas o posiciones sociales sagradas, excepto en el sentido que todas las cosas buenas son finalmente sagradas.

El altar en el edificio de una iglesia no está más cerca del corazón de Dios que el resto del recinto. El desafortunado uso del término "santuario" nos alienta a considerar el edificio de la iglesia como un lugar sagrado que merece reverencia especial. Los edificios religiosos con frecuencia son testigos de nuestra rigidez, de nuestro orgullo y de nuestro status social.[24] Cuando Jesús limpió el templo, declaró de una vez por todas que aun los edificios más religiosos no son sagrados ni merecedores de reverencia especial. Pueden ser dedicados como una herramienta, entre muchas, para proclamar y celebrar las buenas nuevas del reino, pero siempre deben estar al servicio de la asamblea de creyentes.

La misma irreverencia amorosa debe aplicarse a la doctrina, a los objetos, posición social y programas de la iglesia. El credo que da forma a la identificación única de una denominación, puede convertirse en un manifiesto idólatra que invalida la autoridad bíblica. Ser miembro del consejo de ancianos puede respaldar un consejo sabio, pero no implica una posición sagrada. El pastor puede tener discernimiento y comprensión especial, pero no es un santo superior a los santos que todos estamos llamados a ser. Los símbolos de la fe: la cruz, el púlpito, el altar, el bautisterio, son tan mundanos como los objetos de uso diario. Apuntan a verdades de profundo significado espiritual, pero no son sagrados *en sí mismos*.

Elefantes blancos sabáticos

Los programas institucionales de la iglesia a veces se convierten en vacas sagradas, o podríamos decir, elefantes blancos. Las agencias, las instituciones y los programas diseñados para servir, pueden crecer y convertirse en nuestros amos. Originalmente cubrían necesidades reales y comunicaban el evangelio con efectividad; pero a lo largo de los años se resecaron y se volvieron frágiles y quebradizos. Los patrones de los servicios de adoración, los programas juveniles, las juntas directivas misioneras, las prácticas doctrinales, las agencias educativas y los proyectos de servicio se vuelven coercitivos puesto que son considerados como "la obra del Señor".

Las organizaciones son útiles y necesarias para encauzar la actividad humana de manera efectiva. Necesitamos instituciones sociales y siempre las tendremos. Es importante, sin embargo, que evaluemos periódicamente su papel y su propósito. Tal vez debiéramos iniciar sabáticos institucionales, o sea tiempos periódicos para revisar programas y proyectos. Si ya no cumplen con su propósito original, debemos reorganizarlos para volverlos a su papel de servidores.

En el calendario hebreo, el séptimo año, o año sabático, no sólo brindaba un tiempo de descanso, sino también de reflexión. ¿No sería conveniente que cada siete años se convocara a un descanso sabático para los comités, comisiones y programas que hoy en día conforman la religión institucionalizada? Durante este séptimo año, podría realizarse un estudio y una evaluación exhaustiva de la efectividad de dichos programas. Algunos podrían necesitar una revisión muy grande. Otros podrían continuar en su forma actual. Aun otros podrían necesitar un funeral. Intervalos de siete años permiten suficiente tiempo para probar un programa y también para asegurar una revisión periódica.

Con demasiada frecuencia los elefantes blancos de la iglesia se afanan sin lograr ningún fruto; puesto que son "la obra del Señor" nadie se atreve a entremeterse con ellos. Ahora bien, la evaluación de toda estructura debe basarse en el servicio que presta a otros y a la edificación de la fe de la comunidad. Cuando los pastores tienen

que apremiar, lisonjear y rogar a los feligreses para que participen en un programa, o para que asistan a cierto servicio, puede ser que la gente tenga prioridades seculares más importantes. También puede haber llegado el tiempo para un funeral institucional.

Cuando los miembros de una congregación se sienten obligados a asistir a los servicios, puede ser que necesiten revisar sus prioridades. También puede ser que las estructuras se hayan convertido en sus amos. Cuando las estructuras sirven las verdaderas necesidades de personas disciplinadas, la participación es gozosa y espontánea.

Jesús es Señor del "sábado", o sea de todas las estructuras religiosas que nosotros creamos. Su Espíritu y las perspectivas de su reino, juzgan el mérito de nuestros odres humanos. El señorío de Cristo sobre estas estructuras organizacionales impide que ellas perviertan el evangelio y esclavicen a los fieles. Con demasiada frecuencia olvidamos que Jesús es Señor del sábado. Fácilmente conferimos el mismo valor a nuestras propias estructuras que al reino. Las antiguas estructuras que estaban a nuestro servicio, se levantan y nos exigen que las sirvamos.

¿Cómo determinamos si las estructuras son siervas? Las siguientes preguntas le ayudarán a investigar su postura de siervas.

1) ¿Qué necesidades específicas cubre este programa?
2) Si este programa se terminara, ¿estaríamos dispuestos a crearlo de nuevo?
3) ¿Expresa el espíritu y misión del evangelio?
4) ¿Esta estructura está diseñada para servir en el Espíritu de Jesús?
5) ¿Promueve una postura de justicia propia exclusivista?
6) ¿Nos hemos tomado tiempo para evaluar sus funciones?
7) ¿Hay flexibilidad en su misma estructura?
8) ¿Se ha asignado un tiempo específico para evaluar sus funciones?
9) ¿Existe un proceso para tomar decisiones que pueda declarar que es necesario un "funeral institucional"?
10) ¿Está claro que el pueblo de Dios, guiado por el Espíritu Santo, tiene la autoridad para declarar su moratorio?

La iglesia siempre se ve presa entre la tensión que crean las soluciones tradicionales del pasado y el fermento del vino nuevo en un reino siempre nuevo. Esta es una tensión entre la forma y el amor, entre la estructura y el evangelio, entre la organización y la visión. Los símbolos del pasado amenazan con convertirse en símbolos idólatras. Los antiguos rituales se afirman a sí mismos como absolutos. El Espíritu del Jesús que violó las reglas del sábado, que eludió los rituales de la purificación, que comió con pecadores y que limpió el templo, también es Señor de nuestras estructuras. El las juzga, las critica y las hace aptas para recibir el vino nuevo. Escondido en el dolor acerbo del juicio, yace el germen de la renovación. El evangelio requiere de odres frescos y elásticos para el fermento del reino. En este proceso la iglesia se ha reformado a sí misma a lo largo de generaciones.

Preguntas para discusión

1. En la vida de la iglesia de hoy, ¿existen equivalentes de la ley oral del tiempo de Jesús?
2. ¿Cómo reconcilia usted la "irreverencia" de Jesús con su mensaje de amor?
3. ¿Podrían aplicarse hoy a la iglesia, algunas de las críticas que Jesús enunció contra los líderes religiosos de su tiempo?
4. ¿En qué sentido nosotros podríamos ser fariseos?
5. ¿Puede distinguir la diferencia entre reino, iglesia y estructura en su contexto local?
6. Identifique algunos odres resecos en su congregación y denominación.
7. ¿De qué manera son útiles las tradiciones religiosas en la vida de un individuo o de una congregación?
8. ¿Cómo reacciona usted ante la propuesta de años sabáticos institucionales?

9
ENEMIGOS QUE SE AMAN

El padre tonto

La violencia es anticuada en el nuevo reino, donde el amor ágape se convierte en la nueva forma de gobierno. Agape en griego significa amor incondicional y con frecuencia define el amor de Dios. El amor ágape es un amor totalmente despojado de egoísmo, opuesto a los patrones del mundo; es un amor que trasciende la pasión, la amistad y la benevolencia. Va más allá del interés propio. Es el amor que actúa, que ama a los que son difíciles de amar, aun a los enemigos. La compasión, la generosidad, el perdón y la misericordia constituyen la esencia de ágape.[1]

Agape nace y fluye del corazón del rey del reino, quien es un padre amoroso. Sus súbditos no son esclavos, sino hijos. Ellos no dicen: "Sí, su Majestad", sino cariñosamente le llaman *abba*, o sea "Papi". En este nuevo orden, los ciudadanos aman generosamente porque un Padre lleno de gracia los abruma con su amor. El amor divino despierta el amor en sus corazones. ¿Qué clase de Padre provoca tal amor?

Para responder a escribas y fariseos que se quejaban porque comía con los pecadores, Jesús relata una historia que demuestra cómo es el amor de Dios.

Dios, los pecadores y los fariseos se ven reflejados en la narración a través de un padre, un hijo que abandona su hogar, y un hermano resentido (Lucas 15:11-32).[2] ¿Cómo es Dios? Esta es la pregunta central de la parábola. Jesús sugiere que Dios es como este padre insensato.

De acuerdo a la costumbre judía, el más joven de dos hijos tenía derecho a una tercera parte de los bienes de su padre. Las riquezas podían heredarse en dos formas: por testamento después de la muerte del padre, o como donación en vida. En contraste a la cultura occidental, si el hijo recibía la propiedad como donación, *no* podía disponer de ella hasta después de la muerte del padre. Disponer de ella mientras el padre viviera equivalía a tratarlo como inexistente, como un cadáver. Las costumbres judías demandaban que los hijos honraran a sus padres obedeciéndolos y sosteniéndolos económicamente.

Así pues, la falta de respeto de este hijo hacia su padre era tan mala como el vicio en que cayó mientras estaba lejos. Este joven violó las costumbres culturales. Abandonó a su padre y dilapidó su fortuna, de manera que jamás podría ayudarlo económicamente en el futuro. ¡Trataba a su padre como si estuviera muerto! Esta era la conducta más grosera que un hijo podía tener hacia su padre.

Acumulando insulto tras insulto, el hijo termina cuidando cerdos. Este trabajo estaba prohibido en la cultura judía, que consideraba que los cerdos eran animales inmundos en los que habitaban demonios. El hijo no sólo toma este trabajo degradante, sino se identifica con los cerdos al desear comer lo que ellos comían. Había caído hasta el fondo del pozo social. ¡Imagínense la vergüenza del padre! Es seguro que los escribas del pueblo lo miraban con desdén. ¿En primer lugar, por qué entregó a su hijo su herencia siendo éste tan joven? La gente se ha de haber muerto de risa. El hijo había manchado la reputación, la estima y el honor del padre. Tal padre, ciertamente, era incapaz de dirigir o dar consejo sabio en la sinagoga.

Para vindicarse, un buen padre habría deplorado tal conducta públicamente. Un padre sabio no se haría el desentendido, ni aprobaría esa flagrante desobediencia. Legalmente desheredaría al hijo. Indudablemente eso es lo que habría hecho un padre prudente, pero no este padre. No se defiende. No ofrece ninguna satisfacción para proteger su status social. No corre tras su hijo con un equipo de búsqueda. Le otorga libertad para partir. El amor por su hijo es más fuerte que su propia necesidad de aprobación social. Además, pacientemente espera el retorno de su hijo. Nunca

se olvida de él. Otea el camino todos los días, esperando, aguardando, confiando.

Finalmente el hijo "vuelve en sí". En el arameo, esta frase sugiere arrepentimiento. Finalmente se da cuenta de la estupidez de sus propios caminos y se arrepiente. Regresa a su hogar esperando lo peor. Sabe con cuanta severidad reaccionan los padres cuando han sido públicamente deshonrados. Así que vuelve confesando, rogando a su padre que lo acepte como un sirviente.

Podríamos esperar varias reacciones de un padre judío al ver a su hijo regresar a casa salpicado con estiércol de cerdo. Un padre justo y equitativo habría cerrado la puerta, desconociéndolo como hijo. Al menos pediría a su hijo que se bañara antes de someterse a la crítica del pueblo. Investigaría los detalles de su desviación antes de tomar acción. La justicia prescribía castigo para enseñar una lección al muchacho. El látigo tal vez hubiera sido conveniente. Tal vez este ingenuo debiera servir por algún tiempo como esclavo. Esto, al menos, permitiría comprobar su sinceridad.

El padre rechaza todas esas soluciones justas y llenas de sentido común. Tontamente recibe con beneplácito al sinvergüenza y aun extiende delante de él ocho alfombras rojas para que entre.

—No espera que el hijo llame a la puerta. Su amor y compasión le impulsa a correr a su encuentro. No era usual que una persona mayor corriera. El padre no tenía idea qué diría el hijo. Correr a su encuentro podría significar que respaldaba sus vicios.

—Luego el padre abraza al muchacho, rompiendo aun otra regla de etiqueta social. Abrazar era considerado poco digno para una persona mayor.

—Sigue un beso, símbolo bíblico del perdón. El padre limpia la pizarra, borrón y cuenta nueva. Al hijo que viene de una pocilga, lo recibe no como esclavo, no como jornalero, sino como a hijo.

—La siguiente señal de bienvenida proclama que el hijo es huesped distinguido. Se le viste con el mejor traje. Esto era símbolo de alta distinción, reservado para los huéspedes reales, no para los hijos desobedientes.

—En seguida se le ofrece un anillo-sello, símbolo de autoridad. Regresa, no como un estigmatizado en libertad bajo palabra, sino como alguien digno de ostentar poder y prestigio.

—Se le calza con zapatos, símbolo también de alta jerarquía. Sólo los hombres libres usaban zapatos. Los esclavos caminaban descalzos. El hijo retornaba como una persona libre, y los sirvientes lo servirían.

—Un becerro gordo es sacrificado. La carne se reservaba para ocasiones muy especiales. El hijo que ayer comía con los cerdos, ahora cena carne en la mesa de su padre.

—No se oye el chasquido de ningún látigo; por el contrario, el aire se llena de música y danzas. Es tiempo de celebrar la resurrección del hijo que había muerto. Un pecador ha llegado a casa. ¡Es día de fiesta!

Este perdón incondicional ofende al hijo mayor. El demanda justicia y equidad. ¿Dónde está el castigo que merece este sinvergüenza que ha dilapidado la fortuna de su padre? ¿Dónde está la fiesta que hace tiempo debiera haberse celebrado en honor suyo por los años de laboriosa fidelidad en los campos? Resentido el hijo mayor llama a su hermano "este tu hijo". El padre responde: "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas". A semejanza de los escribas y fariseos, el hijo mayor enfurecido rehúsa unirse a la fiesta ... y se pierde, precisamente en el mismo momento en que es hallado el hijo que se había perdido.

Dios es como este padre al revés. Dios perdona generosamente cuando nos arrepentimos. Dios es como este padre judío que recompensa con buena carne de res al hijo que por rebeldía antes comía carne de cerdo. En lugar de azotar al hijo que le ha traído desgracia, lo eleva al lugar más elevado de "huésped distinguido". Dios es como un padre que no pregunta nada, aun cuando ha sido tratado como inexistente, como si estuviera muerto. Este es el amor de Dios ilimitado, incondicional, sin segunda intención.

Tal Padre nos impulsa a actuar, como aquel hombre que encontró un tesoro en el campo, tal asombroso perdón nos eleva. Este dramático amor desata una reacción en cadena. Los hijos de tal amor quieren transmitir ese amor. Al igual que su Padre, se

vuelven misericordiosos. Aman como Dios ama, y porque Dios les ha perdonado, ellos también pueden perdonar.

Lo que motiva la acción en el reino al revés es la gratitud hacia Dios. Las obras de bondad amorosa impulsadas por la misma bondad de Dios, encarnan y manifiestan visiblemente el cuidado amoroso de Dios por este mundo. Las obras meritorias que se realicen para ganar la salvación, son como trapos de inmundicia; pero las mismas obras impulsadas por el amor de Dios son ofrenda de olor fragante en el altar de la adoración.

Bájese de su cabalgadura

¿Cómo es el amor ágape? Si Dios es como un padre bobo, ¿es el amor ágape también algo tonto? Jesús expuso la nueva Torah de su reino con una historia que concretamente declara la naturaleza radical del amor al revés (Lucas 10:25-37).[3]

Comienza el relato de manera natural. Un hombre viaja por el serpenteante y desolado camino que conduce de Jerusalén a Jericó. La audiencia asume que el viajero es un compatriota judío. Las cuevas al borde del camino están infestadas de bandidos, de manera que los asaltos en despoblado no constituyen ninguna sorpresa.

Los sacerdotes y levitas usualmente transitaban este camino después de cumplir con sus obligaciones en el templo en Jerusalén. Y la multitud sabía que los sacerdotes y los levitas que obedecían escrupulosamente las leyes de pureza ceremonial, se contaminarían si tan sólo su sombra tocara un cadáver.

Este viajero, después de haber sido herido y golpeado, estaba casi muerto; por lo tanto, un sacerdote consciente evitaría hasta acercársele. La audiencia espera que la historia termine con una severa crítica contra la élite religiosa. Como muchas otras parábolas de Jesús, ésta también criticaría a los endurecidos líderes por su falta de compasión. La multitud espera que algún aldeano común se convierta en héroe al rescatar y auxiliar al compatriota judío herido. Tal final hostigaría a sacerdotes y levitas. ¡Un aldeano judío mostraría más compasión que los líderes religiosos!

Pero Jesús vuelve las expectativas al revés. Un samaritano, no un judío, surge como héroe. La audiencia está espantada. ¿Por qué es tan desconcertante un samaritano?

Amarga tensión dividía a judíos y samaritanos. Samaria quedaba entre Judea y Galilea. Los samaritanos emergieron alrededor del año 400 a.C. de los matrimonios mixtos entre judíos y gentiles. Los judíos los consideraban bastardos de media sangre. Los samaritanos tenían su propia versión de los libros de Moisés. Habían construido su propio templo en el monte Gerisim al norte de Jerusalén y proclamaban que su templo era el verdadero lugar de adoración. Los sacerdotes samaritanos trazaban su línea de sangre hasta el real sacerdocio del Antiguo Testamento.

Para la mentalidad judía, los samaritanos eran peores que los paganos, porque habían recibido alguna luz. Los samaritanos, aborrecidos y despreciados por los judíos, estaban en el fondo de la escalera social.[4] La Escritura testifica acerca del beligerante racismo entre ambos grupos. Juan 4:9 registra que "los judíos no se tratan con los samaritanos". Cuando los samaritanos rehúsan recibir a Jesús, Santiago y Juan se enojan tanto que ruegan a Jesús que destruya la aldea con fuego (Lucas 9:51-56). Los líderes judíos llaman a Jesús "un samaritano", sobrenombre despectivo reservado para los poseídos por los demonios (Juan 8:48).

Cuando Jesús tenía como doce años, algunos samaritanos penetraron subrepticiamente al templo en Jerusalén y diseminaron huesos humanos en el santuario. Esta horrible profanación inflamó las pasiones judías y el anti-samaritanismo. Era abominación que un judío comiera panes sin levadura elaborados por un samaritano y que comiera algún animal que un samaritano hubiera matado. Un rabino dijo: "Quien coma pan de un samaritano es como quien bebe la sangre de un puerco".[5]

Los matrimonios mixtos eran totalmente prohibidos. Los judíos creían que las mujeres samaritanas menstruaban perpetuamente desde la cuna, y que por lo tanto, sus maridos eran perpetuamente inmundos. La saliva de una mujer samaritana era inmunda. Una aldea entera era declarada inmunda si una mujer samaritana permanecía allí. Cualquier lugar en que durmiera un samaritano era considerado inmundo; así como cualquier alimento

o bebida que tocara ese lugar. Otro rabino dijo que los samaritanos "no tienen ley, ni vestigios de ninguna ley, y por lo tanto, son corruptos y despreciables".[6] Los samaritanos con frecuencia atacaban a los judíos galileos que iban de peregrinación a Jerusalén. Los judíos devotos consideraban a los samaritanos peores enemigos que los romanos, porque estos media sangre se burlaban de la fe judía al practicar una religión rival en la tierra santa de Dios.

Jesús dejó estupefactos a los judíos cuando dijo que un samaritano, un enemigo despreciable, se había detenido para auxiliar a la víctima. Si Jesús quería enseñar acerca del amor al prójimo, el héroe del relato podría haber sido otro judío; mejor aún, ¿por qué no contar una historia donde un judío rescatara a un samaritano? Eso hubiera sido alentador: los buenos ayudando a los malos. Pero en esta historia ¡el villano se convierte en héroe!

¡Qué conmoción! Lo que la multitud daba por hecho sufre un pavoroso sacudimiento. Lo que antes había sido considerado sólido, resulta con grandes grietas. Los juicios dogmáticos, las conclusiones establecidas, y lo que convencionalmente se creía correcto, súbitamente se vuelve al revés.[7] La audiencia se enfrenta a hechos contradictorios. Los líderes judíos actúan sin compasión, mientras un vil samaritano se comporta como prójimo. El sacerdote y el levita, representando al templo judío, rehúsan ayudar debido a estipulaciones religiosas. El samaritano, representando al templo rival, desafía las prescripciones ceremoniales y ofrece ternura.

El aceite y el vino se usaban con frecuencia como ungüento y antiséptico; pero se consideraban contaminados si los tocaba un samaritano. En el templo de Jerusalén se almacenaban en un lugar santo el aceite sagrado y el vino, y solamente se usaban en ocasiones especiales como elementos sacrificiales. Solamente el sacerdote oficiante podía tocar el aceite sacro y el vino. En esta historia, un extranjero contamina los sagrados emblemas con sus manos y luego los usa para sanar al enemigo judío. ¡Esta es la verdadera adoración, este es el sacramento genuino!

El samaritano vierte generosamente los elementos en su oponente, y ¡ni siquiera los diezma para obedecer el procedimiento judío correcto! A semejanza del amor de Dios, el aceite y el vino

no están restringidos para gente especial en los lugares santos, sino se comparte libremente, aun con los enemigos.

En los evangelios sólo dos veces se le pregunta a Jesús cómo puede heredarse la vida eterna. La primera vez, Jesús aconseja al joven rico: "Vende todo lo que tienes, dalo a los pobres... y ven, sígueme". La segunda vez, Jesús relata la historia de El buen samaritano para explicar el amor del reino a un sofisticado abogado judío. Esta historia al revés constituye la respuesta apabullante de Jesús a la interrogante planteada por el abogado, "Maestro, ¿haciendo qué cosas heredaré la vida eterna?" y "¿Quién es mi prójimo?"

La historia aclara lo que es el amor ágape de varias maneras:

1) Agape no es *discriminatorio.* El amor del reino convierte en ridícula la pregunta del abogado, "¿Quién es mi prójimo?" Jesús enseña que el amor no discrimina, sino que trasciende la obligación. Los agentes de ágape no trazan líneas de responsabilidad y exclusión. La respuesta a la pregunta del abogado es obvia. Si por definición, aun los enemigos son nuestro prójimo, entonces ciertamente cualquiera menos hostil merece la asistencia del amor ágape.

En otras palabras, la pregunta "¿Quién es mi prójimo?" es redundante. El relato define que *todos*, aun mis enemigos, son mi prójimo. El término "prójimo" es inclusivo para todos en el reino al revés. Las categorías de amigo y enemigo se desvanecen, ya que todos son mi prójimo. Tratamos como prójimo aun a aquellos hacia quienes no tenemos ninguna obligación de tratar amistosamente, aun a los enemigos a quienes tenemos derecho de odiar. El amor ágape reacciona ante las personas, no ante las categorías sociales. Jesús revierte las cosas al preguntar concisamente al abogado: "¿Estás tú actuando como un prójimo?"

2) Agape es *audaz.* La costumbre religiosa no lo bloquea, más bien; suspende las normas sociales que pudieran justificar un duro desinterés. Al contrario del sacerdote que temía que su sombra tocara el cadáver, ágape valoriza a las personas sobre las tradiciones religiosas. Agape atraviesa las barricadas sociales que encierran a las personas en prisiones, hospitales, centros de adicción y ghettos de cualquier clase.

3) Agape provoca *inconvenientes.* El sacerdote y el levita "viéndole, pasaron de largo"; pero el samaritano fue movido a misericordia, se bajó de su cabalgadura y colocó a la víctima sobre ella. Es incómodo bajarse de las cabalgaduras que nos llevan con comodidad y seguridad a diferentes lugares.

4) Agape corre *riesgos.* Toda la escena podría haber sido preparada. Los ladrones podrían haber estado escondidos cerca, esperando caer encima de cualquier que brindara ayuda. Al caminar, en lugar de cabalgar, el samaritano se hizo más vulnerable a cualquier ataque armado después del rescate.

5) Agape requiere de *tiempo.* El tiempo del mercader samaritano era valioso. Detenerse para vendar a la víctima, caminar a su lado y dejarlo en el mesón, indudablemente retrasó su viaje.

6) Agape resulta *caro.* El samaritano pagó al mesonero el equivalente de veinticuatro días de hospedaje y extendió un "cheque en blanco" por cualquier gasto adicional. Si un judío ayudaba a otro judío, probablemente un juzgado civil le reembolsaría los gastos. El samaritano liberalmente paga los gastos sin tener ninguna esperanza de recuperar su dinero. Esto es precisamente lo que Jesús prescribió en su instrucción formal cuando dijo: "Prestad, no esperando de ello nada" (Lucas 6:35).

7) Agape arriesga el *status social.* ¿Qué sucedió cuando se supo en Samaria que este samaritano ayudaba a judíos? Debe haber sido considerado un traidor a la causa samaritana. Su reputación y su status social quedaron manchados. Probablemente tuvo que enfrentar el escarnio de su propia gente.

Esta parábola al revés no deja ninguna duda respecto a la naturaleza de ágape. Es valiente y agresivo. Agape es más que sentimientos cálidos de simpatía. Es más que buenas actitudes hacia los demás. No se detiene en sonrisas amables. Este amor insensato es agresivo. Es sumamente costoso, tanto social como económicamente.

Aunque la parábola describe la forma de ágape, no responde a todas nuestras interrogantes. ¿Qué hubiera ocurrido si el samaritano hubiera pasado justamente cuando los ladrones estaban golpeando a la víctima? ¿Cómo hubiera reaccionado entonces ágape? ¿Habría usado la fuerza para detener tal atrocidad? ¿Será

que ágape sólo aplica "curitas"* a los heridos? ¿Llegó el samaritano a la raíz del problema regresando a las cuevas a la orilla del camino y buscando a los ladrones? Si los encontró, ¿qué hizo? ¿Qué hacer cuando uno encuentra muchas víctimas heridas? ¿Quién tiene prioridad? Estas preguntas sin respuesta en la parábola nos saludan desde el contexto contemporáneo de la aplicación de ágape.

Una ley de una sola pierna

Los evangelios proclaman el amor ágape como *el* precepto del reino al revés. Después del gran mandamiento de amar a Dios con todo nuestro ser, viene esta revolucionaria enseñanza: Ama a tu prójimo de la *misma* manera que te amas a ti mismo. Los tres escritores sinópticos subrayan este manifiesto cristiano (Mateo 22:37-40; Marcos 12:28-31; Lucas 10:25-27).

Esta sencilla frase está llena de significado. En primer lugar, asume que es correcto amarse a sí mismo, que hay lugar para el respeto y la dignidad personal. Es bueno tener aspiraciones personales, pero también tiende una trampa. Esta frase revolucionaria nos llama a cuidar de nuestro prójimo tan intensamente como cuidamos de nosotros mismos. Debemos trabajar tan arduamente para ayudar a que nuestro prójimo alcance sus metas, como por nuestros propios objetivos.

La invitación de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos choca con el individualismo egoísta. Esta sabia amonestación brinda equilibrio entre la búsqueda del interés propio y las necesidades de los demás. Aprueba los deseos y necesidades personales, pero los restringe al demandar igual atención a los deseos y necesidades de los demás. El individualismo egoísta queda abolido en el reino al revés. Aquí, dosis iguales de amor propio y amor al prójimo fluyen de nuestro gran amor: la devoción a Dios. Tal amor erradica el orgullo. Cuidar del bienestar de nuestro prójimo con la misma intensidad que cuidamos del nuestro, elimina el egoísmo codicioso.

---

* Pequeño vendaje de gasa y esparadrapo.

Para Jesús, la norma de amor ágape resume toda la ley y todos los mensajes de los profetas (Mateo 7:12). Aunque ágape era la clave de la justificación en el Antiguo Testamento, Jesús lo llamó un nuevo mandamiento. Debemos amar al prójimo como a nosotros mismos. Nuestra expresión de amor constituye la señal de que en verdad somos sus discípulos (Juan 13:34-35).

Jesús añadió nuevas dimensiones a la comprensión del Antiguo Testamento. En cierta ocasión, un gentil escéptico dijo a un rabino que aceptaría la fe judía si el rabino pudiera resumir la ley judía, mientras el gentil se paraba en un solo pie. El rabino replicó: "Lo que a ti te cause perjuicio no se lo hagas a otra persona". Jesús fue más allá de la máxima judía al decir: "Como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos" (Lucas 6:31, Mateo 7:12). Jesús dio vuelta a la regla negativa, y la convirtió en una directriz para la acción.

Jesús fue modelo de ágape. Lo encarnó siendo abogado de los pobres. Violó las leyes civiles y religiosas ante la necesidad humana. Sus palabras y hechos constituían un insulto para los ricos y poderosos, quienes no creían que El expresara amor. El fue paladín de los pisoteados, de los parias y de los oprimidos, aun cuando su conducta le acarreara sufrimiento.

Agape también es firme ante la explotación. Aunque ágape está dispuesto a sufrir, también comprende que un firme "no" es también expresión de amor. El niño, el emocionalmente perturbado, el adolescente con desórdenes de carácter y el adulto irresponsable pueden requerir de un firme no, en lugar de dulces sonrisas. Una confrontación amable, pero firme, puede constituir una profunda expresión de ágape. Tal amor confronta, mientras otros explotan las relaciones. Sin embargo, decir que ágape puede ser firme y confrontativo, no es excusa para el uso de medios violentos o autoritarios, aun con fines nobles.

Sugerir que ágape es el único precepto del reino parece sencillo, pero no es una panacea. ¿Cómo se reacciona cuando las necesidades de tres o cuatro diferentes prójimos entran en conflicto? Al cuidar de uno, podemos lastimar los intereses del otro. En una época de competitividad agresiva, ¿cómo puede una empresa cristiana encarnar ágape ante la competencia estridente? ¿Cómo

podemos amar a nuestro prójimo cuando las metas del prójimo chocan con los valores cristianos? A pesar que estas interrogantes claman por respuestas, el punto de vista de ágape ofrece nuevas perspectivas. Nos aleja del arrogante individualismo y nos incita a formular las preguntas correctas acerca del amor al prójimo.

Superando la norma de reciprocidad

La forma de amar de Jesús rompió con la difundida norma de reciprocidad. En todo el mundo, la reciprocidad es una regla básica de la vida social. Moldea las expectativas en el dar y recibir favores, tanto verbales como materiales. Si te invito a una taza de café, quedas obligado a decir "gracias" y a devolver el favor alguna vez. El intercambio no tiene que ser igual en valor o forma. Una barra de dulce puede ser aceptable en retribución por una taza de café. La regla se simple: debemos apreciar y devolver los favores recibidos.

La norma de reciprocidad asume que la gente debe ayudar -y ciertamente no injuriar- a quienes les han ayudado. La reciprocidad mantiene un equilibrio en las obligaciones personales y del grupo. Nos sentimos incómodos si no podemos corresponder a un regalo. Consideramos grosero a quien rompe las leyes de la reciprocidad. Dar regalos e intercambiar tarjetas durante Navidad y otras fiestas obedece a esta norma. Los regalos deben ser de un valor similar para no provocar desequilibrio. Dar un regalito de $2.00 a cambio de uno de $25.00 causa bochorno. Para poder enviar a tiempo nuestras tarjetas de Navidad, anticipamos de quién las recibiremos, para no despacharlas a destiempo. Un intercambio tardío es causa de vergüenza.

Este no es un asunto sólo de temporada. Invade todos los aspectos de la relación humana. Las sencillas "gracias" que decimos y expresamos a lo largo del día están gobernadas por la reciprocidad. Lo mismo ocurre con el intercambio de trabajo por salarios, y honorarios por servicios prestados. Podemos manipular las relaciones para obtener ganancia personal al hacer que los demás se conviertan en nuestros deudores. Esto ocurre cuando los vendedores "agasajan con comidas y bebidas" a sus clientes en

perspectiva, obligándolos en esta forma a devolver el favor comprando su producto. Si queremos pedir un favor a alguien, podemos invitarlo a almorzar, obligándolo así a ayudarnos. Por supuesto, aunque debemos ayudar a los que están atrapados en nuestra telaraña de reciprocidad, no estamos obligados a "salirnos de nuestro camino" para hacer favores a los extraños.

Jesús fue más allá de la norma de reciprocidad:

> Porque si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores aman a los que los aman.
> Y si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores hacen lo mismo.
> Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores prestan a los pecadores, para recibir otro tanto.
>
> Lucas 6:32-34

Jesús presiona el punto al preguntar: "Pues si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles?" (Mateo 5:46-47). En otras palabras, el amor ágape se extiende mucho más allá de la simple reciprocidad.

No os engañéis, dice Jesús, al pensar que el amor ágape es similar a la norma de reciprocidad. Agape no es devolver una sonrisa por una sonrisa, o un favor por un favor; aun los pecadores cumplen con tal regla. Los fariseos y los publicanos sonríen cuando la gente les sonríe. Los paganos devuelven el favor a quien les presta un favor. Los gentiles cortésmente se ciñen a estas reglas de etiqueta social. No tiene mucha importancia espiritual observar las leyes de la reciprocidad. Esa no es la norma en el reino del amor.

Agape es la norma que establece abundancia, *exceso*. Va más allá de la reciprocidad. El padre insensato no actuó de acuerdo a las reglas de la reciprocidad cuando recibió a su maloliente hijo en

casa. El mestizo samaritano no se atuvo a la reciprocidad cuando se bajó de su cabalgadura. Nuestro padre celestial no obedece tampoco esa regla. Dios envía el sol y la lluvia sobre justos e injustos (Mateo 5:45). Dios es el modelo de la norma de la abundancia. Nosotros debemos ser misericordiosos como Dios es misericordioso (Lucas 6:36). "De gracia recibisteis, dad de gracia" (Mateo 10:8).

Dios inyecta una dimensión divina a la fórmula de "la reciprocidad". Dios entra en la ecuación de las relaciones sociales tomando la iniciativa al hacernos un favor. Dios de tal manera amó al mundo que se convirtió en una persona humana. Dios nos redimió y nos salvó a través de Jesucristo. Como primer actor, Dios inicia la reacción en cadena. Hemos sido perdonados por su gracia. ¿Cómo le pagaremos? Compartiendo la iniciativa del amor de Dios con nuestro prójimo. En esta red de relaciones sociales hay tres actores. Dios toma la iniciativa al extendernos su amor incondicional como el padre insensato. *Nosotros* reciprocamos nuestra deuda con Dios al esparcir esa iniciativa de amor a *otros*.

Aunque no podemos ganar nuestra salvación, borramos nuestra deuda de amor con Dios amando a los demás. Pablo expone lo relativo a esta "deuda amor" sucintamente: "No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley." (Romanos 13:8). Jesús declara lo mismo cuando dice: "De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis" (Mateo 25:40). En este contexto, él describe los actos de amor a favor de los más destituidos: los hambrientos, sedientos, enfermos, prisioneros, forasteros y desnudos. Cuando amáis aun al más pequeño de estos que están en el fondo de la escalera social, ¡has saldado tu deuda de amor conmigo!

La transacción se completa. Una nueva reacción en cadena comienza. El más pequeño de éstos que experimente el cuidado de Dios, ahora lo transmite a otros. El jubileo tintinea nuevamente en nuestros oídos. De la manera que yo te he libertado a ti, ¡tú liberta a otros! Este no es un intercambio frío y calculador en donde buscamos "pagar" a Dios en forma legalista. Es imposible pagar completamente nuestra enorme deuda. Más bien, es una

reacción de regocijo ante el jubileo, espontánea gratitud por la maravillosa gracia de Dios.

El amor ágape excede la norma de reciprocidad de tres maneras. Primero, la iniciativa es ahora nuestra. En lugar de esperar que un favor se nos devuelva, hacemos el primer movimiento porque Dios ya nos ha favorecido.

Segundo, ágape sirve a otros sin tomar en cuenta su status. No se enfoca en amigos u homólogos ante quienes debemos "ser agradables". Como sugiere la historia del samaritano, bajo el reino de ágape, cuidamos con igual esmero de amigos cercanos que de enemigos, forasteros y parias.

Tercero, el amor ágape no espera ninguna recompensa. Puesto que Dios ha tomado la iniciativa, ya nos ha pagado por anticipado. De la manera típicamente al revés, ágape apremia al prójimo a transmitir y esparcir amor, sirviendo y favoreciendo a alguien más, en vez de devolver el favor a quien nos lo hizo.

Jesús articula esto con claridad: "Cuando hagas comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos; no sea que ellos a su vez te vuelvan a convidar, y seas recompensado. Mas cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos; y serás bienaventurado; porque ellos no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos" (Lucas 14:12-14).[8]

Los discípulos de Jesús no aman para sacar ventaja personal, ni esperan ninguna recompensa. Después de burlarse de los que se enorgullecen por obedecer la norma de reciprocidad, Jesús expone la naturaleza vulnerable e ilimitada de ágape. "Amad, pues, a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad, no esperando de ello nada; y será vuestro galardón grande, y seréis hijos del Altísimo; porque él es benigno para con los ingratos y malos" (Lucas 6:35).

Los discípulos de Jesús actúan como hijos de Dios. Exceden las expectativas convencionales. Toman la iniciativa. No hacen ninguna discriminación entre prójimo y enemigo. No esperan ninguna recompensa. Cuando esperamos alguna recompensa, o que se nos devuelva el favor, convertimos a los que reciben nuestros favores en clientes. Cuando no esperamos ninguna recompensa, los liberamos de toda deuda.[9]

Con frecuencia es difícil aceptar un regalo. Detestamos sentirnos endeudados. Nos preocupa cómo reciprocar. Nuestros regalos para otras personas también pueden provocar el mismo sentimiento. La postura ágape alivia esta incomodidad. Cuando alguien nos da un obsequio, o nos hace un favor y dice: "sólo pasa el favor a otro", nos libera de endeudamiento. También protege nuestra dignidad puesto que podemos reciprocar, a su debido tiempo, a través de otra persona. Ser transmisores de bondad ensancha el círculo del amor redentor.

Superando la norma de ojo por ojo

Hemos visto el lado positivo de la norma de reciprocidad: hacer bien al que te haga bien. El lado negativo nos permite dañar a cualquiera que nos lastime. Es juego limpio vengarse de cualquiera que deliberadamente nos lastime; por cierto, podemos ir más allá de ojo por ojo. Si la gente te saca un ojo, tú puedes sacarle los dos. Esta reciprocidad negativa es la que guía la conducta humana desde los pellizcos hasta las guerras internacionales. En resumen, si una persona se aprovecha de mí, yo puedo aprovecharme de ella.

Si alguien me enjuicia, yo también puedo proceder legalmente en su contra. Si alguien me engaña, tengo licencia para engañarlo de vuelta. Si una nación lanza misiles contra nosotros, podemos contraatacar. Es más, si *pensamos* que planean agredirnos, tenemos el derecho de atacar primero. El lado negativo de la reciprocidad no sólo permite la autodefensa, sino que legitimiza el ciclo espiral de pagar con la misma moneda. La venganza excede el insulto original para "enseñar al agresor una lección". Reflejamos la norma negativa cuando decimos: "Tiene lo que se merece", o "Ya se veía venir", o "Cosecha lo que sembró".

En el estilo al revés, Jesús anula el lado negativo de la regla de reciprocidad. Sus palabras y acciones son directas. No cabe ninguna duda, Jesús suspende tanto el lado negativo, como el lado positivo de la norma.

> Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehuses. Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen; haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen".
>
> Mateo 5:38-44

¿Amar a nuestros enemigos? Ellos están en la categoría de personas que la norma de reciprocidad nos *permite* odiar.[10] Amar a nuestros enemigos es el último golpe que arrasa con la norma de reciprocidad.

En el evangelio de Lucas, Jesús brinda respuestas al revés ante siete tipos de agresores (Lucas 6:27-30). ¿Cómo deben reaccionar los cristianos cuando alguien obra mal en su contra? ¿Cuál es el tratamiento que la vieja norma de reciprocidad prescribe para los agresores? Renglón por renglón presentamos a continuación un contraste entre reacciones "justas" y reacciones del reino al revés. Las reacciones propuestas para el reino parecen sumamente injustas de acuerdo a la norma de reciprocidad.

Tipo de persona	Reacción justa	Reacción del reino
Enemigos	Eliminarlos	Amarlos
Quienes nos aborrecen	Aborrecerlos	Hacerles bien
Quienes nos maldicen	Maldecirlos	Bendecirlos
Quienes nos ultrajan	Ultrajarlos	Orar por ellos
Quienes nos hieran	Herirles	Ofrecer otra mejilla
Mendigos	Evitarlos	Darles
Ladrones	Procesarlos	No pedir devolución de lo robado

Mateo 5:39 nos ordena volver la otra mejilla cuando alguien nos hiera. Un golpe en la mejilla derecha tenía significado especial en la cultura judía; simbolizaba la ira en su grado máximo. Se castigaba con un año de salarios.[11] En otras palabras, Jesús prohibe a sus discípulos desquitarse, aun frente al más abusivo de todos los insultos.

Al demandar amor por los enemigos, Jesús choca con los esenios, los rebeldes y los fariseos. Los patriotas rebeldes, como hemos visto, no dudaban en matar a sus enemigos. Los esenios, viviendo en comunidades aisladas junto al mar Muerto, creían que era su justa obligación castigar a los pecadores. La ley judía que enseñaban los fariseos, decía que no era necesario amar a los enemigos. Jesús declara que estas soluciones típicas son malas. La venganza y el desquite han llegado a su fin en el nuevo reino.

Así como el amor verdadero va más allá de la reciprocidad, también el perdón elimina la venganza que demanda ojo por ojo. El perdón es la sorprendente cualidad que marca a los discípulos de Jesús, quienes deben perdonar hasta 490 veces diarias (Mateo 18:22; Lucas 17:3-4). Jesús no establece límites legales. Con un fulgor en sus ojos, sugiere que el perdón es la señal perpetua de los ciudadanos del reino. Sus discípulos pueden perdonar porque han sido perdonados. Todo aquel que no perdona obstaculiza su propio perdón. “Si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco

vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas" (Mateo 6:15). El perdón sustituye la venganza y el desquite. Es una señal distintiva del camino al revés.

Jesús personifica este abundante perdón cuando dice a la mujer atrapada en adulterio: "Vete y no peques más". Según la ley judía, ella podría haber sido apedreada enfrente de Jesús.

Jesús personifica el camino al revés del perdón desde la cruz. Si la venganza estuviera en orden, ese sería el momento de desquitarse. Pero en una reversa sorprendente, en medio de su inmenso dolor, Jesús suplica: "Padre, perdónalos" (Lucas 23:34). El nos apremia: "Amaos unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos" (Juan 15:12-13).

En el nuevo reino tratamos a los enemigos como amigos. Este tipo de perdón nos convierte en seres sumamente vulnerables. Llevó a Jesús a la muerte. El nos invita a vivir de la misma manera, perdonando abundantemente, aun a expensas de nuestras vidas. No hay testimonio, ni redención, ni amor, si jugamos bajo las viejas reglas de venganza. La disponibilidad de sufrir en medio de la injusticia, testifica del poder del amor divino. Frente a la cruz, Jesús rehúsa defenderse. "Todos los que tomen espada, a espada perecerán" (Mateo 26:52). "Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí" (Juan 18:36).

Ante la violencia imperante este es un avasallador rechazo de la auto defensa, de la resistencia y de la venganza. La oración de agonía en Getsemaní, "No se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lucas 22:42), no fue una simple sumisión a la secuencia de eventos previamente programados; más bien fue una consagración, un compromiso a seguir viviendo el camino del amor, aun bajo la sombra del fin inminente. Dios desea que nosotros encarnemos el perdón en medio del odio. Aun para Jesús esto fue difícil, cuando luchó con la perspectiva de la muerte en el jardín de Getsemaní.

El mensaje de Jesús es claro e inequívoco, directo. El uso de la violencia, sea física o emocional, es mala. Al suspender la norma de reciprocidad, Jesús niega la validez de la violencia. Al rehusar

el aplauso de los rebeldes revolucionarios, Jesús rechaza la violencia aun para proteger a otros de la violencia. Los romanos eran opresores. Castigaban al pueblo con brutalidad física e impuestos exorbitantes. Jesús rechaza la violencia, aun ante tal opresión. El encarna el nuevo camino de Dios. En el nuevo reino, la Torah de amor proclama perdón, no autodefensa violenta, ni venganza.

Desvíos alrededor de ágape

La demanda de Jesús de amar a los enemigos ha desconcertado la lógica humana a lo largo de los siglos; aun para la iglesia resulta difícil.[12] Los cristianos han evadido el mensaje del Príncipe de Paz de diferentes maneras. Primero, algunos han prostituido el evangelio al justificar las cruzadas militares con la bendición de Dios. Esta burda contradicción del evangelio, cree que Dios sonríe complacido ante los esfuerzos militares.

Las palabras piadosas que justifican el militarismo se han escuchado a lo largo de los siglos, desde santas cruzadas, hasta modernas proclamas que “la mejor forma de servir a Dios es sacrificando la vida en defensa de la nación”.[13] Muchos himnos patrióticos americanos implícitamente declaran que Dios “protege” a nuestra nación. Las monedas que ostentan la inscripción “En Dios confiamos” son una mentira, puesto que gastamos millones de dólares en la defensa. Obviamente, confiamos en nuestras armas, no en Dios.

Un segundo desvío muy tentador en relación al clamor de Jesús por ágape son las guerras del Antiguo Testamento. ¿Acaso no ordenó Dios las guerras en el Antiguo Testamento? Si las guerras modernas se pelearan de acuerdo al patrón del Antiguo Testamento tendrían consecuencias funestas. Cuando Jehová ordenó a Israel a entrar en guerra, era obvio que Jehová era el guerrero; por lo tanto, la fuerza militar deliberadamente se disminuía para que cualquier victoria fuera milagrosa y atribuida a la intervención divina de Jehová. Si observamos con seriedad el patrón del Antiguo Testamento, ¡nuestros ejércitos modernos tendrían que reducir drásticamente su tamaño y poder para descansar en la intervención milagrosa de Dios para alcanzar nuestra victoria!

Sobre todo, Jesús como la definitiva revelación de Dios, es la norma interpretativa de las Escrituras. Jesús tiene la última palabra en la revelación progresiva de Dios. Jesús ofrece una nueva forma para cancelar la norma del Antiguo Testamento de ojo por ojo.

Un tercer desvío sugiere que Jesús sólo nos pide amar a nuestros enemigos personales. Las palabras de Jesús se aplican únicamente a los lazos interpersonales. Si el gobierno es instituido por Dios, estamos obligados a obedecer, a enlistarnos en el ejército y a defender a nuestra nación. Sí, debemos amar a los enemigos personales, pero no a los enemigos nacionales. Este enfoque eleva la lealtad nacional por encima de la lealtad al reino. El clásico texto cristiano que exhorta a la obediencia al gobierno (Romanos 13:1-7) se encuentra insertado justamente entre dos ardientes admoniciones del apóstol Pablo acerca del amor sufriente. Con frecuencia interpretado fuera de contexto, usamos este pasaje para justificar que coloquemos la lealtad nacional por encima de la lealtad a los valores del reino, negando así las palabras y el ejemplo de Jesús.

Tomamos un cuarto desvío cuando nuestras iglesias afirman el camino de la paz en declaraciones públicas, pero lo consideran un apéndice al evangelio. En lugar de ver el perdón, y todas sus implicaciones sociales, como medular a la salvación, lo vemos como una opción periférica. Es meramente uno de los muchos escalones en la escalera de la madurez cristiana. Es más, lo consideramos una cuestión de "conciencia individual" y no de un mandamiento del evangelio. Es una opción que podemos tomar o dejar.

Jamás bautizaríamos a prostitutas o ladrones de banco a sabiendas de que tenían el propósito de continuar ejerciendo su profesión; sin embargo, bautizamos sin ningún escrúpulo, a nuevos convertidos que se enrolan en el ejército y se preparan para matar a otros. El servicio militar es asunto de "conciencia individual", decimos. ¿Diríamos lo mismo acerca de la prostitución o de robar bancos? ¿Cuál es peor?

Un desvío final acepta el "amor que no opone resistencia" de Jesús, pero no su amor ágape afirmativo. El enfoque de no resistencia ve únicamente a un Jesús pasivo y dulce, un individuo débil encorvado bajo el peso de la cruz. Esta imagen distorsiona el

hecho de que los tres años de ministerio activo de Jesús fueron los que precipitaron su muerte. En primer lugar, fue precisamente *debido* a su amor activo que sufrió la cruz. Jesús actuó en forma decisiva y audaz, comiendo con los pecadores, sanando a los enfermos en sábado, y confrontando a los líderes religiosos. Enfrentar el mal serenamente no tiene que ser por siempre en forma dulce y pasiva. Jesús no nos ha llamado a ser *guardianes* pasivos de la paz con el objeto de meramente preservar el status quo. Sus bendiciones caen sobre los *hacedores* activos de la paz (Mateo 5:9).

Con frecuencia pensamos que paz es la ausencia de conflicto violento. La palabra usada en el Antiguo Testamento para paz, es *shalom*, y está íntimamente ligada a las ideas de justicia, justificación y salvación. Se refiere a una sensación de bienestar en las esferas personales, sociales, económicas y políticas.[14] No puede haber paz cuando sistemas en los que prevalece la avaricia oprimen a los pobres. La paz se desvanece cuando los estigmatizados no encuentran justicia en los tribunales. La "paz" que pende del precario equilibrio de las armas nucleares, no es shalom. El individualismo interesado únicamente en los números, destruye la paz. Los cristianos que planifican y ejecutan la guerra, falsifican el papel del pacificador.

Shalom se manifiesta cuando existen buenas y correctas relaciones entre la gente en todos los ámbitos de la vida. Las Escrituras dicen que la paz es un don de Dios. Por medio de Jesucristo tenemos paz con Dios y con nuestro prójimo. Shalom es el diseño de Dios para el orden de las cosas creadas. El Espíritu Santo es el Espíritu de paz. El reino de Dios se establece en la justicia, la paz, y el gozo. Los hijos de Dios son pacificadores. El evangelio es la buena nueva de paz. Shalom es la médula, no el último carro en el tren de la salvación de Dios.

Enfrentando la guerra nuclear

Hablar de enemigos que se aman es difícil en un mundo cargado de armas nucleares.[15] El potencial destructor de las armas modernas es asombroso. Desde hace mucho tiempo los

superpoderes han tenido la capacidad de pulverizarse mutuamente muchas veces. Un solo submarino Tridente puede destruir 408 ciudades diferentes y separadas con una explosión cinco veces más fuerte que la de Hiroshima. Arma tras arma, sistema tras sistema, la capacidad de destrucción nos espanta. Nuestros preparativos para una guerra nuclear en nombre de la defensa amenaza a la misma gente que pretende proteger; también impide que los pobres del mundo puedan satisfacer sus necesidades básicas, tales como alimento, vivienda y salud. ¡Nuestra misma preparación para una guerra nuclear constituye pecado! Aun si de alguna manera evitáramos así una pesadilla nuclear, la construcción y despliegue de las armas nucleares es un escandaloso desperdicio de recursos mientras una cuarta parte del mundo vive en la miseria.

Muchas iglesias y cristianos individuales guardan un extraño silencio acerca de esta amenaza. ¿Qué tiene que ocurrir para que levantemos la voz? ¿Hablaremos cuando una cabeza nuclear pulverice una ciudad? ¿Qué diremos cuando nuestros hijos nos pregunten por qué permanecimos en silencio por tanto tiempo? La preparación para una guerra nuclear constituye una abominación contra Dios, pues él ama a todo el mundo.

En medio de la violencia que sacude al mundo entero, el llamamiento del Carpintero para que amemos a nuestros enemigos parece buen consejo. ¿No tiene más sentido aprender a vivir con nuestros enemigos que inmolarnos con armas nucleares al tratar de defender nuestra nación? Los cristianos en todas las naciones deben insistir que la locura en el nombre de la paz es, realmente, una muerte disfrazada. Una paz que mantiene a millones de personas esclavas del temor, no es paz. Una paz edificada sobre amenazas militares, fanfarronerías y bravatas, no es paz. Preservar la libertad bajo la amenaza del uso de armas nucleares, es en sí misma una esclavitud a la muerte.

El shalom de Dios se alcanza, no por medio del poderío militar, sino por medio del perdón. Llega, no por amenazas de violencia, sino por la negociación. La guerra destruye el shalom de Dios. ¡Los discípulos de Jesús rechazaron la guerra y su preparación sin ninguna objeción!

Preguntas para discusión

1. ¿Qué tipos de personas en nuestro mundo contemporáneo podrían representar al "samaritano" de la parábola de El buen samaritano?
2. ¿Cuáles son las implicaciones de la declaración que todo mundo es mi prójimo?
3. ¿El vocablo "prójimo" se refiere tanto a las personas individuales, como a los competidores comerciales?
4. Identifique las instancias en donde personas u organizaciones se exceden en la norma de reciprocidad.
5. ¿Es posible vivir el camino de ágape y tener éxito en una sociedad competitiva?
6. ¿Por qué muchas denominaciones e individuos colocan la lealtad nacional por encima de los valores del reino?
7. ¿Cómo explican muchos cristianos su participación en campañas y esfuerzos militares?
8. ¿Existen algunas condiciones en las que sea conveniente que los discípulos de Jesús usen la fuerza o la violencia?

10
LOS DE AFUERA, ESTAN ADENTRO

Cada oveja busca su pareja

En el último capítulo exploramos las enseñanzas de Jesús en relación a ágape. Pero, ¿cómo se traduce ágape en cuanto a la interacción social? Un refrán popular dice: "Cada oveja busca su pareja". La gente se asocia con sus homólogos. Disfrutamos de la compañía de las personas con quienes compartimos intereses. Nos sentimos mal en lugares ajenos a nosotros, o con gente cuya procedencia es distinta a la nuestra. Nos gusta la gente que piensa como nosotros pensamos. Y comenzamos a pensar como la gente a quien respetamos. Pero, ¿no se atraen los opuestos? Indudablemente, pero en un nivel emocional; pero en cuanto a creencias, los opuestos se repelen y los iguales se atraen.

Existen muchos factores sociales que unen a los seres humanos: ingresos, educación, ocupación, raza, religión, política, estilo de vida, familia, etnia y nacionalidad. Emigramos hacia la gente semejante a nosotros y nos sentimos cómodos con quienes tienen una educación igual a la nuestra. Es más fácil la conversación con personas que tienen ocupaciones similares. Es agradable estar cerca de aquellos cuyos puntos de vista social reflejan los nuestros. Buscamos la compañía de las personas que refuercen y apoyen nuestras ideas. Careciendo de varas de medir objetivas que confirmen nuestras ideas, hallamos seguridad entre amigos que concuerden con las nuestras. Las ideas extrañas pueden amenazar nuestras creencias y forzarnos a reubicar nuestras convicciones. ¡Hasta nos veríamos obligados a cambiar!

El principio de que "cada oveja busca su pareja" no sólo gobierna las relaciones personales, sino también moldea la interacción de grupo. La gente con formación educativa y trabajos similares, con frecuencia viven en la misma área. Con frecuencia podemos predecir la raza, ingresos y prestigio de trabajo según la gente viva "en las lomas", en "las colonias" o en las "áreas marginales". Podemos aventurar estimados bastante seguros de su estilo de vida, puntos de vista políticos y educación si sabemos que alguien vive en "Vista Hermosa" o en "El Sumidero". Las congregaciones y parroquias con frecuencia atraen a gente similar. Hay excepciones a estos patrones, pero esto no elimina el hecho de que en la mayoría de lugares, casi todo el tiempo, la mayoría de personas se agrupa con "pájaros de la misma loma".

El tablero de ajedrez social

Las comunidades humanas trazan líneas limítrofes. Crean fronteras que separan el bien del mal, lo limpio de lo sucio, el estigma del respeto, a los de adentro de los de afuera. Un tablero de ajedrez nos ayuda a visualizar las líneas que organizan la interacción social. Las casillas y líneas limitan y definen la interacción social. Tomamos café, jugamos fútbol, vacacionamos, cenamos, viajamos y nadamos con la gente de nuestros propias casillas o de las cercanas. Es muy raro relacionarse íntimamente con alguien cuya casilla esté al otro extremo del tablero. Tratamos a los miembros "de nuestra casilla" como amigos y prójimos. Invitamos a nuestra casa a la gente de casillas similares. Estos patrones familiares eliminan la preocupación de tratar con gente rara de los cuadros distantes. Este agrupamiento normal de las casillas sociales ordena la vida y la hace predecible.

Los individuos, al igual que los grupos, ocupan las casillas del tablero. La mayoría de las personas ocupan varias casillas. Soy padre, esposo, maestro, vecino y escritor. Algunas casillas las heredamos sin posibilidades de elección: raza, sexo y nacionalidad. Nos ubicamos en otras: ocupación, religión, política y educación. Cada casilla incluye ciertos derechos, privilegios y obligaciones. La definición social de una casilla determina, en gran parte, como

nos percibimos a nosotros mismos y cómo pensamos que los demás reaccionarán ante nosotros. El rótulo en cada casilla indica a los de afuera cómo debe relacionarse con el dueño de la casilla. Tomemos por ejemplo un uniforme de policía. Nos recuerda que los policías deben comportarse correctamente; pero ellos también esperan que cuando usan el uniforme, los ciudadanos se dirijan a ellos con respeto.

Jugando al ajedrez social

Llevamos en nuestra mente tableros de ajedrez social. Cuando conocemos a la gente la metemos en casilleros sociales. Es imposible recabar rápidamente información de cada nueva persona. Al carecer de datos personalizados, simplemente metemos a las personas en casillas, basados en su apariencia externa: blancos, orientales, haraganes, enfermera o camionero. En otras situaciones, más información puede permitirnos etiquetarlos como un fundamentalista, judío, buen tipo, nacido de nuevo, liberal, político, drogadicto u homosexual.

Además de encasillar a la gente, generalizamos acerca del comportamiento que esperamos de la gente que ocupa una casilla en particular, la estereotipamos. Asumimos que cierta persona se comporta como *pensamos* que la demás gente de esa casilla lo hace. Asumimos que los carismáticos tratan que la gente hable en lenguas; que los teólogos liberales, por supuesto, no creen en el nacimiento virginal de Jesús; que los portorriqueños son haraganes; que los negros viven del seguro social; que a los fundamentalistas no les importa la justicia social; que los republicanos son conservadores fiscales; que los judíos son avaros; que la gente rica es indiferente y dura; que los vendedores son marrulleros; que las mujeres son emocionales; que los adolescentes son irresponsables y que los padres son rígidos.

Cometemos grandes errores cuando jugamos al ajedrez social. Con facilidad metemos a las personas en casillas equivocadas. Nuestra generalización respecto al comportamiento con frecuencia surge del mito, y no de los hechos. Aun si un estereotipo es verdad, una persona en particular puede trascender los patrones asociados

con su casilla. El encasillar tiene efectos trágicos. Nos referimos a los demás por rótulos o etiquetas, en lugar de conocerlos como personas verdaderas. Resultamos evitando a ciertas personas porque su etiqueta dice que son sordos, ex-convictos, incapaces, prostitutas u homosexuales; sin embargo, encasillar a la gente no es totalmente dañino, pues estabiliza la vida social, haciéndola ordenada y predecible.

Jesús nos brinda el modelo de formas creativas de penetrar casillas. El cruza las líneas. Camina sobre las fronteras y trata con la persona verdadera. Menosprecia las reglas que gobiernan el ajedrez social en Palestina. Camina a través de las barricadas erigidas entre adversarios. Al caminar sobre el ajedrez social de su tiempo, pone muy poca atención a las señales de "No pasar" o "Manténgase fuera" que penden de los cuellos de muchos.

Jesús ignora las normas sociales de interacción social que especifican con quién podemos relacionarnos, en dónde y cuándo. Por cierto, cuando los herodianos y los fariseos tratan de atrapar a Jesús en el asunto de los impuestos, presentan su pregunta con adulación: "Maestro, sabemos que eres hombre veraz, y que no te cuidas de nadie; porque no miras la *apariencia* de los hombres, sino que con verdad enseñas el camino de Dios" (Marcos 12:14, énfasis añadido). En otras palabras, Jesús ignoraba las casillas sociales.

Estirpe de pura sangre

Una de las casillas que Jesús sacudió fue la pureza étnica. En la cultura palestina, la pureza racial era sumamente importante.[1] Nítidos árboles genealógicos demostraban la línea de sangre inmaculada. Con gran esmero la gente se cuidaba de no contaminar las líneas familiares por casarse con alguien de mala sangre. La estirpe pura no era únicamente un pasatiempo genealógico. Determinaba los derechos civiles particulares en la cultura hebrea. Una estirpe limpia era requerida para tener acceso a la corte de justicia y para desempeñar un cargo público. En resumen, un árbol genealógico puro era necesario para ejercer poder e influencia.

Los de pura sangre —sacerdotes, levitas y otros que podían comprobar su linaje puro— vivían en la cima del tablero de ajedrez. Una casilla más abajo estaban los judíos ligeramente deshonrados, con frecuencia descendientes ilegítimos de sacerdotes y prosélitos. En tercer lugar estaban los muy manchados —los bastardos, los eunucos y los hijos de padre desconocido. Los esclavos gentiles eran exiliados a una casilla especial, pues aunque hubieran sido circuncidados, no formaban parte integral de la comunidad judía. Relegados a la peor casilla en el tablero étnico estaban los samaritanos y los gentiles.

La casilla gentil

Traslapando estos estratos sociales estaban dos casillas importantes: la de los judíos y la de los gentiles. Los judíos trataban a los gentiles con la misma animosidad y desprecio que a los samaritanos. Los gentiles eran considerados inmundos intrusos. Eran paganos que contaminaban la pureza del ritual ceremonial hebreo. Los judíos evitaban a los gentiles, a quienes llamaban "perros salvajes". Tenían mucho cuidado de no permitir que los gentiles ensuciaran su vida diaria. El Antiguo Testamento declara que las bendiciones de Abraham alcanzarían a todas las naciones. En las primeras páginas de los libros de Moisés, los gentiles recibían la bendición divina; pero para el tiempo de Jesús, la visión se había desvanecido. Para la mayoría de judíos, los gentiles eran perros paganos que contaminaban la pureza judía.

En el capítulo anterior dejamos un acertijo sin resolver. Lucas registra que después del discurso inaugural de Jesús "Todos en la sinagoga se llenaron de ira; y levantándose, le echaron fuera de la ciudad, y le llevaron hasta la cumbre del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad de ellos, para despeñarle" (Lucas 4:28-29). ¿Qué provocó que la multitud explotara en ira? Jesús les había recordado que ningún profeta es acepto en su propia tierra y les relató dos historias. "Había muchas viudas en Israel en los días de Elías", dijo. "Y hubo gran hambre en toda la tierra; pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda en Sarepta de Sidón". Elías no fue enviado a una viuda judía de estirpe, sino a una viuda

gentil. El segundo relato tenía el mismo comienzo y final. Había muchos leprosos en Israel en tiempo de Eliseo, el profeta; pero fue Naamán, un sirio gentil, quien fue limpiado.

Este mensaje cercenó el orgullo judío. Pertenecer a Israel no confiere a nadie derecho especial para ser sanado. Tener una estirpe pura, no brinda a nadie ningún derecho especial para recibir el evangelio. Las nuevas del jubileo, son buenas nuevas para todos. En dos rápidos golpes Jesús cercena la etnicidad de la multitud y sacude su orgullo tribal.

El jubileo del Antiguo Testamento era aplicable únicamente a los hebreos. Los esclavos gentiles no eran liberados en el séptimo año. Los hebreos podían cobrar intereses sobre préstamos a gentiles. Los judíos querían que la venganza de Dios cayera sobre los gentiles. Ahora, en un abrir y cerrar de ojos, Jesús coloca a la comunidad gentil a la par de Israel.[2] En el reino al revés no existen las tarjetas de membresía exclusiva. El año agradable del Señor, el día de salvación, se aplica a *todos*. Jesús despedaza el patriotismo de la audiencia en la sinagoga. Sus palabras los hiere. Cortan tan profundo que la multitud trata de despeñarlo desde la cumbre de un monte.[3]

Las implicaciones son obvias. Los gentiles han subido a bordo. Una vez más, en el evangelio de Marcos, Jesús incluye a los gentiles en el reino. Entre Marcos 6:30 y 8:30 se encuentran señales simbólicas de la inclusión de los gentiles en el reino.[4] La secuencia comienza cuando Jesús alimenta a los cinco mil. Más adelante esa misma noche, camina sobre el agua y anuncia: "Soy yo". El Mesías está aquí. Este hecho asombra a los discípulos, pero no entienden su significado espiritual.

En seguida los fariseos disputan con Jesús debido a que él rehúsa lavarse las manos antes de comer. Luego Jesús entra al territorio gentil. Una viuda le rebate cuando rehúsa sanar a su hija. En su respuesta, ella le llama Señor. Asombrado que ella reconozca su señorío, echa fuera el demonio en su hija.

Ahora comienza una nueva secuencia. Jesús llega a una región gentil al este del lago de Galilea y sana a un sordomudo. Alimenta a otros cuatro mil. Surge otra controversia con los fariseos acerca de una señal y otra discusión con sus discípulos respecto al pan.

Jesús pregunta a sus discípulos si han entendido el significado de los números. Un ciego recibe la vista después de dos toques de Jesús. Después de esto es que Pedro declara: ¡Jesús es el Cristo!

Los incidentes en estos capítulos vienen de dos en dos: dos alimentaciones milagrosas, dos lados del lago, dos viajes en barco, dos discusiones acerca del pan, dos controversias con los fariseos, dos sanaciones, dos toques, se dan dos juegos de números en las dos alimentaciones. ¿Qué significan estos números?

La primera alimentación de cinco mil se realiza con cinco panes. Con las sobras se llenan doce canastos. Esto ocurre del lado oeste del lago, del lado judío. Hay cinco libros de Moisés y doce tribus de Israel. Esta es la alimentación para los judíos. Cada día se parte el pan para alimentar a los cinco mil hambrientos, sin embargo, el significado del pan es muy profundo. Es un pan profético. La misma vida del Mesías pronto sería partida por la vida de su propio pueblo judío. Después de esta milagrosa alimentación, Jesús anuncia cuando camina sobre el agua: "Yo soy" (Marcos 6:50). La misma declaración aparece en Exodo 3:14, cuando Dios declara "YO SOY EL QUE SOY". Según Marcos, Jesús está diciendo a sus discípulos que Dios Todopoderoso está aquí. ¡El Mesías está entre ellos! Si ellos hubieran entendido el simbolismo de esta alimentación prodigiosa, no se habrían asombrado al ver al Mesías caminando sobre el agua; pero no entendieron las señales.

En el siguiente episodio encontramos a los fariseos discutiendo con Jesús acerca de comer pan sin lavarse las manos. Ellos rechazan a este profeta que desprecia sus tradiciones ceremoniales. Entonces Jesús se va a la región de Tiro y de Sidón, tierra de gentiles (Marcos 7:24-30; Mateo 15:21-28). Trata de eludir el ojo público, pero una valiente mujer al reconocerlo le ruega que exorcice un demonio de su hija. Suplica a Jesús que eche fuera de su hija al demonio. El no le presta atención y se aleja, ella insiste. Finalmente, Jesús defiende su indiferencia con un proverbio judío: "No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos", es decir, a los gentiles. Jesús le dice que no es sabio compartir al Mesías judío con los gentiles. Pero ella, audazmente usa el mismo proverbio para argumentar: "Sí, Señor; pero aun los perrillos, debajo de la

mesa, comen de las migajas de los hijos" (Marcos 7:28). Lo llama Señor, y Jesús sana a su hija. El momento al revés, saturado de ironía y paradoja, ha llegado. ¡Una mujer gentil, entre toda la gente, le llama Señor!

En la alimentación de los cinco mil, Jesús anuncia simbólicamente su misión mesiánica. Tanto los discípulos como los fariseos están ciegos. Son sordos a las buenas nuevas; pero una mujer pagana gentil se percata que él es el Mesías. ¡Ella ve y oye! Después Jesús va a la región de Decápolis, formada por un círculo de diez ciudades gentiles. Ahí sana a un sordomudo, otra señal de que los gentiles pueden oír. Este milagro conduce a la segunda alimentación milagrosa.

Esta nueva alimentación está representada por un nuevo juego de números: siete panes, siete canastas de sobras, y cuatro mil personas alimentadas. ¿Es solamente otra alimentación? En contraste con la primera, este banquete se sirve en la parte oriental del lago, del lado gentil. Siete es el símbolo bíblico de la perfección, de la plenitud, de totalidad. Se ha completado el círculo del jubileo. El número cuatro representa los cuatro rincones de la tierra, el tiempo cuando del este, del oeste, del norte y del sur vendrán a comer al banquete de la salvación. En la segunda alimentación mesiánica, el pan es partido para toda la humanidad. Esta comida mesiánica, completa y perfecta, incluye a los gentiles y a todos los pueblos de la tierra.

La ironía se hace presente otra vez. Después de este incidente, los fariseos vienen a Jesús pidiéndole señal. En medio de toda esta simbología, ¡ellos no ven; tampoco oyen! Después de partir el pan judío para los cinco mil, los fariseos molestan a Jesús por no lavarse las manos antes de comer. Y ahora, después de alimentar a los gentiles ¡vienen a pedirle señal! Los discípulos, al igual que los fariseos, también están sordos y ciegos al significado simbólico de los números (Marcos 8:17-21).

Jesús trata otra vez. Un ciego clama que lo sane. Jesús lo toca y le pregunta si ve algo. El ciego responde: "Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan" (Marcos 8:24). Jesús le vuelve a tocar, y entonces ve con claridad. Dos toques: el primero da por resultado una visión borrosa, el segundo toque le devuelve

la vista, puede ver con claridad. Los fariseos y los discípulos veían borrosamente, y además tenían los oídos tapados. No escuchaban, ni veían el anuncio mesiánico.

Irónicamente, para la mujer gentil, todo era perfectamente claro, aun antes de la segunda multiplicación de los panes. De pronto, Pedro comienza a ver y a oír. Los números comienzan a tener significado, la nebulosidad se disipa. "Tú ..." dice lleno de estupor, " ... ¡Tú eres el Cristo!" (Marcos 8:29).

En el rico simbolismo de estos pasajes, Marcos destaca al abrazo de Jesús hacia los gentiles. Partes del mensaje surgen de las mismas palabras de Jesús, y partes fluyen del trabajo editorial de Marcos; pero el mensaje es claro. Jesús ha sacudido las casillas sociales: judíos y gentiles marchan de la mano al nuevo reino.

En otra instancia, un centurión romano que tenía bajo su mando a cien hombres, pide a Jesús que sane a su siervo (Mateo 8:5-13, Lucas 7:1-10). El centurión no se dirige directamente a Jesús en el relato de Lucas, pero deja claro que cree que Jesús puede sanar a su siervo, aun de lejos. La fe de este centurión impresiona a Jesús. Sin ir a la casa de este hombre, Jesús cura a su subordinado y exclama: "De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe" (Mateo 8:10).

Un oficial del ejército gentil da muestras de una fe más grande que la de los líderes religiosos de Israel. No cabe duda, ¡esto está al revés! Al final del incidente, Mateo registra que Jesús dice: "Os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos, mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes" (Mateo 8:11-12). En el reino al revés los gentiles acuden de los cuatro confines de la tierra, mientras que algunos hijos e hijas de Abraham quedan fuera del banquete.

Jesús conoció a otro gentil, el endemoniado gadareno. El vagaba por los campos de Gadara, tierra gentil al este del mar de Galilea. Marcos dice que el endemoniado adoró a Jesús y exclamó: "Hijo del Dios Altísimo". Después que Jesús exorciza a los demonios, dice al hombre: "Vete a tu casa a los tuyos, y cuéntales cuan grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido

misericordia de ti" (Marcos 5:19). Esto contrasta con las sanidades que Jesús realizó a favor de los judíos, donde advierte a los que había sanado ¡que no se lo cuenten a nadie!

Así pues, vemos a Jesús ministrando a tres gentiles: a la mujer sirofenicia, al siervo del centurión romano y al endemoniado gadareno. Estos no solamente eran gentiles; sino que el sexo, la política y la enfermedad también los estigmatizaba. Dos de ellos, la mujer y el endemoniado, confiesan que Jesús es el Mesías. El centurión recibe el "Galardón de la fe", y Jesús apremia al que había estado endemoniado a esparcir las buenas nuevas. ¡El reino está irrumpiendo entre los gentiles!

La visión gentil puede verse también en otros lugares de los evangelios. Jesús envía a setenta misioneros, que simbolizan la totalidad y la plenitud de su misión (Lucas 10:1). Instruye a los discípulos para que sean luz y sal, no sólo dentro del judaísmo, sino para todo el mundo (Mateo 5:13-14). Expulsa a los cambistas del atrio exterior del templo para que pueda ser una casa de oración para todas las naciones (Marcos 11:17). El viaje terrenal de Jesús comenzó y terminó en "Galilea de los Gentiles" donde sus discípulos recibieron el mandato final de ir y hacer discípulos entre todas las naciones (Mateo 28:19).

Hay otros que también testifican de la visión multiétnica del reino. Mateo considera que el ministerio de Jesús cumple las palabras de Isaías: "He aquí mi siervo, a quien he escogido; mi amado, en quien se agrada mi alma; pondré mi Espíritu sobre él ... y en su nombre esperarán los gentiles" (Mateo 12:18-21)[5]. El devoto Simeón, al ver al bebé en el templo, dijo: "Han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de *todos* los pueblos, luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel" (Lucas 2:31-32, énfasis añadido). Juan el Bautista preparó el camino en el desierto a fin de que "*toda* carne vea la salvación de Dios" (Lucas 3:6, énfasis añadido).

No cabe ninguna duda. El nuevo reino trasciende la casilla judía. Esto también es obvio en los Hechos de los Apóstoles. El concepto de Pablo de la justificación implica una reconciliación social entre judíos y gentiles en la comunidad de fe.[6] Las barreras

sociales entre judíos y gentiles se desmoronaron ante la presencia de Jesús, el Mesías, y se continuaron erosionando en la vida de la iglesia primitiva.

La casilla samaritana

Ya hemos observado la barrera que separaba a los judíos de los samaritanos. Jesús también sacudió esta pared étnica. Golpeando el orgullo judío, Jesús puso como ejemplo supremo del amor ágape a un "buen" samaritano. La implicación, desde luego, es que los samaritanos eran, por definición, "malos". Otro samaritano, a quien Jesús llamó extranjero, fue el único de los diez leprosos que volvió a dar gracias por su sanación. Este agradecido media-sangre fue el único que recibió las bendiciones de Jesús (Lucas 17:16-19).

Jesús rehusó acceder a los deseos de sus discípulos, los "hijos del Trueno", quienes le propusieron arrasar una aldea samaritana (Lucas 9:55). Algunos samaritanos habían exaltado el ánimo a los discípulos al negarle hospedaje a Jesús. Estos samaritanos, conscientes de su casilla, no podían permitir que un judío pernoctara en su aldea, especialmente si iba camino al templo rival en Jerusalén. Por lo tanto, lo echaron fuera. El último lugar en el que un rabino judío hubiera deseado ser hallado era en una aldea samaritana. Jesús, el rabino al revés, tomó la iniciativa de entrar a territorio samaritano. Con audaz irreverencia hacia las casillas sociales, Jesús conversa con una liviana mujer samaritana (Juan 4:7).

El registro es claro. Jesús no ignora a los samaritanos solamente por ser samaritanos. Voluntariamente se junta con ellos. Audazmente camina en su territorio, porque les ama.

La casilla femenina

Para nosotros es muy difícil comprender el pésimo status de la mujer en la cultura hebrea. La mujer se hallaba en lo más bajo de la pirámide social, junto con los esclavos y los niños. Las casillas masculina y femenina eran tan diferentes como el día lo es de la noche.[7] Una de las seis principales divisiones del Mishnah está

dedicada totalmente a regular la conducta de las mujeres. Ninguna de las otras divisiones, por supuesto, trata exclusivamente con el comportamiento de los hombres. La sección en el Mishnah relativa a la impureza tiene setenta y nueve párrafos legales sobre la contaminación ritual ¡causada por la menstruación!

Las mujeres eran excluidas de la vida pública. Cuando caminaban fuera de su casa, se cubrían con dos velos para ocultar su identidad. Un sacerdote jefe en Jerusalén, ni siquiera pudo reconocer a su propia madre cuando la acusó de adulterio. Las mujeres más conservadoras se cubrían aun en casa, ¡para que los curiosos no pudieran ver ni siquiera un cabello de su cabeza! No podían ser vistas en lugares públicos. La costumbre social prohibía que los hombres estuvieran solos con alguna mujer. Los hombres no osaban mirar a una mujer casada, o saludarla en la calle. Una mujer podía ser repudiada por mirar a un hombre en la calle. Las mujeres debían permanecer adentro de sus casas. La vida pública pertenecía a los varones.

Las jóvenes se comprometían en matrimonio alrededor de los doce años, y se casaban un año después. Un padre podía vender a su hija como esclava u obligarla a casarse con el varón de su elección antes de que tuviera doce años. Después de esa edad, ella ya no podía contraer matrimonio contra su voluntad. El padre de la novia recibía de su nuevo yerno una considerable cantidad de dinero en calidad de regalo. Debido a esto, a las hijas se las consideraba fuente de mano de obra barata y de utilidades.

En el hogar, la mujer quedaba confinada a los oficios domésticos. Virtualmente era esclava de su marido, y tenía que lavarle el rostro, las manos y los pies. Considerada igual que una esclava gentil, la esposa estaba obligada a obedecer a su marido como a un amo. En riesgo de muerte, la vida del esposo tenía prioridad sobre la de su mujer. Bajo la ley judía, sólo el esposo tenía derecho de pedir el divorcio.

La función más importante de la mujer era producir hijos varones. La ausencia de hijos era considerada como castigo divino. Había regocijo cuando nacía un niño; pero tristeza cuando nacía una niña. Una oración que los hombres entonaban diariamente decía: "Bendito sea Dios que no me hizo mujer".[8] La mujer era

víctima de la mayoría de los tabúes (exclusiones) contenidos en la Torah. Las niñas no podían estudiar la Santa Ley, la Torah. Las mujeres no podían entrar al lugar santísimo en el templo. No podían ir más allá que el atrio exterior designado para las mujeres. Durante su purificación mensual por la menstruación eran excluidas aun del atrio exterior.

A las mujeres les era prohibido enseñar. No podían pronunciar la bendición después de la comida. No podían ser testigos en los tribunales, pues generalmente se las consideraba mentirosas. Aun la estructura lingüística reflejaba el bajo status de las mujeres. Los adjetivos hebreos para "piadoso", "justo" y "santo" no tienen su equivalente femenino en el Antiguo Testamento.

Dentro de este contexto, Jesús a sabiendas transgredió la costumbre social al permitir que las mujeres lo siguieran públicamente.[9] La forma en la que él trataba a las mujeres implica que las consideraba como iguales a los hombres delante de Dios. Trastornando el orden establecido, declara que las prostitutas entrarán en el reino de Dios antes que los justos varones judíos (Mateo 21:31). La prominencia de las mujeres en los evangelios, así como la interacción de Jesús con ellas, confirma su irreverencia por las casillas de prejuicio contra la mujer. El no titubea en violar las normas sociales para elevar a la mujer a una nueva dignidad y a un status más alto.

Consideremos algunos ejemplos de la actitud al revés de Jesús hacia las mujeres. El ejemplo más impactante es su conversación con la mujer samaritana junto al pozo de Jacob (Juan 4:1-42). Samaria quedaba entre dos territorios judíos: Galilea al norte y Judea al sur. Los judíos que viajaban entre estas dos áreas, con frecuencia desviaban su camino para evitar que los samaritanos los atacaran.

En esta oportunidad, Jesús toma el camino más corto y camina a través de Samaria. Espera solo junto a un pozo, mientras que sus discípulos compran comida en un pueblo cercano. Una persona se aproxima con tres estigmas pendientes de su cuello: mujer, samaritana, y pecadora. Jesús le pide de beber y en una fracción de segundo derriba todas las normas sociales diseñadas para prevenir tal comportamiento.

Jesús no sólo está siendo amistoso con la mujer. Su sencilla petición cercena cinco reglas sociales. En primer lugar, Jesús viola las reglas territoriales. No tiene nada que hacer allí. Samaria queda fuera de la casilla judía. Jesús ha entrado a territorio enemigo y a una religión rival.

En segundo lugar, habla con una mujer. Los hombres no podían ni siquiera mirar a una mujer casada en público, mucho menos hablarle. Los rabinos decían: "El varón no debe platicar con ninguna mujer en la calle, ni siquiera con su propia esposa, mucho menos con otras mujeres, para evitar que los demás hombres murmuren".[10] Pues ésta era una mujer, pero Jesús le habla. Esto lo hace vulnerable. Cualquiera que lo viera podría arruinar su reputación; pero a él no le importa. A él le importa más la persona que su propia reputación.

En tercer lugar, ésta no es cualquier mujer. Es alguien que está viviendo con su sexto amante. Es una coqueta resbalosa. Todos en el pueblo saben como es. Los rabinos y los hombres santos eluden a tales mujeres. Jesús no huye. Corre el riesgo; expone su carrera al pedirle de beber.

En cuarto lugar, no sólo es promiscua, sino que también es samaritana. Los rabinos judíos decían que las mujeres samaritanas menstruaban desde la cuna y que, por lo tanto, eran perpetuamente inmundas. Las normas sociales judías eran claras: No las mires. Evítalas. Actúa como si no existieran. Jesús audazmente derriba las barricadas sociales y entabla conversación con ella.

Finalmente, y lo peor de todo, Jesús deliberadamente se contamina. Bajo la creencia que las mujeres samaritanas menstruaban desde la cuna, ella era inmunda y todo lo que ella tocara se volvía inmundo. Todo un poblado judío era declarado inmundo si una mujer samaritana entraba a él. Al pedirle el agua que ella había tocado, Jesús intencionalmente se contamina. La regla religiosa decía: "Aléjate todo lo que puedas de las cosas inmundas". Su breve solicitud hacía escarnio de las normas relativas a la pureza. Jesús estaba totalmente fuera de lugar, hacía lo equivocado con la persona equivocada en el lugar equivocado. Sí, el simple hecho de decir: "Dame de beber", derribó cinco normas sociales que aprisionaban a esta mujer en una estrecha casilla cultural.

Tal conducta sin precedentes asombró a la mujer y a los mismos discípulos. Dice la samaritana: "¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana?" Cuando los discípulos regresaron, "se maravillaron de que hablase con una mujer" (Juan 4:9- 27). Tal conversación arrasaba con las trampas sociales que separaban a la gente y las encerraba en casillas.

Todo comenzó con el agua, que es uno de los elementos de vida que todo ser humano necesita, sin importar en qué casilla se encuentre. En relación al agua, todos somos iguales. Como el agua viviente, Jesús brinda vida para todos. No hay otra persona en los evangelios que haya recibido una revelación privada de su identidad mesiánica. Jesús se revela a sí mismo, no al jefe de los sacerdotes en Jerusalén, no a los miembros del sanedrín, no a los escribas, sino a esta promiscua mujer mestiza. Ella le pregunta respecto al Mesías. Y Jesús, tiernamente responde: "Yo soy, el que habla contigo".

¡Totalmente al revés! Una corrompida mujer profesante de una religión rival recibe el incomparable honor de escuchar al Mesías identificarse a sí mismo en primera persona. Jesús no solamente cercena las barreras sociales al pedirle de beber; sino que eleva a esta mujer inmunda al privilegiado lugar santísimo y en voz baja declara: "Yo soy el Mesías". Esto es ¡sencillamente asombroso!

Este milagro mueve a los samaritanos de aquella ciudad y ruegan a Jesús que se quede con ellos. Lo increíble sucede. Los enemigos disfrutan de compañerismo y comen juntos. Muchos creen. Como resultado, cambian de templo: no del monte Gerizim a Jerusalén, sino al templo del espíritu y de la verdad. Y es esta nueva iglesia de samaritanos mestizos la que declara: "Verdaderamente, éste es el Salvador del mundo, el Mesías" (Juan 4:42). No el Salvador de los judíos, sino el Salvador de *todos*. Jesús arranca de sus casillas a los despreciados, a los forajidos, a los enemigos, y los eleva a un nivel de personas y a una dignidad sin precedentes en su extraño reino.

En otro encuentro con una mujer, nuevamente encontramos las cosas al revés. Una prostituta unge a Jesús cuando él come con los fariseos. El término "Mesías" significa "El Ungido". Jesús, el

Mesías, es ungido por una mujer, quien además es prostituta. La mujer, anonadada por el amor perdonador de Jesús, toma el manchado perfume de su profesión (equivalente a un año de salarios), y unge con él a Jesús. El perfume se usaba para preparar los cuerpos para la sepultura. Esta mujer proscrita, simultáneamente unge al Mesías y apunta hacia su muerte. ¡Una mujer tuvo el honor de ungir al Mesías! ¡Las casillas religiosas otra vez son hechas añicos!

En otra ocasión, una mujer que tenía doce años de padecer de hemorragia (Marcos 5:25-34) toca a Jesús. Marcos registra que ella había sufrido demasiado de mano de muchos médicos, que había gastado todo su dinero, y que cada vez estaba peor. Tal persona era considerada inmunda y ceremonialmente impura. Las leyes acerca de la pureza en el Antiguo Testamento la consideraban como una menstruante perpetua (Levítico 15:26-27). Si ella tocaba a alguien, lo infectaba. Es más, cualquiera que tocara lo que ella tocara, se contaminaba. Y la contaminación sólo podía quitarse por medio del lavatorio ceremonial. En Jesús, ella encuentra una actitud diferente. En un osado movimiento, toca el borde de su manto y es sanada.

Un típico rabino habría maldecido a esa sucia y atrevida mujer. Luego se habría apresurado a lavarse ceremonialmente. Pero Jesús la invita a acercarse, no para reprenderla, sino para bendecirla. "Hija, tu fe te ha hecho salva; vé en paz, y queda sana de tu azote" (Marcos 5:34). Jesús comprende su agonía. A pesar de su estigma social, él la ama.

En otro episodio, Lucas registra la compasión de Jesús por una viuda, cuyo único hijo había muerto y lo llevaban a enterrar. Cuando un hombre moría, sus propiedades pasaban a su hijo mayor, no a su viuda. Si no hubieren hijos, el hermano menor del difunto esposo con frecuencia se casaba con la viuda; pero ella podía rehusarse. En tal caso, la viuda tenía que vivir de la caridad pública, sin ningún medio para sostenerse. La muerte del hijo único de esta viuda, significaba inseguridad económica para ella, posiblemente pobreza. Jesús, movido a compasión, resucita a su hijo.

Parece que Lucas pone un interés especial en la relación de Jesús con las mujeres. Así que nos relata otra historia (Lucas 10:38-

42). Jesús está por cenar con Marta y María. Como una buena ama de casa judía, a Marta la absorben sus deberes en la cocina. Las mujeres eran sirvientas en su casa; no podían estudiar la Torah, ni conversar con rabinos. María se aparta del papel cultural prescrito. Se olvida de la cocina y disfruta de las enseñanzas de Jesús. Esto irrita a Marta. Lo inapropiado de la conducta de María, y la doble tarea que Marta tenía que cumplir en la cocina, la enoja.

En pocas palabras, Jesús define en forma nueva el papel de la mujer judía. Amonesta a Marta por disgustarse por el desvío de María. María, dice, ha escogido "la mejor parte". Ella es totalmente humana, tiene derecho a pensar, a escuchar un discurso intelectual. El mensaje es claro: las mujeres pertenecen a la casilla humana. Son más que sirvientas domésticas.

Algunas mujeres acompañaban al grupo de discípulos de Jesús. María Magdalena, Juana y Susana estaban entre las muchas mujeres que lo acompañaban mientras él predicaba las buenas nuevas del reino. Las mujeres ayudaban al sostenimiento económico de los discípulos (Lucas 8:1-3). La palabra griega usada en este pasaje sugiere que las mujeres eran diaconisas.

Al permitir que las mujeres viajaran con él públicamente y que escucharan sus enseñanzas, Jesús trastornaba los prejuicios sociales. La costumbre dictaba que las mujeres no podían andar en lugares públicos excepto para hacer mandados domésticos. No podían pasear por el campo. No podían estudiar, ni mucho menos discutir acerca de asuntos religiosos.

Finalmente, era sospechoso, desde el punto de vista sexual, que hombres y mujeres viajaran juntos. Los rabinos jamás permitían que las mujeres los siguieran o escucharan sus enseñanzas. Un maestro dijo que era mejor quemar la ley, que permitir que una mujer la estudiara. Al permitir que las mujeres se unieran al equipo de discípulos, Jesús quebrantó el protocolo social y religioso. Las casillas femeninas se desmoronan en el reino.

Por cierto, las mujeres de las que nos hablan los evangelios, fueron las discípulas más fieles. A pesar que Pedro juró que jamás se acobardaría, negó cualquier asociación con Jesús hasta que cantó el gallo. Los discípulos salieron huyendo cuando Jesús fue apresado

en Getsemaní (Marcos 14:50); pero las mujeres lo acompañaron hasta el amargo final. Los cuatro evangelios anotan que las mujeres, que le siguieron desde Galilea, fueron testigos de la sangrienta crucifixión (Mateo 27:55; Marcos 15:40; Lucas 23:49; Juan 19:25). Las mujeres no abandonaron a Jesús en el momento de crisis, y recibieron su recompensa. La resurrección fue anunciada primero a ellas. María Magdalena fue honrada al ser la primer persona en ver a Jesús después de la crucifixión (Juan 20:11-18). Cuando los discípulos oyeron el reporte de que Jesús estaba vivo, "les pareció locura las palabras de ellas, y no las creían" (Lucas 24:11).

El momento al revés vuelve a aparecer en escena. Las mujeres, excluidas de las cortes de justicia judías por considerárseles mentirosas, son las primeras testigos de la resurrección. "Las mentirosas" son las que certifican, dan fe de la triunfante resurrección. A ellas se les confiere el honor de anunciar la victoria. Las mujeres, consideradas poco confiables, se convierten en heraldos del reino al revés; mientras que los discípulos varones rehúsan creer en la noticia de la resurrección.

Además de sus encuentros personales con mujeres, Jesús también las incluye en su enseñanza. En un capítulo anterior, lo vimos alabar a una viuda y ponerla como ejemplo en la acción de ofrendar. Usa cuadros imaginativos femeninos para describir su compasión por Jerusalén. "¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!" (Mateo 23:37). En otra instancia, Jesús compara a Dios con una mujer buscando una moneda (Lucas 15:8-10). Los intérpretes masculinos han puesto más énfasis en la moneda perdida; pero esta moneda tiene otra faceta. Dios es como una mujer que busca con diligencia, que no se da por vencido hasta encontrar lo que busca.

Por palabra y por obra, Jesús confiere una nueva dignidad a la mujer. Una lo reconoció como Señor (Mateo 15:22-28). A otra le revela su identidad mesiánica (Juan 4:26). Una mujer es la única persona que lo unge como Mesías (Lucas 7:38). Y las mujeres, entre toda la gente, son las escogidas para ser las primeras testigos

de la resurrección. En una cultura dominada por los hombres, estas fueron señales poderosas de que las mujeres habían llegado a un nuevo status en el reino al revés.

Otros de afuera

El llamamiento de los doce apóstoles ofrece una instancia fascinante de rompimiento de casillas. Entre este grupo heterogéneo encontramos a Mateo, ex-cobrador de impuestos. Los recaudadores de impuestos trabajaban para los romanos, y eran considerados traidores, especialmente por los patriotas rebeldes.

En contraste hallamos a otros discípulos como Simón el Zelote (Lucas 6:15) y a otros antiguos rebeldes, o simpatizantes de sus ideas políticas. Entre los posibles candidatos de este grupo podrían estar Santiago y Juan, los "Hijos del Trueno", Judas Iscariote y Simón Pedro.

De cualquier manera, Simón el Zelote posiblemente era un celoso rebelde político, ansioso de usar la violencia contra los romanos y que probablemente hostigaba a los recaudadores de impuestos como Mateo.

Cuando Mateo dejó de recaudar impuestos para seguir a Jesús, lo dejó todo (Lucas 5:28). El hecho de unirse al grupo de discípulos demandaba arrepentimiento y un cambio de lealtad. Mateo, el publicano, y Simón el Zelote provenían de extremos opuestos en el tablero de ajedrez político.

Ahora los oponentes políticos caminan y duermen juntos. ¡Algo jamás visto! ¡Increíble! Qué poderoso testimonio ocurre cuando Jesús es Señor. Todos los viejos rótulos y etiquetas se desprenden. Antiguos enemigos trabajan juntos como amigos bajo el señorío de Jesús.

Los adversarios políticos también se reúnen en la cruz de Jesús. Los forajidos y los que obedecen la ley se hallan frente a frente, con Jesús entre ellos. Uno de los criminales crucificado al lado de Jesús se conmueve ante su amor perdonador. Este sedicioso cree y pide a Jesús que se recuerde de él. Ese mismo día, le asegura Jesús, estará en el paraíso (Lucas 23:43). La crucifixión anonada al centurión romano, al exterminador de rebeldes judíos.

Aterrorizado exclama: "¡Verdaderamente éste era el Hijo de Dios!" (Mateo 27:54).

Las casillas de ocupación, de poder y de riqueza con frecuencia se traslapan. Jesús camina sobre el tablero de ajedrez de Palestina sin cuidarse de la rotulación social. Conversa con Nicodemo, principal entre los fariseos. José de Arimatea, un rico y silencioso simpatizante, dona una tumba. La hija de Jairo, el principal de la sinagoga es sanada. La petición del centurión es satisfecha. Zaqueo tiene un invitado de honor. Los doctores de la ley debaten con él. El joven rico conversa con Jesús. Magos, astrólogos del este, visitan el pesebre. Hombres de riqueza, prestigio e influencia lo buscan. Ellos perciben una amplitud de criterio poco usual. Jesús los acepta, a pesar del rótulo de su casilla social.

Jesús también interactúa con los pobres. Los pastores, al igual que los magos, visitan el pesebre. Pastorear ovejas era una ocupación sucia y despreciable. Los ricos que vivían en Jerusalén empleaban pastores para cuidar sus rebaños en el campo; pero no les tenían confianza, pues eran considerados sinvergüenzas porque con frecuencia conducían sus rebaños a pastar a la tierra de otras personas. A veces vendían la leche y a los animales jóvenes, a espaldas del patrón, y se embolsaban el dinero. Era prohibido comprarles lana, leche y cabritos porque con frecuencia se quedaban con el dinero. Algunos rabinos decían que el pastoreo era la ocupación menos respetable.[11]

De manera que lo inaudito ya no debe sorprendernos. Las buenas nuevas de la encarnación de Dios son anunciadas, no al jefe de los sacerdotes en el templo de Jerusalén, sino a pastores inescrupulosos en los campos de Belén.

Desde el principio hasta el final, el hilo de la inversión e ironía está entretejida a lo largo del evangelio. María cree al ángel, pero Zacarías duda del mensaje del ángel. Son los pastores los que primero escuchan las buenas nuevas. Son mujeres las primeras testigos de la resurrección. En forma de parábola Jesús compara a Dios con un pastor quien supera todo obstáculo hasta encontrar una oveja perdida. Jesús se llama a sí mismo El buen pastor. Los anteriormente estigmatizados oficios reciben honor en el reino al revés.

Jesús acompaña a pescadores que tienen muy poco prestigio. El mismo es un respetado carpintero, pero pasa la mayor parte de su tiempo con las masas: los pobres y los enfermos. A pesar que se relaciona con toda clase de personas, los evangelios nos muestran su inequívoca consagración a los estigmatizados sociales. El pueblo de Jesús está formado por los endemoniados, los ciegos, los sordos, los cojos, los enfermos, los paralíticos, las prostitutas, los recaudadores de impuestos, los pecadores, los adúlteros, las viudas, los leprosos, los samaritanos, las mujeres y los gentiles. Jesús ensancha el tablero de ajedrez hebreo, pero su enfoque primario está sobre los proscritos. Estos eran los inservibles sociales, que habían sido arrojados en la pila de los desechos humanos. En lugar de escupirles, como lo hacía el resto de la sociedad, Jesús los toca, los ama, y los llama pueblo de Dios.

Las palabras de Jesús subrayan su consagración. Una y otra vez, Jesús menciona al mismo catálogo de personas: los pobres, ciegos, los cojos, los oprimidos. Ellos son mencionados en su sermón inaugural. Los nombra cuando los discípulos de Juan el Bautista le piden que compruebe su identidad. Los recibe con beneplácito en su banquete cuando los invitados rehúsan asistir. El nos dice que cuando hagamos fiesta, los invitemos a ellos, no a nuestros amigos.

En el juicio final, la escena vuelve a aparecer. La gente es recompensada o condenada por la forma en que ha respondido a la necesidad de los hambrientos, de los sedientos, de los desnudos, de los forasteros, de los prisioneros y de los enfermos (Mateo 25:31-46). En el oriente, estos adjetivos evocan imágenes de muerte.[12] Estos son individuos sin esperanza. Para ellos la vida es demasiado miserable para ser llamada vida, estarían mejor muertos; pero Jesús les da vida, abre sus oídos, caminan, hablan, son sanados, los purifica y los liberta. Estas imágenes de transformación constituyen señal de que la era de la salvación ha llegado. El Mesías está aquí. La restauración es completa. Ahora es el año agradable del Señor.

El espíritu de Jesús penetra las casillas sociales. Las barricadas de desconfianza, estigmatización y odio se derrumban ante su presencia. El nos llama a ver a los seres humanos que existen detrás de los rótulos de estigmatización social. Su reino trasciende

todas las fronteras. El recibe con beneplácito a la gente de todas las casillas. Su amor sobrepasa las costumbres sociales que dividen, separan y aíslan.

Jesús recibe a *todos*. Esto está en el corazón del evangelio. La reconciliación es el meollo del evangelio. Derrite las barreras espirituales entre los humanos y Dios y disminuye las barreras sociales entre los diversos pueblos. El ágape de Jesús alcanza a las personas encasilladas, diciéndoles que el amor de Dios lava su estigma y los recibe en una nueva comunidad.[13]

El perro y su cola de tablero de ajedrez

Una vez más nos enfrentamos a la cuestión del perro y su cola. ¿Cómo se relacionan el perro (la fe) con su cola (la interacción social)? ¿Ejerce la fe alguna diferencia en nuestras relaciones sociales? ¿O son los patrones sociales acostumbrados los que mueven nuestra teología? ¿Nos mueve nuestra fe hacia las casillas marcadas "Manténgase fuera" y "Estigmatizado", o jugamos al ajedrez social como todo mundo, interactuando solamente con nuestros iguales y cortésmente obedeciendo la señal de "No pasar" que cuelga alrededor del cuello de la gente diferente a nosotros? ¿Nos apartan de los demás nuestros slogans piadosos, tales como "A cada cual lo suyo", o "Nunca confíes en un extraño?" Cuando esto ocurre, en lugar de que el perro mueva la cola, la cola (la costumbre social) mueve al perro (la fe).

Dios nos ha creado como seres sociales. Encasillar y rotular a los demás es un proceso social natural. Esto organiza la vida social y la hace predecible; pero estas rutinas sociales pueden envilecerse cuando deshumanizan a los demás. El Espíritu Santo puede redimir nuestras actitudes y capacitarnos para ver a la gente detrás de los rótulos. En esta forma, Dios transforma nuestra interacción social. Esto no significa que podamos vivir sin las casillas. Significa que no permitiremos que la rotulación social obstruya nuestro genuino cuidado por los demás.

¿Cómo se relaciona el pueblo de Dios entre sí? ¿Cómo son transformadas nuestras relaciones sociales? ¿Asignamos categorías a los demás como lo hace toda la gente? ¿Han invadido la iglesia

los territorios sagrados y los rótulos estigmatizantes? Muchos de los rótulos que adquirimos fuera de la iglesia logran entrar en ella también. Con frecuencia nos relacionamos con los otros miembros del cuerpo de Cristo sobre la base de sus rótulos sociales. Se convierten en doctores, secretarias, profesores, mexicanos, estudiantes, republicanos o mujeres, en lugar de miembros de la familia de Dios. Estos rótulos externos con frecuencia moldean nuestra interacción, aun dentro de la iglesia.

En la iglesia se forman redes informales alrededor de los intereses ocupacionales, educacionales y teológicos. Los carismáticos se agrupan. Los miembros del club campestre local se reúnen y conversan después del servicio de adoración. Los estudiantes se mantienen unidos. Los ancianos se sientan siempre en la misma sección de la iglesia. Los deportistas también se agrupan. Los "miembros consagrados" involucrados en el trabajo de comités de la iglesia interactúan entre ellos. Emergen grupos y corrillos. El número y tipo de los subgrupos varía de iglesia en iglesia. Un observador cuidadoso puede detectarlos en virtualmente todo escenario religioso. Bajo la superficie, estas redes informales regulan la interacción social de la vida congregacional.

La formación de estos subgrupos no es del todo mala. Aun los pájaros maduros de la misma loma se agrupan. Necesitamos lazos comunales para sentirnos seguros; pero también necesitamos redimir y transformar los grupos sociales en nuestras congregaciones. Ellos nos ofrecen la ansiada seguridad, pero también pueden fragmentar la vida congregacional. Pueden convertirse en ghettos divisorios de murmuración y de tertulias exclusivas. Las controversias relacionadas al liderazgo pastoral, a los edificios, a la teología, al curriculum educacional y cosas semejantes, surgen de estos subgrupos.

Hay varios pasos que pueden apresurar la redención de los grupos divisorios. En primer lugar, necesitamos reconocer abiertamente estas agrupaciones informales y su inevitabilidad.

En segundo lugar, los ministerios de enseñanza y predicación debieran llamar a la gente a una fe común en Jesucristo, a una fe que trascienda las ataduras sociales. ¿Nos mantenemos unidos debido a que nuestro vínculo común de la unidad en Cristo es más

fuerte que el pegamento social? Lo genial del evangelio radica precisamente en esto: que diferentes personas, provenientes de toda la gama de casillas, hallan su reconciliación en Jesucristo.

Esto no significa que la gente brinque completamente fuera de sus casillas. Significa que en el nuevo reino, las casillas sociales se relacionan complementándose. Los compañeros cristianos se percatan que se necesitan mutuamente. Los intelectuales necesitan de los carismáticos. Los fundamentalistas necesitan a los activistas sociales. Los jóvenes necesitan de los viejos. La naturaleza complementaria de los diferentes grupos edifica a toda la comunidad, de manera que todo el cuerpo madura en Jesucristo. La analogía que el apóstol Pablo hace del cuerpo, se aplica tanto a los subgrupos como a los individuos. Los agrupamientos sociales se necesitan unos a otros para mantener el equilibrio.

En tercer lugar, como individuos, podemos buscar formas para cruzar las fronteras establecidas. Podemos aventurarnos fuera de nuestras casillas. Podemos sentarnos en diferentes bancas en el servicio de adoración. Invite a las personas de otras casillas a su casa. Unase a las actividades de la iglesia. Visite a los individuos cuyas etiquetas difieran de las suyas.

Finalmente, para abrir nuestras casillas podemos alterar los patrones de la vida congregacional. Para llegar detrás de las máscaras y de los rótulos es necesario dedicar tiempo a la interacción social. Retiros en el campo, de uno o varios días, son una forma excelente para descubrirse unos a otros. Se cruzan más casillas en un retiro de tres días que en cincuenta y dos domingos sentados en las bancas. Los proyectos de trabajo pueden involucrar una gran variedad de edades.

En esta era de especialización, la iglesia ha desarrollado actividades de todo tipo para cada necesidad específica: ancianos, adolescentes, padres adoptivos, solteros, lisiados, profesionales, etc. Aunque esto es muy útil y bueno, también tenemos que crear deliberadamente oportunidades para que todos puedan mezclarse en la vida congregacional.

Una congregación alteró la rutina de su escuela dominical. Durante un trimestre al año, todos los que cumplían años en el mismo mes, recibían clases juntos, por ejemplo: todos los que

habían nacido en octubre, se reunían por doce domingos. En esta forma, jóvenes y viejos, varones y mujeres, conservadores y liberales, estudiaban juntos. El resto del año, regresaban a sus clases típicas. Este creativo proyecto promovió la reconciliación de las casillas y enriqueció la vida común de todo el cuerpo.

Aunque debemos abrir las puertas que nos separan de los demás, necesitamos de las casillas sociales para nuestro bienestar emocional. Necesitamos de la red de personas dispuestas a escuchar nuestras frustraciones, dudas, enredos y temores. Usualmente hallamos aceptación entre los que se parecen más a nosotros. Ellos comprenden y se interesan mejor porque pueden identificarse con nuestros problemas. Aunque Jesús caminó por todo el tablero de ajedrez de su tiempo, se relacionó más estrechamente con un círculo íntimo de tres. Pedro, Santiago y Juan fueron testigos de la transfiguración y estuvieron más cerca de Jesús en Getsemaní. Nosotros también necesitamos de la cercana amistad de otros semejantes a nosotros, mientras usamos nuestros dones especiales para ministrar a todo el cuerpo. Necesitamos una tensión saludable entre nuestra tendencia natural de refugiarnos entre nuestros homólogos, y el mandato de Jesús de aceptar a los demás sin fijarnos en su status.

Desencasillando a las iglesias

Las casillas sociales también juegan un papel importante en la comisión de la iglesia de evangelizar. Las iglesias, así como la gente, ostentan rótulos. Las denominaciones tienen identidades históricas únicas. Los fundadores denominacionales son estimados. Sus himnos, libros y credos articulan la historia de una denominación determinada y su contribución única a la iglesia universal. Algunas denominaciones tienen museos y conducen expediciones turísticas a sus sitios históricos. Las escuelas denominacionales, sus publicaciones y sus conferencias anuales agudizan la conciencia de la gente. Así emerge la imagen de una denominación particular. Los católicos actúan de esta y esta manera. Un buen presbiteriano debiera pensar así y así.

Ciertas palabras específicas adquieren significados secretos en la cultura de una denominación en particular, conocidas únicamente por sus miembros, por ejemplo: "confirmación", "la segunda obra de la gracia", "neo-evangelismo", y "discipulado". Este código de palabras agita las pasiones de los miembros que conocen su significado secreto, pero no tienen ningún significado para los de afuera. Es normal y natural que las iglesias cultiven un sentido de solidaridad e identidad común. Esto agudiza el sentido de pertenencia de los participantes. Ellos saben quienes son, de donde vienen, y a donde van. Los miembros tienen un lugar, un grupo — forman un pueblo.

Esta etnicidad religiosa, como la llaman los sociólogos, también crea problemas; puede convertirse en idolátrica, demandando más respeto que las mismas Escrituras, empañando la centralidad de Jesucristo. El Jesús bíblico puede convertirse con facilidad en un Jesús denominacional. Se convierte en nuestro Salvador bautista, nuestro Señor menonita. El pegamento denominacional puede obstruir el intercambio libre del amor y la cooperación entre las denominaciones.

Lo que es más serio, el encasillamiento denominacional puede impedir que otros entren al reino. Ya hemos oído la acusación de Jesús contra los fariseos. Demasiado pegamento denominacional asusta a los de afuera. Las palabras extrañas, los ritos raros y las tradiciones obsoletas oscurecen la señal de bienvenida. Una identidad teológica fuerte es esencial para una iglesia vigorosa, pero debemos equilibrarla con programas que den la bienvenida a los que llegan por primera vez.

Uno de los dilemas que enfrentan las iglesias en crecimiento es que cada oveja busca su pareja. La gente de bajos ingresos se siente cómoda en congregaciones de su nivel. Las congregaciones ricas atraen a individuos que vienen de la clase alta. Los hispanos se sienten más a gusto en servicios de adoración enraizados en la cultura hispánica. Los profesionales emigran a congregaciones que fomentan un intercambio intelectual elevado.

¿Debieran las congregaciones enfocar sus esfuerzos en vecindarios homogéneos que armonicen con el perfil racial, social y económico de la congregación? Esta es una buena estrategia si

lo que se busca es aumentar la asistencia. Aunque la ruta más fácil para el crecimiento estriba en atraer gente similar, es urgente no perder el mensaje de reconciliación. No constituye un gran desafío reunir al mismo tipo de gente. Ocurre todo el tiempo en toda clase de organizaciones y clubes de servicio. Si el evangelio transforma las relaciones sociales, si la iglesia es más que otro Club Rotario, es preciso que la reconciliación espiritual y social vaya a la vanguardia del ministerio.

Lo maravilloso del evangelio es que cuando la gente vive bajo el señorío de Jesús, experimenta una nueva unidad que trasciende las casillas sociales. El verdadero crecimiento de la iglesia hace acopio de lo mejor de la ciencia social para atraer a diferentes tipos de personas bajo un mismo Señor. Un evangelio que solamente atrae a gente similar, empaña las buenas nuevas que derriban la pared de separación entre judíos y cristianos, entre varones y mujeres, entre blancos y negros. Esto no significa que ignoremos las características sociales, todo lo contrario; las valorizamos como verdaderos ingredientes de la vida congregacional. Necesitamos buscar el delicado equilibrio entre igualdad y diferencia. Nuestra tendencia natural es agruparnos con ovejas semejantes a nosotros. Las buenas nuevas de Jesucristo, sin embargo, reciben con beneplácito a todos, sin importar la calidad o color de su lana.

Preguntas para discusión

1. ¿De qué maneras opera en su vida el principio de "cada oveja busca su pareja"?
2. Considere a las personas a quienes usted ha invitado a su casa durante los últimos seis meses. ¿Cuántos de ellos provienen de diferentes casillas que la suya?
3. Identifique algunas de las casillas estigmatizadas en su comunidad. ¿Cómo puede su iglesia abrir nuevas puertas a estas personas y grupos?
4. ¿Qué clase de casillas existen en su iglesia? ¿Cómo podrían atenuarse?
5. ¿Qué reglas de etiqueta social podrían violar los ciudadanos del reino al revés si tomaran las casillas sociales menos seriamente?
6. ¿En qué ocasiones se ha sentido unido en forma especial a personas de diferente trasfondo cultural debido a su fe común en Jesucristo?
7. ¿Cuáles son algunas de las formas en las que la iglesia puede lograr el delicado equilibrio entre igualdad y diferencia?

11
LO BAJO ES ALTO

La escalera social

En el último capítulo contemplamos la interacción humana sobre un tablero de ajedrez. La vida social, sin embargo, no se desarrolla en un plano horizontal. El tablero de ajedrez social lo debemos visualizar en forma vertical, con sus casillas apiladas una encima de la otra, como los apartados postales en la oficina de correos. Unas casillas están considerablemente más altas que otras. Capturamos esta dimensión vertical de la vida cuando hablamos de apilar órdenes y de escaleras sociales. Tales palabras son muy descriptivas y reflejan el hecho que la sociedad no es plana. La gente no es igual. Algunos son más importantes y distinguidos que otros. La estratificación es un término técnico que se aplica a la jerarquización social. Este capítulo explora las perspectivas cristianas acerca del poder y de la estratificación.

Hay quienes prefieren sonreír dulcemente y pensar que, después de todo, todos somos iguales; pero si meditamos un poco, nos convenceremos que la estratificación existe. Un padre orgulloso porque su hija se ha graduado de abogado, comparte entusiastamente la noticia con sus amigos. Pero el mismo padre se avergüenza cuando cuenta que otro de sus hijos ya no quiere seguir estudiando la secundaria.

Enfrentémoslo. El que ocupa un puesto en un comité ejerce más poder que los miembros comunes. En el ámbito denominacional, los episcopales gozan de más prestigio que los pentecostales. Los judíos, como grupo étnico, tiene más influencia

en la política norteamericana que los amish. Naciones, iglesias, grupos étnicos, ocupaciones y personas son jerarquizados y ocupan un rango particular en nuestra mente. El apilamiento emerge en todas las sociedades. Está profundamente enraizado en la experiencia humana en todo el mundo.

Los rangos sociales disminuyen el valor de algunas personas y añaden valor a otras. Valorizamos a la gente por su habilidad para realizar un trabajo determinado. Los presidentes, los doctores y los gerentes son valiosos. Los lustrabotas, lavaplatos y mecanógrafos no lo son tanto.

Nuestro ingreso semanal subraya esta dura realidad. Se nos paga de acuerdo a valores determinados socialmente. Nuestra paga nos recuerda cuánto valemos. Es difícil establecer la diferencia entre nuestro *valor como personas* y nuestro *valor económico*. Vemos a los demás según el valor económico del salario que devengan. Podemos *decir* a una persona que es muy importante, pero si le pagamos la mitad de lo que *pagamos* a los demás, esta persona sabrá muy bien qué pensamos de ella.

Un sociólogo ha observado que debiéramos escoger con mucho cuidado a nuestros padres, pues nuestro nacimiento determina el lugar que ocuparemos en el sistema de estratificación. La altura de nuestro escalón en la escalera social ejerce un impacto inmenso en las oportunidades que tendremos en la vida. Hay un mundo de diferencia entre nacer en una familia acaudalada, o en una pobre. Su influencia va desde experimentar desnutrición o mortalidad infantil, hasta asistir a la universidad, ir a parar a prisión o caer en la tortura mental. La calidad de nuestra vida, cuidado médico, educación, trabajo, vivienda, aun nuestra misma longevidad, dependen en gran medida del escalón en donde nos toque nacer.

El músculo social

El poder social surge y decrece según la altura relativa de los escalones en la escalera social. En un sentido amplio, el poder es la habilidad de afectar la vida social. Es la capacidad de "hacer que las cosas sucedan". Para hacer que las cosas sucedan,

necesitamos recursos. Necesitamos conocimiento, dinero, posición. Los que poseen y controlan los recursos pueden hacer que las cosas ocurran más fácilmente que los que carecen de ellos.

Cuatro tipos principales de poder fluyen de acuerdo a nuestros recursos:

1) El poder *económico* se fundamenta en los recursos financieros. El dinero facilita que las cosas ocurran. Es una de las más importantes fuentes de poder.
2) El poder *especialista* surge de poseer conocimiento o información especial. Los médicos y abogados ejercen poder como expertos porque controlan conocimiento especial en medicina y leyes.
3) El poder *organizacional* surge de la posición que una persona ocupa dentro de una organización. Un vicepresidente ejecutivo tiene más poder que el mecanógrafo, porque el ejecutivo ocupa una posición más alta en el organigrama empresarial.
4) El poder *personal* surge de la apariencia y rasgos personales. Cierta gente nos atrae por su estilo y maneras agradables. Su encanto nos cautiva.

Cuando un individuo u organización tiene acceso a los cuatro tipos de poder, empuña un cetro enorme de poder. Ser presidente, de buena apariencia, rico e inteligente ¡es ser excesivamente poderoso! El poder no es necesariamente malo. Todos nosotros ejercemos algo de poder diariamente. Es parte natural de la vida social. No obstante, debemos saber cómo usarlo. ¿Cuáles son las formas correctas e incorrectas de ejercer el poder desde una perspectiva cristiana?

El Doctor Arriba y Juan Abajo

Una ilustración sacada del mundo académico agudiza la desigualdad producida por la estratificación social. Comparemos al Dr. Arriba, catedrático universitario, con Juan Abajo, conserje que limpia la oficina del Dr. Arriba.

En primer lugar, Juan y el Doctor comparten los extremos opuestos en la jerarquía universitaria. El Doctor está en la cima de la comunidad "profesional". Juan forma parte del equipo de mantenimiento. La diferencia de status se hace patente en sus títulos. El Dr. Arriba es "Doctor", "Profesor", o "Don Arriba" algunas veces para algunos estudiantes irrespetuosos. El nombre y título del Dr. Arriba aparecen en una placa dorada en la puerta de su oficina.

Juan no tiene ningún título. A él simplemente lo llaman "Juan". No tiene oficina, ni tampoco ninguna placa. La ropa confirma las diferencias de posición. Juan usa pantalones de lona, playeras y unos viejos zapatos tenis. El Dr. Arriba usa saco, corbata y mastica Certs*. Se peina el cabello con frecuencia frente al espejo privado que tiene en el closet de su oficina. Juan, por supuesto, no tiene ni closet, ni espejo privado.

En segundo lugar, en cuanto al poder, los caminos de Juan y el Doctor se apartan diametralmente. El Doctor puede solicitar a Juan que trabaje para él en su oficina, colgando cuadros, acomodando el mobiliario, o sacudiendo telarañas. Si el aire acondicionado está muy fuerte, el Doctor grita a Juan que lo reduzca. Si al Doctor se le olvidan las llaves de su oficina, pide a Juan que se la abra. Juan aun prepara el café para el Dr. Arriba y sus colegas. Si Juan no obedece, el Dr. Arriba envía un memo al supervisor de Juan. ¡Lotería! Ese es el fin de cualquier aumento para Juan.

Juan no ejerce ningún control sobre el Doctor. Puede pedirle un favor, pero carece de poder. Ciertamente no puede recompensar o castigar al Doctor. El Dr. Arriba conoce personalmente al rector de la universidad y a veces le pide favores especiales. Pero el rector ni siquiera conoce el nombre de Juan, y mucho menos se ocuparía de hacerle favores a "un viejo conserje".

En tercer lugar, en cuanto a prestigio, también existe un gran vacío. Cuando el Doctor camina por los pasillos, los estudiantes lo saludan con sonrisas y a coro dicen "hola, Doctor". Cortésmente se apartan si él va de prisa. El rector siempre da un apretón de manos al Doctor y le sonríe cálidamente. Cuando los estudiantes

---

* Pastilla americana para el buen aliento.

traen a sus padres a la universidad, se detienen en la oficina del Doctor para presentarlos. Al Doctor le gusta contar a sus amigos en la comunidad que él es un catedrático universitario. Es un trabajo respetable.

Cuando Juan camina por los pasillos, lo más que recibe es una leve inclinación de cabeza, o un "hola Juan", de los catedráticos que lo conocen. Usualmente no se supone que reciba sonrisas amables del rector, ni tampoco que les sea presentado a los padres de familia. Y realmente a él no le gusta contarle a la gente lo que hace. El sabe que es algo que Tomás, Pedro o Paco podrían hacer.

Finalmente, en cuanto a privilegios, las cosas son muy diferentes. El salario es la ventaja más obvia del Doctor. Gana tres veces más que Juan por sólo ocho meses de trabajo. Juan, por otra parte, obtiene una semana de vacaciones, algunos días de asueto para asuntos personales, y una tercera parte del salario del Doctor. Los beneficios secundarios del Doctor exceden a los de Juan. Su fondo de retiro es mucho más alto, puesto que está estrechamente ligado al porcentaje de su salario.

El Doctor tiene control sobre su horario. Llega por la mañana cuando quiere, y se retira cuando quiere. Si surge algo importante, el Doctor puede cancelar sus clases para el día con una nota de "ausente de la ciudad". Siempre que no falte a su horario de clases, el Doctor puede tomarse el tiempo necesario para ir al médico o para visitar a un amigo fuera de la ciudad, sin decírselo a nadie. Sale del recinto universitario a tomar café, o de compras. El Doctor tiene un escritorio y una oficina privada.

Para Juan las cosas son diferentes. Mañana y tarde tiene que marcar tarjeta. Debe programar sus vacaciones por lo menos con dos meses de anticipación. Durante los recesos para tomar café, tiene que permanecer en el recinto universitario, pues debe estar listo para trabajar en todo momento. El único privilegio que Juan tiene es la oportunidad de leer los desechos de correspondencia de todos cuando vacía los botes de basura. A pesar de sus diferencias, el Doctor y Juan pagan el mismo precio por el pan, alimentos, gasolina y enseres de casa.

Un senador de los Estados Unidos describe el prestigio y privilegios que acompañan la posición de senador:

> Todos mis movimientos en el Senado perpetúan este mensaje ególatra. Cuando salgo de mi oficina para dirigirme al Senado, un elevador obedece inmediatamente las órdenes senatoriales revirtiendo su dirección, si fuera necesario, aunque pase de largo los pisos donde otros desolados pasajeros esperan inútilmente; pero a mí me lleva directamente al sótano. Mientras camino por el corredor, un policía al verme venir, llama un carro del tren subterráneo para que me lleve al edificio del Capitolio. El operador del elevador, el policía del Capitolio y el conductor del tren me saludan con deferencia. En el carro, que está reservado para que los senadores viajen solos, yo puedo tomar el asiento delantero. Un policía hace bajar a los turistas que ya están sentados en el carro, a menos que yo insista en lo contrario. En el Capitolio, otro elevador marcado SOLO PARA SENADORES me lleva al piso del Senado. Allí, con sólo levantar una ceja, un edecán me alcanza un vaso de agua, lleva un mensaje, u obtiene para mí cualquier cosa que necesite. Atentos ayudantes me informan qué leyes se someterán a votación, aunque nadie me molesta con los detalles, a menos que yo se los pida.[1]

¿Con qué autoridad?

La estratificación no pertenece únicamente a la sociedad moderna. El lenguaje de la estratificación aparece en los evangelios. Jesús estaba consciente de la realidad de los rangos sociales. El ángel informó a María que Jesús sería llamado Hijo del Altísimo y que el poder del Altísimo la cubriría con su sombra (Lucas 1:32-35). Zacarías profetizó que su hijo Juan sería profeta del Altísimo (Lucas 1:76). Jesús prometió que seríamos hijos del Altísimo si amamos a nuestros enemigos, hacemos el bien, y prestamos sin esperar recibir nada a cambio (Lucas 6:35). Un demonio llamó a Jesús Hijo del "Dios Altísimo" (Marcos 5:7). El Altísimo en las

Escrituras es otro de los nombres de Dios, sugiriendo que Dios está en la parte más alta de la escalera.

Jesús usa con frecuencia la palabra *autoridad*. Al principio del evangelio de Lucas, Jesús rechaza la "potestad" —que es lo mismo que autoridad— y la "gloria" de los reinos de este mundo (Lucas 4:6). Más adelante en el mismo capítulo, Jesús echa fuera a un demonio y la gente maravillada pregunta: "¿Qué palabra es ésta, que con autoridad y poder manda a los espíritus inmundos, y salen?" (Lucas 4:36).

Jesús da la espalda al derecho legal de gobernar de acuerdo a la autoridad política, pero no rechaza la autoridad. Su derecho de gobernar no proviene de la fuerza política coercitiva, sino del Altísimo. El no comanda ejércitos, mas sí da órdenes a los demonios. Aunque su autoridad no descansa en caballos blancos, carrozas, tanques y victorias militares, la gente reconoce su autenticidad. "Y cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas" (Mateo 7:28-29; Marcos 1:22).

Irónicamente, Jesús llega a la gente sin las tradicionales galas de la autoridad. No tiene ningún rango político, ni el entrenamiento necesario para ser escriba. Después de una sesión de enseñanza, "Se maravillaban los judíos diciendo: ¿Cómo sabe éste letras, sin haber estudiado?" (Juan 7:15). Sin una licencia de escriba no solamente enseña, sino que enseña en forma precisa y con fuerza. Sus palabras tienen autoridad propia. La audiencia certifica su autoridad, no una junta de teólogos expertos de Jerusalén.

Su autoridad no es ratificada únicamente por las multitudes. Cuando el centurión se acerca a Jesús requiriéndole que sane a su siervo, Jesús comienza a caminar hacia la casa del centurión. Este se lo impide diciendo que no es digno de que Jesús entre en su casa. "Solamente di la palabra y mi criado sanará. Porque también yo soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a éste: Vé, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace" (Mateo 8:8,9). Cuando Jesús oyó esto se maravilló y sanó al siervo del centurión. Los soldados y esclavos bajo el mando del centurión obedecen con presteza sus órdenes.

¿Por qué se maravilla Jesús cuando el centurión describe su posición de poder? ¿Será que sus palabras son una amenaza para Jesús: Sana a mi criado, o ... atente a las consecuencias?, no más bien el centurión compara la autoridad de Jesús con la suya. Este gentil comprende que Jesús, al igual que él, es un hombre con autoridad. Esta es la confesión de fe de un gentil, no una amenaza militar. El reconoce que Jesús tiene poder para sanar a su siervo, aun a distancia. Jesús se maravilla que este gentil tenga una comprensión tan plena de su autoridad y poder.

Irónicamente, los campesinos y el centurión comprenden la naturaleza de la autoridad de Jesús, mientras que las autoridades religiosas están perplejas. Un día los principales sacerdotes y los ancianos interrumpen sus enseñanzas para preguntarle: "¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Y quién te dio esta autoridad?" (Mateo 21:23 y Marcos 11:28). En otras palabras, ¿quién dice que puedes enseñar? ¿Quién te confirió el derecho de enseñar? ¿Quién firmó tus papeles de ordenación?

Jesús les responde proponiéndoles una pregunta. "El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Del cielo, o de los hombres?" (Mateo 21:25). Si ellos respondían que la autoridad de Juan provenía de su poder de persuasión, la multitud se enfurecería porque ellos creían que Juan era un profeta. Jesús no responde a su pregunta porque ellos no pudieron responder la suya. Al interrogarlos acerca del Bautista, se solidariza con Juan. Las preguntas y respuestas acerca de la autoridad del ministerio de Juan, también se aplican a su propio ministerio. Poco tiempo atrás, los fariseos habían acusado a Jesús de que su autoridad provenía de Beelzebú. Ahora los sacerdotes principales enfrentaban dos opciones: O Jesús contaba con el respaldo del Altísimo, o bien era un astuto embaucador de multitudes.

En el evangelio de Juan, Jesús clarifica cuál es la fuente de su autoridad.

> No puedo yo hacer nada por mí mismo ... yo no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.
> Juan 5:30

> El Padre. ...ha dado al Hijo ...autoridad de hacer juicio . Juan 5:26-27
>
> Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió. Juan 7:16
>
> Yo nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo. Juan 8:28
>
> Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar. Juan 12:49

Una y otra vez, Jesús subraya cuál es la raíz de su autoridad. No es propia. El es mayordomo de la autoridad de Dios. Tiene un poder legal. El actúa en nombre de Dios. Su Padre le ha dado el "derecho" de hablar acerca del reino. Esto es fundamental. El que habla en nombre de otro, dirige a la gente al otro. Los líderes auto-nombrados que hablan por su propia autoridad, dirigen a la gente a sí mismos. Jesús comprende esto muy bien cuando dice: "El que habla por su propia cuenta, su propia gloria busca" (Juan 7:18). Después que Jesús sanó al paralítico "la gente se maravilló y glorificó a Dios, que había dado tal potestad a los hombres" (Mateo 9:8). Jesús usa su autoridad de tal forma que hace que la gente glorifique a Dios. El no es un profeta que se auto-aclame deleitándose en el aplauso de la multitud.

En resumen, hay varios temas que hilvanan la forma en que Jesús comprendía la autoridad.

1) No cabe ninguna duda de que él se veía a sí mismo como mayordomo del poder de Dios. Dios le había dado el derecho de hablar.
2) Tuvo mucho cuidado de usar su autoridad de tal forma que no le trajera prestigio personal. Sus palabras y hechos reflejan los deseos de Dios.
3) Usa su autoridad para servir y ayudar a otros. Ellos fueron los beneficiarios de su poder.

4) A pesar de que su ordenación no había sido certificada por los canales adecuados, las multitudes percibían la autenticidad de su mensaje y le brindaron su total apoyo y acreditación.

Deja de trepar

En todos los evangelios sinópticos Jesús reprende a los líderes que tratan de trepar por la escalera. Señala tres formas en las que los líderes religiosos pulen sus rangos eminentes en la escalera judía. En primer lugar, les fascinaban las ropas ostentosas. Según las palabras de Jesús, gustan de andar con largas ropas, ensanchan sus filacterias y extienden los flecos de sus mantos (Mateo 23:5; Marcos 12:38; Lucas 20:46). Los fariseos usaban ropa fina y llamativa para recordar a la gente su posición superior en el sistema social.

En segundo lugar, en la sinagoga había un lugar especial asignado para los dignatarios prominentes. Un escriba podía sentarse en el asiento de Moisés, al frente del salón, viendo a la congregación. Todos podían verle y admirar su lugar especial. Jesús reprende a los escribas por buscar las primeras sillas en las sinagogas y los primeros asientos en las cenas (Mateo 23:6; Marcos 12:39; Lucas 20:46). El lugar de honor en las fiestas quedaba a la derecha del anfitrión. Jesús estableció con claridad que tales maquinaciones en reuniones públicas no son aceptables en el reino al revés.

En tercer lugar, los escribas manipulaban el lenguaje para dar lustre a su prestigio. Insistían en ser llamados Rabí (Mateo 23:8). Puesto que el saludo representa una comunicación de paz, estrictas reglas ceremoniales dictaban a quién y cómo se debía saludar.[2] Jesús sabía que los títulos refuerzan el rango social al llamar la atención a la posición. Nos recuerdan que no todos somos iguales.

De un solo golpe Jesús termina con los títulos. "Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo" (Mateo 23:8-10). Membretamos unos a otros con

títulos no tiene lugar en el reino al revés. En su crítica contra los que ansían tener prestigio, Jesús denuncia la codicia por posiciones que mueve muchas facetas de la vida social.

Decreciendo

La búsqueda del status no era un problema exclusivo de los fariseos. También los discípulos cayeron en esa trampa. Un día comenzaron a discutir acerca de quién sería el mayor (Marcos 9:33-34). Pedro sentía que él debía ser el número uno, puesto que había sido el primero en comprender que Jesús era el Mesías. Santiago y Juan, sin embargo, pensaban que ellos debían ser primeros porque habían sido testigos de la transfiguración. Santiago y Juan eran presa de tanta ansiedad respecto a su posición que suplicaron a Jesús: "Maestro, querríamos que nos hagas lo que pidiéramos" (Marcos 10:35). En el reino querían sentarse en los mejores asientos, uno a la derecha y el otro a la izquierda de Jesús. Mateo registra que la madre de ellos estimulaba su ambición (Mateo 20:20-21).

De todas formas, encontramos al viejo espíritu autocrático de "haz esto, y haz aquello" en medio de los discípulos. La mentalidad de mandar a otros acosa a la gente, desde el mayor hasta el menor. Jesús los reprendió por su ansiedad de posición y poder tomando a un niño en sus brazos. "El que reciba en mi nombre a un niño como éste, me recibe a mí; y el que a mí me recibe, no me recibe a mí sino al que me envió" (Marcos 9:37).

Pocos días más tarde, los discípulos reprendieron a ciertos niños que querían que Jesús los tocara. Jesús se indignó ante este juego de poder (Marcos 10:13-14).[3] Para los discípulos estos niños no tenían ningún valor. No ocupaban ningún lugar prominente. No ayudarían a la causa. Jesús tenía que dar su tiempo a la gente influyente. Los niños distraerían a Jesús de su misión.

Los discípulos todavía no habían absorbido la lógica del reino al revés. Para Jesús, los niños eran tan importantes como los adultos. No sólo pasó tiempo con esos pequeños, sino que los puso como modelo de los ciudadanos del reino "...porque de los tales es el

reino de Dios. De cierto os digo, que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él" (Marcos 10:14-15).

Mientras que los discípulos buscaban alcanzar una posición y apartaban a los niños, Jesús usa a un niño para simbolizar la forma de vivir en el reino. Típicamente nosotros decimos a la gente que crezca y que "actúen de acuerdo a su edad". Jesús da vuelta a la lógica. El nos dice que decrezcamos y regresemos a comportarnos como los niños. ¿Por qué? ¿Cómo pueden los niños instruir a quienes quieren aprender acerca del reino? ¿Por qué Jesús baja hasta el fondo de la escalera social para dar un ejemplo?

Los niños clasifican muy bajo en rango y poder. Son totalmente dependientes de otros, constituyen pasivos económicos. Los niños no hacen distinciones sociales. No meten a los demás en casillas. Todavía no han aprendido a jugar de acuerdo a las reglas sociales de los adultos. Antes que sus padres les adviertan lo contrario, son amables con los extraños. Todavía desconocen lo relativo a los estigmas de raza y etnia. El color, la nacionalidad, el título y las casillas sexuales significan muy poco para los niños. No tienen ningún conocimiento de las estructuras burocráticas o de las jerarquías.

El uso y la manipulación de poder es totalmente extraña para un bebé. Su llanto indudablemente logra resultados: los padres acuden presurosos. Sin embargo, el llanto es solamente una reacción ante sus necesidades biológicas, no un poder que maneja y manipula a los demás. Cuando los niños crecen aprenden las tácticas del poder. En sus primeros años son confiados. El hijo que tiene buenos padres confía en ellos totalmente.

Jesús invita a los ciudadanos del reino a ser como niños en estas áreas. En lugar de buscar el primer lugar, nos exhorta a que, como niños, ignoremos las jerarquías. Nos alienta a volvernos como ellos, que pasan por alto las diferencias de posición, y que consideran a todos como igualmente importantes, sin considerar su rango y función social. En vez de clamar por más y más poder, nosotros los seguidores de Jesús lo compartimos con alegría. Recibimos con beneplácito la interdependencia. En vez de proclamar nuestra autosuficiencia, reconocemos nuestra necesidad y dependencia comunitaria. Ciegos a las distinciones sociales,

dependientes de los demás, vivimos como niños, pues así es el reino de Dios.

Lo de abajo, está arriba

Los discípulos estaban desconcertados. Durante la Ultima Cena, sentados alrededor de la mesa, surge una disputa sobre quién de ellos sería el mayor. Después de toda la enseñanza acerca de ser como niños, en medio de este sacro acontecimiento, los discípulos pelean por el puesto más importante. Como seres humanos típicos, quieren saber cómo están apilados unos con otros.

Jesús nuevamente trata de que comprendan el significado de la *grandeza*.

> "Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores; mas no así vosotros, sino sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve. Porque ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve".
>
> Lucas 22:25-27

Una vez más Jesús pone nuestro mundo social al revés. El da vuelta a nuestras presunciones y expectativas. Radicalmente redefine lo que es la grandeza. Estas palabras golpean la misma raíz de dominación en todas las agrupaciones sociales. En la siguiente ecuación nuestras típicas concepciones acerca de la grandeza son sacudidas:

Grandeza = El que está arriba, poderoso, amo, el primero, gobernante, adulto.

Jesús invierte radicalmente la ecuación para que diga:

Grandeza = El que está abajo, siervo, esclavo, el último, un niño.

Aquí no cabe ninguna mala interpretación. Jesús pone de cabeza nuestra definición convencional. Los paganos gobiernan sobre sus súbditos. Desarrollan jerarquías de poder. "No así entre vosotros", susurra Jesús. En el reino al revés la grandeza no se mide por cuanto poder ejerzamos sobre los demás. El prestigio al revés no se calcula por nuestro rango en la escalera social. En el reino invertido de Dios, la grandeza se determina por nuestra disposición a servir. El servicio para los demás es la vara de medir las posiciones en el nuevo reino.

Luego Jesús formula una profunda interrogante. ¿Quién es más grande? ¿El principal funcionario ejecutivo de una gran empresa cenando en el comedor ejecutivo, o el mesero que le sirve? ¿El presidente de la nación volando en su jet privado, o la aeromoza que lo sirve? El ejecutivo y el presidente, por supuesto, son más importantes. Los meseros y las aeromozas se consiguen a diez centavos la docena; cualquiera puede realizar su trabajo. Pero el funcionario ejecutivo tiene años de entrenamiento especial y experiencia. Cualquiera sabe que un ejecutivo es más importante que un mesero o una aeromoza.

No en mi reino, dice Jesús. Pues yo estoy entre vosotros como el que sirve, como esclavo, no como jefe. En lugar de dictar órdenes y directrices a los subalternos, Jesús los mira desde abajo preguntando cómo puede servirles. El camino de Jesús mira desde el fondo, no desde la cima. Tal postura desafía el individualismo moderno que ubica sobre cualquier otra cosa los derechos, los privilegios y la auto-realización personal. Jesús invita a humilde servidumbre, no al individualismo egoísta. En lugar de preguntar cómo podemos avanzar, suplir nuestras necesidades y desarrollarnos, los discípulos preguntamos cómo podemos servir mejor a los demás.

Las charlas modernas sobre servicio con frecuencia se quedan cortas en cuanto al camino de Jesús. Con frecuencia usamos *slogans* de servicio, no tanto para servir, como para seducir a otros para que compren productos o "servicios" que realmente no necesitan. Cuando esto ocurre, los llamados siervos se convierten en hábiles manipuladores. El o ella se convierte en agente de publicidad que usa el lenguaje del servicio para promover intereses

egoístas. Mucha gente de "servicio profesional", ubicada bien alto en la escalera social, mira a sus clientes desde una perspectiva de "arriba hacia abajo". "Sirven" a sus clientes mientras que sus servicios redunden en utilidades en dólares y en prestigio; pero cuando el cliente precisa ir en contra de los intereses del profesional, el "servicio" se interrumpe abruptamente. Tal "servicio" no puede ser llamado cristiano.

En contraste, el servicio de Jesús terminó en la cruz. El estuvo dispuesto a servir a las necesidades de los enfermos en día sábado, aun corriendo el riesgo de perder la vida. Anunció el perdón de los pecados, cuando tales palabras blasfemas indudablemente le conducirían a la muerte. El estilo de servicio de Jesús no le rindió ni utilidad económica ni prestigio social, todo lo contrario; su servicio enfureció a la autoridad y resultó en su violenta muerte. Para Jesús, servir no significaba abastecer a los ricos que podían pagar precios altos.

Jesús sirvió al "más pequeño de estos", a aquellos que se hallaban en el fondo. El más pequeño de los pequeños no podía pagarle de vuelta. Al servirlos, indudablemente, se mancharía cualquier reputación profesional en la comunidad profesional. Después de todo, sólo los abogados, doctores y maestros incompetentes servían a los estigmatizados. Y lo hacen solamente cuando no pueden alcanzar una práctica lucrativa entre los respetables. A los discípulos de Jesús no les preocupa esto. Ellos dan un vaso de agua fría en su nombre, aun a los pequeños que carecen de poder o prestigio social (Mateo 10:42).

Jesús ha redefinido la grandeza, pero, ¿qué quiere decir? ¿Cómo es posible que en el reino los más grandes sean los menos importantes? El comprende que la grandeza social crece con el acceso al poder. En la cultura moderna, consideramos grande a quien manda y señorea sobre otros. El presidente, el gerente ejecutivo, el jefe de departamento son aplaudidos por la sociedad, aunque no necesariamente por sus subordinados.

¿Sugiere Jesús que los conserjes, los obreros, los que sólo pueden trabajar medio tiempo, los débiles, los pobres y los estigmatizados automáticamente están en la cima en su reino? ¿Está él llamando a un cambio completo donde los que están en la cima

de la escalera de este mundo intercambien lugar con los que están en el fondo en el reino de Dios? Me parece que no. En lugar de poner la jerarquía cabeza abajo y organizar una nueva, Jesús cuestiona la misma necesidad de que exista una jerarquía. La declara inconstitucional para su pueblo. También propone un nuevo criterio para evaluar la grandeza.

Al describir a Juan el Bautista, Jesús dice: "Os digo que entre los nacidos de mujeres, no hay mayor profeta que Juan el Bautista; pero el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él" (Lucas 7:28). ¿Qué significan estas sorprendentes palabras? Jesús está comparando dos órdenes de estratificación. Entre las personas nacidas en la carne, ninguno es mayor que Juan. El es el más grande, el último de los profetas.

Pero en el reino, entre los nacidos del Espíritu, aun el más pequeño es mayor que Juan. Si el más pequeño de los ciudadanos del reino es mayor que Juan, obviamente los demás también son más grandes. Jesús no está burlándose de la importancia de Juan. Simplemente está diciendo que todos los que son nacidos del Espíritu, son tan grandes como el más grande de los profetas. Sus ojos brillan. El argumenta que en el reino al revés, ¡todos son los más grandes! De manera que en este reino *no hay* gente pequeña.

Jesús está invalidando el lenguaje de "más grande y más pequeño". Ese tipo de lenguaje no tiene lugar en las conversaciones del reino. En lugar de sustituir la vieja jerarquía con una nueva, Jesús aplana las jerarquías.[4] El comprende que las jerarquías con facilidad comienzan a funcionar como deidades. Los humanos se inclinan ante ellas, las adoran y las obedecen. Jesús, de una vez por todas, destruye la autoridad de las jerarquías para actuar como dioses. El nos invita a participar en el reino plano, donde cada uno es el más grande. En este reino los valores del servicio y de la compasión sustituyen a los valores del dominio y del mando. En esta familia plana, los más grandes son aquellos que enseñan y obedecen los mandamientos de Dios (Mateo 5:19). Aman a Dios y al prójimo tanto como a sí mismos.

Mirando hacia abajo

La arrogancia cabalga junto con el poder y el prestigio. Algunos que llegan a la cima se jactan de "sus grandes logros" y se solazan bajo la luz de su posición de celebridad.

Jesús relata la historia de un hombre que asiste a una fiesta de bodas y con todo cuidado inspecciona el prestigio inherente a cada lugar. Luego, escoge un lugar distinguido para afirmar su importancia. Los asientos se llenan. Un invitado eminente llega a la fiesta algunos minutos tarde, después que todos los asientos principales estaban ya ocupados. El anfitrión entonces le pide que ceda su lugar al invitado recién llegado, y avergonzado tiene que ocupar el último lugar.

Jesús dice que es mejor escoger el último lugar, a menos que el anfitrión te invite a ocupar un lugar mejor. La inversión se hace patente nuevamente: "Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido" (Lucas 14:11). Jesús repite esta misma regla después de relatar la parábola del publicano y el fariseo en el templo (Lucas 18:14), y de reprender a los fariseos por buscar posiciones con vestimentas y títulos (Mateo 23:12).

¿Qué significa este acertijo sobre la humildad? La intención de Jesús no es enseñar reglas de etiqueta entre comensales. Nuestra tendencia normal es buscar las posiciones de honor. Por cuanto disfrutamos los ¡Oh! y ¡Ah! de la gente, asumimos que estar arriba es mejor. Pero en lugar de respaldar tal vuelo hacia arriba, Jesús nos exhorta a movernos hacia abajo. Nos pide tomar los últimos lugares. Sus discípulos, en deferencia a los demás, con gusto ceden los mejores lugares. Están tan ocupados sirviendo las mesas que casi no tienen tiempo para sentarse. Su ocupación es servir, no buscar los lugares de honor. Los que se exalten ocuparán los últimos lugares en el reino; pero los que confiesen su orgullo y humildemente sirvan a los demás, son exaltados en el reino al revés.

Contrariamente al pensamiento del reino, nosotros típicamente miramos para abajo en la escalera social y musitamos: "Si yo lo logré, ellos también podrían lograrlo. Si los pobres tan sólo trabajaran un poco más y fueran más responsables, podrían salir de

su pobreza también." Los que ocupan los escalones más altos con frecuencia orgullosamente asumen que ha sido su esforzado trabajo y motivación los que los llevaron a la cumbre. Nos gusta pensar que nuestro arduo trabajo ha sido el único factor detrás de nuestro éxito. En realidad, existen por lo menos siete factores que, de una u otra forma, nos colocan un escalón particular de la vida social. Algunos factores están bajo nuestro control; otros factores eluden el control. La mezcla única de estos factores —que son reflejo de tiempo, providencia, lugar y personas— tallan nuestro nicho especial.

¿Cuáles son estos factores formativos?

1) *La fuerza biológica* moldea el lugar que ocupamos en la vida. Los rasgos físicos, la inteligencia, los niveles energéticos, el color de la piel, el sexo y algunas enfermedades indudablemente son heredadas. No ejercemos ningún control sobre ellas. Un niño retrasado no ha escogido ser estigmatizado. Estas mancuernillas genéticas limitan a algunos y favorecen a otros.
2) *Los valores culturales* también condicionan nuestra experiencia. En algunas culturas, se enseña a los niños a trabajar duro, hasta lo disfrutan; en otras, se ridiculiza el arduo trabajo. Los que trabajan duro no pueden jactarse de ello si nacieron en una cultura que les enseñó a disfrutar el trabajo tesonero.
3) *La motivación personal* con frecuencia tiene raíces biológicas y culturales. La cantidad de simpatía personal, empuje y persistencia modula el impacto de los demás factores.
4) *Los bienes comunitarios* también establecen una diferencia. Las barajas de la vida están apiladas en favor de los niños nacidos en comunidades de clase alta con los mejores empleos, escuelas y hospitales. Los niños nacidos en vecindarios abandonados aunque trabajen con gran tesón, enfrentan enormes dificultades y cortapisas.
5) *La estabilidad familiar* moldea la vida emocional del niño. Inseguridades que duran toda la vida pueden perseguir a los niños provenientes de hogares desequilibrados emocionalmente.

6) *La herencia económica* puede impulsar a un niño a un lugar prominente. Muchos al heredar un negocio, una fortuna o un nombre político se colocan en posiciones poderosas que probablemente jamás habrían alcanzado por sí mismos.
7) *El azar* también esculpe nuestro nicho en la vida. Algunos pueden volverse ricos porque el precio de la propiedad se triplicó de la noche a la mañana. Otros pierden todo como consecuencia de una catástrofe social o financiera. Estar en el lugar correcto, con la gente correcta, en el momento correcto, hace la diferencia.

La influencia relativa y la mezcla única de estos factores varía en gran manera. Un poco de reflexión patentiza que no escogemos a nuestros padres, ni nuestro derecho de nacer, ni nuestras comunidades o culturas. Muchos factores que influyen en el lugar que ocupemos en la vida escapan a nuestro control. Esto no significa que seamos meros robots o marionetas movidos por fuerzas misteriosas. Nuestras elecciones y decisiones sí moldean nuestros destinos. La motivación personal establece la diferencia. Es importante trabajar con tesón.

Contrario al culto del individualismo, sin embargo, la ambición no es el único factor para alcanzar el éxito. El individualismo alienta un orgullo, que carece de fundamento, en nuestros logros "personales" y disgusto por los que, frecuentemente por razones fuera de su control, están en los escalones inferiores. Es arrogante que la gente asuma que "lo han logrado" sólo porque trabajaron duro. El culto al individualismo altivo recibe crédito personal por sus logros personales, haciendo a un lado las ventajas o impedimentos establecidos que también juegan un papel importante.

Al mirar hacia abajo en la escalera social, los seguidores de Jesús son movidos a compasión. La humildad los embarga. Comprenden que están donde están, sólo por la gracia de Dios. También se dan cuenta que no ha sido la pereza o dejadez, sino caprichosos factores sociales, económicos y genéticos los que han hecho encallar a muchos de los que están debajo de ellos. Esto no niega el valor de la iniciativa personal. Pero sí pone la iniciativa en

perspectiva como *una* de las muchas corrientes de influencia en nuestro destino. Una comprensión realista de cómo hemos llegado a los diferentes escalones de la escalera social, barre con cualquier arrogancia e impulsa al pueblo de Dios hacia una comprensión armoniosa.

Poder al revés

Jesús no fue un típico rey. No gritaba órdenes a sus generales, ni amenazaba a sus súbditos. No comandaba una dinastía religiosa o política. No dirigía ejércitos. A los jóvenes, a los últimos, a los más pequeños los presenta como héroes. Aclama al niño, al siervo y al esclavo como los ciudadanos ideales del reino. Se describe a sí mismo como sencillo y humilde de corazón, diciendo que su yugo es fácil y ligera su carga (Mateo 11:29-30). Revela su verdad a los niños, y no a los sabios intelectuales (Mateo 11:25). Al fin de cuentas, ¿fue Jesús sólo un romántico idealista?

Jesús no perseguía el poder, pero el poder emanaba de él. En el desierto calladamente enseñó a sus discípulos en un sereno refugio, sin amenazar a los poderes gobernantes. Aunque no tuvo un puesto formal de poder, Jesús ciertamente no carecía de poder, lejos de ello; era tan poderoso, hacía que las cosas ocurrieran con tanta rapidez, que por eso lo mataron. Su poder enervaba a las autoridades religiosas y políticas.

¿Por qué Jesús constituía una amenaza? Porque su misma vida y mensaje intimidaba a las autoridades políticas y religiosas. Aunque se llamaba a sí mismo un siervo, criticaba el afán de prestigio de los escribas. Condenaba a los ricos por dominar a los pobres. Al desafiar la ley oral y purgar el templo, ataco el centro del poder religioso. Su llamado a la servidumbre ofrecía un modelo alternativo de poder.

La irrupción del reino de Dios a través de la vida de Jesús cortó el músculo de los poderes reinantes.[5] Las autoridades lo mataron porque no podían soportar la inestabilidad política. Pero tenían que tener mucho cuidado para quitarlo de en medio. El no solamente contaba con una pequeña banda de seguidores devotos, sino que atraía a grandes multitudes. Su influencia sobre las masas

era tan fuerte que las autoridades temían que se desencadenara una revolución. Las autoridades sabían que si no tenían cuidado en la forma que trataban a Jesús, podrían provocar una revuelta (Lucas 22:2). Lo arrestaron bajo el manto de la oscuridad para prevenir un tumulto.

Jesús tenía poder, pero no se aprovechó de él para fines egoístas. ¿Mantuvo en secreto su identidad mesiánica para prevenir que la multitud lo declarara rey? Cuando creyó que lo podrían hacer rey por la fuerza, escapó al monte (Juan 6:15). Su poder sobre las multitudes no fluía de posiciones o credenciales formales. Las masas eligieron seguirle porque tenía una autoridad genuina, avalada por su disposición de rechazar los símbolos convencionales de posición y poder.

Jesús exhibía poder de conocimiento y personal. Su conocimiento de la ley y su penetrante entendimiento espiritual constituían la base de su poder de conocimiento. El controlaba los secretos del reino.

El poder personal de Jesús derivaba, no de un encanto personal, sino de su notable compasión para todos. No tenía poder financiero u organizacional. Ejercía su poder influyendo en la gente, nunca por coerción o control. Su estilo de enseñanza no era la de un demagogo irracional. Aun en esta área, él buscaba ganar el asentimiento de la gente a través de una influencia racional, no por manipulación emocional.[6]

Jesús no tenía acceso al ejército. Tampoco podía estimular a sus seguidores con dinero. El simplemente hablaba la verdad y permitía que los individuos eligieran libremente. El se describe a sí mismo como el buen pastor. El no persigue, ni empuja a sus ovejas, sino que las llama. Aquellos que reconocen su voz, le siguen (Juan 10:4).

Jesús respaldaba su potente palabra con acciones poderosas. Al romper las normas sociales —sanando en sábado, comiendo con los pecadores, hablando con las mujeres, limpiando el templo— proclamaba un nuevo juego de valores en un nuevo reino. Era un hombre con la sabiduría de un profeta, dispuesto a violar las costumbres sociales cuando éstas oprimían a la gente. Su poder

estaba fundamentado, no en la coerción o la violencia, sino en una obediencia radical al reino de Dios. Esta lealtad repudiaba a todos los demás dioses. Jesús no rendía homenaje a ningún otro rey. Fue su total consagración al reino de Dios, aun enfrentando la muerte, la que hacía temblar a las autoridades.

El sello del poder al revés de Jesús era su disposición de renunciar a lo que legalmente era suyo. En lugar de asumir el papel de un típico rey, Jesús trabajó de abajo hacia arriba. En lugar de demandar servicio, servía. En lugar de dominar, invitaba. Como siervo, criado y portero, ministró a los que habían sido tirados al basurero humano. Esto no agradó a los poderosos. Ellos reaccionaron con su clásico tipo de poder: una violenta cruz.

Jesús no carecía de poder; pero rechazó la dominación y la jerarquía de la sociedad gobernante. Hay tres factores que destacan la forma en la que él usó su poder.

1) Influencia, no control, era su principal forma de operar. El invita a los individuos a seguirle. Sus palabras y acciones provocan una crisis y él nos invita a elegir, a tomar una decisión voluntaria.
2) Usa su poder para satisfacer las necesidades de los demás. Moviliza sus recursos para servir a las necesidades de los dolidos y estigmatizados.
3) Jesús jamás usó el poder para utilidad o gloria personal. Voluntariamente abdicaba a sus propios derechos, para servir a los que se hallan en él fondo de la escalera. Desafiando la costumbre social, él vuelve a definir lo que significa *derechos* y *expectativas*.

De allá para acá

¿Qué podemos aprender de la forma en que Jesús entendía el poder? En aras de la discusión, permítaseme sugerir varias proposiciones:

1) Debemos utilizar el poder para impartir poder a otros.[7] Esto es lo opuesto a lo que ocurre normalmente, ya que el poder puede

compararse a bolas de nieve. Las personas e instituciones poderosas buscan más y más poder, con frecuencia a expensas de los demás. El ejercicio del poder perpetúa e incrementa la desigualdad de poder. Los poderosos se vuelven más poderosos, a la par que los más débiles menguan. La perspectiva al revés busca emplear el poder para que otros adquieran poder. Lo que anhela es brindarles los recursos necesarios para su autodeterminación.

2) Debemos distribuir el poder tanto como sea posible. El poder tiende a gravitar alrededor de las manos de unos pocos. Los integrantes del núcleo de una organización tienen más influencia que los que están en la periferia. Siempre habrán diferencias de poder. Los cristianos, sin embargo, trabajarán para compartir y descentralizar el poder tanto como sea posible.

3) Debemos minimizar la jerarquía en el gobierno social. Conforme las organizaciones crecen, aumentan el número de los escalones de su escalera social. Aunque son necesarios, debemos reducir los escalones tanto como sea posible. Conforme esto ocurre, la coordinación sustituye a la dominación. Otra forma de esparcir el poder es por el colapso de las escaleras.

4) Los seguidores deben estar dispuestos a conferir la autoridad necesaria al liderazgo. El liderazgo no debe ser auto-nombrado, ni impuesto por un agente externo. El liderazgo merece lealtad únicamente cuando los seguidores lo han conferido libremente al líder en respuesta a la posición de siervo del líder.[8]

5) La perspectiva cristiana mira hacia abajo en la escalera. Nuestra tendencia normal es tratar de trepar por las escaleras tan rápido como sea posible. El discípulo de Jesús trabaja para servir a los que carecen de poder, a los que están en el fondo de la escalera. Esto puede realizarse a través de un ministerio personal, o remodelando las estructuras sociales. Siguiendo el ejemplo de Jesús, debemos concentrarnos más en la condición de los que están abajo, que en avanzar nuestras propias posiciones.

Históricamente, la iglesia cristiana con frecuencia ha perpetuado los rígidos sistemas de jerarquización y estratificación. Dentro del contexto de la vida eclesiástica, a veces santificamos las cadenas de mando y dominación con un lenguaje piadoso Es difícil usar la postura de Jesús para justificar las sagradas jerarquías. Seamos claros, sin embargo, en un punto. Esto no implica anarquía, desorden o confusión. El Espíritu de Dios promueve el orden en la vida del pueblo de Dios; pero la búsqueda del orden no requiere la adopción ciega de las formas burocráticas seculares. Si la forma y figura de la vida corporativa de la iglesia, se realiza conforme a los principios de Jesús, probablemente tomará un sesgo diferente que los típicos estilos burocráticos.

Siempre que sea posible, debemos usar el consenso para la toma de decisiones. Esto estimula la participación y el sentimiento de propiedad colectiva. Brinda a todos, y no sólo a una pequeña élite, acceso en el proceso de la toma de decisiones.

Un liderazgo firme y decisivo resulta crítico para la salud y bienestar de un grupo robusto. Los líderes-siervos firmes y decisivos no dictan las metas y las estrategias del grupo, sino facilitan la realización de las metas comunes. En lugar de declarar, "Pienso esto, y pienso aquello", el líder-siervo pregunta: "¿Adónde queremos llegar?" ¿"Qué estamos diciendo?" y "¿Qué dirección percibimos?" Los líderes-siervos usarán su poder para ayudar a los miembros a discernir la voluntad del Espíritu para el grupo.

Las organizaciones grandes son amigas de la burocracia y la jerarquía. La toma de decisiones que involucra a todos los miembros puede realizarse mejor en grupos menores de 150 personas. Las congregaciones en crecimiento pueden considerar multiplicarse en unidades más pequeñas para permitir una participación mayor en su vida corporativa, en lugar de permitir que las estructuras burocráticas crezcan en espiral.

El Espíritu Santo dota a cada uno de nosotros con dones y habilidades únicas. Usamos estos dones de diversas maneras para edificar y ministrar a la totalidad del cuerpo. Debemos estimar como igualmente importante cada don o servicio, consista éste en predicar, lavar las ventanas o colocar las sillas. En un reino plano, cada trabajo reviste igual importancia.

Si las personas son iguales y sus trabajos son considerados equivalentes, ¿debiera ser similar su remuneración, cuando ésta sea necesaria? ¿Qué estamos diciendo acerca del valor personal del ministro y del portero si sus escalas de salarios son diferentes?

Los títulos son ajenos al cuerpo de Cristo. Doctor, reverendo, señor y hermana perpetúan diferencias de posición que chocan con el espíritu de Cristo. Los títulos pagan tributo a la posición, al grado y al status en lugar de a la persona. Los miembros de los reinos planos se llaman entre sí por sus nombres de pila como señal del más alto respeto.

Los miembros del reino involucrados en los negocios, la educación y la vida pública usarán su influencia para impulsar a las organizaciones en dirección plana. Los cristianos que se hallan en una administración de alto nivel o en la vida profesional, buscarán expresar su poder a través del servicio, no de la dominación.

Esta perspectiva no significa que los maestros van a barrer los pisos y los abogados a limpiar zapatos. Hay cierta belleza en encontrar el acoplamiento apropiado entre las habilidades y las vocaciones personales. Los buenos empalmes logran la realización personal y la satisfacción de las necesidades legítimas.

La pregunta clave estriba en la forma en que desarrollamos una vocación o interés particular. Un médico puede realizar su práctica en un área suburbana acomodada donde hay exceso de médicos. O puede desafiar la corriente de movilización ascendente y trabajar en una comunidad pobre por un mínimo salario. Un conductor de camión puede obtener un buen ingreso en un trabajo que lo lleva a recorrer todo el país, sacrificando la unidad familiar. O puede aceptar un trabajo local que mantendrá intacta a su familia. Un ejecutivo puede expandir su negocio estableciendo una subsidiaria en una comunidad donde existe mano de obra responsable y bajo índice de desempleo. O puede establecer una nueva planta en un área que necesite con desesperación nuevos empleos.

Sin tomar en consideración la vocación, ubicación o posición,

los discípulos de Cristo debemos preguntarnos: ¿Estamos usando nuestros dones y entrenamiento para perpetuar la desigualdad y la auto-promoción? ¿O los estamos usando verdaderamente para servir a los demás?

Preguntas para discusión

1. ¿Cuáles son las escaleras de estratificación social importantes en su comunidad y en su congregación?
2. Enumere algunas de las consecuencias resultantes al permitir que los salarios determinen el valor e importancia de las personas.
3. ¿Qué tipos de poder son prominentes en la vida de su congregación?
4. ¿En qué situaciones es correcto que los cristianos ejerzan control?
5. ¿De qué forma es importante hoy para nosotros, la manera en que Jesús comprendía el poder y la autoridad?
6. ¿De qué forma específica encarna su congregación los ideales de un reino plano?
7. ¿Cómo han influenciado su posición y lugar en la vida los siete factores de estratificación?
8. Identifique formas específicas para lograr los principios del reino plano en su trabajo, congregación y comunidad.

12
FRACASOS EXITOSOS

La política del lebrillo

Hemos visto que Jesús tomó un camino independiente de los partidos políticos existentes en Palestina. No respaldó a los saduceos "realísticos" que trabajaban de la mano con los romanos. Rechazó los rituales de la religión convencional dirigidos por los progresistas fariseos. La serena vida de la comunidad esenia tampoco sedujo a Jesús. Y hemos visto que dio un enfático *no* a la violencia revolucionaria de los patriotas rebeldes. Jesús rechazó estas cuatro estrategias para enfrentar la dominación romana. En su reino están ausentes el templo, la ley oral, el desierto (o sea el aislamiento) y la espada. A pesar de que Jesús no abrazó estas opciones políticas, se mantuvo en medio de los acontecimientos.

Los reinos despliegan banderas y estandartes. Simples pedazos de tela despiertan profundas lealtades emocionales e impulsan a la acción audaz. Las banderas y estandartes representan la identidad colectiva de un reino. Las banderas del reino al revés, ¡también están al revés! No son los símbolos tradicionales que enarbolan los reyes al derecho. Las banderas de nuestro reino son un pesebre, un establo, un asno, un lebrillo —o sea una palangana— una corona de espinas, una cruz y una tumba. Estos no son los emblemas que acompañan a un rey que nace en los recintos reservados en los hospitales para gente muy importante. Sus signos son limosinas blindadas, coronas doradas y el aplauso internacional.

Pero no se equivoquen, Jesús es Rey. El no entra caminando a Jerusalén; cabalga como un rey. Su montura, sin embargo, no es

el blanco corcel de un comandante en jefe, sino el asno de un hombre pobre. La profecía judía consideraba que el asno era la montura real de un rey justo y humilde (Zacarías 9:9-10). Jesús es Rey; sí, pero ciertamente un rey poco común.

La cruz se ha convertido en el símbolo preeminente, en el estandarte de la iglesia cristiana. Encarna el sacrificio expiatorio del amado Hijo de Dios por los pecados del mundo. También simboliza el camino de la no-resistencia que Jesús adoptó ante el implacable rostro del mal. No obstante, el concentrarse únicamente en la cruz, puede infamar la misma razón de su existencia. Tres símbolos al revés fluyen juntos de la fuente del relato del evangelio: el lebrillo, la cruz y la tumba. El *lebrillo* es realmente el máximo símbolo cristiano. Jesús mismo usó voluntariamente un lebrillo para representar su ministerio de servicio. La *cruz* fue un símbolo romano, una cruel insignia del poder del Estado para ejecutar a los criminales. Los poderes gobernantes usaron la cruz, un instrumento de muerte, como reacción ante las iniciativas de servicio del lebrillo. La *tumba vacía* fue la palabra final de Dios. A través de las edades constituye la señal de que Dios derrotará las fuerzas del mal.

En el contexto de la Ultima Cena, cuando su ministerio terrenal estaba por concluir, Jesús enarbola la bandera de su reino al revés. "...Se levantó de la mesa, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjugarlos con la toalla con que estaba ceñido ..." (Juan 13:4-5).

La toalla y el lebrillo son los instrumentos de trabajo del esclavo.[1] Este Rey al revés, usa las herramientas asignadas a los siervos. En lugar de los símbolos reales de espada, carroza y blanco corcel, Jesús recoge los instrumentos de servicio. En cualquier hogar en Palestina era costumbre que el esclavo lavara los pies de los invitados mientras éstos se reclinaban para comer. Como maestro de sus discípulos, Jesús tenía, por tradición, el derecho de esperar que ellos lavaran sus pies. El se despoja de sus privilegios. En lugar de exigir servicio, él sirve. Mientras Jesús se arrodilla para lavar los pies, el discípulo se sienta en el lugar de su maestro.

Lavar los pies no es trabajo agradable. Implica inclinarse hasta estar muy cerca de los pies sucios. El inclinarse, o doblegarse

simboliza servicio obediente, tan ajeno a la arrogante actitud de "te serviré si me pagas bien". El siervo toca con sus manos los pies salpicados de tierra y barro. Normalmente un señor lava sus propias manos y rostro, pero no sus pies llenos de costras de lodo y polvo. Ese era trabajo de esclavos. El esclavo se concentra en los pies de su amo, ignorando su propia hambre. Jesús voluntariamente se inclina y realiza este trabajo sucio; nadie le obliga. El ha elegido servir. Está dispuesto a recibir órdenes. La toalla que usa es flexible. Brinda cuidado personal al ajustarse al tamaño del pie del otro.

La toalla y el lebrillo han sido llamadas las herramientas y agentes de *shalom.*[2] No son símbolos vacíos, carentes de significado. Son los medios por los que algo puede realizarse. Las herramientas definen nuestro oficio. La toalla y el lebrillo son herramientas de esclavo. Llevan a cabo el trabajo que un profesional o un amo jamás realizarían. Estas herramientas nos ubican en la posición más baja al servir y elevar al otro a una posición superior. Por este simple acto, Jesús pone de cabeza nuestras jerarquías sociales y las sustituye con un nuevo orden. Al convertirnos en siervos y tomar turnos para lavarnos los pies mutuamente, terminamos con la distinción entre amo y siervo. Cuando nos volvemos siervos unos de otros, simultáneamente nos convertimos en los más grandes del reino.

Esta no fue la primera vez que nuestro Rey tocó fondo. El Rey Jesús había lavado pies toda su vida. La conducta de la toalla y el lebrillo habían caracterizado toda su misión. Jesús había usado el lebrillo durante tres años, pero no para excluir a otros, como lo hacían los fariseos. Su lebrillo era el lebrillo del amor audaz. Asumía responsabilidad por otros y los recibía con beneplácito en el reino plano. No nos equivoquemos: fue su trabajo con el lebrillo el que preparó el escenario de la cruz.

La cruz no cayó milagrosamente del cielo. Jesús la hubiera podido evitar. La cruz fue la consecuencia social natural de las fuerzas del mal ante la presencia del lebrillo. La cruz fue la violenta herramienta de los poderosos tratando de aplastar su ministerio de servicio. Sin lebrillo, no habría existido la cruz. En otras palabras, debemos distinguir la cruz del lebrillo que condujo a la cruz.[3]

Ya hemos visto las características del ministerio del lebrillo. Jesús hostigó a los ricos que oprimían a los pobres. En el día de reposo, sanó a los enfermos y arrancó espigas. Comió con pecadores y amó a los publicanos. Pronunció blasfemia al llamar a Dios *abba*, su papito, y al perdonar pecados. Violó y condenó la ley oral. Recibió con beneplácito ser ungido por una prostituta. Viajó públicamente con mujeres. Aguijoneó a los líderes religiosos con sus parábolas. Habló libremente con samaritanos y gentiles. Sanó a los enfermos. Bendijo a los desposeídos. Tocó a los leprosos. Entró en hogares paganos. Limpió el santo templo. Movió a multitudes.

En casi toda circunstancia, desafió las tradiciones convencionales del comportamiento religioso. En resumen, trastornó las creencias profundamente enraizadas de los piadosos. Usó el lebrillo y la toalla con diligencia para servir a los impotentes, sin tomar en consideración la costumbre social. El se percató que tal conducta desafiante podría precipitar su muerte. Pero todo el hostigamiento de las autoridades en su contra y la amenaza de muerte no lograron menguar o paralizar la expresión de su amor audaz.

Su conducta constituía una amenaza para los poderes atrincherados. Los sacerdotes principales y los fariseos dijeron: "Si le dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación" (Juan 11:48). Muchas de las acusaciones presentadas durante su juicio eran falsas. Pero es indudable que los líderes judíos estaban persuadidos que esta nueva enseñanza ponía en peligro la frágil paz de Palestina. Los romanos, igualmente, se sentían nerviosos de que cualquier disturbio pudiera perturbar su control sobre Palestina. Así que, hombro con hombro, los líderes religiosos y los políticos se unieron para ejecutarlo. El era más peligroso que Barrabás, el insurreccionista político. Sin saberlo, ellos condensaron en el letrero que colgaron sobre su cruz la amenaza política y majestuosa que Jesús representaba: "Rey de los Judíos".

Después de lavar los pies de los discípulos en el aposento alto, Jesús les exhorta a seguir su ejemplo: "Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros

los pies unos a otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis" (Juan 13:14-15).

Jesús nos extiende esa invitación. Nos invita a unirnos al oficio del lebrillo. Nos invita a más que un ritual periódico y ceremonial. Jesús nos invita a seguir su ejemplo viviendo vidas de servicio, de perdón y de limpieza hacia los demás, de la misma forma en que él nos ha limpiado. El evangelio claramente dice que el Maestro quiere que le sigamos; y, ¿cómo le seguimos? realizando el trabajo pertinente a su reino. Nos llama a entrar al reino de lebrillo, no de santos que se acomodan en mecedoras para ponderar los misterios de la salvación de Dios. La palabra y el hecho se vuelven uno en Jesucristo. La Palabra se ha hecho carne y vive entre nosotros. Nosotros encarnamos la Palabra cuando actuamos en nombre de Cristo. Las palabras sin hechos carecen de contenido, están vacías. Los hechos autentican las palabras.

Los más grandes discípulos del reino son los que *hacen* y enseñan los mandamientos (Mateo 5:19). "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que *hace* la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (Mateo 7:21, énfasis añadido). Las ovejas y los cabritos serán separados en el juicio de acuerdo a sus obras relativas a vestir, alimentar, visitar y hospedar a los necesitados (Mateo 25:31-46). Los miembros de la familia de Dios son los que *hacen* su voluntad (Marcos 3:35).

Jesús compara al que oye y *actúa* según sus palabras, a un hombre sabio. "¿Por qué me llamáis Señor, Señor y no *hacéis* lo que yo digo?" dice en Lucas 6:46. Al escriba le manifiesta que tendrá vida eterna *si obedece* el Gran Mandamiento (Lucas 10:28). Después de relatar la historia de El buen samaritano, Jesús dice: "Ve, y *haz* tú lo mismo" (Lucas 10:37). En forma de parábolas, Jesús nos dice que "el siervo que conociendo la voluntad de su Señor, no se preparó ni *hizo* conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes" (Lucas 12:47, énfasis añadido en los versos anteriores). Este llamado al ministerio activo del lebrillo satura los evangelios. Se nos pide vender, dar, amar, perdonar, prestar, enseñar, servir e ir. Sólo hay una advertencia: el ministerio activo del lebrillo puede llevarnos a la cruz.

Decisiones que cuestan caro

> Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará. Pues, ¿qué aprovecha al hombre si gana todo el mundo, y se destruye o se pierde a sí mismo? Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras, de éste se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria, y en la del Padre, y de los santos ángeles.
>
> Lucas 9:23-36

Por algunos años yo estuve persuadido que la cruz era un símbolo de sufrimiento; por lo tanto, cualquier sufrimiento personal constituía una cruz personal que yo necesitaba cargar. Consideraba una cruz la tragedia, el infortunio, un accidente o una enfermedad física. Era algo inevitable, algo que Dios, en su divina providencia, permitía que me sobreviniera. Como discípulo de Jesús, cargar mi cruz significaba aceptar mi tragedia y soportar mis sufrimientos sin quejas ni amargura. Dios verdaderamente camina con nosotros en medio de nuestras tragedias personales. El Dios que tiene contados cada uno de los cabellos de nuestra cabeza, ¡ciertamente cuenta cada lágrima! Pero creer que cargamos nuestra cruz principalmente a través de nuestros dolores personales es malinterpretar burdamente el significado bíblico de la cruz.[4]

Una cruz no es algo que Dios pone sobre nosotros. No es un accidente o una tragedia fuera de nuestro control. Una cruz es algo que *escogemos* deliberadamente. Podemos decidir si queremos aceptar o no una cruz. Las palabras de Jesús, "Si alguno quiere..." implica una elección libre y deliberada. Dios no impuso a Jesús la cruz por la fuerza. La cruz fue el resultado natural, legal y político de su ministerio del lebrillo.

Mucho antes de Getsemaní, Jesús se dio cuenta que la cruz sería el resultado inevitable de su agresivo ministerio de servicio. Repetidamente advirtió a sus discípulos que finalmente sufriría y

moriría. Aun en Getsemaní su súplica al Padre para que "si es posible, aparta de mí esta copa" no fue una lucha contra el predeterminado plan divino. Fue una lucha para continuar viviendo voluntariamente el camino del amor, aun en medio de la violencia física. Era la tentación de huir, de pelear, de devolver los golpes cuando enfrentara la horrorosa cruz.

Ver la cruz como algo menos que una elección voluntaria, convierte en una farsa la tentación de Jesús en el desierto. Es más, lo convierte en un títere irreflexivo y escarnece la integridad de toda su vida.

La cruz es una decisión onerosa. Tiene consecuencias sociales muy caras. Podríamos parafrasear a Jesús diciendo: "Toma tu lebrillo en plena conciencia que puede acarrearte sufrimiento, rechazo, castigo y aparente fracaso". Jesús aclara cuáles son las consecuencias sociales de cargar la cruz, en tres maneras. Primero, debemos estar dispuestos a negar toda ambición personal antes de poder tomar una cruz. Los valores que nuestra sociedad aplaude rigen la ambición personal. Negarnos a nosotros mismos, sin embargo, no significa desestimarnos o rebajarnos. Significa rehusar permitir que los valores de nuestro entorno secular moldeen nuestra ambición.

Segundo, Jesús dice que si le seguimos podría parecer al mundo que hemos "perdido" nuestra vida. Podríamos parecer fracasados sociales si nos involucramos en ministerios importantes de servicio. Puesto que las herramientas de nuestro oficio son las herramientas de un esclavo, y los esclavos son personas fracasadas, según los parámetros de este mundo podría parecer que hemos "perdido" nuestra vida.

Las palabras de Jesús enuncian la inversión más fundamental del reino al revés. El dice, en esencia, que si nos ceñimos la toalla y tomamos el lebrillo por amor a él, el mundo nos repudiará. Pero si jugamos según las reglas de juego del mundo, y pareciera que hemos alcanzado el éxito, podríamos haber "perdido" nuestras vidas para el reino de Dios. Tal choque directo entre los valores del reino y los valores del mundo es, indudablemente, algo muy duro. Pero una exégesis justa no puede rendir un significado diferente.

Jesús hace alusión a la tercera consecuencia social de la cruz cuando habla acerca de la vergüenza. La vergüenza es un concepto social. El observa que podríamos avergonzarnos de participar en el ministerio del lebrillo pues éste va en contra de las corrientes sociales predominantes. Por algún tiempo podríamos usar la toalla y el lebrillo; luego el ridículo podría tentarnos a dejarlos de lado y a jugar según las viejas reglas. Y así concluye diciendo que si nos avergonzamos de él y de sus palabras, el Hijo se avergonzará de nosotros (Lucas 9:26). "Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos" (Mateo 10:33).

Estas tres claves señalan al hecho que Jesús no hablaba de una cruz interior, espiritualizada o mística; tampoco estaba hablando de accidentes. El habla de decisiones costosas, decisiones que implican resultados sociales reales y diarios (Lucas 9:23). Su propia decisión de entrar a Jerusalén para limpiar el templo provocó su muerte violenta en la cruz.

Analizando los costos

Para Jesús la vida del discípulo es un compromiso serio pues termina con toda otra lealtad o vínculo. "Así pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo". El comprende que el camino del lebrillo es muy costoso. Teme que sus devotos seguidores malinterpreten cuál es el precio que tienen que pagar por seguirle. Un día, cuando una multitud de entusiastas le seguía, les relató dos parábolas para subrayar el costo (Lucas 14:25-33).

Cierto hombre decide construir una torre. Se sienta y calcula el precio de los materiales que necesitará, antes de comenzar su construcción. Si tuviera que suspender la construcción por falta de fondos, todos sus vecinos se burlarían de él y ridiculizarían su estupidez. De la misma manera, los discípulos que no consideren cuidadosamente el costo social de seguir a Jesús, se verán como tontos si rompen su compromiso.

En el segundo relato, un rey se prepara para guerrear contra otro rey. Se sienta y calcula la fuerza de ambos ejércitos para ver si

tiene una oportunidad razonable de ganar. Si errara en sus cálculos respecto a la fuerza de su enemigo y entablara combate con pocos soldados, su ejército sería aplastado. Los discípulos también deben calcular el costo de seguir a Jesús.

En otra ocasión, dos admiradores quieren seguirlo como discípulos. Jesús recuerda al primero que la vida del discípulo trae consigo inseguridad y ostracismo social. "El Hijo del hombre no tiene donde recostar la cabeza" (Lucas 9:58).

El otro primero quiere ir a casa a despedirse. Jesús le recuerda: "Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios" (Lucas 9:62). Con una mano se guía el ligero arado usado en Palestina.[5] Con la otra mano, usualmente la derecha, se empuña una pica de seis pies de largo para acicatear a los bueyes. La mano izquierda regula la profundidad del arado, lo levanta sobre las piedras, y lo mantiene recto. El agricultor continuamente observa las patas de los bueyes para mantener el surco a la vista. El agricultor que pierde su concentración termina dando vueltas en círculos en su campo. Tal confusión espera al discípulo que no se consagra totalmente al ministerio del lebrillo.

En otra oportunidad, Jesús pide a alguien que lo siga. Pero éste quiere primero ir a casa para enterrar a su padre. La ceremonia del duelo duraba seis días. Jesús le dice que le siga inmediatamente, que proclame el reino, y que "deje que los muertos entierren a sus muertos" (Lucas 9:60).

En todos estos casos, Jesús está diciendo primordialmente dos cosas. Primero, el que lo siga tendrá que pagar un alto precio social. Cuando los discípulos decidieron seguir a Jesús, ellos "lo dejaron todo" (Lucas 5:11-28). Segundo, Jesús espera que los futuros discípulos se sienten y calculen el costo de seguirle, antes de tomar una decisión. Deben seguirlo sólo después de hacer un profundo análisis de costos. De lo contrario, terminarán haciendo el ridículo, confundidos y devastados.

Aquí no hay ninguna magia. Los discípulos siguen a Jesús totalmente conscientes que pueden ser avergonzados o perder una promoción. Nosotros amamos y servimos deliberadamente, aun cuando esto provoque el ridículo y el hostigamiento social. Tomar

la cruz significa que nos involucramos en el ministerio activo del lebrillo sabiendo que puede acarrearnos ostracismo y rechazo.

El número y tipo de cruces depende del escenario social y político. El mismo acto de amor en un contexto político puede traer solamente gestos de enfado y crítica; en otro, puede traer prisión, tortura y aun la muerte. Sin tomar en cuenta la forma o aspecto de la cruz, el discípulo que sigue el ejemplo de Jesús no se desquita, no toma represalias, ni busca vengarse.

Cargar la cruz no es una decisión que se tome una sola vez. Es una afirmación diaria de nuestra disposición de tomar decisiones costosas por amor a Cristo. Una y otra vez, día tras día, escuchamos el llamado: "Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo" (Lucas 14:27). "Y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí" (Mateo 10:38).

Seguir el camino de Jesús no significa andar descalzo, permanecer célibe o dormir al descampado. Le seguimos, involucrándonos en ministerios de lebrillo y aceptando las consecuencias sociales que esto conlleva. Le seguimos tomando decisiones costosas, pagando un alto precio.

Un asunto espinoso

Como el algodón de feria, la fe cristiana con facilidad se esfuma en una piedad sin sustancia. Caemos en la tentación de poner a nuestra fe un escarchado de azúcar. Hacemos a un lado el llamado al discipulado y nos concentramos en una espiritualidad fofa y vacía. A veces nos decimos unos a otros: "sólo cree en Jesús y todo saldrá bien".

Pero la *sustancia* de la fe cristiana radica en nuestra disposición de tomar el camino de la cruz. Las costosas decisiones a las que nos impulsa el evangelio chocan con la fe mundana que adora al Dios del éxito. Sólo sigue a Jesús, se nos dice, y tendrás éxito en casi todo lo que emprendas. Sólo entrega tu corazón a él, y subirás hasta la cima de la escalera. "Nace de nuevo" y ganarás más concursos de belleza, meterás más goles, realizarás más ventas y recibirás más galardones.

¡No! Tal teología vierte un acaramelado piadoso sobre palabras severas. Ese Jesús no aplana las viejas escaleras posicionales; sino nos ayuda a escalarlas siempre y cuando le "demos a él todo el honor y toda la gloria". Este enfoque sencillamente cubre el viejo orden social con un manto religioso.

El Jesús del Nuevo Testamento nos llama a un discipulado de alto precio, a la toma de decisiones costosas. Seguir a Jesús significa no solamente transformar nuestros hábitos y actitudes personales, sino volvernos a una nueva forma de pensamiento. Esta nueva lógica del reino al revés va en contra de mucho de lo establecido que damos por hecho. Jesús nos llama a una revisión básica de valores, de conducta y de pensamiento. No es suficiente simplemente bautizar la antigua lógica y las viejas estructuras con un nuevo vocabulario. Seguir a Jesús, convertirse, significa revisar las suposiciones y hábitos de la cultura dominante. Significa la creación de una contra-comunidad. Significa elegir otra forma de vida.

Esto se hace manifiesto cuando Jesús nos advierte que sus seguidores pueden perder sus vidas en este mundo. Nuestra fortísima tentación es salvar nuestras vidas en ambos sistemas. Queremos salvar nuestra vida en este mundo y en la comunidad del pueblo de Dios. Queremos tener éxito según los parámetros seculares *y* según los valores del reino. Pero el éxito en los reinos de este mundo con frecuencia requiere que claudiquemos, que cedamos y que nos acomodemos al sistema imperante.

Es fácil diluir la naturaleza perturbadora del evangelio en los símbolos de éxito de la cultura moderna. Si el evangelio de Jesús amenazara los bastiones de poder, sus discípulos no serían una multitud popular, y mucho menos coronada de éxito. Parece que Jesús trazara una dura línea cuando dice que los que salven su vida por vivir de acuerdo a los valores del reino al revés, pueden perderla en los reinos de este mundo.

En medio de estas duras palabras brilla un rayo de esperanza. La cruz *no* es la última palabra. Es la palabra de en medio, en la secuencia de los tres pasos: lebrillo, cruz y tumba. Y la cruz no es el símbolo de derrota final, como pareciera a primera vista.

La palabra *final* de Dios es la tumba vacía. La cruz expone a los sórdidos poderes del mal en toda su brutalidad y violencia. La resurrección simboliza la victoria final de Dios sobre los principados de las tinieblas. Ahora los cristianos pueden vivir en esperanza, pues Dios ha triunfado sobre el pecado. Con confianza ahora tomamos los lebrillos que van seguidos de cruces. La luz resplandece al final del túnel. Nosotros, los seguidores de Jesús, tenemos fortaleza para sufrir ante el mal ¡porque la tumba vacía declara que Dios ya ganó la victoria!

La comunidad al revés

El poder del reino al revés radica en la vida corporativa de sus ciudadanos.[6] La vida del reino consiste en realizar las cosas de Dios juntos. Jesús no habría representado una amenaza si no hubiera reunido a su alrededor una comunidad de seguidores. Un vagabundo solitario que habla palabras llenas de sabiduría no amenaza el orden establecido. Las palabras de Jesús acerca de la riqueza, el poder, el amor y la compasión implican que su gente comparte una vida corporativa juntos. El nos llama al arrepentimiento y a unirnos a un grupo de discípulos caracterizados por una interdependencia espiritual, emocional y económica.

Dejando atrás sus ambiciones personales, los ciudadanos del reino utilizan sus dones para embellecer y enriquecer al cuerpo de Cristo. Por ser la comunidad de Dios encarnado, representan al reino que imparte la vida de Dios en medio de culturas inclinadas a la muerte, la destrucción y la violencia. El carácter distinto de esta nueva comunidad emergió con júbilo por primera vez en la iglesia primitiva el día de Pentecostés.

La vida congregacional se reduce a veces a una asistencia periódica a los servicios de adoración los domingos y a otras reuniones ocasionales. Con frecuencia nuestras ocupaciones, profesión, pasatiempos o descanso ocupan el primer lugar. Asistir a la iglesia es agradable, siempre que tengamos tiempo. Ocasionalmente resulta necesario, por el compromiso social. Pero el llamamiento de Jesús al discipulado eleva la vida corporativa de su pueblo por encima de cualquier otra actividad. Por cierto, todas

nuestras otras ocupaciones debieran latir al unísono con el pulso de la comunidad cristiana. La forma y modelo de la comunidad cristiana puede proyectar una imagen que partiendo de sus experiencias comunales alcance formas más tradicionales. Pero la vida en el cuerpo de Cristo no debe ocupar el último lugar en nuestras actividades; sino debe ser la locomotora que energetiza todas nuestras demás actividades.

La tarea de reedificar la iglesia es un mandato nuevo y apremiante para cada generación.[7] Crear una vida corporativa cimentada en los valores del reino es más vital que tener todas las respuestas a las interrogantes políticas y económicas.[8] La creación de una comunidad cristiana es en sí misma un acto político, puesto que representa una nueva y diferente realidad social. Como lo declara un erudito: "Esta es la revolución original; la creación de una comunidad diferente con su propio juego distinto de valores"[9].

Esta no es una reunión donde unos cuantos cristianos se reúnen ocasionalmente para adorar. Es, más bien, la creación de una contra-comunidad, un nuevo orden que sigue el ritmo de un compás diferente. Cuando los discípulos de Jesús se reúnen, su agenda y vida corporativa pareciera estar al revés, al compararla con las jerarquías autocráticas que existen aun en algunas iglesias.

Cuando la iglesia es fiel a su misión —estar en el mundo, pero no ser del mundo— constituye una minoría profética, una subcultura diferente. Jesús llama a *todos* al discipulado. Pero él sabe que no todos responderán. Su movimiento no creará una sociedad totalmente cristiana. Catorce veces Jesús describe el espíritu de su tiempo con las palabras, "esta generación".[10] En todos los casos, excepto uno, Jesús reprende a "esta generación". Es perversa, desleal, incrédula, adúltera (que rompe su pacto con Dios), e impertinente. Esta generación, según las palabras de Jesús, transita por el camino ancho que lleva a la destrucción. Los seguidores de Jesús deben caminar por la senda estrecha que lleva a la vida.

Mas la senda angosta no está separada físicamente de la ancha. El camino estrecho no es del mundo, pero está en el mundo. De la misma manera que la sal, la luz y la levadura, la comunidad de discípulos penetra y enriquece al mundo. Estas imágenes las usó

Jesús para simbolizar una subcultura distinta, una realidad social que brinda una alternativa. La comunidad de Dios no riñe con los valores culturales imperantes, ni es peculiar sólo por el gusto de ser diferente. Los miembros del nuevo reino tienen una visión diferente, un juego de valores diferentes. Consagran su lealtad a un Rey diferente. Y a veces esa lealtad significará que navegarán contra los vientos sociales predominantes.

El pueblo de Dios constantemente es tentado para que absorba los valores que le rodean. Es fácil diluir el evangelio convirtiéndolo en algo que complazca a la mayoría. Y sin que nos demos cuenta, prestamos y usamos la ideología, la lógica y las estructuras burocráticas de nuestro prójimo. Podemos añadirle un teflón religioso en la superficie, pero en el fondo, los valores y procedimientos chocan con el camino de Jesús. Las estructuras organizacionales de nuestras iglesias deben ser funcionales e importantes para nuestro contexto cultural, sin que éste lo determine. En el momento que la iglesia capitula ante el mundo, su luz se opaca, su sal se vuelve insípida y su levadura se pierde.

La participación en la comunidad cristiana determina nuestro bienestar espiritual y emocional. Siguiendo el compás de un ritmo diferente requiere de una comunidad que brinde el apoyo y el respaldo necesarios a sus integrantes. La comunidad cristiana puede fomentar la participación económica de varias formas. Las diferentes partes del cuerpo pueden apoyarse unas a otras en tiempos de necesidad. La comunidad cultiva el compromiso de cuidar de las necesidades espirituales y económicas mutuas. La práctica del jubileo se vuelve posible en el contexto de este tipo de comunidad.

La comunidad de discípulos ofrece un testimonio corporativo del amor y de la gracia de Dios. Sin la comunidad, el discípulo solitario es sólo otra "buena persona que hace el bien". El testimonio del amor y cuidado corporativo constituyen una notable hazaña en medio de culturas donde la norma es la venganza cruel. La comunidad cristiana encarna el diseño de Dios para la integridad, la plenitud y el shalom humanos.

La participación en la vida corporativa del pueblo de Dios nos ayuda a separar la sustancia de la cáscara en la vida moderna. Como individuos fácilmente podemos caer en la funesta trampa que

presentan los medios de comunicación modernos, aparentemente deslumbrante y atractiva, pero que en realidad pone a la venta los demonios del materialismo recubiertos de un azucarado de caramelo. El Espíritu Santo en la comunidad de fe nos ayuda a discernir los tiempos en que vivimos. En el contexto de la vida corporativa, el Espíritu modela los valores y estrategias del reino. Conforme discernimos los tiempos y nuestros dones, somos movilizados a ministerios significativos. La verdadera adoración y alabanza sincera brotan en el servicio hacia los demás. El pueblo fiel a Dios se mueve en un ritmo balanceado, en un diálogo de adoración y servicio.

Las estrategias que emplea la gente del reino son variadas. La agenda del reino es más importante que cualquier estrategia en particular. En algunos casos la comunidad cristiana puede desarrollar y operar ministerios bajo sus propios auspicios. En otros lugares, la gente del reino provee servicios sociales y legales a los necesitados a través de una variedad de instituciones. Aun otras veces, algunos se involucran en acciones sociales para modificar las estructuras sociales injustas. La gente del reino también participa en el mundo político y corporativo, siempre que pueda permanecer fiel a la agenda del reino al revés. Otros grupos cristianos se oponen al militarismo, a la opresión económica, al racismo, al autoritarismo y a otras formas de pecado y de maldad. No obstante, siempre lo hacen bajo el estandarte del Rey Jesús. Y siempre están más preocupados en hacer justicia que en demandarla para ellos mismos.

En todos estos escenarios el asunto primordial no es la conformación de una estrategia perfecta. La interrogante más importante es ésta: ¿Abrazaremos el ministerio de lebrillo aun cuando nos lleve a la cruz? Más importante que una afinada estrategia, es el servicio misericordioso que fluye de una experiencia vital de adoración y oración en la comunidad cristiana. Finalmente, todas las expresiones de ministerio y servicio deben estar encauzadas hacia los demás, no a nosotros mismos, ni a la iglesia. Deben apuntar, en última instancia, a Jesús, nuestro Salvador y Señor.

Las señales de la gente del reino

La gente del reino toma muy en serio este reino al revés. También sabemos reír. Sabemos que debemos trabajar en un discipulamiento personal. Asimismo hemos saboreado la gracia de Dios. Sabemos que nuestra salvación no depende de un discipulado de caras largas; pero tomamos muy en serio nuestras cruces. También nos divertimos. Ya que la gracia de Dios nos ha tocado, podemos reírnos de nosotros mismos y de nuestros esfuerzos. Comprendemos que, como de costumbre, la verdad está en algún lugar entre el discipulado radical y la jubilosa despreocupación que fluye del propio espíritu de misericordia de Dios.

La vida corporativa del pueblo de Dios es visible y externa. Esta es la gente que se compromete a compartir notoriamente. Practicamos el jubileo. La generosidad sustituye el consumismo y la acumulación. Nuestra fe mueve nuestras billeteras. Damos sin esperar que se nos devuelva. Perdonamos liberalmente, como Dios nos perdonó. Ignoramos las señales estigmatizantes que ostentan los marginados. Nos mueve una compasión genuina por los pobres y los destituidos. Miramos hacia abajo y nos movemos hacia abajo en la escalera. No tomamos nuestras estructuras religiosas muy en serio; sabemos que Jesús es Señor y Amo de la costumbre religiosa. Servimos en vez de dominar. Preferimos invitar que coaccionar por la fuerza.

El amor sustituye al odio entre nosotros. Shalom vence la venganza. Amamos aun a nuestros enemigos. El lebrillo sustituye a las espadas en nuestra sociedad. Compartimos el poder, amamos audazmente y hacemos la paz. Aplanamos las jerarquías y nos comportamos como niños. La compasión sustituye a la ambición personal entre nosotros. La igualdad sustituye la competencia y los triunfos. La obediencia a Jesús desvanece la fascinación mundana. Estructuras de servicio sustituyen las burocracias. Nos llamamos unos a otros por nuestro nombre de pila, ya que tenemos un solo Señor y Dueño, Jesucristo. Nos unimos en una vida común para adorar y apoyarnos y allí discernimos los tiempos y los acontecimientos. En la vida común descubrimos la dirección del Espíritu Santo para nuestros ministerios individuales y corporativos.

La generosidad, el jubileo, la misericordia y la compasión, son las marcas de la nueva comunidad. Liberados de la garra de los reinos al derecho, saludamos al nuevo Rey y cantamos un cántico nuevo. Juramos lealtad a un nuevo reino que ya está presente. Somos ciudadanos de un futuro que ya está irrumpiendo. Somos los que trastornan el mundo, porque sabemos que hay otro Rey, y que su nombre es Jesús.

Nosotros, los hijos de Dios Altísimo, damos la bienvenida cada día al reino de Dios en nuestras vidas. Junto con Jesús exclamamos: "Venga tu reino. Sea hecha tu voluntad en la tierra, como en el cielo". Pues en verdad es el reino de Dios, el poder de Dios y la gloria de Dios, para siempre.

Preguntas para discusión

1. ¿Qué diferencia existe cuando vemos la cruz como una consecuencia al ministerio de lebrillo de Jesús?
2. Identifique algunas cruces que usted enfrente actualmente.
3. En sus propias palabras, ¿qué quiso decir Jesús cuando habla de "salvar" y "perder" la vida?
4. ¿En qué formas es la iglesia una contra-cultura, una alternativa a la realidad social?
5. Evalúe las diversas estrategias para servicio y ministerio cristianos.
6. ¿En qué manera está usted involucrado en una comunidad al revés?
7. ¿Cómo podemos mantener un equilibrio saludable entre el discipulado radical y la diversión jubilosa?

GUIA DE DISCUSION PARA LIDERES

Este libro ha sido diseñado para usarse en grupos de discusión y clases pequeñas en una gran variedad de lugares. Las preguntas al final de cada capítulo deben estimular una discusión vigorosa. Aliente a los estudiantes a reflexionar sobre ellas antes de la clase y prepararse así para la discusión. Muchos de los capítulos incluyen preguntas adicionales dentro del texto, que también pueden ser útiles.

Un breve resumen de los capítulos puede ayudarle en su preparación y organización. El primer capítulo introduce el concepto del reino de Dios, así como algunos de los tópicos conectados con su interpretación. Los capítulos dos, tres y cuatro tratan de las tentaciones de Jesús en el contexto de su ubicación histórica. Se enfocan respectivamente en la política, la religión y la economía de la Palestina del primer siglo. Estos cuatro capítulos brindan un fundamento esencial para el desarrollo del resto del libro.

El capítulo cinco cubre el principio del ministerio de Jesús, situándolo en el contexto del jubileo del Antiguo Testamento. El capítulo seis investiga las enseñanzas de Jesús relacionadas con los asuntos económicos. El capítulo siete enfoca las excusas que con frecuencia sirven como desvíos contemporáneos en cuanto a las enseñanzas de Jesús acerca de la riqueza. La relación de Jesús con los líderes religiosos se resume en el capítulo ocho. El tema del amor ágape y la no-represalia forman la base del capítulo nueve. El capítulo diez describe la aceptación de Jesús de una vasta gama de gente diversa y el capítulo once trata su enseñanza sobre la

posición, el servicio y el poder. El último capítulo se enfoca en el significado de la cruz y el discipulado.

Debido a que el libro usualmente provoca una viva discusión, muchos grupos han hallado difícil cubrir un capítulo en una sola sesión de una hora. Hay una variedad de formas en las que los capítulos pueden organizarse para discusión.

1) El patrón ideal asigna dos sesiones para cada capítulo (veinticuatro sesiones). Esto permite tiempo de reflexión entre las discusiones y brinda a los participantes la oportunidad de leer más cuidadosamente y absorber los temas más profundamente.
2) Un patrón más típico es asignar un capítulo por sesión (doce sesiones).
3) Para una secuencia de seis sesiones, la mejor combinación de capítulos sería: 1 y 2; 3 y 8; 4 y 5; 6 y 7; 10 y 11; 9 y 12 (seis sesiones).
4) Una secuencia más abreviada de sólo cuatro sesiones podría utilizar este patrón: 1-4: 5-7; 8-9; 10-12 (cuatro sesiones).

Le presento varias sugerencias para estimular la discusión:

1) Distribuya los libros a los participantes, con una asignación de lectura, *antes* de la primera sesión.
2) Anime a los estudiantes a que lean los pasajes claves directamente de los evangelios.
3) Pida a varios estudiantes que sean responsables de sub-secciones de un capítulo. Ellos podrían preparar algún material adicional sobre un tópico en particular relacionado con su respectiva sección.
4) Considere rotar a los moderadores de la discusión en algunas sesiones.
5) Considere dividir los grupos grandes en grupos más pequeños, de tres a seis personas, para algunas de las discusiones.
6) Exhorte a los estudiantes a escribir las preguntas que surjan en el curso de la lectura antes de la discusión.

7) Provoque que todos participen, y evite que una o dos personas dominen la conversación.
8) Al final de la serie anime a todos, individualmente y como grupo, a comprometerse a trabajar en cambios específicos como resultado del estudio.
9) Consulte otras obras de referencia, tales como diccionarios bíblicos y otras interpretaciones de la vida de Jesús como puntos de comparación.

NOTAS

Capítulo 1: Abajo es arriba

1. Jeremías (1971:97) señala que los términos *reino de Dios y reino de los cielos* tienen un significado idéntico.

2. Los eruditos del Nuevo Testamento generalmente están de acuerdo en la centralidad e importancia del tema del reino en las enseñazas de Jesús. Borg (1987:198-199) en una casi excelente introducción de la visión de Jesús, resta importancia al tema del reino. En un provocativo estudio, Sheehan (1986) propone que la esencia del reino fue distorsionada cuando la iglesia primitiva transformó el reino en otra religión: el cristianismo.

3. Verhey (1984) explora el tema de "La Gran Reversa" en un excelente estudio sobre la ética y el Nuevo Testamento. Su interpretación de la inversión social en los evangelios, aunque desarrollada independientemente de mi trabajo, coincide en muchas formas con mi perspectiva.

4. Esta es esencialmente la posición tomada y más ampliamente desarrollada por Yoder (1972:23).

5. Jeremías (1971:98). Excelente discusión de la historia del conocimiento relativo al reino de Dios puede encontrarse en Chilton (1984:1-26), Chilton y McDonald (1987), Riches (1982:87-111) y Sanders (1985:123-244).

6. Verhey (1984:13).

7. Los evangelios brindan diferentes capas o estratos del material histórico: las palabras de Jesús, el punto de vista de los redactores, las tradiciones orales y las influencias de las comunidades cristianas primitivas. Los respectivos editores de los evangelios, por supuesto, ofrecen diferentes sesgos, o enfoques de Jesús. Aunque estoy consciente de la multitud de intereses que dan forma al texto histórico, mi atención principal radica en los puntos de vista sinópticos o genéricos de Jesús, tal como nos han sido entregados. Este enfoque homogéneo es menos sensible a las tonalidades de los editores particulares, pero ofrece un enfoque más plenario de Jesús

como nos ha sido transmitido. Y este enfoque total, aunque no puede ser verificado históricamente, sin embargo captura en forma confiable la esencia del Jesús esencial.

8. Las discusiones acerca del tiempo del reino y su carácter escatológico han sido revisadas por numerosos eruditos. Chilton y McDonald (1987), Hiers (1970, 1973), Ladd (1974a, 1974b), Pannenberg (1969), Perrin (1963, 1976), Sanders (1985).

9. Schweitzer (1922) en su propio estudio clásico *The Quest of the Historical Jesus* (La Búsqueda del Jesús Histórico) publicado en 1906, argumenta que la visión apocalíptica de Jesús moldeó su enseñanza ética. Más recientes partidarios de la interpretación apocalíptica de las enseñanzas de Jesús de Schweitzer, incluyen a Hiers (1970, 1973) y a Sanders (1975).

10. El teólogo británico Dodd (1936), fue uno de los primeros proponentes de este enfoque, con frecuencia llamado "escatología realizada".

11. Ladd (1974b:3). El consenso de los estudiosos claramente se ha movido hacia significados múltiples temporales asociados con el tiempo del reino. Consulte también a Bright (1953:216-217), Chilton (1984), Chilton y McDonald (1987), Kraus (1974:32), Perrin (1976) y Sanders (1985:150-56).

12. Ladd (1974b:123).

13. Perrin (1976:29-35) ofrece esta útil diferenciación. En aras de la sencillez he rotulado el símbolo 'steno' de Perrin como "específico" y su símbolo 'tensivo' como "general".

14. Ladd (1974b).

15. Sanders (1975:31).

16. Ladd (1974b:303).

17. Sanders (1975:29).

18. Ladd (1974b:302) al igual que Birch y Rasmussen (1976) expresan su preocupación. La creciente tendencia de los eruditos es vincular la ética social con el reino de Dios en las enseñanzas de Jesús como lo ilustran los esfuerzos de Cassidy (1978), Hauerwas (1983), Longenecker (1984), Mealand (1981), y Yoder (1972). Chilton y McDonald (1987) y Perkins (1981) argumentan que las parábolas brindan los mejores conceptos de la ética social del reino.

19. Una de las dificultades que se presentan al fundamentar la ética social moderna en los evangelios sinópticos es el hecho que Jesús y sus discípulos eran un grupo itinerante que viajaba por toda la campiña rural. Constituían el estado incipiente de un movimiento social de revitalización religiosa y, por lo tanto, no se preocupaban de formar y mantener las instituciones sociales que pesan sobre cualquier movimiento social en sus últimas etapas. En los Hechos de los Apóstoles, así como en las otras epístolas del Nuevo Testamento, la cuestión de la creación y preservación de instituciones asume una prioridad más elevada.

Para un estudio sociológico del carácter itinerante de Jesus y sus discípulos, vea Theissen (1978). Una discusión de las diferentes necesidades sociales que corresponden a las etapas institucionales de un movimiento social aplicadas al papel que juegan las riquezas en Lucas y Hechos puede hallarse en Kraybill y Sweetland (1983).

20. Verhey (1984:21) sugiere que la ética de Jesús no requiere obediencia a la ley, sino que fundamentalmente es una ética de arrepentimiento.

Capítulo 2: Política en el monte alto

1. Hengel (1977:17-21) sugiere que Jesús asumió una postura de crítica contra todos los poderes políticos de su día. Hengel, sin embargo, no la relaciona con la tentación.

2. Algunos estudios son útiles para reconstruir la historia política y social de Palestina en los siglos cercanos a la vida de Jesús. Bruce (1971), Enslin (1956), Guignebert (1959), Horsley (1987), Horsley y Hanson (1985), Lohse (1976), Martin (1975), Metzger (1965) y Myers (1988).

3. a.C. indica el período de tiempo antes del advenimiento de Cristo. d.C. indica el período después del nacimiento de Cristo.

4. Enslin (1956:8).

5. Lohse (1976:25).

6. Enslin (1956:13-14).

7. Jeremías (1975:124).

8. Enslin (1956:60).

9. Metzger (1965:24).

10. Para una exposición del levantamiento ocurrido en el año 4 a.C., consulte a Freyne (1980) y Horsley (1987:50-54). Freyne (1980, 1988) argumenta que los movimientos de protesta judíos se originaron primordialmente en Judea, y no en Galilea.

11. Hengel (1973:29).

12. Es incierto si un partido zelote formalmente organizado se desarrolló en el año 6 d.C. y continuó hasta la gran revuelta judía del año 66-70 d.C. Hay tres posibilidades: 1) Un movimiento zelote, nacido alrededor del año 6 d.C., persistió hasta involucrarse activamente en la revuelta de los años 66-70 d.C. 2) Aunque surgió en el año 6 d.C., los zelotes pueden haber menguado, y luego haberse revitalizado durante la gran revuelta. 3) Los zelotes no emergieron como movimiento de resistencia organizado sino hasta los años 67-68 d.C.

Horsley (1987) y Horsley y Hanson (1985) presentan un persuasivo argumento en respaldo de la tercera opción. Tres ambigüedades adicionales nublan la discusión. ¿Eran los sicarios (hombres del puñal) lo mismo que los zelotes? ¿Era el Judas revolucionario, hijo de Ezequías (4 a.C.), la misma

persona que Judas el Galileo (6 d.C.), fundador de la Cuarta Filosofía? ¿Fue la Cuarta Filosofía un partido zelote organizado? Horsley (1987) y Horsley y Hanson (1985) afirman que la evidencia histórica brinda respuestas negativas a todas estas interrogantes. Freyne (1980:216-229) señala, sin embargo, que este Judas puede haber cambiado su forma de pensar a lo largo del período de diez años, y ser, en verdad, la misma persona.

13. Hengel (1971:10).

14. Horsley y Hanson (1985:35).

15. Lohse (1976:42).

16. Kelber (1974:78) señala el significado simbólico de los montes en el evangelio de Marcos.

17. El argumento más influyente fue presentado antes por Brando (1968).

18. Harris (1975:179-203).

19. Cullmann (1970) presenta un bosquejo de estos temas en el capítulo I.

20. Tanto Cullmann (1970) como Hengel (1971, 1973) refutan el alegato de que Jesús era partidario de la violencia. Cassidy (1978) y Ford (1984), usando el evangelio de Lucas, argumentan que Jesús era partidario de la no-violencia. Myers (1988) en una lectura política de Marcos, argumenta que Jesús practicaba no sólo la no-violencia, sino también la resistencia — acción simbólica directa. En contraste, Horsley (1987:318-226) en su voluminoso estudio sobre Jesús y la violencia, llega a la conclusión que existe muy poca evidencia de que Jesús fuera partidario de la no-violencia, *o* de la violencia. Sus conclusiones descansan, sin embargo, en una muy cuestionable lectura del mandamiento de Jesús de "amar a nuestros enemigos".

Capítulo 3: Piedad en el templo

1. Jeremías (1975:25).

2. Martin (1975:78).

3. Jeremías (1975:200-205) brinda un excelente resumen del funcionamiento del templo.

4. Lohse (1976:157).

5. Jeremías (1975:83).

6. Metzger (1965:55).

7. Jeremías (1975:75).

8. *Interpreter's* (1962[4]:216).

9. Jeremías (1975:160-212).

10. Mi discusión sobre la Torah se basa primordialmente en Guignebert (1959:62-67). Para una excelente introducción a la Torah, consulte Neusner (1979).

11. Jeremías (1975) y Saldarini (1988) son las referencias básicas para esta sección acerca de los escribas.

12. Jeremías (1975:243).

13. Saldarini (1988:298-307) brinda un excelente estudio basado en los pocos datos disponibles sobre los saduceos. Aunque muchos eruditos han observado que los saduceos se oponían a la ley oral de los fariseos, Saldarini argumenta que es muy posible que los saduceos tuvieran su propia interpretación oral.

14. Para una exposición más amplia acerca de los fariseos, vea Borg (1984), Jeremías (1975-246-267), Moxnes (1988) y Saldarini (1988).

15. Martin (1975:109-116) y Ford (1984:13-36) resumen el mesianismo revolucionario en la tradición judía.

Capítulo 4: Pan en el desierto

1. Yoder (1972:31) sugiere esta interpretación sobre el pan de la tentación.

2. Existen numerosas descripciones detalladas de la estratificación social de Palestina durante el primer siglo. Para un análisis acerca de la región de Galilea, consulte a Freyne (1980,1988). Lea también a Mealand (1981), Moxnes (1988), Myers (1988), Saldarini (1988), Strambaugh y Balch (1986) para excelentes exposiciones sobre las clases sociales y la estratificación económica. Oakman (1986) brinda una descripción detallada de la producción y la distribución económica en Palestina.

3. Hoehner (1972, 1973).

4. Jeremías (1975:92-99) y Finkelstein (1962:11-16) describen la opulencia de los aristócratas de Jerusalén.

5. Sanders (1985:174-211) argumenta persuasivamente que "la gente de la tierra" no debe ser catalogada juntamente con los "pecadores" como lo hacen con frecuencia los eruditos del Nuevo Testamento.

6. Saldarini (1988:52) argumenta que los edificios que albergaban las sinagogas consagradas exclusivamente a la adoración no aparecieron sino hasta el tercer siglo d.C. en Palestina.

7. Baron (1952[1]:275).

8. Enslin (1956:127).

9. Hoehner (1972:70)

10. Trocmé (1973:87-88). Freyne (1980, 1988) argumenta que a pesar del crecimiento de grandes latifundios, algunos campesinos, al menos en Galilea, pudieron seguir labrando sus propias parcelas.

11. Oakman (1986:72), en cálculos detallados, estima que del lado bajo, un agricultor pagaba la mitad de su cosecha en impuestos y alquiler, y en el lado alto, dos tercios. Además, sumando la semilla, otros costos y los

impuestos, Oakman estima que al agricultor le quedaba para sus subsistencia una quinta parte, y posiblemente mucho menos, de su cosecha.

12. Guignebert (1959:39).

13. Jeremías (1971:110).

14. Neusner (1975:29).

15. Baron (1952:279).

16. Esta es, en esencia, la tesis desarrollada por Borg (1987).

17. Oakman (1986:176-182) ofrece una descripción detallada del papel y del trabajo de un carpintero en el primer siglo en Palestina.

18. Jeremías (1972:5-9) argumenta que Jesús pertenecía a la clase pobre. Freyne (1988:241) demuestra que Jesús y sus seguidores no eran terratenientes, pero tampoco eran limosneros. Estaban entre los económicamente más solventes de la cultura campesina. Hengel (1974:27) dice que debido a su ocupación, es seguro que Jesús provenía de la clase media de Galilea, en donde se agrupaban los diestros artesanos . Theissen (1978:10-16) sostiene que Jesús y sus discípulos eran carismáticos errantes que tenían muy pocas, o ninguna, posesión.

Hay varios puntos que pueden aclarar estos enfoques conflictivos. Como se ha observado anteriormente, aunque Jesús creció en una familia de clase baja, era una familia de artesanos, que muy probablemente ocupaba los lugares más altos de la clase baja. En segundo lugar, la enseñanza y estilo de vida de Jesús y sus discípulos puede haber sido de necesidad, pues deliberadamente rechazaron su posición familiar original. Conforme Jesús llamaba discípulos para que le siguieran, les apremiaba a dejar todas sus ocupaciones. Por lo tanto, aunque Jesús y algunos de sus discípulos pueden haber tenido sus raíces en los más altos estratos de la clase baja, su comportamiento posterior durante su ministerio demuestra que ellos abrazaron el estilo de vida de los más pobres de los pobres —que vivían errantes de día en día.

19. Bately (1972:5-9).

20. Este es esencialmente el argumento de Theissen (1978:10-16) y su estudio sociológico.

Capítulo 5: Esclavos libres

1. No está claro si Jesús siguió la lectura asignada para el día, o si él seleccionó el pasaje de Isaías. Ringe (1985:39) piensa que es poco probable que esa fuera la lectura asignada para el día.

2. Un gran número de eruditos han presentado extensas exposiciones sobre el jubileo hebreo. Blosser (1978), Ford (1984), Gnuse (1985), Gregorio (1975), North (1954), Sloan (1977), Strobel (1972), Trocmé (1973), y Yoder (1972). Tal vez el mejor trabajo sea la excelente obra de Ringe (1985), pues

vincula la imagen del jubileo en Lucas 4 al resto de las enseñanzas de Jesús. Una excepción es Vaux (1965:1-176) quien rechaza el concepto de que Isaías 61:1-2 se refiera al jubileo.

3. El asunto clave, resumido y discutido por Sloan, (1977:166-194) es si Jesús estaba proclamando el jubileo con todas sus ramificaciones socioeconómicas y políticas, o si solamente lo usó en forma escatológica para provocar una reacción al anuncio de la salvación de Dios.

Yoder (1973) y Trocmé (1973) declaran que Jesús al leer este pasaje lo hizo con todo el significado social del jubileo, mientras que Sloan (1977:171-173) opta por una interpretación más escatológica, contendiendo que tal enfoque no lo priva de su significado social. Edwards (sin fecha) rechaza la hipótesis que Jesús estuviera restaurando explícitamente el programa del jubileo en Nazaret. Gregorio (1975) también se inclina a que Lucas 4:18-19 constituye una interpretación del jubileo.

4. Aparte de la implicación social que Jesús hace del jubileo en el contexto de Nazaret, los postulados del jubileo de liberación, libertad y perdón son importantes para Lucas en el ministerio de Jesús. Blosser (1978), Sloan (1977), Yoder (1972) y especialmente Ringe (1985) demuestran la centralidad del tema del jubileo en la teología de Lucas.

5. North (1954:129) sugiere que el mismo año era, en cierta forma, el año cincuenta y también el cuarentinueve. El año cuarentinueve, de manera popular, puede haberse referido al año "quincuagésimo".

6. Neusner (1973:14-18).

7. Trocmé (1973:39) calcula que Jesús predicó en Nazaret en un año sabático.

8. Strobel (1972) argumenta que no sólo era un año sabático, sino realmente un año de jubileo cuando Jesús apareció en la sinagoga de Nazaret. Estoy en deuda con Walton Z. Moyer por traducir para mí el artículo de Strobel, escrito originalmente en alemán.

9. Gregorio (1975:187).

10. Jeremías (1971:104).

11. El rechazo de Jesús de Nazaret tiene dos acepciones plausibles: 1) La multitud cambió su aplauso en condenación en el curso del sermón, o 2) La audiencia estaba asombrada y llena de ira a lo largo de todo el episodio. La interpretación tradicional ha favorecido la primera opción, puesto que al principio "todos daban buen testimonio de él, y estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca", y más tarde "todos en la sinagoga se llenaron de ira". Ford (1984:64), siguiendo a Jeremías, muestra que la gente puede haber estado enojada a lo largo de todo el incidente, especialmente porque Jesús dejó de leer lo relativo al día de venganza (contra los paganos, por supuesto). Por lo tanto, es posible que "estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca" (a favor de los gentiles).

12. Trocmé (1973:42). Oakman (1986:153-56) argumenta persuasivamente por un interpretación de las deudas materiales en el contexto del Padrenuestro.

13. Esto, por supuesto, es una sobresimplificación del debate clásico idealista/materialista de ambas filosofías y de las ciencias sociales. En lugar de un proceso monocausal, el intrincado vínculo entre las ideas y su contexto material es un proceso complicado de la reciprocidad usual.

14. Ringe (1985) con minucioso detalle demuestra cómo el vocabulario e imaginería del jubileo está hilvanado a lo largo de gran parte del ministerio de Jesús.

Capítulo 6: Pobreza de lujo

1. Para una exposición más amplia respecto al análisis y enseñanzas de Jesús acerca de las riquezas y posesiones, consulte a Hengel (1974), Johnson (1977), Kraybill y Sweetland (1983), Mealand (1981), Moxnes (1988), Myers (1988), Oakman (1986), Pilgrim (1981) y Ringe (1985).

2. Para una exégesis sobre las historias y parábolas de Jesús profundamente enraizada en el contexto sociocultural de la Palestina del tiempo de Jesús, recomiendo especialmente a Bailey (1983).

3. Jeremías (1971:236).

4. Yoder (1971:65-66).

5. Hunter (1971:28).

6. Jeremías (1972:183).

7. Jordan y Doulos (1976:65-66).

8. Jeremías (1972:184)

9. Glen (1962:69).

10. Para una excelente exégesis de Lucas 16:1-13, ubicada en el contexto cultural de Palestina, vea la magnífica obra de Bailey (1983:86-118).

11. La exposición de Derrett (1970:48-85) sobre la parábola del mayordomo injusto brinda un cuadro detallado de las normas económicas en Palestina y sirve de fundamento a mi exposición. Edificando sobre el trabajo de Derrett, Moxnes (1988:139-142) brinda una interpretación plausible acerca de esta difícil historia.

12. Derrett (1970:62).

13. Consulte a Moxnes (1988) para una investigación completa de la relación entre los fariseos y las riquezas, particularmente en el contexto del evangelio de Lucas.

14. *Interpreter's* (196[23]:234).

15. Jeremías (1972:165).

16. *Interpreter's* (1962:3:843).

17. Jeremías (1971:108-113).

18. Jeremías (1971:112) sugiere que la versión de Lucas es indudablemente la original. El evangelio de Mateo fue formulado en una iglesia que luchaba contra la tentación de la justicia propia de los fariseos. El énfasis relativo a los "pobres en espíritu" era un correctivo necesario.

19. Jeremías (1971:109).

20. *Interpreter's* (1962[3]:531). Myers (1988:274-275) argumenta que este dicho debe ser entendido literalmente significando un camello y una aguja.

21. Baron (1952:252).

22. Jeremías (1975:311-312).

Capítulo 7: Desvíos al derecho

1. Jordan y Doulos (1976:118).

2. Birch y Rasmussen (1976:179-182) citan las malas interpretaciones de esta declaración como ejemplos clásicos del mal uso de las Escrituras en la ética social.

3. Derrett (1970:266-278).

4. Sider (1977:175-178) ha propuesto que esta es una forma creativa de diezmar aumentando los ingresos.

5. Hengel (1974:29).

6. Sider (1977:32-37).

7. Sider (1977:40-42).

Capítulo 8: Piedad impía

1. Adler (1963:40-41).

2. Danby (1933).

3. Strack (1969:26-28).

4. Davies (1967).

5. Para un excelente análisis de la pasión por la santidad en el medio religioso del tiempo de Jesús, especialmente como era expresada por los fariseos, consulte a Borg (1984,1987).

6. Para un punto de vista contrastante, consulte a Sanders (1985:245-280) quien argumenta que Jesús no violó la ley, excepto por una o dos infracciones menores. Este enfoque está basado, en parte, al hacer poca diferenciación entre la ley escrita y la oral, pero mayormente en la presunción de que las confrontaciones de Jesús con la ley fueron creaciones posteriores de los redactores de la iglesia primitiva.

7. Swartley (1983:79) hace esta observación y usa el sábado para un fascinante caso de estudio en la hermenéutica bíblica comparativa.

8. Danby (1933:106).
9. Danby (1933:110).
10. Danby (1933:123-127).
11. Jeremías (1971:144).
12. Borg (1984:78-96) ofrece un excelente análisis del significado del compañerismo de Jesús en la mesa. (De él tomé prestada esta idea.)
13. Jeremías (1971:144).
14. Para una exposición extensa de la provocación de Jesús en el templo, consulté a Borg (1984:163-200, 1987:174-177), Horsley (1987:285-300), Myers (1988:297-306), y Sanders (1985:61-76).
15. Varios atrios exteriores que rodeaban el templo se usaban para la adoración pública y estaban designados a grupos particulares; por ejemplo, el atrio de los sacerdotes, el atrio de Israel. Borg (1987:174) contiende que el "Atrio de los Gentiles" al que los eruditos se refieren típicamente, es una designación moderna, no antigua.
16. Kelber (1974:97-102) amplía la interpretación tradicional de que la limpieza del templo fue realizada primordialmente para abrir el atrio exterior a los gentiles. También sugiere que la prohibición de cargar vasijas tenía más un significado religioso que detener a las personas que tomaban atajos en el templo. Sanders (1985:61-91) argumenta que el incidente del templo no consistió meramente en echar fuera a los cambistas, o "limpiar" el templo con el propósito de restaurar su operación rutinaria; más bien fue un acto público de desafío dirigido contra el mismo templo, y fue este acto provocativo, más que ninguna otra cosa, lo que condujo a la muerte a Jesús. Myers (1988:297-306) argumenta que el templo era, fundamentalmente, una institución económica. Jesús tomó acción directa simbólica contra la operación del templo.
17. Kelber (1974:101) propone el caso de que la purga tenía la intención de cerrar la operación del templo, al menos en forma simbólica, aunque no en un sentido final.
18. Jeremías (1975:253-255) señala que Mateo coloca a escribas y fariseos en la misma categoría. Jesús denunció a los fariseos principalmente por su énfasis en los diezmos y en los lavatorios ceremoniales; mientras que los escribas, o abogados, fueron criticados por su vanidad por su posición social. Vea Lucas 11:37-52.
19. Vea Borg (1987:157-160) para una excelente exposición sobre este punto.
20. Jeremías (1972:139-144) brinda conceptos útiles en este relato.
21. Jeremías (1972:132).
22. Para una exposición sobre la relación entre iglesia y reino, consulte a Ladd (1974a:105-119) y a Bright (1953), especialmente el capítulo 8 de Bright titulado "Entre dos mundos: El Reino y la Iglesia".

23. Kraus (1974-34).
24. Snyder (1975:69-73).

Capítulo 9: Enemigos que se aman

1. Varios intérpretes han elegido diferentes tópicos como el tema más importante en la articulación que Jesús hace del reino. Yo he escogido ágape. Borg (1987) enfatiza la compasión de Jesús o "wombishness" como le gusta llamarla. Para Oakman (1966) el tema clave es la generosidad.
2. Bailey (1983:158-206) y Jeremías (1972:128-132) brindan un fondo cultural útil a esta parábola. Mis ideas se basan en su trabajo.
3. Vea Bailey (1983:33-56) para más detalles del contexto cultural.
4. Jeremías (1975:352). Para información adicional sobre los samaritanos, consulte a Coggins (1975) y a Ford (1984:79-95).
5. Jeremías (1975:357).
6. Jeremías (1975:358).
7. Crossan (1973:65).
8. Moxnes (1988:1129-134) ofrece una excelente exposición sobre este relato de hospitalidad, en el contexto de los patrones de intercambio recíproco de la cultura palestina.
9. Moxnes (1988:157).
10. La definición de "enemigos" en este pasaje bíblico es crucial. La enseñanza pierde su impacto político si, como Horsley (19987:255-272) expone, los enemigos que Jesús tenía en mente eran locales y personales, no extranjeros y políticos. El cuidadoso análisis de Klassen (1984) sobre esta enseñanza, discrepa con la de Horsley. El ejemplo de enemigos que Jesús usa en parábolas e historias sugiere una definición más amplia que la propuesta por Horsley. Schwager (1987:171-180) en un creativo análisis presenta el amor a los enemigos en el contexto de las teorías socio-psicológicas del chivo expiatorio.
11. Jeremías (1971:239).
12. Es voluminosa la literatura sobre las diversas reacciones de la iglesia ante la violencia y el militarismo. Para una excelente introducción a las diferentes posturas hermenéuticas contradictorias tomadas por varias tradiciones teológicas, consulte a Swartley (1983:96-149).
13. Para una descripción de las muchas formas en las que la religión civil justifica el militarismo, consulte a Kraybill(1976).
14. Vea a Brueggemann (1982) para una exégesis del significado bíblico de Shalom. Yoder (1987) brinda una de las mejores introducciones al concepto de shalom, especialmente al relacionarlo a la salvación y a la justicia.

15. Para una profunda discusión sobre la fe cristiana y el militarismo nuclear, consulte a Kraybill (1982).

Capítulo 10: Los de afuera, están adentro

1. Jeremías (1975) dedica seis capítulos (12-17) a la preservación de la pureza racial dentro de la comunidad hebrea. Mi exposición está en deuda con esta meticulosa investigación.

2. Es un tanto ambigua la magnitud de la aceptación de Jesús hacia los gentiles. Sanders (1985:212-221) contiende que Jesús inició un movimiento que "llegó a ver la misión a los gentiles como un extensión lógica de sí mismo". Pero Sanders duda que Jesús mismo haya recibido a los gentiles con beneplácito.

3. Para una elaboración, consulte Tannehill (1972).

4. Estoy en deuda con Willard M. Swartley, mi antiguo instructor, por resolver el enigma de los símbolos de estos tres capítulos. Un tratado completo puede ser hallado en Swartley (1973). Para un tratado popular, vea Swartley (1981:94-130). Myers (1988:223-227) concuerda con esta interpretación.

5. Mateo, por lo general, toma una visión más negativa hacia los gentiles que Marcos o Lucas. Tal vez porque escribe a una audiencia judía, Mateo con frecuencia describe a Jesús con la típica actitud judía. Mateo es el único escritor que registra que Jesús haya dicho haber sido enviado únicamente a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mateo 10:6; 15:24).

6. Yoder (1972) dedica el capítulo 11 al concepto de Pablo de la justificación, en relación a la reconciliación de judíos y griegos.

7. Jeremías (1975) en el capítulo 18 presenta una excelente exposición sobre el papel de la mujer en la cultura hebrea. Es la fuente histórica que sirve de base para esta sección. Para varias fuentes introductorias del papel de la mujer en el Nuevo Testamento, considere a Evans (1983), Praeder (1988), Ruether (1981), Siddons (1980), y Swartley (1983).

8. Jeremías (1975:375).

9. Jeremías (1975:376).

10. Wahlberg (1975:94).

11. Jeremías (1975:305-311).

12. Jeremías (1971:104).

13. Longenecker (1984) en varios perceptivos ensayos argumenta que el mandato del evangelio como fue practicado por la iglesia primitiva, proyectaba una nueva comunidad donde las barreras sociales se derrumbaban entre varón y mujer, esclavo y libre, judío y griego.

Capítulo 11: Lo bajo es alto

1. Hatfield (1976:17).
2. Jeremías (1971:219).
3. Chilton y McDonald (1987:79-90) ofrecen un profundo análisis de la controversia sobre los niños, con especial énfasis en sus implicaciones éticas.
4. Minear (1976:21) brinda en el capítulo 1 una exposición especialmente útil.
5. Minear (1976:21) y Hengel (1977:18-20).
6. Hengel (1977:21).
7. Radekop (1976:147) sugiere esta tesis.
8. Greenleaf (1970:4). Este es un útil panfleto sobre el liderazgo de servidumbre.

Capítulo 12: Fracasos exitosos

1. Estoy ciertamente en deuda con el excelente ensayo de Brueggemann (1982) sobre el oficio y las herramientas del ministerio de lebrillo cristiano.
2. Brueggemann (1982).
3. Burkholder (1976:134).
4. Consulte a Yoder (1972:132-34) para una crítica sobre la forma en el que el vocablo "cruz" es típicamente usado en el cuidado pastoral protestante.
5. Jeremías (1972:195).
6. Hauerwas (1983) ofrece una visión creativa de la apacible comunidad del nuevo reino.
7. Wallis (1976) presenta en el capítulo 5 un excelente argumento acerca de la urgencia de restaurar la iglesia.
8. Ellul (1967:145).
9. Yoder (1971:28).
10. Jeremías (1971:135).

BIBLIOGRAFIA

Adler, Morris

1963 *The World of the Talmud*. 2nd ed. New York: Schocken Books.

Anderson, Norman

1983 *The Teaching of Jesus*. The Jesus Library. Ed. Michael Green. Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press.

Bailey, Kenneth E.

1983 *Poet & Peasant and Through Peasant Eyes: A Literary-Cultural Approach to the Parables of Luke*. Grand Rapids: Eerdmans.

Baron, Salo Wittmayer

1952 *A Social and Religious History of the Jews*. Vol. 1 New York: Columbia University Press.

Bately, Richard

1972 *Jesus and the Poor*. New York: Harper & Row.

Birch, Bruce C., and Larry L. Rasmussen

1976 *Bible and Ethics in the Christian Life*. Minneapolis: Augsburg.

Blosser, Donald

1978 *Jesus and the Jubilee, Luke 4:16-30: The Year of Jubilee and Its Significance in the Gospel of Luke*. Ph.D. diss., Scotland: University of St. Andrews.

Borg, Marcus J.
1984 *Conflict, Holiness & Politics in the Teachings of Jesus.* Studies in the bible and Early Christianity, Vol. 5. New York: Edwin Mellen Press.

1987 *Jesus: A New Vision. Spirit, Culture, and the Life of Discipleship.* San Francisco: Harper & Row.

Bowman, John
1975 *The Samaritan Problem.* Pittsburgh: Pickwick Press.

Brandon, S. G. F.
1968 *Jesus and the Zealots.* New York: Scribners.

Bright, John
1953 *The Kingdom of God.* Nashville: Abingdon.

Bruce, F.F.
1971 *New Testament History.* New York: Doubleday.

1983 *The Hard Sayings of Jesus.* The Jesus Library. Ed. Michael Green. Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press.

Brueggemann, Walter
1982 *Living Toward a Vision: Biblical Reflections on Shalom.* 2nd ed. New York: United Church Press.

Burkholder, J. Lawrence
1976 "Nonresistance, Nonviolent Resistance, and Power." In *Kingdom, Cross, and Community.* Eds. Calvin Redekop and J. Richard Burkholder. Scottdale, Pa.: Herald Press.

Cassidy, Richard J.
1978 *Jesus, Politics, and Society: A Study of Luke's Gospel.* Reprint. Maryknoll, N.Y.: Orbis Books.

1987 *Society and Politics in the Acts of the Apostles.* Maryknoll, N.Y.: Orbis Books.

Cassidy, Richard J., and Philip J. Scharper
1983 Eds. *Political Issues in Luke-Acts.* Maryknoll, N.Y.: Orbis Books.

Chilton, Bruce
1979 *God in Strength: Jesus' Announcement of the Kingdom.* Plochl: Freistadt.

1984 Ed. *The Kingdom of God in the Teaching of Jesus.* Philadelphia: Fortress.

Chilton, Bruce, and J. I. H. McDonald
1987 *Jesus and the Ethics of the Kingdom.* Grand Rapids: Eerdmans.

Coggings, R. J.
1875 *Samaritans and Jews: The Origins of Samaritanism Reconsidered.* Atlanta: John Knox Press.

Crossan, John Dominic
1973 *In Parables.* New York: Harper & Row.

Cullmann, Oscar
1970 *Jesus and the Revolutionaries.* New York: Harper.

Cunningham, Philip A.
1988 *Jesus and the Evangelists: The Ministry of Jesus in the Synoptic Gospels.* New York: Paulist Press.

Danby, Herbert
1933 Trans. *The Mishnah.* London: Oxford University Press.

Davies, W.D.
1967 *Introduction to Pharisaism.* Philadelphia: Fortress.

Derrett, J. Duncan M.
1970 *Law in the New Testament*. London: Darton, Longman, and Todd.

Dodd, C.H.
1936 *The Parables of the Kingdom*. London: Nisbet.

Donahue, John R.
1988 *The Gospel in Parable: Metaphor, Narrative, and Theology in the Synoptic Gospels*. Philadelphia: Fortress.

Edwards, George
n.d. Biblical Interpretation and the Politics of Jesus (manuscrito inédito).

Ellul, Jacques
1967 *The Presence of the Kingdom*. New York: Seabury.

Enslin, Norton Scott
1956 *Christian Beginnings I and II*. New York: Harper.

Evans, Mary J.
1983 *Women in the Bible: An Overview of All the Crucial Passages on Women's Roles*. Downers Grove, Ill.: Inter Varsity Press.

Finkelstein, Louis
1962 *The Pharisees*. Philadelphia: Jewish Publication Society.

Ford, J. Massyngbaerde
1984 *My Enemy Is My Guest: Jesus and Violence in Luke*. Maryknoll, N.Y.: Orbis Books.

Freyne, Sean
1980 *Galilee from Alexander the Great to Hadrian, 323 B.C.E. to 135 C.E.: A Study of Second Temple Judaism*. Wilmington: Michael Glaxier, Inc.

1988 *Galilee, Jesus, and the Gospels: Literary Approaches and Historical Investigations*. Philadelphia: Fortress.

Gager, John G.
1975 *Kingdom and Community: The Social World of Early Christianity*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall.

Glen, John Stanley
1962 *The Parables of Conflict in Luke*. Philadelphia: Westminster.

Gnuse, Robert
1985 *You Shall Not Steal: Community and Property in the Biblical Tradition*. Maryknoll, N.Y.: Orbis Books.

Grant, F.C.
1926 *The Economic Background of the Gospels*. Oxford.

Grant, Robert M.
1977 *Early Christianity and Society*. San Francisco: Harper & Row.

Greenleaf, Robert K.
1970 *The Servant as Leader*. (pamphlet) Cambridge, Mass.: Center for Applied Studies.

Gregorios, Paul
1975 "To Proclaim Liberation." In *To Set at Liberty the Oppressed*. Geneva: World Council of Churches.

Guignebert, Charles
1959 *The Jewish World in the Time of Jesus*. New York: University Books.

Guthrie, Shirley C., Jr.
1968 *Christian Doctrine: Teachings of the Christian Church.* Atlanta: John Knox Press.

Harris, Marvin
1975 *Cows, Pigs, Wars, and Witches.* New York: Random House.

Hatfield, Mark
1976 *Between a Rock and a Hard Place.* Waco, Tex.: Word Books.

Hauerwas, Stanley
1983 *The Peaceable Kingdom: A Primer in Christian Ethics.* Notre Dame: University of Notre Dame Press.

Hauerwas, Stanley and William Willimon
190 *Resident Aliens: Life in the Christian Colony.* Nashville: Abingdon.

Hengel, Martin
1971 *Was Jesus a Revolutionist.* Philadelphia: Fortress.

1973 *Victory over Violence.* Philadelphia: Fortress.

1974 *Property and Riches in the Early Church: Aspects of a Social History of Early Christianity.* Philadelphia: Fortress.

1977 *Christ and Power.* Philadelphia: Fortress.

Hiers, Richard H.
1970 *The Kingdom in the Synoptic Tradition.* Gainesville: University of Florida Press.

1973 *The Historical Jesus and the Kingdom of God.* Gainesville: University of Florida Press.

Hoehner, Harold
1972 *Herod Antipas*. Cambridge: The University Press.

Hollenbach, Paul
1989 "The Historical Jesus Question in North America Today." *Biblical Theology Bulletin*. 19:11-22.

Horsley, Richard A.
1987 *Jesus and the Spiral of Violence: Popular Jewish Resistance in Roman Palestine*. San Francisco: Harper & Row.

Horsley, Richard A. and John S. Hanson
1985 *Bandits, Prophets, and Messiahs: Popular Movements in the Time of Jesus*. Chicago: Winston Press.

Hunter, Archibald M.
1971 *The Parables Then and Now*. Philadelphia: Westminster.

Interpreter's Dictionary of the Bible, The
1962 4 vols. Nashville: Abingdon.

Interpreter's Dictionary of the Bible, Supplementary Volume
1976 Nashville:Abingdon.

Jeremias, Joachim
1971 *New Testament Theology*. New York: Charles Scribner's Sons.

1972 *The Parables of Jesus*. New York: Charles Scribner's Sons.

1975 *Jerusalem in the Time of Jesus*. Philadelphia: Fortress.

Johnson, Luke T.
1977 *The Literary Function of Possessions in Luke-Acts*. Society of Biblical Literature Dissertation Series, no. 39. Ph.D. diss., Missoula, Montana: Scholars Press.

Jordan, Clarence, and Bill Lane Doulos
1976 *Cotton Patch Parables of Liberation*. Scottdale, Pa.: Herald Press.

Kee, Howard Clark
1980 *Christian Origins in Sociological Perspective: Methods and Resources*. Philadelphia: Westminster.

Kelber, Werner H.
1974 *The Kingdom in Mark*. Philadelphia: Fortress.

1979 *Mark's Story of Jesus*. Philadelphia: Fortress.

Klassen, Walter
1975 *Anabaptism: Neither Protestant Nor Catholic*. Waterloo, Ont.: Conrad Press.

Klassen, William
1984 *Love of Enemies: The Way to Peace*. Philadelphia: Fortress.

Kraus, C. Norman
1974 *The Community of the Spirit*. Grand Rapids: Eerdmans.

Kraybill, Donald B.
1976 *Our Star-Spangled Faith*. Scottdale, Pa.: Herald Press.

1982 *Facing Nuclear War: A Plea for Christian Witness*. Scottdale, Pa.: Herald Press.

Kraybill, Donald B. and Dennis M. Sweetland
1983 "Possessions in Luke-Acts: A Sociological Perspective." *Perspectives in Religious Studies.* 10:3 (Fall).

Kreider, Alan
1987 *Journey Towards Holiness: A Way of Living for God's Nation.* Scottdale, Pa.: Herald Press.

Kreider, Carl
1980 *The Christian Entrepreneur.* Scottdale, Pa.: Herald Press.

1987 *The Rich and the Poor: A Christian Perspective on Global Economics.* Scottdale, Pa.: Herald Press.

Ladd, George E.
1974a *A Theology of the New Testament.* Grand Rapids: Eerdmans.

1974b *The Presence of the Future.* Grand Rapids: Eerdmans.

Lee, Bernard J.
1988 *The Galilean Jewishness of Jesus: Retrieving theJewish Origins of Christianity.* New York: Paulist Press.

Lohse, Eduard
1976 *The New Testament Environment.* Nashville: Abingdon.

Longenecker, Richard N.
1984 *New Testament Social Ethics for Today.* Grand Rapids: Eerdmans.

Malina, Bruce J.
1981 *The New Testament World: Insights from Cultural Anthropology.* Atlanta: John Knox Press.

Martin, Ralph
1975 *New Testament Foundations*. Grand Rapids: Eerdmans.

McClendon, James Wm., Jr.
1986 *Ethics: Systematic Theology*. Vol. 1. Nashville: Abingdon Press.

Mealand, David L.
1981 *Poverty and Expectation in the Gospels*. Reprint. London: SPCK.

Metzger, Bruce
1965 *The New Testament: Its Background, Growth, and Content*. Nashville. Abingdon.

Meyer, Ben F.
1979 *The Aims of Jesus*. London: SCM Press Ltd.

Michaels, J. Ramsey
1981 *Servant and Son: Jesus in Parable and Gospel*. Atlanta: John Knox Press.

Minear, Paul S.
1976 *To Heal and to Reveal*. New York: Seabury Press.

Moxnes, Halvor
1988 *The Economy of the Kingdom: Social Conflict and Economic Relations in Luke's Gospel*. Philadelphia: Fortress.

Myers, Ched
1988 *Binding the Strong Man: A Political Reading of Mark's Story of Jesus*. Maryknoll, N.Y.: Orbis Books.

Neusner, Jacob
1973 *From Politics to Piety: The Emergence of Pharisaic Judaism*. Englewood Cliffs, N.Y.: Prentice Hall.

1975 *First Century Judaism in Crisis*. Nashville: Abingdon.

1979 *The Way of Torah: An Introduction to Judaism*. North Scituate, Mass.: Duxbury Press.

North, Robert
1954 *Sociology of the Biblical Jubilee*. Rome: Pontifico Instituto Biblico.

Oakman, Douglas E.
1986 *Jesus and the Economic Questions of His Day*. New York: Edwin Mellen Press.

Pannenberg, Wolfhart
1969 *Theology and the Kingdom of God*. Philadelphia: Westminster.

Perkins, Pheme
1981 *Hearing the Parables of Jesus*. New York: Paulist Press.

Perrin, Norman
1963 *The Kingdom of God in the Teaching of Jesus*. Philadelphia: Westminster.

1976 *Jesus and the Language of the Kingdom*. Philadelphia: Fortress.

Pilgrim, Walter E.
1981 *Good News to the Poor: Wealth and Poverty in Luke-Acts*. Minneapolis: Augsburg Publishing House.

Praeder, Susan Marie
1988 *The Word in Women's Worlds: Four Parables*. Wilmington: Michael Glazier, Inc.

Redekop, Calvin

1976 "Institutions, Power, and the Gospel." *In Kingdom, Cross, and Community*. Eds. Redekop and J. Richard Burkholder. Scottdale, Pa.: Herald Press.

Riches, John

1982 *Jesus and the Tranformation of Judaism*. New York: Seabury Press.

Ringe, Sharon H.

1985 *Jesus, Liberation, and the Biblical Jubilee: Images for Ethics and Christology*. Philadelphia: Fortress.

Ruether, Rosemary Radford

1981 *To Change the World: Christology and Cultural Criticism*. New York: Crossroad.

Sabourin, L.

1981 "Evangelize the Poor." *Religious Studies Bulletin* 1:4 (September):101-108.

Saldarini, Anthony J.

1988 *Pharisees, Scribes and Sadducees in Palestinian Society: A Sociological Approach*. Wilmington: Michael Glazier, Inc.

Sanders, E.P.

1985 *Jesus and Judaism*. Philadelphia. Fortress.

Sanders, Jack T.

1975 *Ethics in the New Testament*. Philadelphia: Fortress.

Sanders, James A.

1987 *From Sacred Story to Sacred Text*. Philadelphia: Fortress.

Schottroff, Willy, and Worlfgang Stegemann, eds.
1984 *God of the Lowly: Socio-Historical Interpretations of the Bible*. Trans. Matthew J. O'Connell. Maryknoll, N.Y.: Orbis Books.

Schawager, Raymund.
1987 *Must There Be Scapegoats? Violence and Redemption in the Bible*. Trans. Maria L. Assad. San Francisco: Harper & Row.

Schweitzer, Albert
1922 *The Quest of the Historical Jesus*. New York: Macmillan.

Sheehan, Thomas
1986 *The First Coming: How the Kingdom of God Became Christianity*. New York: Random House.

Siddons, Philip
1980 *Speaking Out for Women: A Biblical View*. Valley Forge, Pa.: Judson Press.

Sider, Ronald J.
1977 *Rich Christians in an Age of Hunger*. Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press.

Sloan, Robert B., Jr.
1977 *The Favorable Year of the Lord: A Study of Jubilary Theology in the Gospel of Luke*. Ph.D. diss. Austin, Tex.: Schola Press.

Snyder, Howard
1975 *The Problem of Wine Skins*. Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press.

1977 *The Community of the King*. Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press.

1983 *Liberating the Chruch: The Ecology of Church & Kingdom*. Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press.

Sobrino, Jon
1978 *Christology at the Crossroads: A Latin American Approach*. New York: Orbis Books.

Stambaugh, John E. and David L. Balch
1986 *The New Testament in Its Social Environment*. Philadelphia: Westminster.

Strack, Hermannn L.
1969 *Introduction to the Talmud and Mishnah*. New York: Atheneum.

Strobel, August
1972 *Jesus in Nazareth*. Berlin: Walter de Gruyter.

Swartley, Willard M.
1973 *A Study in Markan Structure: The Influence of Israel's Holy History Upon the Structure of the Gospel of Mark*. Ph.D. diss., Princeton Theological Seminary.

1981 *Mark: The Way for All Nations*. Scottdale, Pa.: Herald Press.

1983 *Slavery, Sabbath, War, and Women: Case Issues in Biblical Interpretation*. Scottdale, Pa.: Herald Press.

Tannehill, Robert C.
1972 "The Mission of Jesus According to Luke." In *Jesus of Nazareth*, Ed. Walther Eltester. Berlin: Walter de Gruyter.

Theissen, Gerd
1078 *Sociology of Early Palestinian Christianity*. Translated by John Bowden. Philadelphia, Pa.: Fortress.

Tidball, Derek
1984 *The Social Context of the New Testament: A Sociological Analysis*. Grand Rapids: Zondervan.

Trocmé, André
1973 *Jesus and the Nonviolent Revolution*. Scottdale, Pa.: Herald Press.

Vaux, Roland de
1965 *Ancient Israel: Social Institutions*. Vol. 1. New York: McGraw Hill.

Verhey, Allen
1984 *The Grand Reversal: Ethics and the New Testament*. Grand Rapids: Eerdmans.

Vermes, Geza
1973 *Jesus the Jew: A Historian's Reading of the Gospels*. New York: Macmillan.

Via, Dan Otto, Jr.
1967 *The Parables*. Philadelphia: Fortress.

Wahlberg, Rachel Conrad
1975 *Jesus According to a Woman*. New York: Paulist Press.

Wallis, Jim
1976 *Agenda for Biblical People*. New York: Harper & Row.

West, Charles C.
1986 The Sharing of Resources: A Biblical Reflection. *The Ecumenical Review* 38:4: 357-369.

Yoder, John Howard
1971 *The Original Revolution*. Scottdale, Pa.: Herald Press.

1972 *The Politics of Jesus*. Grand Rapids: Eerdmans.

1974 *The Priestly Kingdom: Social Ethics as Gospel.* Notre Dame, Ind.: University of Notre Dame.

Yoder, Perry B.
1987 *Shalom: The Bible's Word for Salvation, Justice, and Peace.* Newton, Kans.: Faith and Life Press.

Young, Brad
1989 *Jesus and His Jewish Parables: Rediscovering the Roots of Jesus' Teaching.* New York: Paulist Press.

EL AUTOR

Donald B. Kraybill nació en Mount Joy, Pennsylvania. Sirvió como pastor menonita y administrador del servicio voluntario antes de completar su doctorado en sociología. Actualmente dirige el Centro para el Estudio de los Grupos Anabautistas y Pietistas en Elizabetown College (Pa.), donde también es profesor de sociología.

Además de las dos ediciones de *El reino al revés,* Kraybill ha escrito estos libros: *Our Starspangled Faith* (Nuestra Fe Nacionalista), *Facing Nuclear War* (Enfrentándonos a la Guerra Nuclear) y *The Riddle of Amish Culture* (El Enigma de la Cultura Amish).

M 248.4 K86uS 1995
Kraybill, Donald B.
El reino al reves



¿Cuán diferentes serían nuestras vidas si viviésemos conforme a las bienaventuranzas de Jesús? Esta pregunta nos pone ante el desafío planteado por Donald Kraybill en **EL REINO AL REVES**. El autor nos recuerda que hacerse discípulo de Jesús es unirse a una nueva comunidad donde se viven los valores contra-culturales del Reino de Dios.

EL REINO AL REVES es un libro para aquellos que quieren seguir a Jesús, no sólo en lo espiritual, sino en todo aspecto de la vida. Nos demuestra un discipulado donde lo bajo es alto, afuera es adentro y el fracaso es un éxito. El libro es desafiante porque Kraybill nos llama a permitir que la Biblia nos hable a todas las áreas de nuestra vida - nuestros valores, la mayordomía de nuestro tiempo y dinero, nuestra actitud hacia los marginados y nuestra respuesta a la violencia (Tom Sine).



SEMILLA

EDICIONES



CLARA

ISBN 84-89389-00-4